





MAX NORDAU

LAS MENTIRAS CONVENCIONALES DE NUESTRA CIVILIZACIÓN

TRADUCIDAS DEL ALEMÁN

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
LIBRERÍA DE GUTENBERG, DE JOSÉ RUIZ Y C.ía
14, PRÍNCIPE, 14
1897

PRÓLOGO

El autor de este libro pretende retratar fielmente el criterio, la *manera de ver* que en general tienen los hombres instruídos de su época. Posee la convicción de que en el seno de las naciones civilizadas viven millones de hombres á quienes sus reflexiones inducen á censurar exactamente lo mismo que se combate en las páginas que siguen, respecto á nuestra organización política y social; que de ésta juzgan, como él, que no se halla más conforme con la sana razón que con las deducciones filosóficas que se desprenden de las ciencias experimentales, físicas y naturales, y en las que no acertaría á encontrar su confirmación.

Sin embargo, considera seguro que muchos de sus lectores levantarán los brazos al cielo con gesto de gran asombro, sobre todo aquellos que vean aquí reproducidas sus más íntimas y reservadas opiniones.

Véase, pues, la causa de que el autor haya creído necesario é ineludible escribir este libro. La enfermedad que más aqueja á nuestra época es la cobardía. No tenemos valor para desplegar la propia bandera, para asumir la responsabilidad de aquello que cada uno cree cierto, para obrar según nuestras convicciones. Se estima prudente y hábil resignarse con los usos, observar las exterioridades, aun cuando en el fuero interno se comprenda que son antiguallas y absurdos. No se quiere contradecir á nadie, ni herir ningún prejuicio, á lo cual llamamos respetar las convicciones de otros, siendo estos otros los mismos que no respetan en manera alguna las nuestras, los que dicen de ellas cuanto mal pueden, las persiguen con su odio, y ardientemente desean exterminarlas, así como á quienes las profesan.

Esta falta de energía viril y de noble sinceridad, es el origen de que permanezca en pie la mentira y de que el instante en que la verdad triunfe haya retrocedido hasta desaparecer de nuestra vista.

El autor se ha impuesto el deber de expresar frente á frente de su conciencia, de la verdad y de aquellos que son de su opinión, cuanto siente y piensa, y lo ha dicho muy alto y sin reticencia alguna.

Aquéllos, los que procuran ser considerados como personas hábiles, avisadas, diplomáticas,

oportunistas, no importa la palabra sonora bajo la cual les agrade ocultar su doblez y su mentira, aparezcan, preséntense, y habrán de confesar, quizá, con admiración no escasa, que en muchos países ellos forman la mayoría. Tal vez, convencidos entonces de que son los seres más fuertes, obtengan su bienestar y aprovechamiento en la verdad y la consecuencia, sin buscarlo jamás en la hipocresía y el disimulo.



LAS MENTIRAS CONVENCIONALES

DE

NUESTRA CIVILIZACIÓN

MANE, THECEL, PHARES

I

La humanidad, cual otro Fausto de Goethe, busca la ciencia y la dicha, pero nunca quizá se halló tan lejos como hoy de poder exclamar al momento presente: «¡Oh, no pases; eres tan hermoso!» La civilización y el cultivo de las inteligencias se esparcen por doquier y toman posesión de las más salvajes comarcas. Cada día surge un nuevo y maravilloso descubrimiento que hace la tierra habitable en mayor grado y disminuye las molestias de la existencia. Mas á pesar del mejoramiento de todas las condiciones del bienestar, la humanidad se encuentra descontenta, inquieta, agitada cual nunca estuvo. El mundo civilizado no es otra cosa que una inmensa y repleta sala de enfermos que llenan los espacios con sus dolorosos ayes y se retuercen presa de todo género de sufrimientos. Id de país en país y preguntad de puerta en puerta: ¿El contento habita aquí? ¿Os halláis tranqui-

los y dichosos? Invariablemente se os responderá: «Busca más lejos; no tenemos eso de que nos hablas». Escuchad hacia las fronteras. De todas partes os traerá el viento siniestros rumores de motines y revueltas contra brutales opresiones.

En Alemania, el socialismo ávidamente roe y socava con sus dientes agudos los cimientos del edificio político y social; ni las leyes excepcionales, ni el estado de guerra, ni los poderes sin tasa de la policía, le detienen un instante en su silenciosa y subterránea obra de destrucción. El antisemitismo sólo es una máscara, un pretexto cómodo para la manifestación de pasiones sin valor, á mostrarse bajo su verdadero nombre. En las casas de los pobres y los ignorantes existe la envidia á los que poseen bienes; en los palacios que habitan las que se llaman clases privilegiadas, y que son usufructuarias de los derechos feudales, hay el temor de la competencia mejor dotada que pudiera arrebatarles influencia y poder; entre la juventud tiene el idealismo confuso, que es una forma exagerada é injusta del patriotismo, la pretensión irrealizable, no solamente á la unidad política de Alemania, sino también á la unidad étnica del pueblo alemán. Un mal secreto, señalado en cien ocasiones sin poder jamás explicarlo, impulsa todos los meses á millares de individuos á dejar su patria, á cruzar los mares; flotas de barcos llenos de emigrantes cada vez más numerosos, salen de los puertos de Alemania; se puede considerar que es una hemorragia del cuerpo nacional, rebelde á todos los tratamientos.

Los partidos políticos se libran unos á los otros terrible y exterminadora guerra; la edad media y la soberanía monárquica luchan contra los tiempos modernos y la soberanía popular.

En Austria-Hungría, diez nacionalidades están oprimidas unas por otras, y desean hacerse todo el mal posible. En cada provincia, casi en cada aldea, las mayorías esclavizan y sacrifican á las minorías; cuando éstas no pueden resistir más, fingen sumisión con la rabia en el alma, y anhelan el desquiciamiento y ruína del Imperio, como único medio de salir de una situacion intolerable.

A Rusia pudiéramos creerla vuelta á la barbarie primitiva. Su administración ha perdido todo sentimiento de solidaridad pública, y los empleados lejos de pensar en los intereses del país y del pueblo, no sirven más que á sus propias conveniencias. Todos los medios les parecen buenos: rapiña y robo, venalidad y tráfico de la justicia. Las gentes instruídas buscan en el nihilismo un arma desesperada; arriesgan mil veces su vida con el fin de llegar por la dinamita ó el revólver, el puñal ó el incendio, al caos sangriento que su delirio febril les muestra ser condición indispensable de un nuevo orden social. Los hombres de Estado, queriendo combatir este mal tan grave, apelan á los recursos más extraños. El uno ve la salud y la emancipación del pueblo ruso en el establecimiento del régimen parlamentario; el otro, teniendo fe no más que en el asiatismo, reclama se proscriba en absoluto la importación europea y se afiance y ejerza el despotismo hereditario y sagrado de los Czares; otro aún, creyendo en la eficacia de un tratamiento cáustico y violento, propone la guerra á muerte contra Alemania, Austria, Turquía, contra el mundo todo si necesario fuera. Y mientras los médicos discuten, la masa del pueblo se entrega al pillaje y á la matanza de los judíos, demuele sus viviendas, arrasa sus sinagogas, y al mismo tiempo arroja miradas de envidia sobre los palacios de los ricos.

En Inglaterra, puede creerse al primer golpe de vista, en la solidez del suelo y la integridad del edificio político. Pero cuando se mira mejor, siéntese temblar la tierra, se oyen ruídos formidables y amenazadores; la resistencia de los muros es ficticia, porque éstos se desmoronan y agrietan por todas partes.

La Iglesia, la nobleza de nacimiento y la nobleza del dinero, están vigorosamente organizadas y protegen sus intereses, de los que tienen muy exacta noción. La burguesía sométese docilmente á las leyes, escritas ó no escritas, de la clase dominante; finge humildad, y se inclina delante de un noble; jura que no hay cosa más conveniente que la dicha y satisfacción de los diez mil aristócratas, y que es vulgar é imperdonable contrariar sus privilegios. Mas el obrero, el arrendatario de los campos, están fuera de esta conjugación; reclaman su parte de capital y de suelo; fundan asociaciones de librepensadores y de republicanos; muestran los puños á los reyes y á la aristocracia, y el que desea leer el porvenir, no en las heces de un vaso de café como las viejas, sino en los ojos de los proletarios ingleses, ve pronta á estallar la tormenta amenazadora.

Poco hablaremos de Irlanda. La revolución económica ha comenzado su marcha irresistible; la muerte tiene levantada su guadaña, y si el Gobierno inglés no consigue ahogar al pueblo en sangre, habrá de consentir en que los desheredados de la fortuna se apoderen por la fuerza de las riquezas de los poderosos. Este ejemplo no dejará de encontrar imitadores en Inglaterra y en todas las demás naciones.

En Italia, se mantiene con trabajo una monarquía mal consolidada contra la marea ascendente del republicanismo. Los jornaleros de los arrozales de la Lombardía y de

las soledades pantanosas de la Rumanía, consumidos por la fiebre y devorados por la miseria, emigran en tropel, ó bien, si permanecen en su desdichado país, buscan grandes propietarios á quienes vender por 50 céntimos el tuétano de sus huesos. A partir de la unificación del reino, la juventud de Italia no tiene ante sus ojos rumbo fijo, y la *irredenta* busca y se afana para ofrecerles un ideal nuevo. Los secretos sufrimientos del pueblo se traducen en el Sur por los signos llamados la *Camorra* y la *Maffia,* en Toscana por el fanatismo religioso y el cristianis- mo comunista primitivo.

Francia es, de todos los países de Europa, el que por el momento tiene derecho á creer más en su salud política. Pero en él también, ¡qué de disposiciones morbosas! ¡qué de gérmenes de enfermedad! En todos los rincones de las calles, en las grandes ciudades, oradores populares predican con vehemencia el reparto de bienes y el empleo destructor del petróleo; el cuarto estado se apresta, ya con estruendo, ya en silencio, á escalar las esferas del gobierno y á arrojar de los cargos públicos y de las prebendas del Parlamento y de la Municipalidad á la burguesía, que desde 1789 disfruta sola del poder. Los antiguos partidos, viendo llegar el choque inevitable, han pensado resistir, pero tímidamente, sin esperanza, sin unión, por medio de complots monárquicos, militares ó del clero.

Es inútil fijarnos mucho en países de menor categoría. El nombre de España evoca también la idea del carlismo y de los cantones. El de Noruega hace pensar en el conflicto entre el gobierno y la representación nacional; conflicto que contiene la república, como el fruto encierra la semilla. Dinamarca tiene el partido de los campesinos y las crisis ministeriales crónicas. Bélgica su ultra-

montanismo armado. Todas las naciones, las poderosas como las débiles, se ven aquejadas cada una por su grave plaga; creen hallar, si no la salud, al menos un alivio sacrificando de año en año, con ansiedad creciente, millares de hombres al militarismo, no de otra suerte que los señores de la tierra en la edad media esperaban poder curar cualquier enfermedad peligrosa ofreciendo sus bienes á la Iglesia.

II

La oposición entre los gobiernos y los pueblos, la cólera de unos partidos políticos contra los otros, la fermentación en las diferentes clases sociales, todo esto no es más que una forma de la enfermedad general de la época. Esta enfermedad es la misma en todos los países aunque en cada uno lleve nombre distinto; se llama unas veces nihilismo, otras fenianismo, socialismo, antisemitismo ó irredenta. Una fase mucho más grave de esta dolencia se manifiesta en el profundo descontento y la melancolía que independientemente de los lazos nacionales ó de otros, sin relación á las fronteras políticas y á la situación social, llenan el alma de todo hombre que está al nivel de la civilización contemporánea. Es la nota característica de nuestro tiempo, como la alegría sencilla de la existencia es la de la antigüedad clásica, y la devoción la de los primeros siglos de la edad media. Hoy cada individuo siente constantemente un malestar, una irritación que atribuye, si no busca su causa con la ayuda del análisis, á mil motivos accidentales y todos erróneos. Se halla impulsado á criticar duramente cuando no á condenar en absoluto, todas las manifestaciones de la vida social. A esta impaciencia, que las impresio-

nes exteriores no hacen más que irritar y exasperar, los unos la llaman neurosis, los otros pesimismo y otros todavía escepticismo. Las designaciones son muv variadas, pero no hacen más que cubrir un solo y único mal.

Este se descubre en todas las manifestaciones del espíritu humano. Lo mismo invade á la literatura que al arte, á la filosofía que á la ciencia positiva, á la política que á la ciencia económica. En la literatura, las primeras señales han aparecido al final del siglo pasado. Entre todas las producciones de la inteligencia, en las literarias es donde se reflejan desde luego las perturbaciones ó las modificaciones que ha experimentado la constitución de la humanidad. Cuando aún las clases elevadas se hartaban de goces y hacían de la existencia una perpetua orgía; cuando el pueblo bajo, ciego, se mostraba neciamente satisfecho de la marcha de las cosas, Juan J. Rousseau arrojó con ardor el grito de redención; declaró la guerra á un presente que tenía, sin embargo, grandes atractivos, y habló con entusiasmo de una vuelta al estado natural. Ciertamente no se asemejaba en nada dicho estado á la barbarie primitiva; no entraba en sus cálculos formar más que una alegoría, una cosa diferente de la realidad y que la recordase lo menos posible. Su grito halló eco en los contemporáneos, como una cuerda puesta en vibración hace vibrar las cuerdas vecinas. Esto prueba que la disposición de ánimo de Rousseau se encontraba en el fondo de todas las almas. Los magnates y los plebeyos hablaban de vivir en las antiguas selvas y en las soledades, lo cual contrastaba agradablemente con la manera que tenían de utilizar para sus placeres todos los refinamientos y los vicios de tan criticada civilización.

Las declamaciones de Rousseau han dado origen al romanticismo alemán. Este es una aplicación inconsciente

de las ideas del filósofo, que no ha tenido el valor de llegar hasta el fin. El romanticismo no se remonta hasta los tiempos prehistóricos, se detiene en época más próxima, en la edad media. Pero la edad media que él nos pinta con tan vivos colores, tanto dista de ser la verdadera é histórica edad media, como el estado de ánimo de Rousseau del verdadero estado del hombre primitivo. En los dos casos se trata de una creación arbitraria de la fantasía, construyendo un mundo artificial por un procedimiento idéntico, por un contraste completo con el mundo existente. En ambos se trata de la manifestación del mismo deseo, ya consciente, ya instintivo: el de emanciparse de un presente incompleto, con la esperanza de que cualquier otro estado será mejor que el estado actual. Siguiendo las evoluciones de esta tendencia literaria, llegamos al romanticismo francés, hijo del alemán, al desprecio bironiano del mundo, que conduce al desprecio de la familia. De la línea bironiana descienden en Alemania los poetas de la melancolía, en Rusia Pouchkine, en Francia Musset y en Italia Leopardi. Todos tienen como rasgo más característico, el descontento trágico del mundo real. Este lo manifiesta con mudas quejas, aquél en amarga burla contra sí mismo, este otro en exaltadas aspiraciones hacia un estado mejor.

Y la literatura alemana de nuestra generación, las obras de los veinte últimos años, ¿son otra cosa que una tentativa de escapar al presente y á sus contrariedades? El público quiere que los romances y las poesías le hablen de países lejanos y de épocas lo más antiguas posibles. Lee con avidez las pinturas de la antigua vida germánica, debidas á la pluma de Gustavo Freytag y á Félix Dahn, los cantos de la edad media de Scheffel y de sus torpes imitadores, las narraciones egipcias, corintias

y romanas de Ebers y de Eckstein; si acoge por casualidad favorablemente un libro que trate alguna cuestión moderna, este libro se debe recomendar por un idealismo falso, por un sentimentalismo desgraciado; debe presentar los personajes revestidos de nuestras costumbres y viviendo nuestra vida, tales como los deseamos, pero cual nadie ha visto jamás.

Después de mucho tiempo la literatura inglesa ha cesado de reproducir la realidad. Cuando no describe con un placer senil crímenes é infamias de todos géneros, martirios, pillajes, robos, seducciones ó usurpación de herencias, nos muestra un mundo modelo, al uso de las personas timoratas; un mundo donde los aristócratas son hermosos, valientes, sabios, generosos y ricos, donde los burgueses son piadosos y llenos de sumisión hacia los nobles, donde las gentes virtuosas son celebradas con marcada complacencia por los condes y los barones, donde los malos son encarcelados por la policía; un mundo, en una palabra, que es una idealización sencilla del estado actual de la sociedad inglesa, cuando dicho estado se agrieta por todas sus junturas; es que interiormente se halla carcomido y muerto.

La literatura francesa parece al primer golpe de vista no haber entrado en el cuadro general, pero al primer golpe de vista solamente. Sin duda encierra partes tomadas de un horizonte presente y real, rehusa todo retroceso al pasado, toda aspiración hacia el porvenir, á un ideal mejor, ó por lo menos, nuevo. Ella (la literatura) se sacrifica á un principio artístico, para el cual ha encontrado la denominación de naturalismo. Pero mirémosla más de cerca: ¿el naturalismo es una prueba de satisfacción respecto á lo que existe, y en este sentido es una oposición al idealismo pseudo-histórico y fantástico,

á quien mira como una manifestación de tedio hacia la realidad y una aspiración á elevarse sobre ella? ¿Qué no trata el naturalismo de una manera tan exclusivista que sea digna de reproche? ¿Nos presenta cuadros de dicha, nos pinta la vida bajo alegres y hermosos aspectos? De ningún modo. Se acoge al lado más horrible, más desolador de la civilización, especialmente de las grandes ciudades; se esfuerza en mostrarnos por doquier la corrupción, el sufrimiento, la falta de resistencia moral, el hombre moribundo y la sociedad agonizante. Al fin de cada libro inspirado en tal tendencia una voz triste parece murmurar esta frase que se repite con uniformidad abrumadora: «Tú lo ves, lector mortificado; la vida descrita aquí con exactitud despiadada no merece verdaderamente ser vivida».

Tal es la tesis en que cada producción de la literatura naturalista debe hacer la prueba; es su punto de partida y su término. No difiere de la en que se apoya el falso idealismo de la literatura alemana y de la literatura inglesa. Las dos tendencias, lejos de marchar al encuentro una de otra, conducen al mismo fin. El naturalismo enunciando las premisas, de las que el idealismo saca la conclusión. Aquél dice: «El estado actual de cosas es intolerable». Este añade: «¡Que desaparezca, pues! Procuremos olvidarle un instante, representándonos en sueño el estado ideal y consolador, del que presento la fantasmagoría á mis lectores». El filisteo conmovido llama «noble poeta» al escritor que canta en versos entusiastas la vida alegre de la gente frívola, las graciosas vírgenes con el corazón lleno de amor, teniendo azucenas en sus manos; las aventuras de los castillos sobre los picos abrasados por el fuego de la aurora: pues bien, este poeta no es más que la antinomia complementaria del es-

critor que remueve con su pluma como con un garfio todos los pantanos, y para el cual el filisteo mismo no tiene bastante desprecio.

Me he detenido demasiado en la literatura, porque es en definitiva la expresión más variada y más completa de la vida intelectual de una época. Pero las restantes manifestaciones del pensamiento humano en nuestro tiempo ofrecen rasgos semejantes. Vemos siempre y por doquiera la inquietud, la amargura, el descontento traducirse en los más en cólera ó dolor, y llegar en algunos hasta un vivo deseo del completo cambio de existencia. Otras veces las artes plásticas tenían por objeto la reproducción de lo bello; la pintura y la escultura representaban solamente los aspectos agradables del mundo y de la vida. Cuando Fidias esculpe su Júpiter, cuando Rafael pinta su Madona, la mano está guiada por una admiración sencilla de la forma humana. Contemplaban con gozo y satisfacción las producciones de la Naturaleza, y cuando su sentimiento delicado les mostraba en ellas una ligera imperfección, se apresuraban á hacerla desaparecer con mano discreta, es decir, con mano que las atenuase y las idealizase. El arte moderno no conoce ni esta admiración sencilla ni este gozo. Examina la Naturaleza con desconfianza, con mirada malévola habituada á descubrir particularmente las faltas y deformidades; se fija, bajo pretexto de reproducir la verdad, en todos los defectos del objeto y los exagera involuntariamente, acentuándolos. Digo bajo pretexto de reproducir la verdad, porque la verdad misma está fuera de nuestro alcance. El artista, en efecto, reproduce necesariamente las cosas como las ve y las siente personalmente; *le laid chasseur de pierres* de Courbet es tan subjetivo y tan diametralmente opuesto á la verdad absoluta, como la *charmante*

Mona Lisa de Leonardo de Vinci, que entusiasmó á Vasari precisamente por su semejanza con la realidad.

Allí mismo donde el arte moderno no puede menos de reconocer la belleza y de pagarle tributo copiándola, procura rebajarla con el argumento de que la forma noble y pura sirve para objetos poco elevados y que la profanan. El cuerpo desnudo de la mujer es ultrajado en su majestad por los rasgos de sensualismo y de libertinaje que no faltan en ningún cuadro contemporáneo de este género, y que ejercen sobre el espectador de sentidos impresionables á manera de una pérfida insinuación: «¡Oh! si el mundo supiese todo», que en un salón una comadre desliza al oído de su vecino palabras calumniosas contra la virtud alabada de una señora conocida. El arte antiguo goza con el asunto que trata; el arte moderno muestra acritud y descontento contra la Naturaleza. Aquél ensalza el asunto, éste se lamenta de él. El uno es un perpetuo ditirambo, el otro una crítica sin fin y muchas veces injusta. La idea fundamental de que parten ambos es, para el uno, que vivimos en el más hermoso de los mundos, y para el otro, que nuestro mundo no puede ser más deforme.

En la filosofía, el pesimismo está de moda, en las escuelas como en las obras que, sin ocuparse de ella especialmente, se interesan no obstante por los grandes problemas del conocimiento humano. Schopenhauer es Dios y Hartmann es su profeta. El positivismo de Augusto Compte no hace progresos como doctrina y no gana nuevos secuaces, porque sus mismos partidarios han reconocido que el método de Compte es muy limitado y su tendencia muy poco elevada. Los filósofos franceses no estudian ya apenas la psicología, ó más exactamente, la psico-fisiología. La filosofía inglesa no merece aún el

nombre de metafísica, puesto que ha renunciado á su tarea más sublime—el deseo de hallar una concepción satisfactoria del universo:—no se ocupa más que de cuestiones prácticas de segundo orden: John Stuart Mill se ha concretado esencialmente á la lógica, es decir, á la morfología del pensamiento humano; Herbert Spencer representa la ciencia social, ó sea, las cuestiones intelectuales y morales concernientes á la vida en el seno de la sociedad. Bain cultiva la teoría de la educación, es decir que se ocupa de las aplicaciones de la psicología y de la filosofía moral. Alemania sola tiene hasta ahora una metafísica viviente y es obscura y desesperada. El buen doctor Panglos ha muerto y no ha dejado herederos. El hegelianismo encuentra una razón suficiente para todo lo que existe, y una especie de tranquilidad y de satisfacción, si bien mezquinas, en su creencia de que todo lo que es tiene necesariamente su razón de ser. Hoy en día se le desecha como á todo sistema usado, y la filosofía que conquista el mundo es la que da por resumen conducir á la nada el intolerable cosmos, dada la aspiración de todos los seres á la no existencia.

En la economía social, esta misma enfermedad se muestra bajo una forma diferente, pero no por eso menos característica. Buscamos en vano en el rico el sentimiento apacible y el goce de la posesión; así como tampoco hallamos en el pobre la resignada paciencia en la miseria, porque según toda previsión humana, la miseria existirá siempre. El rico vive intranquilo con el temor de un peligro próximo; ve en los hombres y en los acontecimientos una amenaza vaga, pero harto real, y su fortuna tan sólo le parece un simple préstamo que de un momento á otro puede serle brutalmente reclamado. El pobre es presa de la envidia, codicia los bienes de los de-

más; no encuentra ni en sí mismo ni en la constitución del mundo, tal como se ha acostumbrado á considerarle, suficientes razones para permanecer pobre y separado del banquete de la vida; lleno de rabiosa impaciencia escucha voces interiores que le persuaden de que tiene tantos derechos como el rico á todos los bienes. El rico teme, el pobre espera y busca un cambio en las condiciones económicas; nadie cree en la duración de éstas ni aun aquellos que no se atreven á confesarse sus dudas y sus aprensiones.

¿Qué vemos en la política interior de todos los países civilizados, de todos sin excepción? Las oposiciones son cada día más rudas, las luchas de partido más encarnizadas hoy que nunca. Los defensores moderados del estado de cosas actual mueren, y en el primer momento habrán desaparecido de la superficie de la tierra. Se buscaría en vano un quietista político, que pensara no ser necesario reformar las instituciones existentes y que tratara de propagar esta idea. Ya no hay conservadores. Tal calificación debería desaparecer del vocabulario político, si se la quisiese tomar en sentido estricto de la palabra. Un conservador es el que quiere perpetuar lo que existe: esto no lo desea nadie. La defensiva ha dejado de ser un sistema de lucha política; sólo se practica la ofensiva. No se ve más que reacción y reforma, es decir, una revolución para retroceder ó para avanzar, para traer de nuevo el pasado ó para apresurar la llegada del porvenir; reaccionarios y liberales execran de igual manera el presente.

Esta intranquilidad de todos y esta pena interior se reflejan sobre la vida individual. De mil maneras y en proporciones espantosas se manifiesta el temor experimentado al considerar el mundo en su realidad. Se tiene

placer en corromper la percepción sensitiva y la conciencia, se altera el sistema nervioso con excitantes y narcóticos, mostrando así una instintiva repugnancia por la verdad de los hechos. No queremos aquí examinar á fondo el antiguo problema de «la cosa en sí misma». Es cierto que no podemos percibir directamente las modificaciones de nuestra propia organización, y mucho menos aquellas que se producen fuera de ella. Mas las que tienen lugar en nosotros, son harto frecuentemente producidas por causas exteriores, y es evidente que nuestras percepciones nos dan una idea incomparablemente más exacta de un objeto, si son únicamente influídas por el propio organismo imperfecto, pero funcionando normalmente, que las que á esta imperfección natural unen un desorden del sistema nervioso causado por el empleo voluntario de venenos. Cuando la percepción de cosas exteriores nos provoca consciente ó inconscientemente un perpetuo malestar, sentimos la necesidad igualmente constante de alejar estas percepciones ó de modificarlas para hacerlas agradables. Por cuya razón la estadística señala en todas partes un aumento progresivo en el consumo del alcohol y del tabaco; que la inclinación al opio y á la morfina se extiende de una manera alarmante, y que las personas ilustradas se arrojan ávidamente sobre todo nuevo medio de aturdimiento y de excitación descubierto por la ciencia; ésta es, en fin, la causa de que hoy día, al lado de los bebedores de alcohol y morfina, veamos otros bebedores habituales de cloral, cloroformo y éter.

La humanidad civilizada realiza en conjunto la acción del individuo que procura ahogar sus penas en el fondo de la botella; quiere escapar á la realidad, y pide las ilusiones de que se halla necesitada á las sustancias que pueden dárselas.

La tentativa de evadirse de la realidad tiene por consecuencia lógica el salir definitivamente de ella abandonando la vida. Por doquiera, y particularmente en los paises más civilizados, el número de los suicidios aumenta en la misma proporción que el consumo del aguardiente y de los narcóticos. Una sorda irritación que algunas veces sólo se muestra bajo la forma de un vago é inquieto descontento, mantiene á cada hombre en un estado febril y da á la lucha por la existencia en la sociedad moderna formas salvajes é infernales que no tenía en épocas anteriores. Esta lucha no parece más que un encuentro entre adversarios corteses que se saludan antes de cruzar las espadas, como los franceses y los ingleses en la batalla de Fontenoy, pero es la horrible mezcla de asesinos ebrios de sangre y alcohol, hiriendo bestialmente y sin piedad.

Es general lamentarse de la escasez cada vez creciente de los caracteres. ¿Qué es un carácter? Una individualidad que sigue con paso seguro algunos principios morales muy sencillos que ha juzgado buenos y que ha tomado por guía de todas sus acciones. El escepticismo no permite desenvolver el carácter, porque excluye la fe en los principios que han de dirigirnos. Cuando la estrella polar se apaga y el polo eléctrico desaparece, la brújula es inútil; no hay ya punto fijo que pueda guiarnos. El escepticismo, todavía un mal á la moda, no es sin embargo más que una forma del descontento acerca de lo que existe. La idea de que todo es vano, que nada es digno de un esfuerzo, de una lucha entre el deber y el capricho, esta idea, digo, no se hace paso más que cuando nos hemos acostumbrado á despreciar todo lo que existe, como defectuosoé insuficiente.

La literatura, el arte, la filosofía, la política, la vida

económica, todas las formas de la existencia social é individual, muestran pues un rasgo fundamental único y conciso: el amargo descontento por el estado del mundo. Cuantas diferentes manifestaciones del espíritu humano se producen, hacen percibir á nuestro oído un solo y único grito de dolor, que se puede traducir al lenguaje vulgar por esta exclamación: «Salgamos, salgamos del estado de cosas existente».

III

Se preguntará si esta pintura es sólo de la actualidad, ó si se aplica también á épocas anteriores.

Estoy muy lejos de ser, conforme á las palabras del poeta romano, «alabador de tiempos que ya pasaron». No creo en una antigua edad de oro. Los hombres tienen, sin duda, constantemente algo que sufrir: siempre han estado descontentos y han sido desgraciados. El pesimismo reconoce un fundamento fisiológico, y una cierta suma de sufrimientos llévala consigo la conformación de nuestro organismo. No tenemos más conciencia de nuestro *yo* que la proporcionada por el dolor. Este *yo* nos lo ha revelado únicamente el sentimiento de su limitación, provocado tan sólo por un choque más ó menos doloroso con las cosas que existen fuera de nuestro *yo*. Así es que en una habitación obscura no se percibe la existencia de los muros sino tocándolos. El hombre paga la conciencia de sí mismo sufriendo y la oposición entre el objeto y el sujeto no se le revela más que por un malestar continuo. Pero si es cierto que la humanidad ha sufrido siempre, y siempre se ha lamentado, que en todo tiempo sintió el doloroso contraste entre el deseo y la posesión, entre el ideal y la realidad, no es ver-

dad menor que el descontento del hombre nunca fué tan profundo y tan general como hoy en día, que jamás se ha manifestado por tantas causas y en formas tan radicales.

Fijándonos en cualquier época de la historia encontraremos luchas de partidos y revoluciones. Se podrá tal vez creer á primera vista que la ambición y egoísmo de algunos jefes ha sido la única causa de ellas y que las masas que formaban su fuerza han permanecido apartadas y extrañas á todo. Mas yo no creo que esto ha sucedido así.

Fórmanse los partidos y se agrupan solamente en derredor de palabras de orden, en las cuales una porción del pueblo cree encontrar la expresión de sus vagos deseos; cuando una ambición egoista hace servir las pasiones populares á sus propios intereses, como un industrial utiliza la fuerza del agua, del vapor ó del viento, esta ambición no puede evidentemente alcanzar su fin sino fingiendo aspirar á la realización de votos importantes y generales. Las luchas de partido son para un pueblo lo que para un esportillero el movimiento por el cual hace pasar su carga de un hombro á otro á fin de procurarse un alivio débil y engañoso en el fondo. Las revoluciones son tormentas que tienden á realizar las aspiraciones po-pulares. No son nunca, jamás voluntarias; no son más que el resultado de una ley física, como el huracán que restablece el equilibrio entre las distintas densidades del aire producidas por las diferencias de temperatura. Cada vez que la desigualdad de nivel entre los deseos del pueblo y los hechos realizados es muy grande, estalla fatalmente una revolución que los poderes constituídos pueden contener durante un cierto tiempo, pero que no les es dado evitar. De todos los testimonios de la historia, las revoluciones son las solas que

por su violencia, su duración y sus resultados nos permiten juzgar con seguridad del grado y de los motivos de queja de los hombres que en ellas han sido actores.

Pues bien; todas las revoluciones que menciona la historia hasta estos últimos tiempos, tienen una extensión relativamente reducida y les corresponde un número limitado de hechos intolerables. El fondo de la política interior de la antigua Roma republicana es la lucha de los plebeyos con los patricios. ¿Cuáles eran las aspiraciones de las masas populares que se personificaban en Catilina y los Gracos?

Querían una parte legítima de la propiedad rural, y querían también tener voto en los negocios del Estado. En la antigua República cada ciudadano poseía un sentimiento extremadamente grande de la solidaridad política y de los deberes y derechos que de ella resultan. Reducido á sí mismo, el individuo conocía que no era más que un fragmento miserable; no llegaba á ser un todo sino cuando había ocupado verdadero puesto como parte necesaria del engranaje político. El plebeyo romano se consideraba como el hijo menor de una casa rica, injustamente despreciado y desheredado; luchaba por tener su puesto en la mesa paterna y su voz en el Consejo de familia. Pero no le pasó por la cabeza la idea de sublevarse contra el orden político y social existente: estaba orgulloso de él, y á él se acomodaba con alegría. Estimando al patricio por su alto nacimiento, no le envidiaba ni los honores hereditarios en el templo de los dioses, ni los signos exteriores de su elevado rango. Ocupaba con satisfacción el grado de la vasta escala social y económica donde el azar del nacimiento le había colocado; y si alzaba con respeto los ojos hacia las familias de los caballeros y los senadores, contemplaba,

en cambio, con la conciencia de su dignidad la multitud degradada y servil de esclavos y libertos.

Más profundo era el disgusto de estos esclavos que en la época confusa de la transición de la República al Imperio se revolucionaron frecuentemente y sacrificaron sus vidas en combates terribles y mortales, protestando contra el orden social de su tiempo. En las masas obscuras que forman el pedestal viviente de la figura monumental de Espartaco, se nos presenta por vez primera la angustia de esta duda devoradora: todo lo que existe, ¿debe realmente ser tal como es? Esta duda, que parece no ha salido nunca de los tallados egipcios que las viejas pinturas murales de los templos y de las tumbas nos muestran, arrastra su carga en grandes comitivas taciturnas é inofensivas. Esta misma duda no ha hecho aún sentir sus torturas á los doscientos millones de indios que hoy sufren en silencio el yugo de los ingleses, como han sufrido siglos enteros el yugo de las castas. Los partidarios de Espartaco, ellos mismos no eran ni radicales ni pesimistas en el sentido moderno; se rebelaban contra el aguijón, pero no contra el que lo tenía. Su cólera dirigíase no al orden del mundo, sino al lugar que ocupaban en él. ¿Comprendían que la inteligencia humana no puede admitir que seres dotados de voluntad y razón sean tratados como rebaños, como cosas insensibles, como una pura propiedad? De ningún modo. Aceptaban la institución de la esclavitud, pero no querían ser esclavos. Su ideal no era ver destruída una forma ilógica de aquella sociedad, sino un simple cambio de papeles. Tales revolucionarios hubieran sido fáciles de aplacar; al conseguir el triunfo, estos descontentos habríanse trocado en hombres dichosos, convirtiéndose de rebeldes en apoyo de la sociedad.

Los grandes movimientos de la edad media tienen muy profunda significación moral. Los destrozos de los iconoclastas, las cruzadas, el fanatismo de vaudes y albigenses, nos descubren una grave inquietud en las almas. El atractivo misterioso de las ponderadas tierras del Oriente no puede ejercer su influjo seductor sobre los espíritus groseros que se encuentran atormentados de un vago deseo de modificar su condición ordinaria. Los centenares de miles de hombres que se precipitaban de Europa á la Palestina, país que debía parecerles como un abismo desconocido, iban guiados menos por el estandarte de la cruz que por una luminosa nube que marchaba delante de ellos y que todos veían con los ojos del alma: este guía era el ideal. El hombre dichoso no abandonaba ciertamente su bienestar doméstico por encaminarse hacia el santo sepulcro; sólo hacía esto el que aspiraba á un cambio favorable en su suerte.

Y los hombres que por su fe mataban y se hacían sacrificar; que por la más pequeña duda eran llevados á la hoguera ó exterminaban sin piedad las poblaciones; esos hombres, podemos estar seguros de que noeran optimistas satisfechos del presente. En efecto, el que experimentaba una angustia febril por la salvación de su alma, es decir, por su bienestar en el otro mundo; el que deseaba ganar la vida prometida para más allá de la tumba, por toda clase de sacrificios, esfuerzos y sufrimientos, juzgaba de seguro que la vida de aquí abajo, la vida de la carne, no le había proporcionado satisfacciones suficientes.

La humanidad en la edad media estaba igual que hoy descontenta y agitada. Lo único que la impidió insurreccionarse violentamente contra lo que entonces existía, fué tener en su fe un consuelo y un calmante capaz de ha-

cerle soportar casi con gozo todos los males terrestres. El que espera con seguridad un bienestar próximo, se resigna á un mal transitorio y lo nota apenas.

Pero la humanidad proseguía el curso de su desarrollo, y los consuelos de la fe comenzaron á no satisfacerla. Llegó el momento en que la religión no era ya barrera infranqueable para contener el espíritu agitado de los descontentos. Aquél fué un instante crítico. De poco sirvió que la duda y la melancolía, que son las mismas de nuestra época, fueran apoderándose de los espíritus cuatrocientos años antes. Sin embargo, los hombres no se dejaron arrebatar sin gran resistencia sus queridas ilusiones. Esta lucha por un ideal consolador se llama en la historia el movimiento de la Reforma. Movimiento que ha tenido por resultado prolongar durante siglos el semisueño de los hombres y sus delirios agradables. No obstante, ya se presentaron entonces signos precursores de un pesimismo que la fe en un mundo mejor no consiguió dominar. La guerra de los aldeanos alemanes era la de gentes desesperadas á quienes el paraíso no parecía una compensación suficiente de la miseria terrestre, y que anhelaban tomar por la fuerza, de la vida de aquí abajo, un adelanto sobre las delicias prometidas en el otro mundo.

Es preciso llegar á la Revolución francesa para encontrar un pueblo al cual las condiciones existentes parezcan bastante intolerables para que las suprima mediante cualquier sacrificio y á toda costa. Por vez primera en la historia de la humanidad asistimos á un vasto alzamiento popular que no ataca á un objeto único, sino á la totalidad de las instituciones. Esta vez los pobres no aspiran ya á la posesión del *ager publicus*, como los plebeyos de Roma; los desheredados y los esclavos no reivindican

ya su libertad de acción y su dignidad de hombres, como hicieron los partidarios de Espartaco; ciertas clases no se apoderan ya de privilegios especiales, como hicieron los burgueses en los levantamientos de las ciudades durante la edad media; finalmente, no tenemos que hacer aquí el papel de soñadores en demanda de consuelos, queriendo buscar una salvaguardia contra la violencia intelectual, la forma de un sueño, còmo hicieron los vaudes, los albigenses, los hugonotes y los que combatían por la Reforma. Todo esto se encuentra en la gran Revolución, y aún otras cosas más. Es á la vez material é intelectual; reniega de la fe y cuestiona la forma existente de la posesión individual; aspira á constituir el Estado y la sociedad sobre una base nueva y con arreglo á un nuevo plan. Tiene la firme voluntad de crear para el cuerpo y para el alma condiciones de existencia más agradables. Es una explosión producida con igual fuerza, no solamente sobre ciertos puntos de resistencia escasa, sino sobre toda la extensión de la superficie que le ha sido opuesta: esta explosión ha hecho estallar el marco entero del organismo social.

Por cierto que para levantarse tan impetuosamente contra todas las instituciones, para querer arrasarlas de modo tan radical, era preciso que las tuvieran por completamente absurdas y las hubieran sufrido con harto dolor. Y sin embargo, observamos en la gran Revolución un rasgo que nos obliga á creer que el estado de los espíritus en donde tiene origen, no era tan doloroso como el estado actual: este rasgo es su inagotable optimismo. En realidad, los hombres de la gran Revolución estaban absolutamente exentos del malestar del pesimismo; rebosaban esperanza y certidumbre. Tenían la firme convicción de poseer medios infalibles para asegurar la

dicha perfecta de los hombres, y cuando se tiene esta convicción, es imposible no ser del todo dichoso. Hay en aquellos hombres la alegría de la primavera y de la aurora, que ha inspirado á Uhland su alborozado canto: «El mundo llegará á ser más hermoso cada día; todo va á cambiar». Esta sencillez infantil de esperanzas é ilusiones, este sentimiento de gozo con respecto al porvenir, es quizá el fenómeno más notable de la gran Revolución.

Nuestra rápida ojeada á través de los siglos nos enseña que el estado de ánimo actual no tiene semejanza en las antiguas edades. La historia universal no ofrece más que un momento análogo con relación al tiempo presente: es la época de la agonía del mundo antiguo. Esta paridad ha sido frecuentemente comprobada. Las vistas tradicionales sobre el mundo eran viejas y no se habían encontrado otras nuevas que las reemplazaran. No se creía lo afirmado por los sacerdotes, ni lo que se enseñaba en las escuelas; las creencias por que se guiaban hallábanse destruídas; la vida misma no tenía ya lógica ni significación. Los hombres experimentaban una fatiga y una desesperada tristeza que les hacía aborrecer la existencia. Ni en ellos ni fuera de ellos, encontraban el consuelo ó la esperanza de un porvenir mejor ó de un alegre mañana. Era un estado moral terrible que tenía como consecuencia el suicidio en masa. Esta ansiedad de unos y esta sombría desesperación de otros, esta inquietud y este espíritu amargo y mordaz, el escepticismo de gentes superficiales y el pesimismo de gentes profundas, todos estos rasgos que caracterizan nuestra civilización, los encontramos sólo en los tiempos espantosos de la caída del imperio romano y de la muerte del paganismo. Mas aun entre estas dos épocas análogas existe una última desigualdad. En la Roma imperial la desespera-

ción era únicamente el destino de los privilegiados de la inteligencia, es decir, de un pequeño número; la mayoría vivía sin pensar, y si notaba la repercusión de este momento terrible, era á lo sumo como una carga exterior debida al tiempo. En nuestra época, por el contrario, tal disposición de espíritu se extiende como un crepúsculo invasor sobre la inmensa mayoría de los hombres civilizados. Es cierto que esto es una diferencia de cantidad y no de calidad. Pero lo que le hace ser una grave y temible enfermedad es precisamente su vasta extensión.

IV

¿De qué proviene estado moral tan intolerable para la humanidad? ¿De dónde parte este mal humor y esta amargura, que jamás se ha visto en tal grado de profundidad y desarrollo en todos los que piensan? Sin embargo, nuestro tiempo hace fácilmente accesibles, aun á los pobres, una infinidad de satisfacciones intelectuales y materiales que antiguamente ni un rey podía procurarse. Procede de la misma causa que á los romanos ilustrados, en el tiempo de la decadencia, inspiraba el disgusto ante el vacío de la vida, de que no creían poder librarse sino con el suicidio: esta causa es el contraste entre nuestra concepción del mundo y todas las formas existentes de la vida intelectual, social y política. Cada una de nuestras acciones está en contradicción con el propio convencimiento y le da un mentís. Infranqueable abismo se abre entre lo que sentimos, entre lo que juzgamos ser la verdad, y las instituciones tradicionales bajo las que nos vemos obligados á vivir y obrar.

Nuestra concepción del mundo es puramente científi-

ca. Lo comprendemos como una sustancia que tiene por atributo el movimiento, cuya fuerza, única en realidad, llega á nuestra percepción bajo la forma de diferentes fuerzas. Vemos dicho atributo regido por leyes fijas, que en parte conocemos definidas, probadas experimentalmente, y de las cuales vislumbramos la otra parte; tenemos estas leyes por inmutables y no conocemos en ellas ninguna excepción. En cuanto á conocer la causa primera y el comienzo de las cosas, lo hemos abandonado como insoluble por los medios de nuestro organismo. Por comodidad, y como término provisional de una serie de ideas que después de las leyes del pensamiento no pueden quedar en estado fragmentario, admitimos arbitrariamente una eternidad de la materia, eternidad que no sabríamos demostrar. Esta hipótesis nos basta para explicar todos los fenómenos y no contradice nuestra idea respecto á la acción de las leyes naturales. Ella nos hace inútil la hipótesis igualmente indemostrable de una voluntad ó de una inteligencia eterna, de Dios, en fin. Esta segunda hipótesis tendría el inconveniente de traer consigo otra serie de otras hipótesis tales como la providencia, el alma, la inmortalidad, etc., todas incomprensibles, irracionales y en desacuerdo con cuantas leyes de la Naturaleza hemos reconocido inatacables.

Si del conjunto del mundo descendemos á la humanidad, nuestro concepto científico nos conduce necesariamente á reconocer en el hombre un sér viviente que se reproduce sin interrupción en la serie de los organismos y que es regido bajo todos aspectos por las leyes generales del mundo orgánico. Nos es absolutamente imposible conceder al hombre privilegios especiales ó estados de gracia que no pertenecieran también á cualquier animal y á cualquier planta. Creemos que el desarrollo de

la especie humana, como el de todas las especies de seres animados, fué probablemente producido por la selección, que de todas maneras se vió secundado por ella, y que la lucha por la existencia en el sentido más lato constituye la historia toda de la humanidad, lo mismo que la vida del más obscuro individuo; esta lucha resume el fondo de todos los hechos políticos y sociales.

Tal concepto tenemos del mundo; de él deducimos todos los principios de nuestra manera de vivir, y la idea del derecho y de la moral. Este concepto ha llegado á ser una de las bases de nuestra civilización; se introduce en nosotros con el aire que respiramos, haciéndosenos imposible sustraernos á él. El Papa, que lo ha condenado en su Encíclica, está bajo su influencia. Se ha creído conveniente preservar de tal concepción al alumno de los jesuítas con una muralla de teología y de escolasticismo de la edad media, como se procura conservar en el continente los animales marinos en acuarios llenos de agua de mar; el discípulo mismo de los jesuítas está henchido de nuestras ideas modernas; las absorbe viendo los carteles de las calles, observando las costumbres de la vida de sus correligionarios, leyendo las gacetas piadosas, comprando un breviario en cualquier librería católica. Toda su vida espiritual está inconscientemente impregnada en ellas; y tiene, á despecho suyo, pensamientos y sensaciones que el hombre del siglo XI no tuvo nunca. Le ha parecido bien intentar lo imposible; mas no puede impedir ser hijo del tiempo moderno y de su progreso.

Y con este concepto del mundo se nos hace vivir en una civilización que admite complaciente que un hombre adquiera por el azar del nacimiento los mayores derechos sobre millones de semejantes, organizados completa-

mente como él, y hasta con frecuencia mucho mejor que él; que un hombre pronunciando palabras vacías de sentido y haciendo gestos sin fin sea honrado como la encarnación visible de fuerzas sobrenaturales; que una joven de cierto rango social se case, no con un hombre hermoso y lleno de vigor, sino con un individuo feo, débil, achaparrado, porque el primero es de una clase, según se dice, baja, en tanto que el segundo es de su misma condición; que un obrero, en fin, sano y fuerte, muera de hambre, mientras el desocupado enfermizo é inútil se halle nadando en una opulencia de la que ni aun puede gozar. A nosotros, que creemos ha salido la humanidad de formas vivientes inferiores, y sabemos nacen todos los individuos sin excepción, viven y mueren en virtud de las mismas leyes orgánicas, se nos obliga á inclinarnos ante un rey, se nos hace honrar en él á un sér cuya existencia se rige por leyes especiales, y nos prohiben sonreir cuando leemos en las monedas y en los actos de gobierno que es lo que es por una misteriosa *gracia de Dios*.

A nosotros, los que estamos convencidos de que todos los sucesos de este mundo se hallan determinados por leyes físicas, inmutables, que no sufren ninguna excepción, fuérzasenos á ver que el Estado paga sacerdotes cuyo papel es ejecutar ceremonias destinadas, según dicen, á contrabalancear las leyes naturales y á sujetarlas; nos es necesario asistir en ocasiones á misas ó á oficios solemnes donde se implora una fuerza sobrenatural impalpable á la ciencia, para pedirle en favor nuestro una protección especial y misteriosa; hasta concedemos á los individuos que representan estas comedias absurdas un alto rango en el Estado y en la sociedad. Creemos en el efecto considerable y bienhechor de la selección, y no

defendemos menos la conveniencia del matrimonio, el cual, en su forma presente, excluye la selección. Encontramos en la lucha por la existencia el fundamento de todo derecho y de toda moral, y sin embargo, cada día hacemos leyes y sostenemos instituciones que impiden absolutamente el libre juego de las fuerzas; prohibimos á los fuertes el uso de facultades que les asegurarían el triunfo, y hacemos de su victoria natural sobre los débiles un crimen digno de muerte.

Nuestra vida entera descansa, pues, sobre hipótesis tomadas á otro tiempo y que en ningún punto responden á las ideas actuales. La forma y el fondo de nuestra vida política están en flagrante contradicción. Cada palabra que decimos, cada acto que ejecutamos, es una mentira con respecto á lo que en el interior de nuestra alma reconocemos como verdad. Nos parodiamos, por decirlo así, nosotros mismos, representando una eterna comedia, comedia fatigosa á despecho de la costumbre, que nos reclama una constante retractación de las ideas y de las convicciones, debiendo llenarnos de desprecio hacia nosotros y hacia el mundo cuando interrogamos á nuestra conciencia. En una multitud de circunstancias se adopta en el semblante expresión solemne, actitud grave; nos revestimos con un traje que nos hace el efecto del de un bufón; fingimos un respeto externo á personas é instituciones que en el fondo encontramos sobrado absurdas, siguiendo cobardemente unidos á ideas que sabemos carecen de todo fundamento.

Este conflicto eterno entre las conveniencias sociales y nuestras convicciones tiene un resultado fatal. Cada uno se produce á sí mismo el efecto de un clown que hace reir á todo el mundo, pero á quien sus propias bufonadas disgustan y dejan profundamente entristecido. La

ignorancia se concilia muy bien con una especie de satisfacción animal, y se puede estar dichoso y contento encontrando justas y necesarias las instituciones que nos rodean. Los inquisidores que discutían la duda con el garrote y la hoguera, querían á su modo hacer un servicio á la humanidad y asegurarle una vida sin turbulencias. Pero cuando no se ve en las instituciones existentes más que formas usadas, simulacros vanos y vacíos de sentido, débense sufrir los terrores y las revoluciones, las fatigas y los excesos y las angustias desesperadas que se apoderan del hombre vivo encerrado en una fosa con cadáveres, ó cuando menos de un hombre cuerdo precisado á vivir entre locos y que tenga, para no ser maltrecho por ellos, que someterse á todas sus estravagancias.

Esta contradicción permanente de nuestras ideas con todas las formas de la sociedad civilizada, esta necesidad de vivir en medio de instituciones que nos parecen mentirosas, he aquí lo que nos vuelve pesimistas y escépticos, he aquí la llaga sangrienta del mundo ilustrado. En este conflicto intolerable perdemos todo gozo de vivir y todo deseo de luchar; tal es el origen de la febril angustia que atormenta á la gente civilizada de no importa qué país. En este conflicto se halla la solución del enigma misterioso del espíritu contemporáneo.

Los capítulos que siguen demostrarán en detalle el desacuerdo entre las mentiras convencionales reinantes y la concepción científica del mundo que se revuelve contra ellas.

LA MENTIRA RELIGIOSA

I

La más extendida y poderosa de las instituciones que el pasado nos legó, es la religión; toda la humanidad se cobija bajo su bandera. Ella une en el mismo lazo las razas más elevadas como las más ínfimas, y aproxima, bajo el punto de vista de las ideas, al negro de Australia y al lord inglés. La religión penetra todas las formas de la vida política y social; la fe en sus doctrinas sobrenaturales implica más ó menos abiertamente no sólo la validez, sino la única posibilidad de una serie de acciones que marcan las fases de desarrollo y los momentos decisivos de la existencia individual. En muchos países civilizados toda persona está obligada á pertenecer á una religión. Nadie se ocupa de sus creencias y de sus convicciones íntimas; pero exteriormente debe formar parte de una confesión determinada. No estamos ya por completo en las mismas circunstancias en que se encontraba España en el siglo XVI, Inglaterra bajo el reinado de María la Sanguinaria, ó las colonias de la Nueva Inglaterra en tiempo de la tiranía puritana. Exigíase entonces, bajo penas terribles, que cada ciudadano participase de los ejercicios del culto. Pero el progreso, en suma, es poco considerable. Si el Estado no obliga ya á nadie á ir á misa y á confesarse; si no quema á los que faltan

los domingos á los oficios, reclama, sin embargo, en bien de los países de Europa y América, que cada cual se haga inscribir como miembro de una comunión religiosa, y obliga á los ciudadanos, por los tribunales y la policía, á contribuir con su dinero al sostenimiento del culto.

La religión se apodera del hombre desde su entrada en la vida, le acompaña á través de toda su existencia y no le deja ni aun á su muerte. ¿Un niño acaba de nacer? Sus padres deben hacerle bautizar, sopena en algunos países de incurrir en un castigo. Más tarde quiere casarse: esto no puede hacerlo más que en la iglesia y con la asistencia de un sacerdote. Sin duda que en muchas naciones existe el matrimonio civil. Pero desde luego no existe en todas partes; después, allí donde ha logrado penetrar, influencias poderosas se esfuerzan en abolirlo; en fin, aun donde está sólidamente arraigado, las costumbres sociales no marchan al mismo paso que la ley y afectan ver enel matrimonio civil un matrimonio incompleto. El ciudadano muere: también es el sacerdote quien acompaña su cadáver, recita oraciónes sobre su féretro, y el difunto no puede reposar sino en lo que se dice «camposanto» en medio de símbolos é inscripciones de naturaleza religiosa. En muchas circunstancias, el ciudadano no puede proteger sus intereses más legítimos sino con la ayuda de un juramento religioso. ¿Debe hacer á su patria, como soldado, el sacrificio de su sangre? No puede hacerlo sin prestar en el nombre de Dios juramento de fidelidad á su bandera. ¿Debe defender su derecho en justicia? También lo ha de prestar para ello. Sin esta fórmula no puede ser jurado y juzgar á sus conciudadanos, ni diputado y defender los intereses del pueblo; apenas puede ocupar un empleo público. La tentativa que se ha hecho en Inglaterra y Francia

para reemplazar el juramento religioso por una invocación solemne al honor, ha encontrado resistencias apasionadas. En el mundo entero se buscaría casi inútilmente un palmo de tierra que haya sacudido la dominación religiosa.

Las formas que la cultura presentó en su desenvolvimiento histórico, fueron: la familia, la propiedad, el Estado y la religión. Pero ninguna de las tres primeras alcanza una superficie tan vasta como la última.

Mucha gente vive fuera de la familia: por ejemplo, los niños expósitos, los vagabundos de las grandes ciudades, á menos que al llegar á la edad madura tengan recursos para el matrimonio ó el concubinato. Los indigentes y los criminales que viven de la mendicidad y del robo no reconocen el principio de la propiedad. En el seno de nuestra civilización, reglamentada con sus numerosas prescripciones, su aparato administrativo y su ejército de empleados, existen grupos importantes que rehusan entrar en el cuadro de la organización política. Tales son, entre otros, los *cíngaros* en casi todos los países de Europa. Sus nacimientos, sus matrimonios y sus muertes no se registran en ninguna parte, no pagan ningún impuesto, no están sujetos á quintas, no tienen domicilio ni nacionalidad política. No podrían entrar sino con grandes dificultades en la sociedad civil normal, si tal idea se les ocurriera: les faltan los diversos papeles timbrados, cubiertos de firmas ilegibles y respetables sellos de póliza, sin los cuales el hijo numerado y rotulado de la civilización no puede hacer constar legalmente ni su vida ni su muerte.

Por el contrario, los que sacuden el yugo religioso forman un número bien escaso. En Alemania se ha formado una liga de librepensadores, con la idea de pres-

cindir de los lazos hereditarios de la superstición. Después de muchos años de existencia, esta liga cuenta apenas mil individuos, y entre ellos mismos muchos son considerados como pertenecientes á una confesión religiosa. En Austria una ley permite abandonar las religiones existentes: pues bien, no hay quinientas personas que se hayan aprovechado de esa ley. La mayor parte de ellas ni aun se han ocupado de conformarse en los actos y conducta con sus convicciones íntimas. Las unas querían contraer matrimonio con persona de distinta creencia, lo cual implica la renuncia naciente de su confesión por ambas partes; las otras eran judíos que acariciaban la esperanza de sustraerse por este medio á la ojeriza tenaz que los persigue. Este segundo motivo ha sido tan frecuente, que en Austria los términos *sin confesión* y *judío* han llegado á tenerse por sinónimos. Así es que el secretario de la Universidad de Viena, al interrogar á los estudiantes respecto á su religión conforme al uso establecido aún allí, acostumbraba á decir, sonriendo bondadosamente á los que le contestaban que no tenían ninguna: «¿Por qué no me habéis dicho al momento que sois judíos?»

Entre todos los países civilizados, en Francia es donde la libertad del pensamiento ha conquistado mejor lugar en las leyes, pero no en las costumbres. Pues hasta en esa nación la mayoría de los librepensadores continúan en el seno de la iglesia á que sus padres han pertenecido; van á misa y á confesar, cásanse en el altar, hacen bautizar y confirmar á sus hijos y llaman al sacerdote junto á sus muertos. Son todavía poco numerosos los que dejan crecer á sus hijos sin bautismo y sin confirmación, y los que reclaman para sí mismos un enterramiento civil.

En la libre Inglaterra, la ley y la opinión pública toleran todas las sectas y todas las religiones. Allí se puede profesar el bautismo ó adorar el sol de Paros, mas está vedado ostentar el ateismo. Bradlangh queha tenido la audacia de proclamar abiertamente el suyo, ha sido puesto fuera de la sociedad, y expulsado del Parlamento, sujetándosele á causas que le han traído graves disgustos. Es tan poderosa la influencia de la religión sobre los espíritus y nos es tan difícil renunciar á los hábitos religiosos, que cuando los ateos quieren sustituir á la fe en el hombre un ideal en armonía con nuestra concepción del mundo, tienen la debilidad de mantener para su concepto racional el término de «religión», recordando la sencillez de la humanidad naciente. En Berlín y en otras ciudades de Alemania del Norte, las asociaciones de librepensadores no han encontrado otra designación que la de «comunidad religiosa libre». David Federico Strauss, por su parte, bautizó con el nombre de «religión del porvenir» á un idealismo que se basa en la negación de una creencia religiosa sobrenatural. Se parece al ateo bien conocido que exclamaba: «¡Por Dios, yo soy ateo!»

II

Este es el momento de evitar un error. Cuando llamo á la religión una mentira convencional del hombre civilizado, no entiendo por la palabra religión la creencia en poderes sobrenaturales. Esta creencia es sincera en la mayor parte de los hombres. Continúa arraigada inconscientemente en aquellos de espíritu más civilizado. Entre los hijos del siglo XIX, bien pocos se entregan bastante fuertemente á penetrar el concepto científico del

mundo donde su razón reconoce la justicia, para que este concepto haya podido llegar hasta el fondo de su alma, reducto casi inaccesible á la voluntad, y que es la fuente de delirios confusos y estravagantes. En estos rincones sombríos y misteriosos, las antiguas preocupaciones y las ideas supersticiosas conservan su poder, y es incomparablemente más difícil desposeerlas que arojar los buhos y los murciélagos de los agujeros de una vieja torre.

Como medio de unión más ó menos inconsciente á las ideas trascendentales, la religión es, pues, en resumen un resto excesivamente repartido todavía de la infancia de la humanidad. Voy más lejos, y digo que es un achaque causado por la imperfección de nuestro pensamiento; es uno de los rasgos del carácter limitado de nuestro sér. Voy á esforzarme en explicar esto que afirmo.

La filología, la mitología comparada y la etnografía han aportado ya un numeroso contingente á la historia del nacimiento y desarrollo del pensamiento religioso; la psicología ha intentado con éxito descubrir las propiedades psíquicas que debieron guiar al hombre primitivo á la idea de lo sobrenatural, y tener unido á ella hasta al hombre civilizado. Han sido necesarios millares de siglos de cultura para que, después de pensadores como Pitágoras, Sócrates y Platón, un hombre llegase á reconocer ciertas nociones como no esenciales, como simples formas ó categorías de nuestro pensamiento. Durante los primeros destellos de nuestra era espiritual, estas nociones debieron naturalmente dominar la inteligencia del hombre primitivo con un poder del cual el hijo de la civilización, por habituado que esté á las abstracciones, no puede formarse ninguna idea. Para el salvaje, tiempo, espacio y causalidad son algo tan real y

tan material como las cosas que le rodean y que puede percibir con su sentido más grosero; el tacto.

Se representa el tiempo como un monstruo que devora sus hijos; el espacio se le aparece como una muralla que cierra el horizonte, ó mejor, como la unión de la tierra con el cielo, que él se imagina ser una cúpula; la causalidad le parece tan necesaria é inseparable á los fenómenos, que les da la forma más sencilla y más comprensible para él: la de una acción directa de un sér parecido á él mismo. Si un árbol cae, sólo un ser orgánico puede haberle derribado; si la tierra tiembla, alguno evidentemente la conmueve; y como la idea de «alguno» es todavía sobrado vaga para el espíritu del salvaje, demasiado impalpable, él la personifica en un hombre. Obra de la misma manera respecto á todos los fenómenos que se producen en derredor suyo. Esclavo pasivo de la idea de causalidad, busca el motivo de cada percepción; y como sabe ó cree saber que la causa de las acciones cumplidas por él es su propia voluntad, aplica esta observación á la Naturaleza, y reconoce en los fenómenos de ella el efecto del capricho de un sér parecido al hombre.

Mas aquí por vez primera penetra en él un motivo de confusión y de asombro. Cuando su mujer enciende el fuego; cuando algún compañero con su hacha de piedra mata un animal, sus sentidos perciben la causa de la producción de la llama y de la caída de la res. Pero en cambio si la tempestad vuelca su choza, ó el granizo le hiere, no ve al sér que ejerce contra él esta acción violenta. No duda de que este sér existe y de que se encuentra muy cerca de él, porque la choza yace en ruinas y sangra la herida causada por el granizo; es necesario, pues, que alguno haya hecho esto y haya querido hacerlo. Pero como el salvaje no descubre al autor del desperfecto

su espíritu es presa de la ansiedad provocada siempre por un peligro desconocido, contra el cual no hay quien pueda defenderse, y este sentimiento es el punto de partida de la religión.

En efecto, todos los viajeros que han podido observar á los salvajes, reconocen unánimemente que el sentimiento religioso se manifiesta en ellos tan sólo bajo la forma de temerosa superstición. Y debe ser así. Las sensaciones desagradables son no solamente muchas más, sino también de mayor fuerza que las agradables, y excitan en el exterior como en el interior una actividad incomparablemente más alta y viva. Una sensación grata nos parece casi baladí, y la aceptamos pasivamente; el espíritu no necesita percibirla con toda claridad; los músculos y el cerebro pueden reposar en tanto se produce. Al contrario, si es dolorosa nos llega desde luego claramente á la conciencia, y exige enseguida una serie de actos del pensamiento y de la voluntad para descubrir su causa y prevenirse. Además, el hombre primitivo presta más atención á las fuerzas de la Naturaleza que le son hostiles que á las que le son propicias. El sol le da calor, y el fruto le alimenta; mas no se preocupa de ello absolutamente, porque piensa en tales cosas sólo cuando se ve obligado, y porque puede comer el fruto y tenderse al sol sin necesidad de pensar. Los disgustos y los peligros, en cambio, despiertan la actividad de su espíritu y le llenan de imágenes durables. Alcanzado el más alto grado de desarrollo intelectual, llega el hombre á representarse los encantos de la vida, y á gozar no sólo por instinto, sino conscientemente, á ver en ellos como causa primera la complacencia de un sér parecido al hombre, y á experimentar por este sér amor, reconocimiento y admiración. Antes de llegar á tal estado, relativa-

mente tardío de su cultura, el hombre se limita á sentir angustia y temor ante la voluntad invisible y desconocida que se desencadena en el trueno y el relámpago, que le abruma con toda suerte de males y le prepara dolores é infortunios.

De este sentimiento de temor proceden todos los actos primordiales del culto religioso. Se huye de hacer aquello que pudiera irritar al poderoso enemigo invisible; la fantasía viva é infantil, la marcha caprichosa de las ideas del hombre primitivo, le hicieron evitar todo lo que produjera descontento á dicho enemigo. Si estaba encolerizado, trataban de apaciguarlo por todos los medios. Satisfacían su avidez ofreciéndole presentes y sacrificios. Lisonjeaban su vanidad alabando y ensalzando sus cualidades. Humillábanse delante de él, procurando conmoverlo con plegarias, algunas veces también intimarlo con amenazas. Súplicas, sacrificios, abjuraciones, son, por consiguiente, muestras del mismo sentimiento, de donde Darwin en su libro sobre la expresión de las acciones del alma en los hombres y los animales hace derivar las formas del saludo: el perro se mueve y humilla; el gato hace su característico ronquido; el hombre civilizado se inclina ó se quita el sombrero; éstos serán siempre actos de sumisión á un adversario más fuerte.

Concretemos. La causalidad, que es una forma ó categoría del pensamiento humano, fué concebida por el hombre primitivo bajo un aspecto groseramente material. Buscó en todos los fenómenos que le inquietaban, causas inmediatas. Su incapacidad de pensar de un modo abstracto no le permitía sino ideas concretas que aparecieran á su espíritu siempre revestidas de imágenes familiares. Llega así al antropomorfismo, es decir que se representa todas las fuerzas, todo lo que puede producir

un fenómeno, con la figura de un hombre dotado de conciencia, de voluntad y de órganos para obrar; no puede todavía comprender una fuerza distinta de la forma orgánica bajo la cual ve de ordinario los efectos. La causalidad le conduce, pues, á admitir un origen de todos los fenómenos; su incapacidad de abstracción le lleva al antropomorfismo y le hace poblar la Naturaleza de un Dios personal ó de muchos dioses personales; su temor á éstos que á él le parecen enemigos, decídele á ofrecerles sacrificios y súplicas; en una palabra, á honrarlos con un culto exterior.

He aquí el origen de la religiosidad en el hombre primitivo, la cual persiste en el corazón del hombre civilizado. Asimismo espíritus llenos de cultura y bastante pensadores, para no considerar ya el tiempo y el espacio como alguna cosa de existencia material, continúan mirando la causalidad como cierta y no han podido elevarse á la altura de lo abstracto desde donde se ve en ella como en el espacio y el tiempo, no ya una condición de los fenómenos, sino la forma de nuestro pensamiento. El antropomorfismo persiste no solamente en el niño que encuentra placer en los cuentos donde hablan el viento y los árboles, donde se casan las estrellas, sino también en el adulto cuyo espíritu no ha podido nunca sustraerse por completo á las influencias de las costumbres infantiles. ¿No es característico que el filósofo á la moda de nuestros días haya edificado su sistema, por un singular retroceso á las ideas del hombre primitivo, sobre las suposiciones que dieron origen á los primeros rudimentos de la concepción del mundo en los contemporáneos del oso de las cavernas, en los negros de la Australia; sobre la hipótesis de una voluntad dependiente, de condición fundamental, no sólo á una activi-

dad cualquiera, sino á la simple existencia de cada objeto? Tratar las cosas que nos rodeen según un procedimiento familiar porque lo observamos frecuentemente en nosotros mismos; explicarlas por una voluntad viviente en ellas, porque nos es imposible separar la idea de un hombre de la de una voluntad activa en él y determinando todas sus acciones, todo esto pertenece absolutamente al primer escalón de la actividad intelectual de la especie humana.

Schopenhaüer, por la corrección de la forma y una terminología científica, ha dado á su sistema apariencia bastante culta para poder presentarlo á las gentes instruídas; pero este sistema es en su esencia de lo más asombroso que se ha registrado en la historia de la filosofía; no se refiere á otra cosa que á las recaídas del espíritu humano en antiguos delirios y locuras de los que creía haber triunfado. Un pensador de los más esclarecidos, como Schopenhaüer, concede á los seres inorgánicos, para comprenderlos, una voluntad parecida á la del hombre (aunque en este mismo algunos de los hechos más importantes, los de la nutrición, por ejemplo, se llevan á cabo sin la influencia de la voluntad); su sistema se recibe favorablemente por gran número de espíritus escogidos. ¿Cómo no comprender entonces que el cazador de mamouts de la época cuaternaria, generalizando las pobres observaciones hechas á cuenta de su *yo* limitado, pudo explicarse la Naturaleza suponiendo un creador hecho á su imagen, pero más fuerte y más terrible, con una hacha de piedra más grande y un apetito más vigoroso?

La idea de una voluntad como causa de los fenómenos del mundo, y por consecuencia el creer en un Dios ó en dioses personales, no es más que una parte de la re-

ligión; ésta, en efecto, no contrae sus ensayos á definir la Naturaleza; se ejercita también respecto al hombre y al lugar que ocupa en el mundo. A las ideas religiosas pertenece asimismo la de un alma en el hombre y una supervivencia de esta alma después de la muerte. Creer en la inmortalidad es el complemento de la creencia en Dios, y forma con ella un vasto sistema sobre el que se ha podido sostener un orden social y una moral, porque ha suministrado la definición precisa de lo bueno y de lo malo, la distinción entre la virtud y el vicio, una recompensa y un castigo futuros, unido á la inmortalidd del individuo con sus atributos esenciales, el sentimiento y la razón. Sin embargo, la creencia en el alma y en que es inmortal no reposa sobre la causalidad y el antropomorfismo; proviene de otro origen que examinaremos de cerca.

Ocurre preguntarse frecuentemente si la creencia en el alma y en su inmortalidad ha precedido ó seguido á la creencia en Dios, y si todas las ideas religiosas no provienen del culto de las almas, pasando por un grado intermedio: la creencia en los demonios. En efecto, muchos pueblos de la antigüedad, y las tribus aún hoy salvajes, han concedido y conceden más importancia á la idea del alma que á la de un sér supremo; nos lo prueba el culto de los muertos en Egipto; el respeto á los lares y á los antepasados en Roma, los antiguos celtas y germanos, bebiendo la sangre de los enemigos muertos, y el antropofagismo de algunas tribus del Africa interior y de las islas del mar del Sur. El antropofagismo es evidentemente seguro que no proviene de una necesidad irresistible de carne, como han pretendido observadores superficiales, sino de la mística esperanza de que las cualidades del enemigo muerto pasaran al hombre que se lo comía.

En suma, la cuestión de anterioridad de la creencia en el alma ó en Dios es secundaria. Lo cierto es que el hombre ha tenido desde muy antiguo la idea de alguna cosa diferente de su cuerpo y determinando la vida, sobreviviendo después de la muerte y de la destrucción de la forma exterior. Lo que dió la primera idea de esto fué un examen inexacto de las leyes de la Naturaleza. Sentíanse en el hombre vivo movimientos misteriosos, tales como los latidos del corazón, las pulsaciones de las arterias. En el hombre muerto todo está inmóvil. El papel que hoy se le concede al corazón como sitio de las afecciones en el lenguaje vulgar, atestigua la solicitud que sus movimientos sorprendentes excitarían desde luego. El hombre poco familiarizado con la lógica tiene costumbre de unir por un lazo de causalidad los fenómenos que se suceden. Pues que en un muerto todo es reposo, ha deducido de ello que lo en que un vivo se agita y mueve debe ser en la causa determinante de la vida. Cuando se vive, aquélla existe; cuando se muere, aquélla se va, abandona el cuerpo. Pero, ¿qué es ese algo? La fantasía del hombre primitivo dió respuestas diversas á esta pregunta, diferentes soluciones á esta cuestión. Un punto sobre el que convienen casi todos los pueblos en su infancia, es el de atribuir al principio vital, al alma, la forma de un animal. Los unos optan por una paloma, los otros por una mariposa. Algunos, capaces de ideas más abstractas, se la representan como un soplo ó una sombra. Los fenómenos inquietantes é inexplicables del sueño y de los delirios llegan á ser, gracias á estas hipótesis, susceptibles de una explicación que satisface al espíritu inculto. El alma, este habitante material y organizado del cuerpo, esta especie de parásito del sér viviente, experimenta á veces la necesidad de abandonar

su jaula. Entonces el cuerpo cae en un estado parecido al que le espera cuando el alma le abandona para siempre: no sabe ni siente nada, no se mueve, duerme. El alma se pasea en otra parte; hace y examina toda clase de cosas; le queda de ello un recuerdo confuso cuando vuelve á su morada habitual; éstos son los sueños.

Jacobo Grimm refiere, según Paul Diacre, la leyenda siguiente: Habiéndose quedado dormido, un día que iba de caza, Goutrán, rey de los francos, el servidor que le acompañaba vió un animalillo parecido á una culebra salir de su boca, huir rastreando hasta un arroyo vecino, pero no lo pudo atravesar. El criado sacó su cuchillo y lo depositó en el arroyo. El animal pasó por él; volvió algunas horas después y entró por la boca del rey. Este despertóse entonces, contando á su compañero que vió en sueños un gran río sobre el cual existía un puente de hierro, que él había cruzado. Otra leyenda que se encuentra igualmente en Grimm, nos habla de una criada dormida, de cuya boca salió un ratoncillo rojo. Se volvió la sirviente del otro lado, lo cual impidió al ratón á su vuelta encontrar la boca, y la criada no se despertó más.

Y este misterioso habitante de cuerpo humano, que explica tan fácilmente los grandes enigmas de la vida y de la muerte, del sueño y del delirio, ¿dónde estaba antes del nacimiento de su huésped? ¿Dónde va después de su muerte? ¿Ocupó antes otros cuerpos, y luego ocupará otros todavía? Esta es la creencia en la metempsicosis. Ó bien nace solamente con el cuerpo, y cuando éste muere queda cerca de él; ésta es la idea del viejo Egipto, que tiene por consecuencia el embalsamamiento de los cadáveres. Que este principio vital muera con el cuerpo; he aquí lo que el hombre primitivo no admite; y es

muy natural; el nada absoluto es una idea extraña y hostil al pensamiento humano, y éste se encuentra también en la imposibilidad de comprenderla. No se puede exigir de una máquina que produzca fuerza superior al poder de sus ruedas. La idea de la nada es una producción que excede á la potencia del aparato del pensamiento humano.

Se habla del «horror del vacío» de la Naturaleza: también es grande el horror del «vacío de la facultad de pensar». Lo que el hombre piensa es suyo. Sin *yo*, nada de pensamiento, nada de idea, ni aun siquiera de sensación. La idea de la nada es asimismo concebida por el *yo*; pero en tanto que éste se esfuerza en representársela tiene al mismo tiempo la plena conciencia de que existe, y esta simultaneidad pone un obstáculo invencible á la idea real y clara de la nada. Para poder formarse una imagen exacta de ella, sería necesario que el *yo* cesase un instante de sentirse con vida; es decir, que debería ser inconsciente, incapaz de pensar. Pero entonces no podría tampoco pensar en la nada; éste es un círculo vicioso de que el hombre no puede salir. Sólo por las maravillas de la abstracción, la filosofía ha llegado á la idea del *nirvana*, de la nada absoluta, de la ausencia completa de materia y de movimiento.

Esta idea de la nada absoluta, del término del mundo y del *yo*, el espíritu humano la concibe todavía; pero la de una desaparición del *yo*, y que haya de continuar el mundo, le subleva irresistiblemente. ¿Cómo? ¿estas cosas que no son tales como nosotros las concebimos, de las que no podemos representarnos la existencia si no la vemos, estas cosas deben seguir durando, y lo único que les da vida, el *yo* que las concibe, es lo que debe cesar? No es posible imaginarlo así. Que al mismo tiempo

que el *yo* el mundo entero desaparezca, que el *nirvana* haga su presentación, es una idea posible, y hasta en cierto modo á propósito para darnos un consuelo egoísta. Pero que el *yo* cese, y que el mundo continúe subsistiendo sin variar, no tiene sitio en el marco de nuestro pensamiento, fundado sobre el *yo*. Encontramos bueno ahogarnos en un torrente de palabras y persuadirnos por una ilusión orgullosa que definiciones y fórmulas alambicadas nos representan algo claro é inteligible; no poseemos una idea de la nada que no tengamos también del infinito, que se puede muy bien ajustar á formulas, pero no hacer entrar en nuestra cerebro. Puesto que el hombre civilizado tiene á lo sumo un vago presentimiento de la nada y del infinito, ¿cómo el hombre primitivo pudo realizar un trabajo casi sobrehumano del pensamiento? Ha necesitado muchos siglos de dura preparación intelectual. Cuando la facultad de pensar estaba poco desarrollada, la idea de la nada debía ser incomprensible para el hombre, en tanto que la de la duración eterna del *yo* la encontraría natural y hasta necesaria: el hombre debió llegar á la idea grosera de una resurrección corporal de los muertos y á la más sutil de una inmortalidad del alma incorpórea, conservando no obstante de una manera extraña los atributos intelectuales del individuo, la voluntad, la sensibilidad y el pensamiento.

He aquí lo que pensé decir al afirmar más arriba que la religión es una debilidad funcional debida á lo imperfecto de nuestra inteligencia, y una de las formas de nuestra naturaleza limitada. La causalidad y la incapacidad de representarnos fuerzas de otra manera que bajo los aspectos orgánicos habituales condujeron al hombre á la idea de Dios; la observación inexacta de los fenómenos de la vida y de la muerte, del sueño y del delirio,

le llevaron á la hipótesis de un alma, y la imposibilidad en el *yo* de suponerse no existente le trajo la creencia en la inmortalidad, no importa en qué forma. La hipótesis de una vida después de la muerte no es más que una muestra del instinto de conservación personal; á la manera que éste no es otra cosa que la conciencia de la fuerza vital funcionando en cada célula de nuestro organismo. La fuerza de la vida es idéntica á la voluntad de vivir.

El que ha visto morir muchas personas sabe con qué docilidad se resigna el indivíduo á la idea de la muerte cuando siente su fuerza vital del todo consumida por los años ó por su dolencia, en tanto que tiene una pena extremada al aceptar la necesidad de su fin, si un golpe imprevisto viene á herirle en plena juventud, cuando confiaba en el porvenir. El suicidio no contradice más que en apariencia esto que acabo de expresar. Sin duda supone voluntades muy enérgicas que no pueden asimismo ser sino la prueba de una vitalidad igualmente enérgica; parece también que en este caso la fuerza para vivir es lo contrario de la voluntad de vivir. Pero ciertamente el suicidio, cuando no es el resultado de un ofuscamiento momentáneo de la conciencia, es un acto irracional en defensa de la vida contra los peligros que la amenazan; el que se da la muerte, teme un daño físico ó moral y se horroriza de las dificultades de la existencia; no se cometería este acto extremo, si considerando friamente esas dificultades, comprendiéramos que aun poniendo las cosas en lo peor, no puede ocurrir más que perder la vida.

Todo suicidio tiene en sí algo de un hecho que frecuentemente se observa; es la acción del militar que se mata antes de la batalla, por hallarse dominado del mie-

do á los peligros; no se mata, pues, de ningún modo, sino al contrario, á causa de un deseo de vivir llevado hasta la pérdida total del raciocinio. El afirmar que la fuerza para vivir es idéntica á la voluntad de vida no tiene, pues, excepción, y esta voluntad no termina ni aun ante el hecho de la muerte. El organismo que experimenta en todas sus células el torbellino de los fenómenos vitales, es inaccesible á la idea de una cesación completa de este movimiento fecundo y delicioso. El individuo concibe su propia existencia como eterna, su propio fin como infinitamente lejano, aunque ¡cosa bien extraña! puede muy bien concebir la muerte de otro individuo. Una gran cultura nos permite sólo á fuerza de abstracción, de analogía y de tacto, llegar á una idea que haga posible á nuestro espíritu, ó más bien á nuestro sentimiento, la inteligencia de que desaparezca el propio sér individual, por la idea de una estrecha solidaridad del individuo con la especie; se consideran entonces las generaciones ulteriores como continuación inmediata y grados sucesivos de desenvolvimiento de generaciones que han precedido, y se encuentra en la duración de la humanidad un consuelo que algo indemniza de la caducidad propia.

Las causas que han obrado en el hombre primitivo continúan su acción hoy, de una parte bajo su forma primordial, de la otra en la esfera de lo inconsciente. El antropomorfismo sigue impuesto á todo espíritu que no vigila muy severamente el nacimiento y desarrollo de sus ideas; la facilidad con que nos revestimos de abstracciones por imágenes familiares, es causa de que cada uno de nosotros se represente lo inmaterial bajo la forma grosera de procedimientos orgánicos observados en la vida del animal ó de la planta.

En cuanto á la incapacidad de representarnos el término del *yo* de una manera clara, no es menor hoy que en no importa qué época. En la esfera de lo inconsciente la superstición primitiva continúa obrando, gracias á la ley de herencia. Este, dice el filósofo francés Th. Ribot, es para la especie lo que la memoria es para el individuo. En otras palabras: la herencia es la memoria de la especie. En cada ser particular continúan viviendo las ideas de los antepasados, bajo la forma de recuerdos en ocasiones obscuros, pero presentes siempre, y no necesitando más que un impulso exterior para surgir del todo esclarecidos, para inundar con sus rayos la vida del alma entera. La herencia es un yugo al cual no podemos sustraernos. De la misma manera que nos es imposible determinar según nuestro deseo la forma del propio rostro y cuerpo, somos impotentes para cambiar la fisonomía íntima de nuestro pensamiento. Esto explica los rasgos de superstición, ajenos á la voluntad, que sorprendemos frecuentemente con un doloroso asombro aun en los espíritus más claros, y los movimientos de sentimentalismo religioso á los cuales están sujetas en particular las almas poéticas, porque en ellas la herencia juega un importante papel. Este manantial de ideas suprasensibles no llegará á agotarse sino paulatinamente por medio del trabajo acumulado de numerosas generaciones; serán necesarios millares de siglos para que el hombre se halle inclinado desde su nacimiento á considerar los fenómenos del mundo y de la vida de una manera científica y conforme á la razón. Hoy nos encontramos desde la infancia dispuestos á mirarlos de un modo supersticioso é irracional, porque, no ya cien generaciones, sino quizás cien mil, han tenido antes de nosotros la costumbre de pensar defectuosamente.

A las causas principales que hemos enumerado vienen á unirse otras que tal vez por sí solas hubiesen sido insuficientes para despertar las ideas de un Dios y de un alma inmortal, pero que no por eso contribuyen menos poderosamente á mantenerlas. Uno de los motivos secundarios de la persistencia del sentimiento religioso, á despecho de la emancipación moderna, es la natural cobardía del hombre. Este, en efecto, no renuncia de buen grado á tan poderoso auxiliar, y no se allana fácilmente á verse colocado solo y sin ayuda en presencia de sí mismo, á poder recurrir únicamente á su propia fuerza sin contar con ningún aliado ó defensor invisible. Rara vez produce la humanidad un individuo que sostenido por el sentimiento de su valer y por la alta conciencia de sí mismo, esté dispuesto á considerar la vida como un combate en el que debe manejar vigorosa y hábilmente espada y escudo para salir vencedor en él, ó al menos, sano y salvo. Estos hombres excepcionales, que representan el tipo más valiente y acabado de nuestra especie, elévanse á jefes de partido, conquistadores, ó pastores de pueblos. Desprecian los caminos trillados y se trazan vías nuevas. No aceptan pacientemente el destino que las circunstancias les preparan; desean formarse uno particularísimo, aunque en él perezcan. Pero la inmensa mayoría de los hombres no tienen ni esta independencia ni esta audacia. Los individuos vulgares quieren sostener la lucha por la vida, no como un combate singular, sino como un empeño en masa, en cerrada línea de batalla; han de sentir compañeros de pelea á su lado y detrás de ellos, y á ser posible, delante. Necesitan oir gritos de mando y obrar bajo altas responsabilidades. Los hombres de esta especie se agarran á la fe como á un arma y á un consuelo. Les tranquiliza la idea de que en medio de las

tempestades más peligrosas de la existencia se encuentran bajo la protección particular de un Dios ó de un ángel custodio. De este modo el obrero más vulgar tiene la satisfacción de compartir el privilegio de Aquiles, á quien protegía constantemente en la guerra el escudo de Palas Atenea. ¡Y de qué sentimiento de valor no es uno capaz cuando posee la certeza de que en todas las situaciones de la vida está provisto de un arma poderosa: la oración! Con dificultad llegaremos á desesperarnos, teniendo la certidumbre de poder con una palabra, con una invocación, desviar cualquier infortunio.

Pongo un caso extremo. Un aeronauta cae de la barquilla de su globo desde la altura de algunos centenares de metros. Si es librepensador, sabe que está irremediablemente perdido, y que no hay poder capaz de impedir que su cuerpo se halle en tierra diez segundos después, destrozado y sangriento. ¿Es, por el contrario, creyente? conserva en el espacio que dura la caída, en tanto que no ha perdido el conocimiento, la esperanza de que una fuerza sobrenatural, que él puede hacer intervenir con la ayuda de una oración, suspenderá en su favor durante un minuto las leyes de la Naturaleza y le depositará dulcemente sano y salvo en tierra. Mientras la conciencia existe, se halla dominada por el instinto de conservación, obstinadamente ligado á su derecho de apelar de una irrevocable condena de muerte, á una posibilidad fabulosa de salvarse. El alma humana no tiene ningún bien más querido que las ilusiones; pero este bien no es más grandioso ni da mayor consuelo que el de la fe y la oración. Los hombres vulgares en sus grandes aflicciones se dejan llevar por la superstición infantil, en tanto que no se hallan bastante penetrados del concepto científico del mundo, para considerar la muerte de un individuo, esto es, su pro-

pia muerte, como un caso de muy poca importancia para la especie y para el universo; tanto, que la unión de la humanidad no será bastante extensa ni sólidamente organizada hasta que en las necesidades presentes cada individuo pueda recurrir con una absoluta confianza y de una manera instintiva á sus semejantes, y no á incomprensibles poderes sobrenaturales.

Otra causa secundaria de la persistencia de los sentimientos religiosos es la necesidad de un ideal que sea indeleble en el alma de cada hombre, aun del más grosero. ¿Cuál es este ideal? El tipo lejano tras el que la humanidad se desenvuelve y perfecciona, y no sólo el modelo de la forma corporal, sino también el de la vida del alma, de la manera de pensar, de la constitución de la sociedad. La tendencia á este idealismo, la aspiración hacia él, son innatas en todo hombre constituído normalmente, así en lo moral como en lo físico; este es un hecho orgánico en el que no es imprescindible la conciencia, y que hasta en el pensador más perspicaz y profundo ofrece un lado inconsciente,

Ya sabemos cómo se alza un terraplén de camino de hierro. Plántanse primero jalones de madera que marcan el perfil del terraplén; después los operarios amontonan la tierra hasta que la masa toma la altura y forma indicada por las paletas. Cada sér viviente posee en sí una ley de formación y de desarrollo que tiene relativamente á él mismo igual importancia que las paletas fijas en tierra tienen en la elevación de un terraplén; nace en un marco invisible, pero en absoluto real, en éste crece y procura llenarlo. Cuando un organismo alcanza la forma que representa el punto extremo de su facultad de desenvolvimiento, ha obtenido la perfección y se ha idealizado á sí mismo. Habitualmente el individuo está

fuera de su tipo ideal; pero el aspirar á él es el principio misterioso de su conservación personal y de su crecimiento, es decir, de todos los hechos orgánicos que en él se realizan.

Cada especie tiene en sí, lo mismo que el individuo, su punto de desarrollo y todo lo que es necesario para alcanzarlo. Nace, se encuentra con órganos para llegar á una talla y una fuerza marcadas de antemano y para vivir un tiempo fijo; crece hasta cierta altura, declina en seguida, y desaparece, finalmente, dejando sitio á otra forma más elevada, á la cual ha servido de primer grado, ó mejor dicho, de ensayo ó bosquejo. La paleontología nos enseña á conocer toda una serie de especies animales que han vivido durante una época geológica determinada, aniquilándose después. Esto puede aplicarse también á la humanidad, que en su conjunto es una unidad zoológica gobernada por una ley vital única y ha nacido en período geológico marcado; que éste caiga hacia los comienzos del cuaternario, ó que se le deba colocar en la parte media ó reciente del terciario, importa poco á nuestra argumentación; el Hombre se extinguirá después de todas las analogías en una época indefinida. No podemos más que suponer las formas que le han precedido; las que le han de seguir se ocultan absolutamente á nuestra previsión. Pero en tanto que la Humanidad viva sobre la tierra, y no haya llegado al punto culminante de su desaraollo, se esforzará sin descanso en llenar el marco invisible que limita el progreso de su forma; y este anhelo hacia la perfección de su tipo, este engrandecimiento hasta la altura de su medida ideal, todos los hombres, salvo los idiotas, lo sienten y necesitan, aunque muchos de ellos de un modo harto débil.

En los hombres escogidos este sentimiento llega al es-

tado consciente; en los otros se reduce al límite de una aspiración indeterminada y llena de presagios, que puede llamarse como se quiera, un vivo deseo de elevarse ó necesidad de ideales; bajo uno ú otro de estos nombres, no es más que un poderoso anhelo del hombre de salir del aislamiento individual y de conocer claramente el grado de unión con sus semejantes, El lazo que une á todos los individuos en una especie, hace también de la especie misma una unidad zoológica, un individuo de orden superior; dicho plazo se arrolla al corazón de todo hombre que lo considera como un medio de solidaridad. Pero ésta ha de manifestarse. Cada uno de nosotros tiene horas en que experimenta la necesidad imperiosa de saber que forma parte de un gran todo, de persuadirse de que en su existencia individual obran la existencia de la especie y su poderosa fuerza de vida, que su desenvolvimiento aislado es la imagen microscópica del que en masa efectúa la Humanidad; en resumen, la conciencia que tenemos de que es idéntico nuestro organismo á otro superior y sublime, prospera; y no dejándole todavía prever ningún fin, da al hombre un consuelo de importancia suma para la limitación, la pobreza y la brevedad de su propia existencia.

El hombre ilustrado tiene mil medios de satisfacer esta necesidad sin salir de su gabinete de trabajo. El examen del desarrollo de la Humanidad á través de las edades, el estudio de los grandes pensadores y poetas de todos los tiempos, la concepción de la armonía del mundo tal como lo expone la ciencia; y si estos medios solitarios no le agradan, las relaciones sociales con otros espíritus también ilustrados; he aquí más de lo que necesita para poder salir en cualquier instante de su aislamiento y participar de la existencia general de la Humanidad.

Pero ¿cuál es el estado del hombre del pueblo? ¿Cuándo halla ocasión de sentirse hombre en medio de todos los demás? ¿Cuándo se le demuestra que tiene el derecho y el poder de elevarse sobre el animal que come, reproduce y muere? ¿Cuándo encuentra en su lucha por el pan cuotidiano y por la satisfacción de las necesidades más groseras, el momento de descender á sí mismo, de mirar encima de sí y de orientarse en la Humanidad y en la Naturaleza? Hasta hoy el hombre vulgar no ha conseguido sino por la religión ascender á una existencia más alta; el ideal no le ha sido accesible sino bajo la forma de la fe. El domingo significaba para él, no solamente reposo corporal, sino también dilatación de todas las flores del alma; la iglesia era su sala de fiesta, el sacerdote su intermediario para ponerse en relación con Dios y los santos. En el templo, veíase en un soberbio edificio que le pertenecía tanto como su miserable cabaña; en el culto divino, se encontraba asociado á un acto que no tenía por objeto directo su alimento, su vestido ó algún otro fin material. En medio de los demás creyentes, él era miembro ó título de una gran comunidad, y las relaciones que le unían á todos sus vecinos se afirmaban claramente á sus sentidos por los ejercicios del culto, las genuflexiones, los signos de la cruz que él hacía con ellos y al mismo tiempo que ellos. El sermón era la sola palabra humana elevada que hería su oido, despertándolo un poco de la pesadez habitual de su rudimentario pensamiento; ésta es una causa poderosa de su adhesión á la fe: y continuará subsistente, conservará su fuerza en tanto que la nueva civilización no compense al hombre del pueblo de las emociones y las satisfacciones modestas que siente hoy al considerarse hombre y hallarse afiliado á una religión consoladora.

Esta compensación le será ofrecida, lo es en parte desde ahora. La palabra del poeta y del pensador volverá superfluos los sermones; las salas de teatro, de concierto y de conferencias reemplazarán las bóvedas de los templos. Los gérmenes de las transformacinnes futuras son ya visibles por doquiera. En los países que poseen libertad política, la multitud ignorante y miserable busca en las reuniones públicas, donde se habla de los intereses comunes del país, la distracción del domingo y el progreso hacia el logro de sus ideas. Allí donde existe sufragio universal, el individuo del pueblo en los días de votación siéntese verdaderamente hombre, con orgullo muy distinto que en los actos del culto, tales como la eucaristía, etc. En las numerosas Sociedades que organizan conferencias ó lecturas de obras poéticas, la masa popular escucha una palabra más humana y más comprensible que la de los sermones. Se puede solamente lamentar que estas Sociedades no ejerzan todavía su acción sobre las últimas clases del pueblo, que son las más necesitadas de esta benéfica influencia.

Quizá no esté lejano el día en que se llegue á un grado de cultura por el cual los hombres satisfagan su necesario deseo de elevación y desenervamiento, de emociones en común y de solidaridad humana, no ya por medio de fantasías religiosas, sino de un modo racional. El teatro volvería á ser como en el tiempo de sus principios en Grecia, hace dos mil quinientos años: un lugar de culto para los hombres; no viéndose entonces reinar en él la obscenidad, las canciones triviales, la risa estúpida, la semidesnudez lasciva; pero sí, en cambio, mediante una bella personificación, las pasiones y la voluntad, el egoismo y el desprendimiento: todos los discursos tendrían por base la existencia solidaria de la Humanidad. A los

actos benéficos seguirán los del culto. ¡Qué de emociones nuevas ha de experimentar el hombre en estas fiestas del porvenir! La hermosura clara y limpia de la palabra del poeta debe llevarle sin trabajo más allá del misticismo del predicador. Las pasiones de un poema dramático, por lo humanas, cautivan un espíritu para el cual el simbolismo de una misa carece de sentido. Las explicaciones de un sabio al exponer los fenómenos de la Naturaleza, los discursos de un hombre político tratando los asuntos del día, provocan en el auditorio un interés incomparablemente más vivo y más directo que la charlatanería ampulosa de un predicador que cuenta mitos ó define los dogmas. La adopción de huérfanos por la sociedad, el reparto de trajes y otros presentes á los niños pobres, los públicos testimonios de aprecio concedidos á ciudadanos beneméritos en presencia de la población con acompañamiento de canto y música, en ceremonias dignas é imponentes; todo esto da mejor idea que las funciones religiosas, á aquel que en ellas toma parte, del verdadero sentimiento de los deberes que los hombres tienen entre sí, y de su unión por un lazo de solidaridad.

Así es como yo me represento la futura civilización; así es también como un día, en mi concepto, el hombre más ínfimo verá su propia vida ligada á la vida común. En las fiestas poéticas, del arte, del pensamiento, ensanchará su estrecho horizonte individual hasta el vasto de la existencia de la especie; llegando sin duda á penetrarse de los ideales de la Humanidad para su más completo desarrollo. Pero hasta que se realice este cuadro del porvenir, la mayoría buscará sus placeres del alma en la religión, ó mejor dicho, en sus manifestaciones exteriores, en las bóvedas de la iglesia, en las vestiduras so-

cer todo esto, fingen un respeto sin límites por ese viejo libro; oféndense cuando se habla de él con entera libertad como de otras producciones del ser humano; forman potentes Sociedades que disponen de sumas fabulosas para repartir la Biblia por millones de ejemplares en el mundo entero; y pretenden encontrar asimismo en ella una fuente de virtud y elevación moral.

Las liturgias de todas las religiones positivas descansan sobre ideas y costumbres que tienen su origen en la más antigua barbarie del Asia y del Norte de Africa. El culto del Sol de los arios, el misticismo de los budistas, el culto de Isis y de Osiris en los egipcios, han suministrado su contingente á los actos religiosos y á las oraciones, á las fiestas y á los sacrificios de los judíos y los cristianos. Y los hombres del siglo XIX conservan un semblante serio y hasta solemne, repitiendo las genuflexiones, muecas, ceremonias y preceptos imaginados hace ya muchos millares de años, en la edad de piedra y de bronce, sobre el Nilo ó el Ganges, por hombres ignorantes é incultos, para dar una forma sensible á las ideas del más grosero paganismo respecto al origen del mundo y la fuerza que le gobierna.

Más pudiéramos decir de esta indigna comedia, y aun más de relieve nos resultaría del grotesco contraste entre la civilización de nuestra época y las religiones positivas; pero nos es muy difícil hablar de esto con templanza. La contradicción es tan monstruosa, que los mejores argumentos de la crítica son impotentes, como lo sería la mejor escoba contra las montañas de arena del Sahara; sólo la risa de Rabelais, ó el tintero lanzado con terrible cólera por un nuevo Lutero, podría conseguir el fin.

¿Cómo mostrar cada rasgo de la mentira religiosa? Es

preciso contentarse con poner ejemplos al azar. Los diplomáticos usan de corrupciones y de amenazas para decidir á los Cardenales á nombrar un Papa de su gusto; y cuando estas intrigas laboriosas dan resultado, los mismos diplomáticos reconocen al Papa una autoridad que supone ser el Espíritu Santo quien lo ha escogido por sucesor de San Pedro. La elección de un Papa es un acontecimiento importante para millones de gentes que ríen á carcajadas cuando leen el relato de que se ha instalado un nuevo dalai-lama después de la muerte de su predecesor; sin embargo, los dos sucesos tienen entre sí la más grande semejanza. Los gobiernos envían representantes cerca de un hombre cuya importancia consiste en poder dar á Dios nuevos santos, asegurar á las almas recompensas en el cielo y librar á los pecadores de las penas de una combustión póstuma. Al hacer tratados con el Papa, dichos gobiernos reconocen solemnemente que aquél posee en efecto una influencia particular cerca de Dios; que se halla dotado por él de una parte de su poderío sobre la Naturaleza y la Humanidad, y que se deben á un personaje tan formidable consideraciones que ningún otro hombre tiene derecho á pretender. Estos mismos gobiernos no sienten escrúpulo al enviar expediciones al interior del Africa y en burlarse de un encantador negro que viniera á impedir á sus emisarios penetrar en aquel territorio, amenazándoles con la cólera del fetiche, del cual se juzga el más poderoso favorito y consejero. ¿Quién medirá la diferencia entre este pobre diablo de negro y el Papa romano, puesto que los dos pretenden ser primeros ministros de Dios, poder dirigir su rayo, y hasta recomendarle gentes para una recompensa ó señalarlas para un castigo? ¿Dónde está, pues, la lógica de los europeos ilustrados, cuando tratan al uno como

á un bromista gracioso y al otro como á una majestad digna del más grande respeto?

Cada acto religioso particular conviértese en una comedia culpable y de una indigna sátira cuando se ejecuta por un hombre instruído del siglo XIX. Este hombre se rocía de agua bendita, reconociendo así que algunas palabras dichas sobre aquel agua por un sacerdote, con acompañamiento de ciertos gestos, la han cambiado en su esencia, comunicándole virtudes misteriosas, en tanto que el más simple análisis químico probará que entre este agua y cualquiera otra no hay ciertamente más diferencia que la pureza. Rézase alguna oración, se hacen genuflexiones, al tomar parte en las misas y otros oficios divinos, admitiendo qne existe un Dios y que los ruegos, las muecas, los perfumes del incienso y los sonidos del órgano le conmueven agradablemente; pero sólo cuando las invocaciones son hechas con ciertas palabras y gestos, y si el ceremonial es practicado por personas vestidas de un modo convenido y extraño, con pequeñas capas y ropajes de un corte y mezcla de colores que ningún hombre razonable querría llevar. El simple hecho de que una liturgia se halla establecida y minuciosamente observada, no puede ser traducido sino de esta manera por el lenguaje de todo hombre de buen juicio. Los sacerdotes aprendieron de origen cierto que Dios no sólo tiene la vanidad de escuchar cumplimientos, alabanzas, adulaciones de todos géneros, de querer que se ensalce su grandeza, su sabiduría, su bondad, todas sus otras cualidades, sino que á esta vanidad une el capricho de no aceptar dichas alabanzas y cumplidos sino bajo una forma determinada, y de ningún modo con cualquiera otra. Y los hijos del siglo de a ciencia afectan respeto por las liturgias y no sufren

que se traten estas bufonadas con el desprecio que merecen.

Más insoportable y más indigna todavía que la mentira religiosa del individuo, es la mentira religiosa de la comunidad. Muchas veces un ciudadano afiliado exteriormente á una religión positiva que practica, no oculta que en el fondo es extraño á la superstición, y que no está convencido de poder, si pronuncia ciertas frases, cambiar el curso de las leyes del mundo; arrancar al diablo un niño rociándole con agua bendita, y por el agua y las palabras de un hombre con capa negra abrir á un pariente muerto la entrada en el Paraíso. Pero como miembro de lo sociedad y del Estado, este mismo individuo no titubea en declarar necesarias todas las instituciones de la religión positiva, y hace cuantos sacrificios materiales y morales reclaman los soldados guardadores de la superstición reconocida y pagada por el Estado. Este mismo Estado, que funda Universidades, escuelas y bibliotecas, construye también iglesias; este mismo Estado, que nombra profesores, paga también sacerdotes; el mismo Código que decreta la enseñanza obligatoria de los niños, condena la blasfemia y la burla ú ofensa á las religiones estatuídas.

Reflexiónese bien esto. Vosotros decís que la tierra está inmóvil y que el sol gira en torno de ella, aunque se os demuestre lo contrario de una manera irrefutable y por todos los medios científicos; ó bien vosotros afirmáis que la tierra no tiene más que cinco mil y tantos años de existencia, aún se os pueden enseñar piedras conmemorativas de Egipto y de muchos otros países que tienen algunos millares de años más de antigüedad; y á pesar de este contrasentido, nadie os puede hacer daño, no se os encierra en una casa de locos, no se os in-

capacita para ejercer empleos y dignidades; no obstante, habéis dado la prueba más patente de que os falta en absoluto aptitud para juzgar y de que no poseéis las cualidades intelectuales necesarias para administrar vuestros propios intereses, y menos todavía los intereses públicos. Vosotros, por el contrario, afirmáis no creer en la existencia de un Dios, y que el Dios de las religiones positivas es el producto de espíritus infantiles, vulgares ó tímidos: al punto os exponéis á una persecución judicial y á ser declarados incapaces de ocupar empleos y puestos honoríficos. Sin embargo, no se ha dado todavía ninguna prueba seriamente científica ó razonable de la existencia de Dios. Las pretendidas pruebas que hasta el teólogo más crédulo puede suministrar, están muy lejos de ser tan claras y convincentes como aquellas con las cuales el arqueólogo y el geólogo demuestran la antiguedad de la civilización humana y de la tierra, ó las que dan los astrónomos para demostrar el movimiento de ésta alrededor del sol. Asimismo, colocándose bajo el punto de vista de los teólogos, es infinitamente más digno de excusa el que duda de Dios que el que duda de los resultados palpables de las investigaciones científicas.

Continuemos: el Estado nombra profesores, los paga con el dinero de los contribuyentes, les confiere títulos y dignidades, en suma, les transmite una parte de su autoridad, y estos profesores tienen por misión enseñar y probar que los fenómenos del mundo están regidos por leyes naturales, que la fisiología no conoce ninguna diferencia entre las funciones orgánicas de todos los seres vivientes, y que dos veces dos hacen cuatro. Sólo que al lado de estos profesores de ciencias exactas el Estado nombra también profesores de teología que tienen igualmente la misión de enseñar (no ya de probar, sino de

afirmar) que los hombres nacen con un pecado de origen, que Dios ha dictado cierto día un libro á un hombre, que en muchas circunstancias las leyes naturales han sido suspendidas, que una parte de harina puede, gracias á algunas palabras murmuradas sobre ella, convertirse en carne, y preciso es añadirlo, en la carne de un hombre determinado, ¡muerto pronto hará dos mil años; en fin, que tres hacen uno y que uno hace tres. El ciudadano sujeto á las leyes que escuche sucesivamente una lección de ciencias naturales explicada por un profesor del Estado y otra de un catedrático de teología investido de la misma autoridad, ha de encontrarse en un extraño embarazo. El primero le dice que después de la muerte el organismo se disuelve en sus partes elementales; el segundo le asegura que muertas ciertas personas, no solamente se conservan intactas, sino que aún vuelven á la vida. Y las dos enseñanzas las recibe bajo la garantía del Estado ¿A qué profesor debe dar crédito? ¿Al teólgo? En este caso, el naturalista miente. ¡El Estado paga un embustero y le da con pleno conocimiento de causa la misión de extender las mentiras entre la juventud! ¿Debe creer al naturalista? Entonces el teológo es el embustero y el Estado se hace culpable de la falta de engaño voluntario al apoyarlo. ¿Quién podría extrañar que ante tal dilema el ciudadano unido al Estado llegara á retirarle su respeto?

Pero no es esto todo. La comunidad persigue ante los tribunales á ciertas viejas que se hacen pagar por las jóvenes incautas bajo el pretexto de volverlas al cariño de sus amantes; pero esta dicha comunidad retribuye y honra á los hombres que sustraen el dinero á las mismas jóvenes ó á cualquier otra persona, bajo el pretexto no menos engañoso de librar con mojigangas del fuego del

purgatorio á sus parientes difuntos. La costumbre exige que se trate con respeto y obediencia á los eclesiásticos, principalmente á los altos cargos de la Iglesia, los obispos y los cardenales; á dicha costumbre se someten hombres que tienen á estos mismos eclesiásticos por embaucadores ó tontos parecidos á los curanderos de los Pieles Rojas, en que siguen también una liturgia, hacen ceremonias y rezan oraciones, pretendiendo con ellas poseer una influencia sobre natural. ¡Se ríen de aquéllos y luego van á besar la sandalia del Papa ó el anillo de un prelado!

Los diarios oficiales ú oficiosos refieren algunas veces, en son de burla, que en China el gobierno amenaza á un dios con destituirlo cuando no satisface ciertas necesidades del país, cuando, por ejemplo, no manda llover, no concede una victoria á las tropas imperiales, etc. Pero los mismos diarios imprimen á la cabeza de sus columnas un decreto gubernamental ordenando (como se ha hecho en Inglaterra después de la victoria de Tel-el-Kebir) dar gracias á Dios en un día fijo, en términos establecidos oficialmente, por haber prestado al pueblo en una cuestión ó circunstancia determinada su apoyo especial. ¿Dónde está la diferencia entre el decreto del gobierno chino suprimiendo á un dios de aquel país una parte de sus ofrendas porque ha consentido los estragos de una epidemia, y el decreto del gobierno inglés expresando á Dios un público reconocimiento porque defendió valientemente los intereses de la política inglesa en Egipto y se ha portado como amigo de Inglaterra y enemigo de los árabes? Ambos decretos suponen la misma manera de ver; pero los chinos son más osados y lógicos que los ingleses, que en caso de una derrota no se atreverían á expresar á Dios el descontento por la ne-

gligencia en cumplir sus deberes hacia la nación que le adora.

Lo he dicho anteriormente: sería muy largo demostrar la mentira religiosa en todos sus detalles; debemos, pues, limitarnos á algunos ejemplos, so pena de incurrir en mil repeticiones. Esta mentira penetra y desmoraliza toda nuestra existencia pública y privada. El Estado miente cuando ordena rogativas, cuando nombra sacerdotes, cuando llama á la alta Cámara á los príncipes de la Iglesia. La comunidad miente cuando edifica templos. El juez miente cuando pronuncia sentencias por sacrilegio ó por ofensa á las asociaciones religiosas. El sacerdote, hijo del tiempo moderno, miente cuando se deja pagar por actos y palabras que él sabe son mojigangas y boberías. El ciudadano emancipado miente cuando afecta respeto hacia el clérigo, cuando comulga ó hace bautizar á su hijo. En el seno de nuestra civilización existen aún formas antiguas de culto, que en parte se remontan al mundo primitivo; éste es un hecho monstruoso, y el lugar que ocupa aquí el sacerdote, equivalente europeo del curandero de América y del *almany* de Africa, es un insolente triunfo de la cobardía hipócrita y flaco espíritu, sobre la verdad y firmeza de los principios; este triunfo basta por sí solo para caracterizar nuestra civilización actual como mentirosa, nuestras formas políticas y sociales como imposibles de mantener.

LA MENTIRA MONÁRQUICA
Y ARISTOCRÁTICA

I

Si pudiéramos considerar las instituciones existentes no más que bajo el punto de vista artístico y estético; si si fuera posible examinarlas y juzgarlas con la independencia del príncipe Usbeck en las *Cartas persas* de Montesquieu, que en un mundo extraño sólo busca impresiones y que al perderlo de vista sacude el polvo de sus pies, no dudaríamos ciertamente al declarar que la organización que hoy tiene el mundo, está en hábil forma ordenada, que es lógica, y en suma, muy perfecta.

Todos los partidos se unen y eslabonan en ella nece tariamente, y de una á otra extremidad existe la sola y única línea racional que enlaza el todo. Cuando el edificio gótico del Estado y de la sociedad en la Edad Media se hallaba aún intacto, debió ser imponente y aparecer á los ojos de los que en él vivían, como un lugar á la vez seguro, cómodo y soberbio. Hoy no más que la fachada subsiste, en tanto que el resto del palacio yace en ruinas ó se ha destruído por completo, sin dejar á los que en él busquen abrigo ni un solo techo capaz de protegerlos de la lluvia, ni un solo muro que los resguarde del viento; mas la fachada conserva las proporciones del viejo edi-

ficio y continúa despertando en el ánimo del observador la idea de una construcción notablemente ingeniosa. Lo que en otro tiempo fué sólida fortaleza, es hoy una decoración de pura exterioridad y sin fondo alguno; pero aunque decoración de teatro, verdadera obra de arte en la cual todos los detalles se hallan íntimamente ligados. Quien no juzgue necesario examinar el interior del monumento en medio de sus escombros, y se coloque para para verlo á una distancia conveniente sólo á la perspectiva, deberá exclamar sin duda: «¡Magnífica obra, y notable arquitecto el que la realizó!»

La monarquía está inseparablemente unida á la religión y la envuelve bajo su forma histórica. La recíproca no existe. Una Iglesia determinada puede ser institución del Estado sin necesitar que éste sea monárquico. En teoría, no hay que aducir pruebas al afirmarlo; en la práctica, basta considerar las repúblicas de los indios y mestizos, en la América del Sur, gobernadas por los jesuítas; la república de los Estados Unidos, en la América del Norte, fundada sobre una base religiosa, y otras más que pudiéramos citar. En cambio, es imposible comprender la monarquía sin la creencia en Dios. Puede suponerse que un hombre fuerte y valeroso se apodere de la soberanía de un país, conservándola por la habilidad ó la fuerza; que someta á su nación por un golpe de mano; que se apoye sobre una sociedad de partidarios egoístas, encadenados á sus intereses mediante ventajas materiales, honores y dignidades, y sobre ellos y un ejército al cual conceda los primeros puestos en el Estado y haya conducido á la victoria, colmándole de oro y títulos; que apoyándose, repito, sobre todo esto, se coloque en la cabeza, á gusto suyo, una corona de emperador ó de rey, y se nombre monarca, protector, dicta-

dor ó presidente. En general se aguanta la dominación de un hombre de tales condiciones, porque obliga á ello la fuerza de su poder; pero es muy posible que la gran mayoría del pueblo se humille voluntariamente á él, no sólo porque es propio de la naturaleza humana dejarse transportar hasta el entusiasmo por el prestigio de los éxitos, sino también porque la generalidad de los hombres encuentra ventaja y comodidades en acatar lo que existe; y además, porque el César, si es un hombre superiormente dotado, puede muy bien gobernar de tal modo que el comercio y la industria florezcan, que la justicia sea rápida y segura, y que una multitud de ciudadanos, ocupándose no más que de sus intereses materiales, vean, agradecidos, su mesa ricamente servida y sus economías aumentadas. Semejante usurpador pudiera ser un hombre de claro talento, no perdiendo cosa alguna si renunciaba á la alianza de la religión. Apoyado en la espada, no tendría necesidad de los socorros de la cruz.

No temería la crítica de la razón por serle fácil oponer su fuerza á las consecuencias de aquélla. Al decirle un lógico: «Puesto que eres un hombre como nosotros y te hemos elegido voluntariamente por nuestro jefe, no hay motivo alguno para dejarte á perpetuidad el rango supremo y obedecer sin réplica tus órdenes», el tirano podría responder: «Tu argumento es irresistible, pero mi ejército lo es también; y me obedecerás, no porque esto sea razonable y justo, sino porque puedo obligarte á ello». En tal situación, no le es necesario á un amo apelar á Dios; le es muy suficiente que apele á su fuerza. Puede renuncir al óleo santo y á las bendiciones de los sacerdotes, toda vez que tiene de su parte la pólvora, y es sabido que las bayonetas de los soldados son, á lo

menos, tan persuasivas para la multitud como el misticismo religioso de una pomposa coronación.

Mas aun para este usurpador cambian las circunstancias desde el momento en que tiene un hijo al cual desea transmitir su poder. Tan pronto como esto ocurre, solicita los auxilios de la religión; entonces recuerda, de improviso, que los altares de las iglesias en la Edad Media servían de asilo y refugio para escapar á las persecuciones de la razón. La hoja de la espada no es ya suficiente, y le hace poner una cruz por empuñadura. Los orígenes del poder del César están rodeados de una claridad demasiado viva; hay que envolverlos en una nube de incienso. Se confunden con arte los párrafos salientes de su historia en los contornos vagos de una leyenda; recibiendo el sacerdote la misión de oponer á esta pregunta indiscreta: ¿Por qué el débil vástago, que jamás podría conquistar una corona por sí mismo, debe heredarla de su valiente padre?, la respuesta siguiente: «Porque Dios lo quiere así». Con este escudo procuran defenderse las nacientes dinastías. Mas para los hijos del siglo XIX los fusiles de un golpe de Estado no pueden ofrecer el aspecto del zarzal ardiente de Moisés, y es difícil penetre en nuestros cabezas que un combate en las calles sea una revelación de la voluntad divina. Cuando el heredero de un dictador no puede conservar su trono por los mismos medios que empleó su padre, de poco le servirá buscar en el cielo su derecho á la soberanía.

La Iglesia católica, en absoluto prohibe canonizar á un hombre antes de que hayan pasado cuatro generaciones desde que murió. Es necesario dejar á los creyentes tiempo bastante para que olviden su carácter banal de ser humano; porque aun teniendo la mejor voluntad, es muy difícil que se persuadan de que Pedro ó Pablo, con

quienes estuvieron sentados en los bancos de la escuela, poseen ahora alas de ángel y ocupan un sitio ante el trono del Señor como primeros solistas en el coro de cantores bienaventurados. En este punto la Iglesia es más hábil que los Césares, que pretenden realizar su metamorfosis en semidioses ante los ojos de sus contemporáneos, sin aguardar á que hayan olvidado las botas torcidas y las deudas no satisfechas de tan flamantes señores. Fué una gran falta política de los Bonapartes no satisfacerse con gobernar de hecho la Francia, sin hacer que les expidieran en la Iglesia de Nuestra Señora, para la coronación, un certificado de origen místico. El 18 Brumario y el 2 de Diciembre hacían superfluo tal certificado. El águila del Imperio no tenía necesidad de que le asociaran la paloma del Espíritu Santo.

Mas si un dictador puede prescindir de la religión, un monarca legítimo debe contar absolutamente con ella; es su razón de ser necesaria. En la inmensa mayoría de los casos, cualquier monarca es más bien inferior que superior al término medio de la inteligencia humana. Es raro que un príncipe sea lo que en la vida ordinaria se llama una cabeza capaz; en cuanto á un talento poco común ó á un genio, se ve aparecer en las dinastías históricas no más que alguna vez en el transcurso de los siglos. Entre los jefes actuales de los países civilizados, hay unos que se creen guerreros, otros sabios, otros juristas, escritores, pintores, músicos, etc. Toman muy frecuentemente un serio empeño, por ir lo más lejos posible en el ramo para el cual se juzgan con aptitudes, y sus producciones son con seguridad la suma completa de lo que ellos valen. ¿Y qué resulta de todos sus esfuerzos? Si no se les juzga con adulación y sí en crítica imparcial, se llega á deducir con certeza que sin su na-

cimiento Real no hubieran podido crearse jamás por sus propias fuerzas una posición desahogada. Este príncipe que se cree un buen guerrero, no habría llegado á general; este otro que se cree un jurisconsulto, probablemente no ganaría pleito alguno; el astrónomo quedaría sin obtener la más insignificante cátedra en cualquier Universidad; el autor dramático no llegaría á ver representar siquiera una de sus obras; el pintor nunca hubiera vendido un solo cuadro. Si tal monarca se llamara Mayer, Durand ó Smith, seguiría piadosamente detrás de todos en la general y constante lucha por ocupar los primeros puestos. Al preguntar si uno solo de ellos sería capaz de ganar su vida mediante un trabajo modesto, de fundar una familia y sostenerla, tendríamos necesidad de no poca indulgencia para admitir cuando más, que con sus facultades actuales y otro género de educación, pudieran llegar á ser pequeños industriales, tenderos sin carácter personal, empleados ordinarios ú oficiales obscuros.

Algunos, siquiera, tienen ventajas sociales; son hombres hermosos; saben en la intimidad sostener una conversación amena; podrían trastornar la cabeza de alguna rica heredera y hacer buenas bodas, cosa que constituye también una especie de talento. Hay otros á quienes se deben negar hasta cualidades como éstas, si no eminentes, á lo menos agradables. Son feos, enclenques, miserables, demasiado pobres de espíritu para mantener, ni diez minutos, de la más frívola tertulia de salón, y demasiado vulgares para que una mujer superior los ame nunca por sí mismos.

Pues bien; cada uno de estos príncipes ocupa en su país, y frente á frente de personas de su rango, en absoluto el mismo lugar; Federico el Grande como Fernando VII de España; José II como Fernando de Nápoles,

denominado el *Rey Bomba*, Leopoldo I de Bélgica, como Luis XV ó Jorge IV de Inglaterra, son igualmente sagrados, inviolables é infalibles. Su nombre brilla con el mismo esplendor en todos los actos oficiales; sus decisiones tienen idéntica fuerza y surten parecido efecto. Todos se inclinan ante ellos con igual respeto, les dan el título de Majestad y les llaman indiferentemente augustos, muy poderosos, muy graciosos. A la vista de un espectáculo como éste se rebela el buen sentido natural del hombre y pregunta: «Cobarde, incapaz, ¿por qué mandas á grandes generales y á poderosos ejércitos? Pobre ignorante que no sabes ni aun la ortografía de tu lengua materna, ¿por qué has de ser el protector supremo de las Academias y Universidades? Criminal, ¿por qué dispensas tú la justicia y decides de la vida de los acusados? Libertino inmundo, ¿por qué de la virtud y del mérito eres el remunerador? Espíritu impotente y mezquino, ¿por qué diriges en persona los destinos de un pueblo fuerte y determinas para lo futuro la tendencia de su desarrollo? ¿Por qué? ¿por qué?»

Tales preguntas no admiten una contestación razonable; no queda á la monarquía más que ésta: ¿«Por qué? Porque Dios lo quiere así». Respuesta estereotipada que aleja toda curiosidad indiscreta y toda crítica incómoda; gracias á ella la monarquía se hace preceder por doquiera de la majestad de Dios como de un heraldo. Cada vez que desea ejercer sus privilegios, empieza por recordar el origen sagrado de sus poderes. «Por la gracia de Dios», se lee en las monedas. «Por la gracia de Dios», dicen las leyes, los tratados, las actas. La gracia de Dios es en cierto modo la garantía que los monarcas presentan siempre que se trata de comprobar el estado de su crédito. Mas para que esta afirmación del poder

Real sea suficiente, es necesario que se crea en Dios, y he aquí por qué llega á ser el interés más grande y atendido de la monarquía mantener en el pueblo tal creencia por todos los medios posibles, ya sean hábiles ó ya violentos. Los monárquicos de verdad, que apasionadamente combaten la instrucción del pueblo, y que desean, por lo menos, que el Estado no ayude á mantenerla, poseen mil razones para ello. Son por esta causa los que predican: «El pueblo ha de tener una creencia», cuando se oponen á que se abran escuelas puramente láicas, cuando declaran que la separación de la Iglesia y del Estado equivale á destruir los fundamentos de éste.

El exigir que sea el Estado cristiano es una consecuencia lógica de su manera de pensar. Mas no hay en ellos bastante sinceridad cuando añaden: «Porque sin religión el pueblo no tiene moral, y el Estado que deja de ser cristiano abandona el campo á todas las malas pasiones, á todos los vicios y á todos los crímenes». El verdadero sentido del anterior aserto es el siguiente«: Porque la religión es el único fundamento de la monarquía hereditaria, pues el emancipar al pueblo conduce irremisiblemente al dominio del más fuerte ó del más capaz, es decir, á la dictadura ó á la república». He aquí una prueba de las costumbres engañosas de nuestra época; ni aun los monárquicos más osados tienen valor para confesar el verdadero motivo por el que desean conducir al pueblo al seno de la Iglesia. Debían exclamar resueltamente: «Necesitamos de la religión como de un escudo para la monarquía», demostrando ser audaces. Mas que pretendan sostener la religión á pretexto del orden, de la moral y del bien del pueblo, es hipócrita y cobarde.

El invento más absurdo de nuestro siglo es la monarquía liberal ó constitucional. Se ha querido establecer armonía y unión entre dos formas políticas, entre dos concepciones del mundo que se excluyen de un modo absoluto. Los defensores de este sistema encuentran muy cómodo que los negocios humanos sean regidos, no por la lógica, sino por la indolencia, por la fuerza de inercia; ó más bien, para decir la verdad, ven con sumo agrado que la lógica no haga valer sus derechos más que á largos intervalos. De otro modo, esta cosa fuera de razón, que se llama monarquía constitucional, no podría subsistir ni una hora. ¡Cómo, la monarquía ha sido establecida por Dios mismo y divide su poder sagrado con los mortales! ¡El monarca deja limitar su poder por los representantes del pueblo, y este poder es la traducción directa de la voluntad de Dios! ¿El monarca admite, por consiguiente, que se limite la voluntad de Dios? ¿Es posible esto? ¿No es una rebeldía contra ese Dios, un sacrilegio? Y un monarca, si es creyente, ¿cómo decide por una ley orgánica que tal sacrilegio sea permitido? Esta es la situación, examinada bajo el punto de vista de la monarquía por la gracia de Dios.

No es menos absurda la monarquía constitucional si la juzgamos por el lado contrario: el de la soberanía popular. Descansa en la suposición de que el pueblo tiene derecho á regir por sí mismo sus destinos. ¿De dónde procede este derecho? De su propia naturaleza. Es una consecuencia de su poder vital. El pueblo tiene derecho á gobernarse, porque en él está la fuerza; así como un individuo poseerá el derecho de vivir, porque tiene fuerza para ello, todo el tiempo que ésta le dure. Más si tal punto de partida es exacto, ¡cómo sufrimos todavía un rey hereditario, cuya voluntad sola vale tanto, si no más,

que la de todo el pueblo? ¿Cómo aguantamos un rey que tiene derecho á oponerse á la voluntad del pueblo, conforme éste lo tiene á oponerse á la voluntad del rey? Si el pueblo, en virtud de su soberanía, quisiera deponer al rey ó abolir la institución monárquica, ¿sería su mandato acatado por el rey? Si éste, merced á la misma soberanía, quisiera suprimir el Parlamento, ¿permitiéralo el pueblo? Al ocurrir cualquiera de estos conflictos, ¿qué suerte se hallaba reservada á uno ú otro poder? Dos soberanías en un Estado son tan imposibles como dos dioses en la naturaleza, quiero decir, dos dioses con los atributos que los creyentes conceden á su Dios único. A los ojos del rey por la *gracia de Dios*, el derecho popular debe ser completa negación de la omnipotencia de Dios; á los ojos del pueblo ilustrado, la monarquía por la *gracia de Dios* niega en absoluto el poder y la fuerza de la nación, que ésta posee y que es muy fácil comprobar.

Para comprender las monarquías constitucionales necesitamos hacer renuncia de la facultad de pensar. Con relación á la monarquía absoluta, es la constitucional lo que el protestantismo ortodoxo respecto al catolicismo. Este guarda consecuencia, el protestantismo obra arbitrariamente. La Iglesia católica reconoce á su jefe supremo el derecho de proclamar los artículos de fe y prohibe toda crítica en esta materia. La protestante concede que se discuta la fe con ayuda de la Biblia, pero no admite la crítica de la Biblia misma; la razón humana tiene derecho á moverse libremente hasta que llega á lo velado: entonces debe hacer alto. ¿Por qué? He aquí lo que no se explica. De esta manera existe y no de otra. Es el pensamiento circulando con limitaciones, la discusión con impedimentos que no le permiten avanzar sino hasta cierto punto. De igual modo tolera la monarquía

constitucional que se planteen las premisas positivas, mas sin admitir que se saquen las necesarias consecuencias. Reconoce como principio fundamental el derecho de la nación á decidir de sus destinos; pero niega al propio tiempo este derecho, proclamando el suyo como superior y primordial. Consiente que vaya en su séquito la lógica, pero con los dientes rotos y las piernas cortadas.

La monarquía absoluta, rodeada de las instituciones políticas de la Edad Media, cumple al menos con la lógica y satisface al espíritu que busca la proporción y la armonía. Es necesario hacer no más que un solo sacrificio, el de la razón; no hay más que aceptar sin crítica una sola premisa, y es, que el monarca debe sus privilegios á una gracia especial del mismo Dios; de ella se desprenden naturalmente todas las demás condiciones de la monarquía absoluta. Esto admitido, no hay que replicar al principio del derecho supremo que afirma no puede obrar mal el rey ni equivocarse, aunque mate, robe, viole ó cometa un perjurio. Además, le corresponponde hacer de su pueblo cuanto le plazca, sin que ningún mortal tenga derecho á oponerse; supuesta la gracia de Dios, se ha de ver claro como el día que su persona es sagrada y una verdadera encarnación de la Divina Providencia.

Un mandatario directo de Dios tiene derecho indubitable á esta situación, á este poder sobrehumano. El edificio perfecto de la monarquía de origen divino, que niega los derechos populares, es una bella obra de la inteligencia humana, cuyas líneas simétricas pueden agradar á la vista. El vasallo, nacido para obedecer, trabaja en paz con la regularidad de una máquina. Si posee lo necesario para vivir con alguna holgura, engruesa cómodamente. Si padece hambre, se consuela pensando que

así debe suceder, y que ya estaba previsto en el arreglo del mundo. No siente necesidad de cuidados puesto que los tiene el rey por él, y le organiza y procura su presente y su porvenir de la mejor manera posible. Que un día llega el vasallo á preguntarse, con penosa duda, si todo se halla perfectamente ordenado en el mejor de los mundos; aquí está la Iglesia para tranquilizarle asegurando que aun aquello mismo que no le parece satisfactorio emana en línea recta de los justos decretos de Dios, y que debe acallar á su propia inteligencia limitada cuando no consiga penetrarse de lo excelente que todo cuanto existe *es en realidad*. La monarquía y la religión ayúdanse con lealtad como dos conjurados y combaten fielmente por su bien común. El rey envía el pueblo á la iglesia, y el sacerdote le predica que se humille ante las gradas del trono. El rey salmodia: «Hay un Dios, y para quien no crea en El tengo carceleros y verdugos». El sacerdote contesta á la anterior estrofa: «El rey ha sido establecido por Dios mismo, y el que lo dude se atrae la pérdida de la salud eterna, sin contar los castigos terrenales». Afirma el rey que jamás pudo mentir un sacerdote, y éste asegura que los reyes no practican sino la justicia. Según se dice, dos testigos bastan para que se conozca la verdad; y el espíritu sencillo del pueblo debe hallarse impresionado de antiguo muy profundamente, cuando el uno de estos dos testigos lleva en los hombros manto de púrpura y una corona sobre la cabeza, y el otro usa vestiduras bordadas de oro y cruz guarnecida de brillantes. El testimonio de dos aliados unidos por intereses comunes no tendría valor, sin duda, ante un tribunal civil; pero á los ojos de los pueblos continúa teniéndolo después de millares y millares de años.

II

Si hago el proceso de la monarquía, no es para condenarla en beneficio de la república. Estoy muy lejos de sentir por ésta el entusiasmo sencillo de ese liberalismo tan común que se enamora del sonido de una palabra sin comprender su significación. Para muchos liberales la república es el primer fin que debe conseguirse; para mí es lo último. La república, si ha de ser un progreso y una verdad, implica necesariamente toda una serie de instituciones sociales, económicas y políticas, en absoluto distintas de las que hoy están en vigor. Mientras persista la vieja Europa en conservar sus formas actuales de civilización, la república será un contrasentido y una palabra vana. La revolución puramente política que transformase cualquiera de las monarquías europeas en república, haría, ni más ni menos, lo que hicieron en los primeros tiempos de la Edad Media los apóstoles del cristianismo cuando á los pueblos paganos les dejaban sus dioses, sus fiestas y sus costumbres, contentándose con darles nombres cristianos. El único efecto de semejantes revoluciones se reduce á pegar etiquetas nuevas en viejas mercancías, y presentarlas al pueblo crédulo como un producto mejor. La república es el último eslabón de una larga cadena de progresos; es la forma política en la cual se encarna la idea del derecho ilimitado de las naciones á gobernarse por sí mismas. Cuando esta forma tiene una base orgánica y no es puramente la etiqueta de un revocador, hace imposibles los privilegios y las distinciones hereditarias, la influencia preponderante de las riquezas, el poder de la burocracia y en una palabra, toda tutela ejercida sobre el

pueblo. Mas dejar subsistir el Estado tal cual es y contentarse con el cambio del nombre de monarquía por el de república, es hacer en política lo que hacen los libreros cuando introducen fraudulentamente libros prohibidos en los países donde existe la censura, después de haber tenido la precaución de arrancar el título sustituyéndole por el de una inocente historia para los niños, ó por el de un libro de oraciones.

¿Qué han sido las repúblicas italianas de 1848, la de España de 1868, y qué es, en fin, la república francesa de 1870, sino monarquías en las cuales el trono está vacante y que se entregan al pasatiempo de una mascarada republicana? Imaginemos en tiempo de Carnaval una reunión de gentiles-hombres representando la boda de dos aldeanos ó un campamento de bohemios. Sus trajes, sus modales y sus palabras serán las del pueblo bajo, cuyas apariencias imitan; mas no por eso dejan de ser la señora princesa y el señor conde; si el verdadero pueblo viniera á contemplarlos desde las galerías de la sala de baile, no vería ciertamente en esta mascarada la desaparición de las diferencias de clases. Pero ese mismo pueblo cree que alguna cosa real se desarrolla ante sus ojos cuando en un Carnaval político la monarquía se disfraza de república y ejecuta con paso distinguido danzas democráticas.

Una sola revolución ha comprendido que no es suficiente expulsar al rey del edificio del Estado y cambiar el nombre del palacio, para hacer una república: fué la gran Revolución francesa. Destruyó al mismo tiempo que al monarca todas las instituciones de la vieja monarquía. No se contenta con desembarazarse del cadáver, y, lo mismo que después de la muerte de un pestífero, arroja también á las llamas los vestidos y los muebles del di-

funto. La revolución francesa arrancó la monarquía con todas sus raíces y desmenuzó los terrones del campo histórico en el cual se había ésta engrandecido. Aniquiló á la nobleza tanto cuanto le fué posible, reduciendo á la nada las *cartas* de donde aquélla sacaba sus privilegios, arrasando sus castillos y persiguiéndola sin descanso hasta en los últimos vestigios que las diferencias de clases habían dejado en la lengua, suprimiendo la palabra «señor», empleada en la conversación, y que recordaba tiempos y hábitos de dominio y de obediencia. Aún hizo más: se consagró á cambiar por completo la manera de ver del pueblo. No debía subsistir ni una sola línea, ni un solo contorno de su horizonte intelectual, tratando asimismo de impedir que las viejas ideas expulsadas por la gran puerta de la ley política, se introdujeran de nuevo por el postigo de la indolencia.

Creó, pues, una religión nueva é inventó un nuevo calendario, en el cual, todo, el principio del año, el sistema cronológico, los nombres de los meses y de los días, se separaban de las antiguas divisiones; organizó fiestas diversas, prescribiendo costumbres distintas; en una palabra, construyó un mundo novísimo en el que no había ni el más leve recuerdo para el desarrollo histórico anterior. Y bien; ¿sirvió todo esto para el fin que se proponían? Puédense cambiar las vestiduras y el lenguaje, pero no rehacer el cerebro humano. Era incapaz de colonizar á Canaan la raza nacida en Egipto. La costumbre de muchos siglos tuvo más fuerza sobre los franceses que la ley misma con la guillotina por apoyo. La condesa *du Barry* subiendo al cadalso dijo al ciudadano Sansón: «Perdón, señor verdugo.» Inmediatamente después del terror, los bandidos repletos de millones, adquiridos por las rapiñas al Estado y por el tráfico de los bienes per-

tenecientes á los emigrados, tomaron la preeminencia que en la antigua sociedad había pertenecido á la nobleza de nacimiento, y Napoleón más tarde, sólo tuvo que dar títulos á estos advenedizos para de ellos hacer una aristocracia en todo semejante á la destruída. Cesó apenas la tempestad revolucionaria, cuando ya la construcción social de la Edad Media mostróse de nuevo; los materiales eran otros en parte, mas el plan y las formas continuaban los mismos.

Es inútil destruir una parte de la vieja organización social si el resto permanece subsistente. Cortar la cabeza á Luis XVI fué un acto criminal sin objeto, desde el instante mismo en que pensó el pueblo francés debía continuar en su antigua manera de ver, seguir creyendo en un Sér Supremo, en una Providencia sobrenatural, venerando la Bibila y practicando el culto de los muertos, etc. Una revolución exclusivamente política, que sólo cambia la forma gubernamental, sin tocar á las cuestiones sociales, económicas y filosóficas, de donde sale lógicamente la monarquía, no tiene fin alguno que la justifique. Es una perturbación brutal de pura exterioridad, como lo serían, poco más ó menos, las decisiones de un tirano demente, de la índole de Iván el Terrible, si en nuestra época se pudiera consentir en el trono un monstruo semejante. Los hechos con su lógica protestan contra una perturbación tal, y no le dejan más que una corta y efímera vida. En el organismo popular reprodúcese el fenómeno que se observa con tanta frecuencia en los mutilados. De idéntica manera que un individuo al cual han cortado una pierna experimenta dolor en el miembro que le falta, asimismo una sociedad en su estado presente, si le quitan la monarquía para darle muletas republicanas, continúa sintiendo extreme-

cimientos y convulsiones monárquicas. Digámoslo de una vez: bajo este punto de vista la sociedad no se asemeja siquiera á un hombre, y sí á esos seres inferiores cuyas partes amputadas repugnan. Se halla impulsada por un deseo irresistible de reproducir el órgano, sin el cual no se considera completa y que es indispensable á su conjunto regular.

No me asocio, pues, de ninguna manera á las prácticas religiosas, cándidas ó hipócritas, de esos extraños liberales que á la sola palabra de «república» doblan las rodillas y entonan un hosanna. Esta religión en la que Dios no es más que un nombre, no es la mía. Para que la república sea la forma necesaria de las instituciones orgánicas del Estado, es preciso que el pueblo se apoye sobre terreno firme de los conocimientos científicos y arroje todos los escombros de la Edad Media, las falsas ideas religiosas, el abuso del capital, las diferencias hereditarias de clases. Una república con religiones reconocidas por el Estado, con fórmulas de juramentos religiosos, con leyes que castiguen al sacrílego, con nobleza hereditaria y privilegios de nacimiento, con la influencia preponderante de la fortuna heredada, no es un progreso para la humanidad, ni tiene ventaja esencial sobre la monarquía; es hasta inferior en el sentido de que no satisface la lógica y la estética como puede hacerlo el edificio histórico de la monarquía absoluta.

Sí, comprendo y admito la razón de ser histórica y lógica de la monarquía. Un pueblo que posee la creencia de que está el mundo regido por un Dios personal, que la Biblia es la expresión auténtica de su pensamiento, que los sacerdotes son los intérpretes autorizados de su palabra, este pueblo tiene razón para unirse á la monarquía. El rey está sobre las leyes, gobierna según sus

propias decisiones y no es responsable de ellas, y su poder no admite resistencia; es una fiel imagen de Dios y de su acción sobre el universo.

La Biblia declara al rey establecido por Dios, y los sacerdotes afirman la legitimidad de su poder sobrehumano y de la ciega obediencia que sus vasallos le deben. Cuando un pueblo encuentra natural que algunos hombres nazcan poseyendo millones y títulos de nobleza, que disfruten con amplitnd desde su nacimiento, de poder, honores y placeres, absolutamente lo mismo que los individuos de ese pueblo nacen con su piel y sus cabellos, ese pueblo es consecuente si es monárquico. En efecto, es de igual modo razonable admitir que un hijo de los hombres nazca con derecho á reinar sobre todo un país, que conceder á varios centenares de individuos el primordial á la riqueza y á la preeminencia sobre los millones de hombres que no se hallan en tal caso. En su concepto abstracto y bajo el punto de vista teológico, la monarquía puede ser fácilmente defendida con éxito; mas degenera en una mentira para los que conciben el mundo científicamente; y degenera también, si no en principio, al menos en su manifestación y su mecanismo práctico, para los creyentes que le asignan convencidos un origen divino.

Es una consecueneia fatal de nuestra civilización contemporánea, que las viejas instituciones no tengan el valor de presentarse claramente con su sola forma lógica, la histórica, y de repetir la frase de los jesuítas: «Ser como somos, ó no ser.» Aspiran á una imposible alianza con las ideas de los tiempos modernos, hacen concesiones, se dejan penetrar por elementos intelectuales extraños y funestos á su naturaleza; las reformas á que se prestan, implican una negación directa de sus antiguas

partes constitutivas; llegan á parecerse á un libro que reuniera en la misma página una antigua fábula, y al margen, ó debajo de ella, la crítica y burla de esta misma fábula.

El desenvolvimiento histórico de la monarquía tiene diversos orígenes. Es muy verosímil que desde su aparición sobre la tierra los hombres formaron ya sociedades y vivieron por grupos como actualmente los monos y muchos otros animales. Cada agrupación tendría evidentemente un jefe que la guiara y defendiera, y que debió, sin duda, ser el más fuerte de todos ellos.

En la aurora de la civilización, cuyos esplendores alumbran los más antiguos escritos de la Biblia, de los vedas y de los libros sagrados de los chinos, la familia es el fundamento de la sociedad: el padre es el señor, el juez y el consejero natural. Los hombres se multiplican, las familias se acrecientan considerablemente y se dividen en tribus. El padre de familia es el jefe de la tribu: su autoridad descansa, en parte, sobre la ficción de que todos los miembros de la tribu han salido de su sangre; creencia que hasta en los tiempos modernos ha permanecido como base del clan escocés; pero por otro lado se apoya en las razones más persuasivas y seguras que forman los cimientos de la autoridad de un jefe de grupo; sobre su fuerza superior, que puede resultar del mayor vigor físico, de la más clara inteligencia, riqueza de ganados, de pastos, de instrumentos y de criados. En este período la distancia entre el dominador y su vasallo es débil aún, y los orígenes del poder del primero aparecen de una manera comprensible. El hijo obedece al padre por amor y por respeto; el débil obedece al fuerte por temor; el pobre obedece al rico por interés. Apenas si se conoce el derecho hereditario al mando. El hecho

de poseer la fuerza es bastante á justificar teórica y moralmente las pretensiones al poder. Ningún elemento sobrenatural complica todavía esta situación tan sencilla, en la que ordena el jefe porque puede hacerlo, y la tribu obedece porque quiere ó debe. Mas á medida que adelanta la cultura, el jefe siente la necesidad de asociar al prestigio de su persona los terrores de lo sobrenatural. Su inteligencia superior, su riqueza, su vígor físico, no le parecen ya suficientes para asegurarle la posesión del mando y para protegerle contra las ambiciones y envidias de sus rivales; toma entonces á los dioses por aliados misteriosos, y á causa del misterio, doblemente dignos de ser temidos. Erígese en sacerdote supremo de la tribu, pone á su servicio fantasmas invisibles que producen espanto, y busca en la superstición el principal apoyo de su poder.

Tal es el estado de cosas en todos los pueblos hasta su aparición en el gran día de la historia. La raza real se alaba de descender en línea recta de los dioses. Los Faraones, los Incas, son hijos del sol; los reyes guerreros de la Germania salen de las ancas de Tor; los Maradjas del Indo son el producto de un *avatar* de Vichnú. El pueblo ve en el soberano un ser del todo sagrado, y le atribuye propiedades sobrenaturales. En Oriente no se les puede mirar el rostro so pena de ser castigado al instante con la pérdida de la vista; los reyes de Inglaterra y Francia poseen el don de curar la epilepsia y los tumores por el solo hecho de imponer las manos.

El que ofende á la persona del rey, atrae sobre sí, sobre su familia, sobre su pueblo, la cólera eterna de los dioses. Al par de sus servidores retribuídos, el rey tiene por guardianes de su trono todos los dioses y santos del cielo, «seis mil á la derecha y seis mil á la izquierda»,

como decía Enrique Heine. Llega á ser enorme la distancia que separa del pueblo al rey. Este no es únicamente el primero entre sus iguales, el padre de su tribu, sino un sér de otra esencia que sus vasallos, de índole sobrenatural, y al que no se aplican las leyes generales de la vida. No existe relación humana de ninguna clase que una con su pueblo al monarca. El rey es inaccesible; cierto que camina entre los mortales, pero como un Dios disfrazado y que no tiene nada de común con la multitud de hombres que le rodean. El cielo puede consentir, en sus decretos impenetrables, que pierda su corona y que se apodere de ella un hombre de obscuro nacimiento. Mas aun siendo arrojado del trono, el rey legítimo no cae jamás en la vulgaridad humana, y el usurpador, aunque lleve la corona, no tiene la consagración divina. Aquél continúa siendo la majestad arrebatada á la tierra; éste, el plebeyo en carne y hueso que más ó menos tarde se fundirá de nuevo en la masa como en el agua se funde un trozo de hielo, en tanto que el diamante queda siempre puro en cualquier líquido.

¡Extraña paradoja de la civilización humana! La monarquía, que desde la barbarie primitiva se ha conservado hasta nuestros días, abandonó como supérfluos entre sus diferentes títulos aquellos que pueden subsistir ante la razón, y ha conservado solamente los que se desvanecen, sin dejar ningún rastro de ellos, al primer soplo de la crítica racional. La monarquía de hoy no busca ya la justificación de su libertad de obrar, sino la de su origen divino. No manda ya en nombre de sus ejércitos, sino por la *gracia de Dios*. Un ejército dispuesto á ejecutar las órdenes de un rey es, aun en nuestros días, argumento irresistible. La monarquía desprecia tal argumento. Afirmar que Dios ha otorgado al rey su patente,

es fábula digna de risa, que la monarquía divulga con seriedad cómica, y á la que dan fuerza los polizontes.

En las edades antigua y media, cuando era desconocida la ciencia histórica y se ignoraba la crítica de las tradiciones y de los orígenes, la aureola divina sobre la cabeza de un monarca tenía, en el crepúsculo intelectual reinante, una fuerza luminosa fácil de ser apreciada, por lo menos, á los ojos del pueblo. Los recuerdos nacionales traspasaban apenas una generación. Las tinieblas del pasado eran impenetrables, y borrábanse rápidamente los orígenes de todas las cosas. ¿Quién hacía memoria de los comienzos de una dinastía? Nadie halló, pues, dificultad en creer las rapsodias que presentaban á los señores como descendientes de una divinidad tanto más alta cuanto más liberales eran regalando hechos fabulosos á su parte en el árbol genealógico. Pero en nuestra época de crítica histórica, las baladas y las fábulas no tienen autoridad alguna. Conocemos con exactitud muy precisa los destinos primeros y ulteriores de las casas reinantes en Europa, que son hoy día las que representan la legitimidad por la gracia de Dios. Por eso no queremos creer, de acuerdo con una historia harto dudosa, que la casa real de Borbón, la más antigua y sagrada de Europa, haya tenido por fundador un gran propietario rural, conocido con el nombre de Hugo Capeto, y suponemos mejor, según la tradición popular muy admisible, que debió su origen á Roberto el Fuerte, que desempeñaba el oficio de cortador en una carnicería parisién. Los Hapsburgos, de los cuales ni una sola gota de sangre corre ya por las venas de la familia que con tal apellido gobierna actualmente en Austria, son los descendientes de un pobre hidalgo franco, especie de espadachín pagado ó de teniente de policía al servicio

de diferentes señores, tan pronto de un Obispo como de una ciudad. En cuanto á los Romanoff, mejor será no hablar de ellos. Hay textos ilegibles que el historiador puede algunas veces descifrar; pero decir quién fué el padre de un hijo de la emperatriz Catalina II es un problema cuya solución no ha de ser hallada ni aun por el historiador más perspicaz. Los Hohenzollern tienen al menos un acta de nacimiento que se puede ver: descienden de padres, aunque pobres, honrados. Los burgraves de Nuremberg fueron, sin duda alguna, excelentes empleadillos del Sacro Imperio Romano, y su promoción como grandes maestres de la Orden Teutónica, margraves de Brandeburgo, electores, reyes y emperadores, ha sido perfectamente normal. Se conoce la historia de cada paso que han dado hacia adelante, y se sabe que han procedido como simples mortales y sin ninguna intervención sobrenatural.

La dinastía inglesa ofrece un ejemplo sorprendente de las peregrinaciones aventureras que puede realizar la sangre, que se supone legítima, á través de una docena de familias distintas, sin perder nada de su derecho á la soberanía. Los zis-zás caprichosos que, del duque de Normandía al duque de Saxe-Coburgo-Gotha, describe la línea legítima; y que son tan difíciles de seguir, parecen probar, cuando más, que un buen príncipe como un hombre honrado, sabría siempre en una vida obscura seguir el camino recto, cual ha dicho Goethe.

¿Dónde se halla, pues, en la historia de todas estas familias el lugar para la intervención de Dios, por cuya gracia tienen derecho á la soberanía? ¿En qué tiempo han obtenido esta gracia? ¿Fué cuando Guillermo el Conquistador venció cerca de Hastings al rey sajón Haroldo? ¿O cuando Hugo Capeto se sublevó contra su

señor legítimo de raza carlovingia, como Pipino lo había hecho en otra ocasión contra su señor merovingio? ¿Sería tal vez al batir Rodolfo de Hapsburgo á su competidor Ottocar de Bohemia? ¿Y si los tres fundadores de dinastías legítimas no hubieran tenido éxito en sus empresas?

Obligado Guillermo á repasar el canal de la Mancha, Hugo ahorcado como rebelde, y Rodolfo muerto en el Marchfeld, ¿qué habría venido á ser entonces la gracia de Dios? ¿Los temerarios aventureros, en lugar de ser antecesores de casas soberanas y sagradas, hubiéranse convertido en salteadores de caminos y revoltosos vulgares?

¿Es el éxito quien decide la cuestión? ¿Se reconocerá la gracia de Dios en que un hombre consiga apoderarse del mando? ¿El dominio se legitima en el momento en que se toma posesión del poder supremo? Tal vez: el pueblo sencillo supone que quien recibe de Dios una dignidad recibe al mismo tiempo la sabiduría. No es más ilógico que Dios conceda legitimidad al mismo á quien ha dado un trono. Pero entonces todo revolucionario también es legítimo cuando logra su objeto: Cromwell fué un jefe de Estado tan legítimo como Carlos I, á quien hizo cortar la cabeza; Barras y Bonaparte eran tan legítimos como Luis XVI que murió en la guillotina; Luis Felipe tan legítimo como Carlos X, y Napoleón III tanto como Luis Felipe. Desde el punto en que un jefe del Estado lo es de hecho, los monárquicos no pueden discutir su autoridad ni oponerse á ella: deben, según su especial manera de ver, encontrar justo que Rienzi, Masaniello, Mazzini, Kossuth, Hecker hubieran sido jefes de Estado por la gracia de Dios en el caso de prosperar sus empresas. Hay más: el leñador Lincoln, el sastre

Johnson, el abogado Grévy, han de ser para ellos tan sagrados como un Guillermo de Normandía, un Hugo Capeto, un Rodolfo de Hapsburgo, puesto que aquéllos tienen para sí el éxito y el poder lo mismo que lo tuvieron estos últimos. El punto de vista de los monárquicos es, pues, absolutamente igual al de las ranas de la fábula, que deben obedecer humildes y sumisas al rey que Júpiter les imponga, ya sea éste un culebrón ó ya una grulla. Si la fortuna es buena prueba de la gracia de Dios, también ha de ser el único origen de la legitimidad, y los monárquicos deberían razonablemente reconocer como legítimo á todo jefe de la Nación; al conquistador extranjero, al presidente de la República, al autor de un golpe de Estado; en una palabra, á todo el que viera su obra coronada por la fortuna.

¿Este manantial de legitimidad no ha brotado más que en las pasadas épocas y se halla exhausto y agotado al presente? ¿La violencia, la revuelta, el perjurio de un vasallo y la intriga electoral, eran antiguamente la única forma con que la gracia de Dios descendía sobre una cabeza humana y las relaciones entre el cielo y los palacios de los soberanos han cambiado después? Sería de la mayor importancia saber en qué momento se verificó ese cambio. Los monárquicos nos deben la fecha exacta de año, mes y día de un acontecimiento de tan suma trascendencia. Muy recientemente se han fundado dinastías en Suecia, Noruega, Bélgica, Servia, Rumanía, Grecia y Bulgaria. Estas dinastías se apoyan por igual en la gracia de Dios, sus pueblos les reconocen derechos soberanos, y aquellas otras que cuentan muchos siglos de antigüedad las tratan como á sus iguales. No es, pues, indiferente ilustrarnos respecto á este punto especial: ¿los nuevos monarcas reinan también por la gracia de Dios,

7

ó no hacen más que posesionarse indebidamente de ella? Si los Bernadotte, los Coburgo y los Obrenowitch son reyes por la gracia de Dios, está probado que dicha gracia, hoy, como en los tiempos de usurpaciones de la Edad Media, apresúrase á unir el derecho á la fuerza; y siendo esto así, los monárquicos deben conceder que un demócrata socialista cualquiera, si lograra colocarse por medio de una revolución á la cabeza del Imperio alemán, sería jefe del Estado por la gracia de Dios, gozando de tantos derechos y siendo su persona tan sagrada como la del actual Emperador de Alemania. Ó si no, es necesario admitir que desde la Edad Media la gracia de Dios que fabricaba monarcas legítimos, se ha esquilmado como un campo que se explota en demasía. De ser esto cierto, los reyes de las nuevas casas soberanas no son más que charlatanes que por medio de falsas promesas se proporcionan ventajas sobre sus conciudadanos—manera de proceder sobre la cual un artículo del Código da las más amplias explicaciones—y es una audacia incomprensible de su parte reclamar la sumisión y respeto de sus pueblos; cometiendo una imprudencia difícil de explicar los monarcas de las antiguas dinastías, cuando admiten la validez del título de estos advenedizos y les reconocen derechos iguales á sus propios derechos sagrados.

Los monárquicos podrán hacernos una última objeción; sin embargo, tampoco encontraremos en ella un espíritu de verdadera lógica. Nos dirán que las nuevas dinastías sacan sus derechos de la voluntad del pueblo que se los ha conferido libremente. No puede de ningún modo ser reputada esta voluntad como la fuente de los derechos dinásticos; pues si le fuera dable hacer un rey, podría también derribarlo y proclamar la república. He

aquí lo que un monárquico nunca aceptará. Mas la objeción de que yo quiero ocuparme es otra. Los hombres que en nuestro tiempo han fundado nuevas dinastías, son vástagos de antiguas casas soberanas, á las cuales perteneció el gobierno desde hace muchos siglos; han nacido con una legitimidad hereditaria latente, que no esperaba más que la ocasión favorable para manifestarse bajo la forma de una corona visible. Esta pretensión; en verdad, no puede ser sostenida en buen derecho respecto á los Bernadotte ó á los Obrenowitch; pero se puede muy bien aplicar á los Coburgo de Bélgica, á los Hohenzollern de Rumanía, á los Glückbourg de Grecia y á los Hesse de Bulgaria. No calificaré, pues, tal pretensión de mentira; más aún, me agrada. La cosa está, por consiguiente, bien entendida; la legitimidad es una especie de finca hereditaria propia de familias determinadas. Los príncipes nacen con el derecho de reinar, y no sobre un pueblo marcado, sino con el derecho de reinar en general, *in partibus*, donde encuentran sitio á propósito. El descendiente de los Hohenzollern ó de los Coburgo trae consigo al mundo la gracia de Dios; si los belgas ó los rumanos lo eligen por rey, no hacen otra cosa que dar á su legitimidad un valor práctico. La gracia de Dios se concede, poco más ó menos, como el diploma de una facultad. Llevándolo en el bolsillo un joven doctor, tiene derecho á formarse una clientela, pero la facultad no se la asegura. La gracia de Dios también da al príncipe de una casa soberana legítima el derecho de gobernar, no importa dónde, pero no le garantiza ningún país en que pueda ejercer su derecho.

Este argumento merece atención. Explica muchas cosas que de otro modo serían inexplicables. Con su ayu-

da se puede comprender cómo un rey legítimo por la gracia de Dios arrebata á otro rey, igualmente legítimo por la misma gracia, su trono y su país. La anexión del Hannover, de la Hesse electoral y de Nassau por la Prusia, y la de Nápoles, Toscana, Módena y Parma por la Cerdeña, no llegan á negar el principio sobre que descansan tanto el trono de los Hohenzollern como el de la casa de Saboya. El conquistador no arrebata su legitimidad, iba á decir su diploma de soberanía, al despojado por él; no le quita más que su país. El hombre destronado queda después como antes, rey por la gracia de Dios, siéndole permitido buscar otra nación sobre la cual reinar con una legitimidad nunca debilitada y con la gracia, muy particularmente visible, de Dios. La diferencia entre el derecho soberano de las dinastías legítimas y la manera de aplicar este derecho á un país ó pueblo determinado, es un elemento indispensable de la teoría monárquica. Sin tal diferencia, los reyes conquistadores ó anexionistas serían los peores revolucionarios, probando del modo más evidente, lo inútil que es la gracia de Dios, y mostrarían con toda claridad á los pueblos lo que valen los derechos de un monarca legítimo y cómo se debe obrar para arrojarlo del trono. Ayudados por el distinto concepto entre la legitimidad teórica y la soberanía de hecho, se puede comprender, sin sublevar la razón, que la casa de Hannover haya podido gobernar legítimamente en Inglaterra por espacio de todo un siglo por la gracia de Dios, en tanto que los herederos de la casa de Stuard morían, llenos de legítimos derechos, en San Germán ó en Roma, también por la gracia de Dios. De igual modo se comprende que, después de Víctor Manuel, el rey Humberto gobierne en Italia por la gracia de Dios, mientras el rey Francisco II

de Nápoles hace casi un cuarto de siglo, pasa agradablemente su tiempo en París, por la gracia de Dios.

No debemos ocuparnos más de un absurdo demasiado manifiesto. Ni aun vale la pena de aplicar una crítica seria al único título de la monarquía, su origen divino. Esta crítica es tan fácil, que nos preguntamos algunas veces con asombro si serían necesarios esfuerzos hercúleos para forzar una puerta abierta. Conocemos los principios históricos de todas las monarquías, algunas de las cuales han nacido ayer ante los ojos de prosáicos noticieros; vemos el espectáculo, cada vez más frecuente, de soberanos legítimos arrojados por los pueblos cuya guarda, según su pretensión, les había sido confiada por el cielo mismo; sabemos la poca estima que los reyes cuya frente fué ungida por el óleo santo, sienten por los derechos de sus iguales. Todo esto permite, menos todavía que al ateo, al creyente, admitir que es la gracia de Dios la que ha colocado la corona sobre la cabeza de los reyes. La gracia de Dios no puede ser intermitente, ni es posible que dependa de un tratado de paz ó de una batalla perdida. El hombre ilustrado podrá, en todo caso, considerarla como uno de esos antiguos juegos de manos qne cualquier charlatán ejecuta haciendo á su compinche signos de inteligencia y conservando una seriedad imperturbable. Al creyente la gracia de Dios debe parecerle una blasfemia. Aquél tiene derecho á sonreir; éste no puede menos de indignarse.

Pero dejemos los orígenes y los títulos de las dinastías. Hagamos como si creyéramos todo lo que la monarquía nos cuenta. Todo es, pues, cierto y demostrado; el rey nace con el derecho de mandar; yo, su vasallo, vengo al mundo con el deber de obedecerle; Dios arre-

gló así las cosas, y si yo me opongo, cometo el crimen de atacar la organización del mundo establecida por Dios. Demos un paso más en este camino, y entraremos en el imperio de la mentira. En Europa, Rusia y Turquía son las únicas que están gobernadas aún por monarcas absolutos; es la sola forma lógica de la monarquía. Todos los demás países, cuando no son repúblicas, tienen en sus Constituciones puesta, más ó menos, la forma gubernamental monárquica en flagrante contradicción consigo misma, hallándose obligados á mentira é hipocresía eternas cuantos desempeñan un papel en esa comedia.

Allí donde el parlamentarismo es una verdad y la monarquía una simple decoración, en Inglaterra, Bélgica é Italia, las leyes mienten al tomar la forma de manifestaciones de la voluntad real, pues emanan del Parlamento y serán promulgadas quiera ó no el rey. Los ministros mienten cuando se valen de la fórmula usada: «Por orden de S. M. hacemos esto.»—«Según orden de S. M. nos abstenemos de aquello.»—«Tenemos el honor de aconsejar á S. M. tal ó cual cosa.» Saben, y todo el mundo lo sabe como ellos, que el rey no ordena, que no tienen nada que aconsejarle, sino que son los ministros quienes deciden, que se presentan en palacio con los asuntos despachados independientemente de la voluntad del rey, obedeciendo éste sin resistencia las miras y resoluciones del Parlamento y del Gobierno. El rey, en fin, miente cuando, al dirigirse á los representantes de la nación, emplea la primera persona, porque su discurso del trono expresa, no sus propias ideas, sino las de aquellos que lo han escrito y puesto en sus manos ya terminado, pronunciándolo él del mismo modo que un fonógrafo repite las palabras que se dijeron en su embu-

do. Miente cuando dice que el jefe del Gobierno es el hombre de su elección, puesto que de ningún modo tiene libertad para escogerlo á su gusto, y debe aceptar aquel que le designe la mayoría, aun cuando él lo deteste cordialmente y desee otro; miente, por último, en cada nombramiento, en cada decreto, en cada acto de gobierno que autorice, al hacerlo pasar como su propia resolución, pues todos los actos que realiza le son prescritos por los ministros y los firma repugnándole no pocas veces.

Mas en los países donde la Constitución ha respetado el carácter de la monarquía por la gracia de Dios, donde el parlamentarismo no es otra cosa que un simple ornamento del viejo absolutismo, como sucede en Alemania y Austria, la forma gubernamental monárquica miente, no ya al rey, sino al pueblo. La monarquía exige que se la reconozca como representante autorizada de la voluntad divina; por consecuencia reivindica para sí la infalibilidad, que es uno de los atributos de Dios. En teoría concede, sin embargo, al pueblo alguna influencia sobre sus resoluciones; consiente, pues, que la nación juzgue, apruebe, condene ó modifique la medida de un poder establecido é inspirado por Dios, y á éste lo somete, en cierto modo, á una crítica humana cometiendo un sacrilegio que entre los súbditos se castigaría con la prisión más dura. Pero lo hemos dicho ya; esto no es más que en teoría. En la práctica la voluntad del rey decide, y todos los procedimientos constitucionales son mentiras simples del absolutismo. Se miente al pueblo invitándole á escoger sus representantes; se miente al Parlamento presentando proyectos de gobierno y haciendo que los vote, porque el sufragio popular es impotente para dar á sus diputados la fuerza de voluntad que las ficciones constitucio-

nales le atribuyen, y los votos del Parlamento no pueden cambiar en nada las resoluciones del Gobierno.

En los países verdaderamente constitucionales la situación del monarca es humillante; mas el aparato de su poder se halla por todas partes tan cuidadosamente manejado, se evita con tanta destreza que aparezca su absoluta insignificancia en la nación, los honores exteriores, las utilidades personales y los placeres unidos á sus funciones, coadyuvan á hacerlos tan grandes, que no es posible comprender cómo hombres que se respetan y poseen la conciencia de su honor y delicadeza, consienten figurar entre los polichinelas, cuya lengua y miembros son movidos por hilos que tienen en su mano los ministros. Ocurre lo contrario en los países falsamente llamados constitucionales: en ellos corresponde la necedad á los representantes del pueblo y cuesta mucho más trabajo comprender que hombres dignos de llamarse así, acepten semejante cargo. Las satisfacciones que puede tener su vanidad, no les indemnizan, seguramente, de las bajezas de todos los instantes. En su palacio suntuoso, con su brillante uniforme, recibiendo su larga lista civil, sin ver en derredor suyo más que espaldas encorvadas, y sin llegar á su oídos sino alabanzas en su honor y rebuscadas fórmulas cortesanas, tales como «Majestad», «Muy gracioso soberano» y «Dignaos» el rey constitucional puede olvidar que juega una broma carnavalesca que tendría un desenlace terrible si quisiera tomarla en serio. Y ¿cuál es la causa que determina á los diputados, en un país falsamente constitucional, á convertirse en ridículos, con discursos sin resultado, gestos sin fin y votos sin efecto? ¡No será el desprecio de los ministros, las burlas y calumnias de la prensa asalariada por el Gobierno! ¿Será entonces la esperanza de trocar las apa-

riencias del parlamentarismo en una realidad? Esta esperanza no puede ni debe ser alimentada por los representantes del pueblo que acepta la ficción del origen de los derechos reales.

Para el enemigo de las mentiras convencionales, nada más divertido que el dilema en que ese despiadado lógico, el príncipe de Bismarck, encierra á los llamados liberales del Reichstag alemán. Hace que oradores autorizados y periodistas bien instruídos les repitan: «Ó vosotros sois republicanos y mentís cuando proclamáis á porfía vuestros sentimientos monárquicos, ó vuestra fidelidad al rey es sincera, y entonces debeis probarla con la obediencia á la voluntad Real.» Esta alternativa es el yunque y el martillo entre los cuales se ve pulverizado el liberalismo de los monárquicos. Causa un placer indecible ver cómo los tímidos é impotentes partidos de la oposición se retuercen bajo la garra de hierro de esta lógica implacable. Querrían desprenderse y escapar afirmando: «Somos adictos al rey hasta la muerte; la dinastía no tiene servidores más fieles; la república es para nosotros abominable. Pero, no obstante, la Constitución existe de algún modo, y el mismo rey se ha dignado prestarle juramento; autorizados por él nos permitimos, con gran humildad y profundamente sumisos, hacer uso de los derechos y libertades que han sido acordados á los representantes del pueblo por gracia real especialísima.» Y así consecutivamente. Pero todo esto no les sirve de nada. La mano que los oprime estréchalos contra la pared hasta el punto de hacerles perder el aliento, y el amo despiadado los atormenta sin rodeos, preguntándoles: «¿Admitís que el rey ha sido impuesto por Dios para gobernaros? ¿Sí? ¿Cómo osáis entonces resistirle, apelando á una Constitución que os fué regalada por su

mano? En virtud de su autoridad divina os la puede retirar, como en virtud de la misma autoridad os la concedió. ¿O no admitís que el rey obtuvo sus derechos de Dios mismo? Entonces sois republicanos.» Este es el dilema.

Sí, este es el dilema: ó republicanos ó absolutistas; todo lo demás es mentira ó hipocresía. Un Gobierno que establece esta alternativa es merecedor del reconocimiento más vivo de todas las personas sensatas. Sin duda comete al hacerlo una temeridad extraordinaria, pues corre el peligro de que un político audaz y hábil le devuelva el argumento con estas palabras: «Si la lógica es un arma, vosotros sois los mayores hipócritas y embusteros. Si en efecto la voluntad del rey es la voluntad de Dios, ¿cómo podéis cometer contra Dios y contra el monarca el crimen de permitir que subsista una Constitución fundada sobre la posibilidad de limitar los deseos del rey por el veto del pueblo? Vuestro deber primero sería en este caso abolir la Constitución. Ó tomáis á ésta en serio, admitiendo de tal modo que en el Estado la voz del pueblo vale tanto como la del rey por la gracia de Dios, y entonces sois republicanos, ó la Constitución no es para vosotros sino una palabra vana, convocáis el Parlamento por fórmula no más, y estáis resueltos á obrar según vuestro capricho, sin cuidaros de las Cámaras, en cuyo caso vuestros actos constitucionales, como reuniones electorales, convocatoria de Cortes, presentación de proyectos de gobierno, etc., todo ello es una mentira voluntaria. Por consiguiente, sois embusteros ó republicanos. No hay término medio.»

La gran mentira de la teoría constitucional moderna consiste precisamente en partir de una negación de la autoridad divina del rey; dicha autoridad, así desprovista

de base y suspendida en el aire, continúa sin embargo subsistiendo. La Edad Media conoció también la constitución de los Estados que limitaba el poder del rey; conoció asimismo las sublevaciones de la nobleza contra el monarca, y la lucha tenaz entre las clases privilegiadas y la corona para conservar el poder. Mas las restricciones Reales, las revueltas de los nobles contra el rey, no tenían lugar en nombre de un principio que excluyese su razón primera de ser, es decir, en nombre de la soberanía del pueblo. Los altos varones que sitiaban al rey en sus castillos, reconocían, no obstante, que el rey estaba impuesto por Dios; pero sosteniendo al mismo tiempo que la gracia de Dios no era favorable sólo al rey, procuraban recabar su parte correspondiente. Esto no era negación de la autoridad sobrenatural de los gobernantes, sino más bien ingeniosa extensión de la misma doctrina. De igual manera que el monarca reinaba por la gracia de Dios, ellos declaraban ser nobles poderosos por idéntica gracia. Es la historia de un loco que tenía la idea fija de ser Dios; otro enfermo aquejado de igual manía fué llevado al establecimiento donde el primero estaba en curación. Este se puso en el acto á reir con todas sus fuerzas del error de su compañero, y decía: «¿Cómo este hombre puede ser Dios?» Le interrogó el guardián por creerlo ya curado, recibiendo en contestación: «Porque no hay dos dioses, y siendo yo Dios, él no puede serlo.» A ejemplo de este loco, la nobleza de la Edad Media estaba convencida de su propia divinidad y combatía el absolutismo del monarca, no en nombre de la razón, sino en el de su propia locura. Por tal causa, púdose durante dicho período histórico estar unido á la vez, cen el mayor honor, á los privilegios de la nobleza y al rey; en tanto que la soberanía Real ema-

nada de Dios, y la del pueblo, se excluyen en absoluto la una á la otra.

Al lado de su papel constitucional, la mentira monárquica tiene también otro puramente humano, contra el que se rebela no menos la razón que la honradez. Todos los que se hallan en contacto personal con el rey se rebajan y envilecen ante la ficción del carácter sobrehumano de la monarquía, aunque de ella se burlan en su fuero interno. El espectáculo de la monarquía fué constantemente y en todas las naciones una comedia para los precisados á tomar en ella alguna parte. Pero desempeñándolo cada uno con aire formal y convencido mientras estaba en escena; esforzándose á cual más en producir y mantener la ilusión poética en los espectadores, de los que se veía separado por la línea de fuego del escenario. Sólo aquellos amigos á quienes se permitía entrar por la puertecilla de los artistas, podían ver que los suntuosos palacios de la decoración no eran sino tela pintada y usada, y no más que oropel la púrpura y oro de las vestiduras oficiales, y que entre dos movimientos heróicos, los héroes se apresuraban á pedir un *bock* entre bastidores. Al contrario, los comediantes actuales de la monarquía salen constantemente de su papel y se burlan con descaro de él, de ellos mismos y del respetable público. Parecen á los honrados comediantes del *Sueño de una noche de estío*, á quienes Bottom el tejedor hizo esta prudente advertencia: «Es preciso que digáis el nombre del que representa el león, y que se vea la mitad de su cara á través del morro de la fiera; él mismo puede hablar desde dentro y decir, con la entonación adecuada, algo que se parezca á esto: Graciosas damas, ó bellas damas, yo os aconsejo, ó yo os suplico, ó yo os conjuro á no tener miedo, á no temblar; mi vida

responde de la vuestra. Si habéis creído que soy un verdadero león, esto será un gran perjuicio para mi juventud. No, yo no me parezco á él en nada; soy un hijo de los hombres, como los demás hijos de los hombres; y que á partir de esto, les declare su nombre y les diga con toda claridad que él es Snug el carpintero.»

En el tiempo clásico de la monarquía, el palacio del rey era un santuario que ningún simple mortal franqueaba sin respetuoso temor; hoy el palacio está de par en par abierto á los noticieros. Todos los escándalos, todos los crímenes, todas las ridiculeces que se encuentran en él salen fuera. El último de los vasallos conoce los vicios secretos del rey, sus vergonzosas enfermedades, el nombre de sus mancebas, los amores de alguna princesa; sábese que el emperador ó el rey juega á la Bolsa, que es un idiota ó un ignorante; circulan de mano en mano sus cartas sin ortografía, se recuerdan sus palabras necias y sin embargo los cortesanos se inclinan ante él, tocando en el polvo con su frente á la faz de todo el pueblo; hablan en público del monarca empleando los términos más humildes y sumisos, y consideran título de gloria besar con la mayor solicitud sus pies. ¡Qué tristísimo espectáculo para el hombre de espíritu libre é ilustrado! ¡Qué fuente constante de perpetuo disgusto contra el servilismo hereditario de los hombres cultos! El noble artista que acaba de exhibir una obra maestra é inmortal, desea como la más alta reconpensa merecer la visita del rey; terminada la excitación sublime que le inspiró, pasa bruscamente á la vanidad vulgar é infantil que le produce la desdeñosa mirada que arroja el rey sobre el artístico fruto de su genio. Podrá ser un Beethoven, un Rembrandt, un Miguel Angel; seguirá siendo conocido y admirado cuando ya no subsista del rey otra cosa que una línea en el

diccionario de los cien mil nombres de soberanos que forman el inútil apéndice de la historia universal; poseerá la conciencia plena de su propio valer, sabiendo además que el monarca no entiende de música, estatuas ni cuadros; que en él los oídos están cerrados, los ojos turbios, el alma insensible á todas las bellezas; que los juicios del rey son grotescos y que respecto á educación estética se halla á la altura del mercader más vulgar; sin embargo, el corazón del artista latirá con más violencia cuando el rey deje caer su mirada lenta y distraída sobre la gran obra del maestro y escuche dormitando su música. El sabio cuyo penoso trabajo intelectual conquista á la humanidad nuevas verdades y ensancha su horizonte, ambiciona ser presentado ante el rey, envuelto en un traje, ridículo pero de corte oficial, y decirle algunas palabras de sus inventos y científicos adelantos, de los cuales todo el mundo habla, y que son quizá la unidad de fuerzas, el análisis espectral ó el teléfono; sabe que el rey es incapaz de interesarse por una cuestión absolutamente incomprensible para él; además, que este rey, verdadero bárbaro, le desprecia á él y á toda su ciencia, y prefiere un arrogante jefe de la guardia Real á todos los sabios del mundo; sabe también que no se le conceden sino algunos minutos para decirle precipitadamente y balbuceando lo que quiera, en tanto que piensa el rey en otras mil cosas y demuestra bien á las claras el fastidio que siente al llenar los deberes de su cargo: mientras, el sabio se inclina bajo el yugo de todas las exigencias de la etiqueta palaciega y ocupa con satisfacción su puesto entre un gentilhombre y un oficial cualquiera. ¡Cuántos poetas y escritores mendigan el permiso de ofrecer al rey sus obras, únicamente porque éstas sean, no ya leídas, sino colocadas en el último lugar de una biblioteca

en la que los almanaques genealógicos y anuarios militares ocupan el puesto de honor!

La aristocracia hereditaria profesa, respecto al rey, sentimientos más bajos y serviles todavía, si esto es posible, que los experimentados por la aristocracia de la inteligencia. Está directa y constantemente á su alrededor; bajo la corona ve el gorro de dormir, y bajo el manto de púrpura el chaleco de franela; de ella parten todas las caricaturas, burlas y calumnias dirigidas contra el soberano; se mofa de sus debilidades y divulga sus crímenes; sin embargo, la mayor ambición de la aristocracia hereditaria es obtener á fuerza de bajezas y adulaciones el favor del rey, llámese éste Luis XV ó Felipe IV, y comete las mayores indignidades por alcanzar una mirada suya; le vende sus mujeres y sus hijas, y afirma que «la sangre del rey no mancha.» El aristócrata, demasiado orgulloso para dirigir una mirada ó hablar directamente con su propio servidor, aspira con afán á ser en persona criado del rey, y en las circunstancias solemnes, á lavarle las manos, llevarle los platos, llenarle el vaso y hacer los recados. En una palabra, á desempeñar el papel de mozo de fonda, lacayo y mandadero.

Una conocida anécdota, de cuya verdad no respondo, cuenta que visitando á Copenhague Pedro el Grande quiso probar al rey de Dinamarca todo el amor que le tenían sus vasallos. Ordenó á un cosaco que se arrojara de lo alto de una torre; al punto el desgraciado hizo el signo de la cruz y se lanzó al espacio sin vacilar. No debe dudarse de que aun hoy la mayor parte de los cortesanos aceptarían semejante prueba. Mas ¿haríanlo por heroísmo? No; pues estos héroes nunca se expondrán á constiparse por salvar á cualquier persona que se esté ahogando. ¿Sería entonces por la esperanza de una recom-

pensa en la otra vida? Esta esperanza puede obligar á un cosaco de Pedro el Grande á hacer el sacrificio de su existencia; pero nuestros aristócratas contemporáneos son frecuentemente los hijos de Voltaire, y tienen para ellos mucho menos valor los goces del paraíso que las satisfacciones que les ofrece este valle terrestre de miserias. No puedo comprender el extraño fenómeno de respeto llevado hasta el suicidio en favor de personas que quizás no se distingan por ninguna ventaja intelectual, moral ni física, y que pueden muy bien ser antipáticas y aborrecibles.

El excelente Münchhausen refiere esta maravillosa aventura de caza. Perseguía con una perra preñada á una liebre preñada tambien; durante un momento perdió de vista á los dos animales; al apercibirlos de nuevo, vió con asombro siete perritos que corrían detrás de otros tantos lebratillos. Durante su carrera las dos madres habían parido y los pequeñuelos se entregaron al punto á la caza.

Puede muy bien ocurrir alguna cosa análoga entre los reyes y sus vasallos. El vasallo es por nacimiento absolutamente adicto al rey, como en la fábula de Münchhausen, el perro lo es por nacimiento á la caza de la liebre. Hablo muy en serio bajo la forma de una chanza. El atavismo es el único capaz de explicar una fidelidad que se sobrepone á la dignidad humana, al sentimiento que cada uno tiene de su propio valer, y algunas veces hasta sobre el instinto de conservación personal. Es evidente que sólo un retroceso á las ideas primitivas del hombre, sólo una vaga repercusión de costumbres transmitidas sin interrumpirse á través de millares de generaciones, es la causa de que veamos á ciertas personas experimentar ó fingir por un individuo que no conocen, á quien

tal vez no hayan visto nunca, y que en todo caso no responde á sus sentimientos, una ternura que no sienten por sus parientes, y quizás ni aun por si mismos.

Sin duda es un sentimiento profundamente arraigado en la naturaleza humana el prosternarse con humildad ante toda persona que la multitud mira como superior. Entiéndase que yo digo: que la multitud mira como superior, y no que es superior. El hombre es un animal que vive en rebaño y que tiene todos los instintos de los que viven de tal modo. De estos instintos es el más saliente la sumisión á un jefe, pero al jefe que el rebaño acepta gustoso. Un pequeño número de espíritus escogidos juzga al hombre por sus cualidades: la generalidad considera únicamente su acción sobre los demás. El mérito examina al individuo en sí, con independencia de sus relaciones con los otros hombres; el vulgo sólo se informa del rango que ocupa. Explícase de este modo que todo hombre célebre ó siquiera conocido, y algunas veces rodeado de mala fama, encuentre amor y adhesión que se rehusan al mérito que se esconde y desdeña el mundo y la popularidad. No es preciso ser rey para estar rodeado de cortesanos; basta para ello una pequeña notoriedad. Los cómicos, los prestidigitadores, los clowns, tienen quien les adule. Hay gentes que desean relacionarse con los criminales conocidos y se vanaglorían de ello. ¿Qué fuerza impulsa á los hombres á ser tan necios? ¿Cual es la causa que proporciona á Brummel y Cartouche una corte, lo mismo que á un gran artista ó á un gran sabio? Suele decirse que la vanidad; pero tal respuesta es superficial no más. ¿Por qué, pues, se cifra dicha vanidad en formar parte del séquito de personas célebres? ¿Por qué se experimenta satisfacción en pavo-

nearse dando la mano de amigo á cualquier hombre ilustre? Porque se obedece así al instinto que lleva al animal que vive en rebaño á someterse á un jefe. El *snobismo* tiene un fundamento antropológico: he aquí lo que olvidó Thackeray al combatirlo con su odio implacable. La adhesión á una dinastía, en el sentido que los monárquicos dan á esta palabra, es la más alta y completa expresión del *snobismo*.

Se ve que me esfuerzo en encontrar al bizantinismo circunstancias atenuantes. Mi deseo más ardiente es convencerme de la sinceridad de los sentimientos que muchas gentes muestran hacia los príncipes y reyes. Estoy dispuesto á reconocer que el aldeano ruso no finge nada cuando besa la orla del traje de su emperador, y que el soldado alemán no miente cuando declara que su mayor dicha es sacrificar la vida por el soberano. Pero atavismo, antropología, herencia, todas las grandes palabras que invoco para explicar la adhesión del pueblo ignorante á una dinastía, me parecen defectuosas cuando veo en las gentes distinguidas y cultas el bizantinismo, que, á no dudar, es el residuo de una mentira voluntaria, cuyo origen no está en el corazon; es una comedia en la cual toma parte cada individuo para obtener algún beneficio: uno, empleos y dignidades; otro, títulos y distinciones honoríficas; el tercero, por razones políticas, pues cree ser aún necesaria la monarquía, bien á los intereses del pueblo, bien á los suyos propios. Todos obran con el afán de alguna ventaja directa ó indirecta. Por esta razón la mentira monárquica es mucho más repugnante que la mentira religiosa. El hombre ilustrado que en la iglesia dobla las rodillas y murmura oraciones, lo hace por pereza de espíritu, por indiferencia, ó por ser condescendiente con la costumbre; hasta el momento

en que por medio de una falsa piedad aspira á ganar el favor de los sacerdotes y á convertirlos en sus poderosos aliados, no se humilla sino ante un símbolo, y no besa directamente la mano de que espera una recompensa. Pero el cortesano que se arrastra, el burgués que ilumina su casa y adorna la fachada con espesas guirnaldas de flores, el poeta que compone himnos para la boda del rey y el nacimiento de los príncipes, no se entregan á todas estar demostraciones sino por una recompensa que desean recibir al contado; en nada se distinguen de la prostituta que prodiga frases de amor y sueña no más que en alcanzar una moneda de plata.

Muchas gentes consideran al rey como un hombre parecido á todos los demás, y con frecuencia más insignificante ó menos bien dotado que los otros; sonríen de la pretendida misión divina de las dinastías, y sin embargo, cuando hablan en términos obsequiosos del monarca y de su familia, tratan de justificar ante quien los escucha, y algunas veces ante ellos mismos, su falta de sinceridad con esta razón que resume todas las otras: la mentira monárquica es una mentira inofensiva. La monarquía, dicen, es, al menos en los países francamente constitucionales, un simple adorno. El monarca tiene en ellos menos poder que el presidente de los Estados Unidos de América. Inglaterra, Bélgica é Italia son en realidad repúblicas con reyes á su cabeza; y las formas tradicionales de respeto con que rodean al trono, de ninguna manera impiden se manifieste libremente la voluntad popular.

Este es un grosero error que traerá más de una vez consecuencias fatales á los pueblos. El poder de los reyes continúa siendo enorme, y su influencia, aun en los países constitucionales como Bélgica, Rumanía, Inglate-

rra y Noruega, es poderosísima, aunque sea ejercida, no por la Constitución, sino al lado ella ó sin ella. Poseemos testimonios que no pueden recusarse. El honorable Gladstone, tan competente en la materia, se ha expresado de una manera muy significativa respecto al influjo de los reyes en el *Nineteenth Century*. Ciertas publicaciones de nuestro tiempo arrojan mucha luz sobre este punto; particularmente la biografía del príncipe Alberto, por Martín, que encierra la correspondencia entre los príncipes Alberto y Guillermo de Prusia, el futuro emperador y rey; el relato de las relaciones de Napoleón III con la corte de Inglaterra; las Memorias del barón Stockmar; las partes más verídicas de la Memorias del consejero áulico Schneider, de Meding, etc. Vemos cómo en los gabinetes de los reyes, por encima del pueblo, del Parlamento y de los ministros, se tejen los hilos de relaciones íntimas; cómo los monarcas conferencian directamente entre sí; cómo juzgan cada suceso político, ante todo, bajo el punto de vista de sus intereses dinásticos; cómo se hacen solidarios unos de otros enfrente del movimiento que lleva á los pueblos á reconocer sus fuerzas y sus derechos; cómo en las más graves resoluciones, que ejercen una acción fatal sobre millones de individuos, se dejan influir por caprichos, amistades y antipatías personales. Los oradores del pueblo pronuncian grandes frases en las Asambleas, los diputados declaman en el Parlamento, los ministros hacen con aire importante sus revelaciones; todos parecen estar convencidos de que ellos solos dirigen los destinos de su país; pero entretanto, el rey sonríe con desprecio y escribe cartas confidenciales á sus amigos coronados del otro lado de la frontera, y resuelve con ellos toda suerte de cosas, alianzas y exclusiones, la guerra y la paz, conquistas y cesión de

territorios; conceden ó restringen; y cuando el plan está combinado, se ejecuta sin cuidarse de la charlatanería de los Parlamentos.

Los reyes encuentran asimismo en abundancia medios para ver realizada su voluntad bajo una forma correctamente constitucional; desde luego no es difícil crear para sus necesidades, corrientes de opinión pública, y sucede por último que aun los reyes que se ven obligados á no ejercer más que un papel puramente decorativo en el Estado, no por eso dejan de ser los que pronuncian la palabra decisiva en la vida de los pueblos, hoy lo mismo que en la Edad Media, quizá más que entonces, porque en aquel tiempo la alianza de los reyes entre sí era más débil, el sentimiento de su mutua solidaridad aún no existía, y sus aliados naturales, la aristocracia y el alto clero, estaban mucho menos á su devoción. La cobardía de los hombres que contrariando á su inteligencia y á sus convicciones practican la mentira monárquica, se venga sobre ellos mismos, ó más bien sobre el pregreso humano. Los pseudos-liberales que se figuran engañar á los reyes concediéndoles privilegios y honores ilusorios, según ellos, son de seguro engañados por los soberanos; éstos saben unir muy hábilmente á la apariencia de poder que se les deja, la realidad del poder mismo. No es la monarquía en los países constitucionales tan ilusoria como suponen los que practican la mentira dinástica; en cambio es por completo nula la soberanía nacional.

III

La correspondencia entre monarquía y aristocracia es la misma que entre religión y monarquía. La religión puede existir con cualquier forma de gobierno, pero no

los reyes sin la religión; de igual manera una aristocracia tendrá condiciones de existencia durable sin monarquía, pero ésta no sin aristocracia. Hay algunos reinos—Grecia, Rumania, Servia—que no poseen nobleza hereditaria; ctros, como la Noruega y el Brasil, la han abolido; pero estos son artificios sin resultado práctico. O bien estas naciones monárquicas arrojarán pronto la monarquía como han arrojado una nobleza, y se transformarán en repúblicas, ó verán en la próxima generación, y lo más tarde en la siguiente, surgir una nobleza hereditaria que quizá no tenga existencia legal ni títulos, pero cuyos privilegios no serán por eso menos reales.

Una monarquía hereditaria se inclina lógicamente á rodearse de adhesiones también hereditarias. Es sabido que á muchas familias de insectos les obliga la conveniencia de su progenie hasta el punto de depositar sus huevos al lado ó en medio de la comida necesaria, compuesta en parte de animales vivos, á fin de que las larvas en el momento mismo de su nacimiento encuentren la mesa puesta. De igual manera cada rey desea que desde la cuna halle su heredero una fidelidad y un cariño que no pudo él adquirir para sí. Espera el rey tales sentimientos de la gratitud de cierto número de familias á las que él ó sus antepasados colmaron de bienes y honores; mas esta esperanza se ve defraudada con harta frecuencia. La generación aristocrática de hoy olvida, en cuanto vislumbra un peligro, la deuda de agradecimiento que sus abuelos le han legado, á la par que sus privilegios, y abandona deliberadamente á su destino al infortunado príncipe que contaba con su ayuda. La historia ofrece numerosos ejemplos de esta clase. Recordemos tan sólo la conducta de los nobles ingleses hacia Guillermo de Orange y Jorge I; la que observó la nobleza legitimista

francesa con Napoleón I, Napoleón III y Luis Felipe; y en opuesto sentido, el proceder de la nobleza napoleónica con la restauración de los Borbones. Pero el rey confía en tan frágil apoyo, y cree alcanzar, conservando la aristocracia, una protección engañosa, de igual modo que á veces un soldado en campaña se tranquiliza á la vista de un refugio que, sin embargo, sabe no ha de ofrecer la menor resistencia á los proyectiles enemigos.

¡Es un extraño espectáculo, digno á la vez de admiración y cólera, este cómico sainete de la Edad Media en el centro de la cultura moderna! Una clase de hombres imita hoy en nuestro mundo la casta privilegiada de la India ó del viejo Egipto; se adjudica títulos que en otro tiempo significaban funciones, pero que hoy no tienen sentido alguno; pinta, esculpe y graba sobre sus carruajes, casas y sellos, horribles figuras representando escudos fuera de uso después de los siglos. Esto nos causa, poco más ó menos, el efecto que produciría un hombre que se pintase la cara como los celtas prehistóricos, ó llevara encima un afilado pedernal á guisa de cortaplumas, é intentara cazar con flechas de espina de pescado. ¿Cómo no reirse de un hombre que se titula duque, denominación propia del general que manda un ejército, siendo así que este pretendido duque no es más que un chisgaravís que nunca dirigió sino cotillones? Otro alaba la nobleza de su nacimiento y se tiene por un hombre de mérito, siendo jorobado, escrofuloso y menos inteligente que un barrendero. Nuestra cultura conserva poquísimos restos del pasado que sean tan absurdos como una nobleza que no se distingue por otra cosa que por sus títulos y sus escudos de armas.

De ningún modo quiere decir esto que la igualdad traería una organización más razonable á los Estados.

La igualdad es una quimera de sabios de gabinete ó de soñadores que nunca han observado con sus propios ojos al hombre y á la Naturaleza. La revolución de Francia creyó resumir las ideas de los enciclopedistas cuando condensó sus reivindicaciones en estas tres palabras: «Libertad, Igualdad, Fraternidad». ¿Libertad? Muy bien. Si esta palabra significa algo, no puede ser más que lo siguiente: la supresión de aquellos obstáculos en cuya virtud las leyes nacidas de la arbitrariedad y de la ignorancia impiden ó suprimen el juego fecundo de las fuerzas naturales del individuo y de los grupos sociales. ¿Fraternidad? He aquí una palabra magnífica; idealiza el fin del progreso y desarrollo de la humanidad; es como un presentimiento de su más alta perfección. Pero ¿la igualdad absoluta? Esta es una fábula que no se puede explicar racionalmente. Los precursores de la gran revolución no hablaron jamás—preciso es hacerles justicia—de la igualdad social, sino solamente de la igualdad ante la ley. Los oradores y publicistas de la revolución descuidaron explicar el alcance de esta palabra; se trataba de hablar en lenguaje de gran efecto y sacrificaron la claridad á la concisión. Por tal causa entra la «igualdad» como una de las bases en el programa de la Revolución, y es mal interpretada por la multitud, que repite sin reflexionar las palabras de mayor efecto, siendo colocada desde entonces como piedra angular de toda democracia de cervecerías.

La igualdad ante la ley sólo es posible en teoría. Si la aplicación de las leyes se hiciera por medio de una máquina, tendríase la certeza de aplicarlas siempre de igual manera, obedeciendo á los principios mecánicos. Pero como son los hombres quienes las interpretan en cada caso, la desigualdad es inevitable. El juez más

concienzudo, el más impasible, se deja influir, sin conocerlo, por los medios físicos en que vive, la voz, el espíritu, la educación y el lugar que ocupa en el mundo cada una de las partes sujetas á su fallo. La ley está dirigida en su mano por el favor y el disfavor, como la aguja magnética se halla influída por las corrientes eléctricas. Hay en esto, para los efectos de la ley, un germen de faltas que puede reducirse á su mínimum, pero sin agotarlo por completo.

Si es difícil conseguir la igualdad ante la ley, la igualdad social es en absoluto imaginaria y opuesta á todas lás leyes vitales del mundo orgánico. Los que estamos sobre el terreno de la concepción científica del mundo, vemos precisamente en la desigualdad de los seres vivos el origen de su desarrollo y de todo cuanto tiende á perfeccionarlos. ¿Qué es la lucha por la existencia, esa fuente de la hermosa variedad y de la riqueza de formas de la Naturaleza, sino una constante afirmación de la desigualdad? Un ser mejor organizado hace sentir sus fuerzas superiores á los de su especie; disminuye la parte que al nacer se les concede, y pone obstáculos al completo desenvolvimiento individual, á fin de dar más valor al suyo propio. Los oprimidos resisten, el opresor los violenta. En esta lucha las fuerzas del más débil se acrecientan, y las del más fuerte despliéganse hasta su más alto poder. Tan pronto como aparece un individuo favorecido, causa excitación en la especie entera, que se ve obligada á elevarse un grado. En la lucha por el primer puesto, los más imperfectos son humillados y desaparecen, y el tipo medio es cada vez mejor y más noble.

La generación actual se eleva en su conjunto á la altura de los seres excepcionales de la generación de ayer,

y la de mañana tiene el deseo de igualar á los jefes de la de hoy. Es una carrera rival sin fin, pero en la que todos adelantan. La multitud aspira á nivelarse con los favorecidos; éstos anhelan mantener y aun aumentar entre la multitud y ellos la desigualdad que los distingue. Tensión continua de facultades y esfuerzos infatigables, así en los unos como en los otros, y cuyo resultado es el progreso constante hacia el ideal. Los mejores dan el nombre de envidia al esfuerzo que para colocarse al nivel de ellos hacen los inferiores, y éstos llaman orgullo al cuidado que ponen aquéllos en conservar su distancia. Pero tales esfuerzos no son otra cosa que formas del fenómeno de inercia natural en la materia; cada uno de ellos, aun los naturales y benéficos, nos afecta momentáneamente de un modo desagradable; mas el ligero descontento causado por la opresión que resulta del esfuerzo, no puede en manera alguna servir de prueba contra la utilidad que éste proporciona.

La desigualdad es, por consiguiente, una ley de la Naturaleza, y en ella funda su justificación la aristocracia. Constituir ésta una clase hereditaria, en nada puede ofender á la razón. Tiénese por cosa cierta que las cualidades del individuo se transmiten á su posteridad: siendo el padre hermoso, fuerte, valiente, de noble aspecto, es muy verosímil que sus hijos gocen de las mismas ventajas; y si gracias á éstas el padre se ha conquistado un puesto distinguido en la sociedad, no hay razón alguna para que los herederos de su sangre no lo conserven. Sería más conveniente, de seguro, para ellos y para la colectividad, que se vieran obligados á conquistar de nuevo el primer rango por sus propias fuerzas, poniéndolos esto quizá al abrigo del relajamiento y de la decadencia, por ser bastante probable que en una lucha

abierta, los hijos de los mejores formarán casi siempre la mayoría de los vencedores.

Una aristocracia hereditaria es no solo natural, sino también útil para el Estado. En las democracias cuyo ideal es la «igualdad» mal entendida, son generalmente los hombres viejos ó en el pleno goce de la edad madura los que llegan á ocupar las posiciones influyentes. Es caso muy excepcional que un joven derrote á sus competidores y se vea diputado, jefe de partido, ministro, jefe de la nación; los ejemplos de los generales de la primera república francesa, y los de Bonaparte, Gambetta y Washington, nada prueban contra esta tesis. Fueron colocados á la cabeza de su patria por repentinas revoluciones. A esto los condujo, no su talento, sino la casualidad que les dió los puestos vacantes, gracias á abstenerse numerosos competidores que desdeñaron aprovecharse de un momento de confusión para lograr el poder.

Las revoluciones pueden llevar, en efecto, hombres jóvenes á los primeros mandos. Pero siendo aquellos movimientos excepcionales y transitorios de la sociedad, no se repiten fácilmente ni constituyen el estado normal de la democracia; mientras ésta goce de calma y de una vida regular, no ofrecerá, seguro es, ancho campo á las vertiginosas carreras de los Washington, Bonaparte y Gambetta. Importa mucho, por consiguiente, al progreso humano, que de tiempo en tiempo los jóvenes tengan una influencia decisiva en el Estado. Los viejos no son accesibles á las ideas nuevas y no tienen fuerza ni habilidad para obrar según los modernos principios. Con arreglo á una ley fisiológica, la corriente nerviosa circula con más facilidad por las vías acostumbradas y no emprende sino con gran trabajo las rutas nuevas; esta

ley tiene consecuencias funestas, haciendo del hombre anciano una especie de autómata en el cual todas las funciones orgánicas se hallan sometidas á la costumbre, estándolo igualmente el pensamiento y el dictamen. Exponed un organismo envejecido á impulsiones desconocidas hasta entonces, obligadle á dejar los caminos trillados y cómodos, para emprender la marcha por un terreno recién abierto, y he aquí lo que acontecerá.

Allí donde un espíritu joven no necesita sino tomar un pensamiento nuevo, el viejo ha de tomarlo también, pero viéndose forzado á resistir á la inclinación tenaz de formular dicho pensamiento según la antigua manera cien veces practicada. Tiene, por consecuencia, que hacer un doble esfuerzo, y su energía, bien lejos de aventajar á la del espíritu joven, es al contrario mucho menor. Así se explica fisiológicamente lo que llaman osificación de los viejos. Encuentran muy penoso apartarse de sus costumbres; sus nervios están con frecuencia en la imposibilidad absoluta de producir impulsiones bastante fuertes para vencer las resistencias. Por esta causa la nación dirigida por ancianos está condenada á la rutina y se convierte en un museo de tradiciones. En cambio, allí donde la juventud gobierna, hace las leyes y las aplica, todas las ideas nuevas se acogen prontamente, y la tradición, que no tiene la costumbre por guardia de honor, debe, si quiere que se la conserve, dar continuas pruebas de su excelencia.

La impetuosidad é inexperiencia de la juventud, que forman el reverso de la medalla, no pueden causar grandes perjuicios. En el complejo mecanismo del Estado hay, en efecto, mucha distancia de la iniciativa del espíritu á la ejecución; los numerosos rodajes que es preciso poner en movimiento agotan de tal suerte el principal

impulso, que no resta más que una pequeña fuerza para el efecto final útil. La existencia de una aristocracia hereditaria permite, en época normal, á bastante número de personas privilegiadas, llegar en la flor de su vida á ocupar las altas posiciones. La aristocrácia tiene sobre la obscura masa del pueblo la ventaja de la notoriedad que posee desde la cuna, en tanto que un hijo del pueblo debe por regla general emplear sus mejores años en adquirirla, y al precio de un lastimoso despilfarro de fuerzas y de la alteración de su carácter. En el curso habitual de las cosas, el puesto en que se puede trabajar por el bien común es para un plebeyo el fin, para un aristócrata el comienzo de su carrera; éste conserva al servicio de su nación toda la energía que aquél gastó en el titánico esfuerzo que le fué necesario para llegar arriba.

La existencia de una aristocracia hereditaria tiene aún otra utilidad para el Estado. Recibir de sus padres un apellido ilustre, garantiza excepcionalmente que quien lo lleve tendrá un concepto más seguro del deber, é ideas más elevadas de la humanidad, que cualquier individuo de baja extracción. Por su propia naturaleza sufre esta regla numerosas excepciones. Un príncipe ó un duque del más noble abolengo puede ser un bribón, y el hijo de un jornalero, ó el niño abandonado á quien se encontró en el arroyo de una gran ciudad, tal vez llegue á ser el más brillante modelo de nobleza de carácter y de abnegación heroica. Pero de estos dos casos es la excepción el primero, y al segundo no lo tengo en cuenta en tanto que no me sea probado.

Supongamos un puesto vacante que reclama en quien lo haya de ocupar fidelidad, valor y honradez. Se me nombra en unión con mis conciudadanos para escoger

que nadie ha de poner atención en su muerte, en su nombre y en su acto heroico. El héroe obscuro tiene además una segunda causa de satisfacción personal: ser arrojado á la fosa común. El héroe del gran mundo puede entusiasmarse con la seguridad de recibir una sepultura perpetua y un monumento bien aparente en el panteón de la historia.

Tengo la firme esperanza de que el sentimiento íntimo de la solidáridad humana se fortificará poco á poco. Hombres de mérito lo han tenido en toda época extremadamente pronunciado, y han sacrificado sin vacilar su sangre por el bien de la raza humana. Pero, en términos generales, estamos sumergidos aun hoy en el individualismo y somos egoístas. No de otro modo sino con gran lentitud, el estrecho sendero del interés personal inmediato se ensanchará hasta la comprensión de la unidad de intereses de las sociedades, del pueblo, de la especie. El hombre debe caminar mucho tiempo todavía antes de que el individuo salido del vulgo cumpla su alto fin, exigiéndose el sacrificio de sí mismo únicamente porque la utilidad que resultará para el conjunto se le aparezca como una ventaja personal; el aristócrata, en cambio, siente que obra en bien propio legando á su raza el recuerdo de una acción heroica. Es muy importante para el Estado saber que posee una clase que tiene poderosas razones para colocar el cumplimiento del deber sobre el amor á la vida. No le precisa entonces, al llegar los momentos de peligro, ir en busca de voluntarios de alto rango; tiene siempre á su alcance los Winkelried que, abiertos los ojos, se sacrifican voluntariamente por el bien de su patria.

Sin duda estas ventajas de una aristocracia hereditaria tienen por contrapeso algunas desventajas; no podía

suceder de otro modo en la humanidad. Desde luego se advierte que sobre el carácter, y no sobre el espíritu de un pueblo, es donde la aristocracia ejerce su influencia ventajosa; no se le puede exigir que eleve el nivel intelectual. La clase privilegiada excederá en vigor físico á la plebe, porque vive de mejores alimentos y en condiciones higiénicas más favorables, y engrandece la superioridad corporal que posee, hasta el valor de los atributos de raza que se transmiten á los descendientes. Pero no dominará jamás por su espíritu; y la razón es, que los méritos intelectuales no se transfieren por herencia, y que en materia de talento cada uno debe ser igual á su propio antecesor, el fundador primero de su casa. Es un hecho curioso que todavía no se ha puesto en claro. El genio, y lo mismo el talento poco ordinario, escapan por completo á la genealogía. No tienen antepasados; son y permanecen estrictamente individuales; vienen de súbito, desapareciendo de igual modo en una familia. No conozco el menor ejemplo de que pasen á los descendientes aumentadas, como las ventajas corporales, ni siquiera con una fuerza parecida. Más aún: los hombres de gran talento no suelen tener posteridad, y cuando la tienen, los hijos resultan débiles, mezquinos y de vida más efímera que el término medio de los hombres.

Siéntese la acción de una ley misteriosa, que parece querer impedir que se produzcan en una sola raza muy grandes diferencias de nivel en cuanto á los dones del espíritu. Consideremos lo que ocurriría si el genio se transmitiera por herencia como una talla elevada, la fuerza muscular ó la belleza física. De ser así, habría en un pueblo una clase formada por Shakespeares, Gcethes Schillers, Heines, Humboldts, etc. Entre esta clase y la gran masa, la distancia sería enorme. No pudiendo la

primera, por ser extraña á la segunda, soportar las condiciones generales de existencia, procuraría formar en provecho suyo leyes particularísimas, á fin de crear dentro de un Estado otro incomprensible á la multitud, y de acomodar á sus propias necesidades la legislación general, lo que sería naturalmente tan peligroso para el vulgo como si se le condenara á respirar constantemente oxígeno puro. Una inteligencia superior triunfa siempre de otra inferior, aunque tenga ésta á su servicio fuerza corporal mucho más considerable. Cuando las razas desarrolladas intelectualmente chocan con otras que lo están menos, las segundas sucumben sin remedio. Quizá una aristocracia de genios, poco numerosa, imperara sobre su propio pueblo como los blancos imperan sobre los pieles rojas ó sobre los negros de la Australia. Pero nunca llegará á formarse tal aristocracia. El genio consume tal cantidad de fuerza orgánica para manifestarse, que no le queda ninguna para la reproducción.

Extraña división del trabajo en la raza humana. Los hombres vulgares han de ocuparse de conservar materialmente la especie; los grandes espíritus tienen que velar por el progreso del desarrollo intelectual. No es posible producir á la vez ideas y criaturas. El genio es una rosa de cien hojas, bella y magnífica, pero estéril; es el tipo más perfecto de la especie, que llegó á un desarrollo exagerado é impropio para la reproducción directa.

Se pueden dar títulos de nobleza á Goethe, Schiller, Walter Scott y Macaulay: sus descendientes, si los tienen, no representarán, por cierto, en la aristocracia hereditaria el más alto mérito intelectual de su pueblo. Cuando un aristócrata por herencia, como Byron, por ejemplo, está excepcionalmente dotado de genio, no por

eso hace á su clase fértil en talentos. Las más hermosas inteligencias de un país no se encuentran en la aristocracia hereditaria, que se eleva sobre el resto de su nación sólo por sus cualidades físicas, su carácter y su agradable conjunto. Estimará, por consiguiente, mucho más los méritos que posee que los que le faltan; formará del hombre y del ciudadano un ideal que no ha de brillar por los dones del espíritu; y allí donde su influjo sea preponderante, la inteligencia no podrá obtener el rango á que se considere con derecho.

Otra de las desventajas de la aristocracia hereditaria es la de conducir inevitablemente á cometer injusticias con los particulares. No suele privarse de su parte natural de aire y de sol; tiene sobre los plebeyos una ventaja que les hace muy difícil, si no imposible, la victoria en la lucha por la vida. Todas las leyes que afirman la igualdad de derechos de los ciudadanos, sin que sea preferido el de mejor nacimiento, no sirven aquí de nada; á igual inteligencia entre dos rivales, el noble triunfará, aunque muy frecuentemente esté menos bien dotado. No se puede aún cambiar nada. La justicia absoluta es una concepción puramente teórica. La justicia á que podemos atender, es, de cualquier manera, la diagonal de un paralelógramo de fuerzas, cuyos lados son el poder y la justicia ideal. La constitución de la sociedad, impone á cada individuo ciertos sacrificios; el punto más ventajoso de la aristocracia sobre el campo de batalla de la lucha por la existencia se deriva de uno de estos sacrificios. Es necesario sobrellevar los otros; cada uno puede, por lo demás, procurar colocarse en el primer puesto. Si tiene brazos y espaldas muy fuertes, lo conseguirá; si no posee estas armas naturales, le queda el derecho de lamentarse de los privilegios aristocráticos,

así como pudiera el antílope hacerlo acusando de impudencia al león que lo devora.

Colocándonos bajo el punto de vista científico, y reconociendo que las leyes generales de la vida del mundo orgánico determinan también la constitución y la acción de la sociedad humana, no podemos menos de encontrar natural, y á veces útil, la existencia de una aristocracia hereditaria. No obstante lo que pudiera objetar la especulación filosófica, que no cuenta con los hechos, contra la existencia de una casta privilegiada, esta casta se formaría infaliblemente desde el momento en que más de dos hombres establecieran relaciones de intereses durables. Tenemos como prueba todos los Estados que en su origen se colocaron sobre la base de la igualdad absoluta. La gran República de la América del Norte es, en teoría, una completa democracia; pero en la práctica, en los Estados del Sur, los propietarios de esclavos forman una raza aristocrática hereditaria con todos sus atributos é instintos; en los Estados del Este, los nietos de los primeros inmigrantes puritanos y los colonos holandeses, procuran aislarse de la masa invasora de advenedizos y ejercer al menos privilegios sociales. Los piratas de la Bolsa, enriquecidos por el empleo más desvergonzado de la astucia y la violencia, fundan verdaderas dinastías, cuyos miembros no solamente son los tipos propuestcs á la imitación de la multitud, sino que juegan un papel muy importante en los destinos de la comunidad y del Estado.

Se pretende que en los franceses el instinto de la igualdad es muy particularmente poderoso. Esto no les ha impedido, sin embargo, elevar sobre las ruinas de su antigua nobleza otra nueva, que á la verdad no tiene títulos ni escudos, pero que posee todos los atributos

esenciales de una aristocracia, y cuyos abuelos, por terrible ironía de la historia, fueron precisamente los más despiadados fanáticos igualitarios de la gran revolución.

No quiero hablar, porque salta á la vista, de los regicidas de la Convención, de aquellos con los cuales Bonaparte formó, sobre el modelo de la nobleza histórica, su aristocracia imperial. Me refiero á las familias en las que son hereditarias la influencia política y la riqueza, á partir de la gran revolución, únicamente porque sus abuelos jugaron en ella un papel más ó menos importante. Buscad los nombres de los que desde hace cuatro generaciones han gobernado la Francia como senadores, ministros, diputados ó altos funcionarios, y os admiraréis de encontrar en ellos muchos apellidos que datan de 1789. Así, los Carnot, los Cambon, los Andrieux, los Brisson, los Besson, los Perier, los Arago, etc., han fundado dinastías políticas de gran importancia; mas los que conocen á los propietarios actuales de estos nombres, saben que á ellos solamente deben la posición que ocupan en el Estado.

El imperio turco posee también una constitución estrictamente democrática y no conoce más nobleza hereditaria que la dinastía de los Osmanes y los descendientes del Profeta, á los que ya no concede la menor atención. Todos los días se ven esportilleros y barberos convertirse en pachás, y el capricho del Padischah, único que distribuye rangos y honores, no se informa jamás del origen de un favorito. Por lo tanto, el país está gobernado, en realidad, por hijos de advenedizos, los effendis; y si el pachá no puede legar el título que posee á sus descendientes, les deja no obstante, por lo general, parte de su influencia. El nepotismo es, en una clase privilegiada, la única raíz que subsiste viva cuando la

niebla democrática ha gastado todas las demás. ¡Es cosa tan natural en el hombre preferir su propio hijo y el hijo de su amigo á los extraños y desconocidos, por muy grandes que sean los méritos de éstos! He aquí por qué el yerno del catedrático tendrá siempre títulos científicos más sólidos que los de su competidor menos favorablemente casado; he aquí por qué la carrera diplomática será también siempre fácil al hijo de un ministro; he aquí, en fin, por qué cada generación que en su infancia jugó reunida en los salones de los padres de elevada estirpe, formará una compacta falange, prestándose mutuo apoyo que es difícil pueda romper quien no forme parte de ella.

IV

He reconocido que la aristocracia es una institución natural de la humanidad, por esto mismo inevitable y probablemente eterna; y no protesto contra los honores y [privilegios hereditarios que le han sido concedidos, pero estipulando que ha de formar la aristocracia la mejor y más digna parte del pueblo. Para que una casta nobiliaria exista en derecho, es necesario que pueda probar el fundamento antropológico de sus pretensiones. Es preciso que descienda de personas de gran mérito y que por la selección haya mantenido y acrecentado sus cualidades. Históricamente, todas las aristocracias nacieron así.

En los pueblos de composición uniforme, los hombres más fuertes y más buenos, los más valientes y los más hábiles, han obtenido enseguida el poder y el respeto,

y sus descendientes han cifrado el orgullo de la familia en estas dotes naturales de sus antepasados. Comprendieron que debían su elevación, no al favor caprichoso de los hombres, sino á nuestra eterna madre la Naturaleza; conforme, según la manera de pensar de los primeros hombres, éstos se alabaron de descender de los dioses de su pueblo, es decir, de sus tipos ideales. Esta nobleza de origen divino existía entre los germanos, existe hoy entre los indios y en algunas tribus primitivas, como los Pieles Rojas de la América del Norte. Cuando, al contrario, una nación se ha formado de la mezcla de diferentes elementos, ó sometiendo una raza poderosa á otra más débil, la aristocracia está formada por los descendientes de los conquistadores, y por consecuencia, de la raza fuerte y superior, al menos bajo el punto de vista físico.

Tal es el origen de la nobleza en todos los países europeos, que en la época de la gran emigración de los pueblos, ó más tarde, debieron ser invadidos por razas extranjeras, en su mayor parte germánicas. La nobleza primitiva de Francia es franco-borgoñona ó saxo-normanda; visigoda la española; vándala, goda y lombarda, y en parte también sueva, francesa y española, es la de Italia; la de Rusia, escandinava; la de Inglaterra, normanda; magyar, la húngara; la china, *mandchoue*. Todo lo que he dicho de la razón de ser que tiene la desigualdad social, se aplica plenamente á una aristocracia formada de los individuos más perfectos de la raza indígena, ó de una raza superior de conquistadores. Semejante aristocracia ocupará con indiscutible derecho los primeros puestos en el Estado, por tener la fuerza necesaria para subir á ellos y conservarlos. Mejor organizada y llena de sentimientos más altos que la raza plebeya,

deberá ejercer y desenvolver constantemente su fuerza y su valor, pues si esto le faltase, no podría resistir al empuje de las clases inferiores. Obrando así conserva para siempre su ventaja sobre el resto del pueblo.

La acción de las leyes naturales, no permite á la aristocracia más alternativa que guardar intactas sus ventajas ó desaparecer. Debe ser heroica, pues si en un momento de peligro estima más su vida que sus privilegios, otros que no temerán la muerte han de arrebatárselos de la mano. Deben los aristócratas llenar en todos los casos el papel de campeones y de portabanderas, porque si no se ponen resueltamente á la cabeza, serán destituídos y relegados al último lugar. No pueden, en suma, constituir casta cerrada, por traerles esto el agotamiento de fuerzas; teniendo seguro, que al conocer sus envidiosos que los nobles no son los más fuertes, los arrojarán de su pedestal; no siéndoles posible, por lo tanto, sustraerse al libre juego de las leyes naturales, que es de donde sacan su justificación. Cada vez que en el pueblo surja una individualidad que muestre ser superior y obligue al vulgo con su mérito á que así lo reconozca, la aristocracia debe apresurarse á abrirle sus filas. Deben tener por contrapeso las degeneraciones inevitables, un constante mejoramiento de la sangre, y no poner jamás obstáculos á la elevación de los mejor dotados, elevación á la que debe su origen la aristocracia.

Tal es teóricamente una aristocracia de la cual se debería admitir la existencia y sufrir la superioridad. Pero en la práctica las cosas pasan de otro modo. La nobleza que ocupa en casi todos los países de Europa el primer rango, ¿es una aristocracia tal cual yo la he definido? Ningún hombre que sea dueño de su razón podrá con-

testar afirmativamente. Lo que se llama la nobleza, es decir, la clase que procura distinguirse del resto de los ciudadanos por medio de títulos hereditarios, no cumple ninguna de las condiciones de una aristocracia natural. Hemos encontrado la nobleza primitiva, nacional ó divina, en los pueblos á los cuales no se ha impuesto el dominio de tribu alguna extranjera; en aquellos países que fueron tiempo atrás conquistados, hemos visto la nobleza conquistadora. Estos dos géneros de aristocracia están por todas partes extinguidos ó degenerados.

Y esto por su propia culpa, pues se han vuelto contra su ley natural de vida cayendo en el exclusivismo y no han podido rejuvenecerse, hallándose agotada también la fecundidad en muchas familias hasta el punto de no poder producir sucesores; en otras, los descendientes de grandes antepasados fueron convirtiéndose poco á poco en tontos, débiles y cobardes, no sabiendo defender su fortuna ni su rango contra la avidez de enemigos más robustos y llegando á morir en la pobreza y en la obscuridad. Su sangre tal vez corre hoy por las venas de jornaleros ó aldeanos. Su lugar, vacante por muerte ó degeneración, está ocupado por toda clase de gentes que deben su engrandecimiento, no á un organismo superior, ni á la naturaleza, sino al favor de monarcas ó de otros influyentes personajes.

Toda la nobleza actual (no creo que haya en esta regla ninguna excepción seria) es una nobleza creada por diplomas, y en la gran mayoría de los casos muy moderna. El capricho de una voluntad individual, y no la ley antropológica, es quien ha dictado los títulos de las nuevas casas nobles.

Mas ¿cómo es que adquieren después de la Edad Media, desde cuya época no se forma en Europa ningún

árbol genealógico, el favor de los príncipes que se traduce en un acta de nobleza? ¿Es por cualidades excepcionales, por méritos que hacen á un hombre apropósito para la selección y el perfeccionamiento de su raza? La historia nobiliaria de todos los países facilita la respuesta á estas preguntas. Casi no existe ejemplo alguno de que una elevada y noble naturaleza, representando el tipo ideal de la humanidad, haya obtenido un título nobiliario. Si alguna vez, casualmente, ha encontrado el mérito real en su camino una carta de nobleza, lo debió á poseer, á la par que sus cualidades excelentes, otras bajas y despreciables; sólo estas últimas explican la atención de que fué objeto por parte del príncipe. Las causas por que muchas familias se han elevado son tan viles, que delante de personas dignas no se pueden mencionar. Hay algunas que deben sus honores á la deshonra de sus antepasados femeninos, y su orgulloso blasón recuerda, de una manera clara, que cuentan entre sus miembros padres y esposos complacientes y damas despreocupadas. En otros casos, la carta de nobleza es la recompensa de una bastardía ó de un crimen, por el cual el antepasado de la casa demostró el amor á su príncipe.

Concedo que la prostitución y el asesinato, aunque punto de partida muy frecuente de brillantes destinos, no han servido de escabel sino á la minoría de la nobleza.

La mayoría adquirió su rango de una manera menos escandalosa. Un motivo frecuente de ennoblecimiento es la riqueza, y también largos servicios prestados en el gobierno ó en el ejército. ¿Cómo se ha llegado á poseer tal fortuna que llame la atención de un príncipe? Por la falta de escrúpulo, ó por el juego; más veces por aquélla

que por éste. En la época de la reforma, se saqueaban las iglesias; un poco después se armaban cruceros, es decir, se convertían los futuros nobles en piratas; luego, podían ser mercaderes de esclavos, ó propietarios y explotadores de esclavos. En los tiempos modernos, hay que ser proveedor de ejército y robar al Estado, ó especular y arrebatar á centenares de miles de personas, por audaces jugadas de Bolsa, los céntimos que ahorraron á fuerza de trabajos; ó bien, en el caso de mayor honradez, basta ser gran industrial y sacar sus millones de algunos cientos de obreros á quienes se paga miserablemente.

¿Y cuáles son las personas que por sus grandes servicios en tiempo de guerra ó en tiempo de paz, han atraído sobre sí la mirada de sus príncipes? Son siempre—digo «siempre» sin ninguna restricción—almas flexibles como la carne de un molusco, cazadores de puestos elevados, que ya deslizándose, ya arrastrándose, pasan la vida sin permitir que aparezca en ellos el más leve impulso de independencia viril, extirpando el último vestigio de nobleza y de dignidad, inclinándose ante todos los que están más altos, procurando serles agradables é imitándoles de un modo servil, rendidos hasta un punto exagerado, y en fin, como justo coronamiento de una vida pasada poco dignamente, concluyen mendigando un lugar en la aristocracia. Hombres formados de la buena y sólida materia humana, con resistente columna vertebral, y que no encuentran dicha ni tranquilidad si no tienen un carácter propio, nunca pueden resignarse á renegar de su signo distintivo, á ser siempre de la opinión de sus superiores, á ganar por medio de intrigas, adulaciones y súplicas el favor de los príncipes. En estos hombres serios é independientes se piensa al tratar

de quién ocupará los puestos de peligro, pero no cuando hay favores que distribuir. Tales personas van las primeras cuando con riesgo de la vida se debe servir al país, pero no hacen esfuerzos para atraer sobre sí, en grandes fiestas y entradas triunfales, las miradas del monarca.

Así, la nobleza por diploma es de hecho una institución que sirve para elevar á los hombres, como las carreras sirven para el mejoramiento de la raza caballar. Los vencedores, destinados á formar una nueva casta, poseen cualidades que un padre bien puede desear á su hijo á fin de que haga suerte en el mundo, pero con las cuales es seguro que ningún poeta adornaría la figura de su héroe. La poesía mantiene el ideal humano más puro que la ley y las costumbres; la conciencia estética se rebela aún, allí donde la conciencia moral no tiene nada que decir. Estréchase con gusto la mano de los hombres que se elevaron de la manera que la sociedad exige, pero no sufriríamos verlos glorificados por un poema y convertidos en modelos para la imitación de la humanidad.

Los individuos de cada generación que se distinguen de la masa del pueblo por dignidades y títulos nobiliarios, no son ciertamente los peor dotados bajo el punto de vista de la inteligencia. Por regla general no son tontos, sino más bien hábiles y astutos; son tenaces y sobresalen también en perseverancia y fuerza de voluntad. Pero lo que les falta, de seguro, es el carácter y la independencia, es decir, justamente las cualidades que una aristocracia natural, una aristocracia por la sangre, podría tener, y que establecen, sin la intervención de leyes escritas, la desigualdad social en su favor y en desventaja de los plebeyos.

He trazado el retrato del individuo que adquiere la nobleza por su familia. Sus descendientes, por lo común, tendrán más elevación moral que él. Para conservar un rango no es preciso ser tan despreciable como para adquirirlo; no es necesario para ello ser un egoísta sin escrúpulo, un adulador ó un intrigante. El carácter se mejora por la gradual acción de las ideas que prosiguen emanando de la teoría primitiva que ve en los aristócratas los hombres mejores y más nobles. Si la nobleza por diploma nada tiene que sea aplicable á la nobleza por la sangre, se une sin embargo á las ficciones históricas de donde ésta procede. Mas, ¿qué destinos aguardan á la nobleza moderna? O bien, sacrificándose á las preocupaciones de la Edad Media, contraerá matrimonios solamente entre sus iguales, huyendo de los malos casamientos, ó bien en ciertos casos contratará enlaces fuera de la aristocracia. La primera forma de matrimonios conduce á la desaparición rápida y completa de las familias nobles. Estas, en efecto, no siendo, como la nobleza por la sangre, procedentes de individuos mejor organizados, no están provistas desde su origen de exceso alguno de vida, y las uniones hechas siempre en el mismo círculo han de tener como consecuencia precisa el pronto agotamiento de la fuerza vital; fuerza no tan grande en ella como en los hombres del pueblo, y que debe sin embargo atender á los gastos mayores que reclama una vida más intensa, asociada á una más alta situación, y sin poder renovarse con los auxilios que aportaría la fuente inagotable del vigor popular.

Pero cuando un aristócrata se casa fuera de su círculo é introduce sangre nueva en su familia, ¿de qué especie es esta sangre y cuáles son los motivos que han determinado al hombre en su selección? Que un noble se en-

lace por amor con una hija del pueblo y sólo apreciando sus cualidades físicas y morales, es un caso excesivamente raro; mas desde el punto de vista del mejoramiento de la sangre en la familia, estos matrimonios son los únicos ventajosos, porque le es necesario á una mujer, para fundar una buena raza, la conformación normal del cuerpo, cuya expresión es una belleza armónica, y también la salud y el equilibrio del alma, cualidades que se manifiestan bajo la forma de una moralidad tranquila y hasta un poco plebeya.

Es lo más frecuente que estos matrimonios desiguales se realicen por un interés pecuniario ó por un capricho de la pasión. Analicemos las condiciones de los dos géneros de alianzas.

Un aristócrata toma por esposa una rica burguesa para dorar de nuevo su blasón, según un dicho vulgar. Ahora bien; ese aristócrata es un libertino arruinado por sus excesos, y que entra en el matrimonio como en una casa de refugio, ó bien es un hombre miserable y sin fuerza vital; pues el que se encuentra lleno de vigorosa energía es fuerte y emprendedor, tiene el deseo de unirse á una mujer de su elección y la seguridad de hacer buen papel en el mundo, aun sin la dote de su esposa. En cambio, el noble de que venimos tratando es un ser vulgar y de estrechas miras, debiendo hallarse dispuesto á fingir y engañar á las ricas herederas, exigentes en general, al menos hasta tanto que se desposan, disimulando bajo una apariencia de inclinación el grosero anhelo de su fortuna. Ella, la rica heredera, representa igualmente un tipo muy bajo entre los humanos; es hija de un hombre de inteligencia limitada y desprovisto de dignidad; de lo contrario, el padre no querría sacrificar la felicidad de su hija á una vana ambición, ni brillar

entrando en relaciones de familia con una sociedad donde le tratarán todos, hasta sus parientes, con la burla y el desprecio reservados á los intrusos. En cuanto á la joven, ó bien está satisfecha de su suerte y se presta con agrado á ser la esposa de un hombre á quien sólo causa indiferencia, siendo en este caso una criatura sin corazón y sin alma, una vanidosa y necia muñeca, ó bien desea amar y ser amada, pero acepta no obstante el destino que su familia le preparó, y entonces es una pobre naturaleza sin voluntad y sin carácter.

Hay también entre las alianzas desiguales algunas que se llevan á cabo sin miras interesadas. No hablo de cuando un amor verdadero y moral es la causa de la alianza; podemos, pues, admitir este caso que se presenta quizá una vez en un siglo, y por este motivo no ejerce influencia apreciable en el mejoramiento de la raza aristocrática. La regla general es que un aristócrata, en las alianzas por amor, se case con una actriz, con una amazona del circo, ó simplemente con una belleza equívoca de los establecimientos balnearios ó de los salones internacionales de las grandes capitales. En pareja así formada, la parte femenina es un ser anormal que se revela como tipo extraño á la forma ordinaria, sólo por haber escogido una carrera excepcional, frecuentemente excéntrica ó condenable; y por lo que respecta á los destinos extraordinarios, se puede asegurar que tales mujeres rechazan todos los deberes que la sociedad moderna impone al sexo femenino. En cuanto á la parte masculina, es lo que en psicología se llama «un degenerado», es decir, un individuo en el cual la voluntad y la razón están rebajadas, el sentido moral es rudimentario, y sólo la pasión genésica gobierna la vida psíquica, á veces con una extraña depravación. Tales individuos no

pueden resistir el deseo de lograr una mujer que sepa excitarlos, y para ver satisfecho este deseo cometen locuras, indignidades, y si es preciso hasta crímenes. Examinemos la cuestión de cerca. En las novelas que terminan con el matrimonio entre un príncipe y una cómica, se encontrará, casi siempre, que el hombre es un «degenerado» en el sentido científico, es decir, una pobre naturaleza débil y sensual. Las alianzas, según hay costumbre de hacerlas, están bien lejos de procurar á la aristocracia ventajas antropológicas; parece, al contrario, haber sido imaginadas muy ingeniosamente, para reunir la peor materia humana de la nobleza y de la burguesía en una boda de donde no pueden salir sino abortos, en lo moral cuando menos.

Tal es el origen de la nobleza creada por diplomas, y tales son necesariamente sus destinos futuros. El antecesor fué un egoísta, un intrigante ó un cortesano: con frecuencia todo á la vez. Al descendiente se le condena de modo fatal á desaparecer, bien se agote su sangre dentro de un número determinado de familias que tienen los mismos vicios que él, bien se una con tipos excepcionales de mujeres, ó no desarrolladas ó de mala conducta. Y por lo tanto, he aquí un nuevo rasgo de la cobardía, de la necedad y de la hipocresía humanas: la nobleza goza de una consideración social ante la que se inclina voluntariamente, y casi con secreta satisfacción, la inmensa mayoría de los hombres. El *snobismo* que se siente lisonjeado de una manera particular y agradable cuando puede relacionarse con los aristócratas, reina en todos los países, aun en los más democráticos. El francés, que se alaba de haber inventado la igualdad, se enorgullece con el trato de un duque ó de un marqués, y se interesa en la vida y en los hechos de su nobleza

nacional á despecho de un *flunkey* inglés. El americano, que en la apariencia no honra más que al todopoderoso *dollar*, y afecta burlarse de las diferencias de clases que existen en el viejo continente, se complace en el fondo de su corazón al poder exhibir en sus salones un individuo de la nobleza. Todos sabrán cómo se obtiene hoy un título nobiliario: quizá sólo en ciertos países no se conoce el precio exacto de una corona de príncipe, conde ó barón. Y sabiendo que este adorno es el equivalente de una suma determinada, se le concede sin embargo un respeto que se niega á la suma que lo ha pagado.

Citemos un pequeño rasgo que muestra las costumbres engañosas de los hombres civilizados, mejor que podría hacerlo una argumentación de muchos volúmenes. Un diputado francés presentó en la Cámara un proyecto de ley en virtud del cual cada ciudadano tendría derecho, mediante la entrega al Tesoro de una cantidad determinada, á adjudicarse un título de nobleza y servirse de él en todos los actos; por 60.000 francos se podría ser duque; por 50.000 marqués, etc.; por 15.000 francos simplemente «señor de». Si este proyecto hubiera adquirido fuerza de ley, apenas se encontraría persona alguna que quisiera realizar tan bello negocio y comprar á la faz del universo un título de nobleza como se compra un traje ó una cadena de reloj. Anunciad, por el contrario, en un periódico que estáis en condiciones de proporcionar, con el mayor sigilo, títulos aristocráticos á las personas ricas, y en cada correo recibiréis cien peticiones; aunque no prometáis sino diplomas nobiliarios de la república de San Marino, ó del principado Reuss-Schleiz-Greiz, al mismo precio ó á un precio más elevado que el propuesto por el diputado francés, encon-

traréis muchos compradores para vuestra mercancía. Y sin embargo, allí se trata de una operación correcta, aquí de una operación equívoca; allí de un título que es válido en un Estado de 37 millones de habitantes, aquí de otro que no tiene valor legal sino en algunas aldeas. Pero en el primer caso se hace saber públicamente que el título de nobleza se vende á quien lo quiera, mientras en el segundo se mantiene la ficción en virtud de la cual la nobleza es la recompensa del mérito y el hombre ennoblecido un ser de orden superior; también se prefiere obtener un título de nobleza por la intervención de un corredor de fe dudosa, á comprarlo honradamente en una oficina de timbre ó de contribuciones. Esto es una prueba de que se quiere sostener, exteriormente al menos, la mentira nobiliaria.

Por lo demás, los privilegios concedidos á la aristocracia no son únicamente de naturaleza social, y no consisten sólo en títulos y cumplimientos. La nobleza tiene en los países monárquicos, sin perjuicio de la igualdad de derechos y deberes garantidos por la ley á todos los ciudadanos, una influencia muy grande que le asegura notablemente la posesión de todos los beneficios públicos. Empleo aquí la palabra beneficio en su sentido más lato. Dada la actual organización del capital y del trabajo, se deben considerar como prebendas del Estado los destinos, que al mismo tiempo que un elevado rango, proporcionan una renta segura y con pequeñas molestias.

A la nobleza están reservados todos aquellos puestos para cuyo desempeño no se necesita una capacidad especial, y que pueden ser ejercidos por cualquiera, siempre que haya quien se los confíe. Para ellos ha sido inventado el conocido proverbio de «que Dios da inteli-

gencia á quien obtiene un empleo». Las plazas de jefes y oficiales superiores, las prebendas, las dignidades de corte, el Estado las regala á un pequeño número de individuos, que en buena justicia no tienen el menor derecho; les ofrece una suculenta y abundante comida únicamente porque, según la frase de Beaumarchais, «se han tomado la molestia de nacer.»

La mentira de la nobleza por diploma, que se ha introducido fraudulentamente á modo de enfermedad parasitaria en las formas y privilegios de la nobleza de la sangre, que se halla desenmascarada á todas horas por la historia y la razón, tiene quien la soporte y hasta quien la adule, y es, por último, una piedra angular del Estado monárquico. Se finge la creencia de que un imbécil que se llama el señor conde ó el señor barón está compuesto de una pasta mejor y más escogida que el resto del pueblo; y se aparenta admitir como verdad que un príncipe, garabateando sobre el papel ó sobre un trozo de pergamino, puede convertir á cualquier hombre vulgar en un ser noble y distinguido. Después de todo, ¿por qué no? ¿La gracia de Dios no está á su servicio? Se puede muy bien esperar de ella tan maravillosa metamorfosis, que en definitiva no es más incomprensible que los milagros de la Biblia y de los santos.

LA MENTIRA POLÍTICA

I

Fijemos la vista en un hombre del pueblo que viva en medio de la civilización moderna sin lazos de familia, sin relaciones que le procuren el favor de los poderosos, y por él toda clase de privilegios, y veamos cuál será su situación dentro del Estado. Advierto á mis lectores que hablo del ciudadano de un Estado ideal en la Europa.

El hombre que presento como ejemplo se halla en la niñez, y sus parientes comprenden es necesario formar su espíritu. Lo envían á la escuela. Antes de admitirlo, el maestro exige á los padres la partida de nacimiento del niño. Parece que para disfrutar de los beneficios de la instrucción pública debería ser bastante á un hombre existir y haber alcanzado un cierto grado de desarrollo físico y moral. Mas no; le es preciso también un certificado en que conste que ha nacido. Este documento es la clave indispensable de la lectura y la escritura. Si no lo posee, necesita recurrir á una operación oficial muy complicada, cuyos detalles nos llevarían demasiado lejos, para establecer la prueba numerada, timbrada y signada, de que ha nacido. El niño entra, por consiguiente, en la escuela, y de ella se ve libre algunos años después,

y en disposición de empezar á ganar su vida. Siéntese apto para ofrecer á sus conciudadanos el auxilio de sus consejos y diligencias en los trabajos del Derecho. Mas esto no le será permitido si no posee un permiso especial del Estado bajo la forma de un diploma. Por el contrario, es libre para prestar utilidad haciendo zapatos, aunque un zapato mal hecho ocasiona, con frecuencia, más dolores que un consejero poco inteligente en un asunto jurídico. Llega nuestro hombre á la edad de veinte años, y desea emprender un viaje para completar su educación; esto no le será permitido. Ha de cumplir con sus deberes militares, renunciar por algunos años á su individualidad, á ese bien del que tan doloroso es perder siquiera la sombra, según dice Schlemihl; en breve debe renunciar á su voluntad y convertirse en autómata. Esto me parece muy bien. Se debe tal sacrificio al Estado, cuya seguridad podría verse amenazada uno ú otro día por algún enemigo poderoso.

Durante su permanencia en las filas, mi buen Juan—le nombraré Juan para mayor comodidad—halla ocasión de enamorarse de una María; pero es hombre honrado y desdeña ser dichoso en la cocina con aquella que él ama, á pesar de ser este el método cómodo usado en las guarniciones. Juan desea casarse; mas no lo puede hacer. Todo el tiempo que sea soldado ha de permanecer soltero. Sin embargo, al contraer matrimonio un soldado, no lesionaría ningún derecho, no disminuiría el poder defensivo del Estado, ni á éste le interesa, en una palabra, su persona ni de cerca ni de lejos; no importa, Juan debe aguardar, para ser feliz, á que llegue el momento de abandonar sus pintarrajeados vestidos. Mas he aquí que el momento ha llegado; Juan ¿podrá casarse con María? Ciertamente, si poseen los dos cuantos papeles, en ver-

dad bien numerosos, son necesarios; si les falta uno solo, ¡adiós, boda! Pero Juan ha vencido este obstáculo afortunadamente, y desea establecer una taberna. Mas no puede si la policía no le autoriza, y ésta puede autorizarle ó no, según le plazca.

Necesita del mismo permiso para dedicarse á otras muchas profesiones cuyo ejercicio, sin embargo, no daña los derechos de las personas, ni es ruidoso, ni inmoral, ni peligroso. Juan quiere reedificar su casa; mas no la puede ni aun tocar si antes no se procura una licencia, por escrito, de la policía. Esta licencia se le concede; pero la calle pertenece á todo el mundo; la casa de Juan tiene su fachada á la calle, y debe, por consecuencia, someterse á las prescripciones generales. Posee también un vasto jardín situado lejos de todas las vías públicas, en un paraje que jamás ojos extraños tuvieron necesidad de ver, ni otros pies que los suyos llegaron á pisar. Juan quiere elevar en dicho jardín una construcción. Esto no le es permitido sin licencia de la policía, de ese inevitable entorpecedor público. Juan tiene un almacén, y no há menester de un día de reposo en la semana; desearía vender en los domingos como en los otros días. No puede hacerlo sin exponerse á que la policía lo agarre por la garganta y lo meta en prisión. Si su establecimiento es un *restaurant*, sufre con gusto el insomnio, y no se dolería de tener abierta su casa toda la noche; mas la policía le prescribe una hora fija para cerrarla, bajo pena de recibir un castigo. Su María le da un hijo; ha de hacerlo inscribir en el Registro civil, ó si no algún día el pequeño sufrirá fatales consecuencias. Debe también sujetarlo á la vacunación, aunque Juan ha visto á muchas personas no vacunadas tener viruela benigna y curarse de ella, y otras vacunadas morir de aquella enfermedad.

Omito cien experiencias dolorosas sufridas por Juan en el curso del año. Pensó explotar un ómnibus haciéndole recorrer las calles de su pueblo, mas no pudo sin permiso de la policía. Deseaba penetrar en una parte encantadora de un jardín público de la villa, siempre fresco y agradable, situado en las afueras de aquélla, pero no logró obtener el derecho de entrar. Quiso un día emprender á pie una larga excursión á través de su provincia; pasadas algunas horas de marcha, encontró un gendarme que le dirigió toda clase de preguntas indiscretas resperto á su nombre, estado, origen y punto á que se encaminaba; y como Juan se resistía á enterar á un hombre que le era absolutamente desconocido, y que se había él mismo presentado sin dar su nombre y sin saludar, según es costumbre, el gendarme le causó todo género de molestias que le hicieron desistir de su proyectado viaje. Cierto día su vecino le arrebata, por la fuerza, un trozo de jardín para unirlo á su propio dominio; el caso es por demás simple, el agravio es evidente. Juan presenta querella; el pleito dura algunos meses; Juan lo gana, mas su adversario es insolvente; aquél recobra, sin duda, su trozo de jardín, solo que había perdido en tiempo y en dinero casi veinte veces el valor del terreno recuperado, sin hablar de los disgustos, que no contaba por hallarse habituado á ellos desde la infancia. Juan había visto en el Museo un buen cuadro de la época del Renacimiento, y el traje de los personajes le gustó de tal modo, que se encargó uno idéntico y con él fué á pasear cierto domingo por las calles; en seguida la policía le obligó, con la amenaza de ser preso, á renunciar á lo que llamaban los polizontes una mascarada.

Encuentra algunos amigos que piensan como él, y re-

suelve con ellos formar una sociedad en la cual cada uno pudiera manifestar su descontento respecto á las leyes existentes. Al punto la policía le reclama la lista de los socios, y no tarda en prohibir la sociedad á causa de su carácter político. Como Juan se halla obstinado, funda una segunda que no se ocupa sino de cuestiones económicas. Esta es una sociedad de ahorro y de consumo. La policía le hace disolver, porque Juan había descuidado el pedir anticipadamente permiso. En medio de muchas vicisitudes, Juan llega á viejo. Cuando está contento, se consuela diciéndose que los rusos, después de todo, tienen aún menos comodidad en su país de la que él posee en el suyo; por el contrario, hállase de mal humor, y se irrita pensando cuánto más libres son que él los ingleses y los americanos; así lo cree, á lo menos, por haberlo leído en los periódicos. Un día muere su María. Ni aun en la muerte quiere separarse de ella, y toma su partido para que esto no suceda; la entierra en su jardín bajo el árbol por ella preferido. Esta vez sí que una verdadera tempestad policiaca se desencadenó sobre su cabeza. De ningún modo le estaba permitido enterrar á su esposa en su propio suelo. Juan fué severamente castigado. María exhumada sin ceremonias y llevada al cementerio.

Se encuentra Juan solo en el mundo. Lleno de tristeza, pierde el valor, abandona los negocios y llega bien pronto á una pobreza extremada. Un día, en su desesperación, se arrima á la esquina de una calle y pide limosna. Al punto un agente de policía le impide que implore la caridad, y lo conduce al despacho del inspector, donde tiene lugar una conferencia instructiva. «Sabéis que la mendicidad está prohibida», le pregunta el inspector en tono severo. «Lo sé, mas no me explico la

causa, contesta Juan dulcemente, puesto que no importunaba á persona alguna, y no hacía sino tender la mano en silencio». «Esto es perder nuestro tiempo en charlatanería inútil; sufriréis ocho días de prisión». «¿Y qué haré cuando quede libre?» «No me corresponde á mí pensarlo; ese será negocio vuestro». «Soy viejo y ya no puedo trabajar; nada poseo, y además me encuentro algo enfermo». «¡Si estáis enfermo, marchad al hospital!» grita el funcionario impaciente; mas añade al momento: «Pero no podéis ir al hospital si sólo estáis un poco enfermo; habéis de estarlo por completo». «Comprendo, dice Juan, se ha de tener una enfermedad que cause la muerte bien pronto si no se cura con rapidez». «¡Justamente!» afirma el inspector; y pasa á otro asunto. Juan termina su prisión, después de la cual tiene la suerte de ser admitido en un establecimiento de caridad. Está alimentado, aunque mal, y vive como un malhechor ó prisionero. Se halla forzado á vestir una especie de uniforme, que en las calles le atrae miradas de menosprecio. Cierto día Juan encuentra en la calle á un sujeto que había conocido en sus tiempos más felices; le saluda, pero sin obtener contestación; Juan marcha derecho á él y le dice: «¿Por qué ese desdén?» «Porque no habéis seguido el ejemplo de las gentes sensatas que se han hecho ricas», responde aquel hombre con aire de repulsión; y prosigue su camino.

Juan se torna melancólico. Toda clase de ideas negras se apoderan de su espíritu. Durante un paseo que dió en una hermosa mañana de sol, repasa en el pensamiento toda su vida y se habla desde luego en voz baja, después con voz de más en más irritada. «Héme aquí de sesenta años de edad, ¿y cuál ha sido mi suerte en todo este tiempo? Yo, no he sido jamás dueño de mi

persona; yo, no he tenido jamás el permiso de querer. Apenas pensaba ejecutar un proyecto, cuando la autoridad se mezclaba en él y lo sembraba de obstáculos. En mis negocios, aun en los más personales, los extraños tuvieron siempre puesta su nariz burocrática. He debido tener para todo el mundo cuidados que persona alguna reclamaba en particular, y nadie ha tenido esos cuidados para mí. Bajo el pretexto de proteger los derechos de los otros, me han arrebatado los míos, y si reflexiono bien, á los otros también les han arrebatado los suyos con la misma excusa. En lo único que se me ha tolerado conducirme á mi gusto, ha sido, á lo más, con mi perro, y ni siquiera con él, pues si llego á golpearle, la Sociedad protectora de los animales, ayudada de la policía, hubiera invadido mi tienda. Que yo haya debido sufrir las vejaciones del servicio militar, lo comprendo todavía, aunque si el enemigo lograba, sin resistencia, invadir el país, me habría causado difícilmente mayores miserias de las que me causó mi amado Gobierno; comprendo también que he debido pagar los impuestos, pues justo es retribuir á la policía, que siempre ha velado por mí paternalmente, aunque no hubiera sido muy necesario hacerme pagar una industria que no me alimentaba, y apoderarse de mis bienes si yo no podía pagar. Mas ¿por qué las otras vejaciones? ¿Qué ventajas me ofreció la autoridad, en cambio de todos los sacrificios que ha reclamado de mí? Ella ha protegido mi propiedad, sin duda, y esto fácilmente, pues no tengo ninguna, y cuando se me arrebató la poca que tenía, un pedazo de mi jardín, aún me atormentó y me hizo pagar por aquello. Al no existir autoridades, cada cual obraría á su manera. ¿Y después? En este caso yo habría molido á palos á mi vecino, ó él lo habría hecho

conmigo, y he aquí terminada la diferencia. La policía vela porque estén las calles bien enlosadas. ¡Por Dios! yo no sé si deseo mejor andar con fuertes botas entre el cieno, que sufrir estas eternas incomodidades. ¡Que el diablo los lleve á todos!»

Llegado á este punto de su monólogo, Juan se precipita en el río, por cuya orilla marchaba desde un momento antes. Mas la policía se encontraba también allí; lo saca del agua, y conducido ante el juez, éste lo condena, por tentativa de suicidio, á un largo aprisionamiento. Por fortuna ó por desgracia, no sé por cuál de las dos, Juan cogió un enfriamiento mientras estuvo en el río; esto le trajo una fluxión de pecho, y murió en la prisión. La policía formalizó un proceso verbal; éste fué el último.

II

Mi pobre Juan ha razonado como un hombre irritado y sin ilustración. No habló jamás sino de la policía por no ver más que á ésta, que representaba para él el Estado y las leyes; también exageró evidentemente los defectos de la civilización, desconociendo los beneficios. Mas en suma tenía razón. Las violencias que el Estado impone á los individuos, están por completo fuera de proporción con las facilidades que le ofrece en cambio. El ciudadano, es claro que no renuncia á su independencia sino con un fin determinado, y atendiendo á ciertas ventajas. Supone que el Estado, á quien él sacrifica una parte de su derecho de soberanía, le promete en revancha velar por su vida y por su propiedad; piensa que el Estado se servirá de las fuerzas reunidas de todos los

ciudadanos para realizar aquellas acciones ventajosas para el individuo, que éste no podría emprender ni llevar á cabo por sí sólo. ¡Y bien! Tiene que confesarse que el Estado no responde á estas suposiciones sino muy imperfectamente; apenas lo hace mejor que los grupos bárbaros primitivos, y éstos en cambio concedían á sus miembros una libertad individual incomparablemente más grande que la que le concede el Estado culto.

El Estado debe asegurar nuestra vida y nuestra propiedad. No lo hace, pues no le es dado impedir las guerras que producen la muerte violenta de un muy gran número de ciudadanos. Las guerras entre pueblos civilizados no son mucho más raras ni menos sangrientas que las surgidas entre pueblos salvajes; con todas las leyes y restricciones de la libertad, el hijo de la civilización está poco más protegido contra el arma homicida de un enemigo, que el bárbaro que no conoce los beneficios de la tutela policiaca. A menos que se sea de parecer que morir dentro de un uniforme por la mano de un matador igualmente uniformado y obediente á un mandato, sea cosa más consoladora que ser aplastado por un guerrero pintado de rojo, y que se sirve de un hacha de piedra. Ciertos espíritus sueñan con la supresión de la guerra y su reemplazamiento por el arbitraje. Esto, que debe ser, será. Yo no habló de un porvenir lejano, sino del presente. En la actualidad, la coacción de todas las libertades en tiempo de paz no dispensa al individuo de defender él mismo su piel en los momentos críticos, otro tanto que lo debe hacer el salvaje errante á través de los bosques primitivos.

Independientemente también de la guerra, los reglamentos no protegen más la vida del individuo, que lo

hace el estado de barbarie. En el seno de las tribus salvajes, el homicidio, entre miembros de una tribu, no es más frecuente que en los países civilizados. Los actos de violencia son casi siempre efectos de la pasión, y ésta escapa por completo á la acción de nuestras leyes prohibitivas. La pasión es una recaída en el estado primitivo. Es la misma en el hombre de la más elevada clase de nuestros salones que en el negro de la Australia. Sujetos á ella, se mata y se hiere sin ningún miramiento á la ley y á la autoridad. Para el asesinado á quien, quizá un rival amoroso, partió el corazón de una puñalada, importa poco que la policía arreste al asesino y lo mismo que lo castigue. Y todavía el castigo no es del todo cierto, pues se ve frecuentemente á un jurado ablandarse y absolver á los autores de actos cometidos bajo el imperio de la pasión. El salvaje, asimismo, tiene el débil consuelo de que el asesinato será castigado en su autor, y de un modo mucho más seguro que entre los hombres civilizados; pues el criminal escapa con mayor dificultad de la venganza ó de la proscripción en el estado de barbarie, que de los lazos de la policía.

Al lado del crimen por pasión hay el premeditado y cometido á sangre fría. Este último se repite infinitamente más en las países cultos que en los salvajes. Es, ante todo, la obra de una cierta clase de hombres que no existe sino por la civilización. Está probado que los criminales por hábito son organismos degradados, retoños de borrachos ó de libertinos, y que se hallan invadidos de la epilepsia ó de otras enfermedades causadas por la degeneración de los centros nerviosos. La miseria especialmente condena á los pobres en las grandes ciudades á debilitarse física y moralmente, hasta tal punto, que se ve estallar entre ellos la criminalidad como un

estado patológico. Todas las leyes del mundo son impotentes para impedir los crímenes que resultan como una consecuencia de la civilización, y los asesinos, los bandidos, aparecen en medio de nuestra sociedad reglamentada, en forma aún más amenazadora que en la *smalah* del beduíno, que no tiene ni oficinas de estado civil, ni fisco, ni catastro.

La propiedad no se halla mucho más segura que la vida. A despecho de todas las leyes y de todos los reglamentos, se roba y se saquea, ya directamente, como un *pick-pocket*, ya de un modo indirecto, explotando, según las ocasiones, á los individuos ó á las masas. ¿Qué protección se hallará contra el intrigante que se lleva los millones que administra del pueblo, ó contra el bolsista que juega á la baja y disminuye ó destruye por un golpe de mano numerosas fortunas? El hombre civilizado que pierde su dinero invertido en papel, ¿perdió menos su fortuna que el salvaje á quien se arrebata su rebaño? Se me dará, tal vez, una respuesta que se presenta fácilmente: cada uno puede ponerse en guardia contra el intrigante y el agiotista; nadie os fuerza á entregar vuestro dinero al primero, ni á poseer los papeles que el otro quizá haga depreciar por una jugada de Bolsa. Yo respondería: ¡Sí, sin duda; se puede estar en guardia! El hombre inteligente, el hombre razonable, desde luego; pero al vulgo no le es posible. Y además, si el vulgo cuida de la protección de sus intereses, ¿para qué sirve entonces y á quién protege la ley? ¿Para qué se hacen los sacrificios de la libertad y de los impuestos? El bárbaro, dotado como está de excelentes perros, de buenas armas y de no pocos servidores, provisto de bastante fuerza y astucia, defiende suficientemente cuanto posee sin el socorro de ninguna policía. Mas en la sociedad

civilizada, quien no tenga habilidad y con ella vigilancia, ese es robado por todos lados, á despecho de las innumerables plumas que todos los días en las oficinas garrapatean sobre papel timbrado.

Véase otra consideración. No solamente debe el hombre civilizado defenderse él mismo tanto como el bárbaro; debe, además, para la protección que el Estado juzga oportuno concederle, y que no es suficiente sino en teoría, hacer continuos sacrificios de dinero, con frecuencia más considerables que la suma misma que se trata de proteger. El rico, naturalmente, da al Estado mucho menos de lo que él conserva; pero los millonarios son en todas partes una excepción. La regla es que una gran mayoría en todos los países, hasta en los más opulentos, sea indigente ó posea no más que lo necesario. Sin embargo, cada cual, hasta el pobre, paga tanto de impuestos, que en los últimos años de su existencia viviría con holgura si hubiera guardado para sí los frutos de su trabajo, en lugar de entregarlos al Estado. Que al salvaje le arrebaten sus bienes, es cosa posible; que al hombre civilizado se le prive de ellos por el Estado, bajo la forma de impuestos directos ó indirectos, es cosa cierta. Y si después de haber satisfecho todas las cargas, el hombre civilizado posee todavía alguna cosa, la puede perder por robo ó por estafa tanto como el bárbaro, que al menos no ha de pagar por aquello.

La situación del hombre civilizado es, por consecuencia, la de quien preguntando á un batelero el precio de la conducción de Strasburgo á Bale, recibió esta respuesta: «Cuatro florines en el bote; mas solamente dos florines si tú ayudas á tirar de la cuerda sobre el camino de halage». El caso del hombre culto es todavía peor, pues no se le deja la misma alternativa; debe, de buen ó

mal grado, ayudar á tirar del barco, y pagar, además de esto, los dos florines.

Nos queda por examinar el último fin del Estado: la reunión de las fuerzas de todos en vista de los efectos útiles que producen al individuo, y que no podrían ser obtenidos por él solo. Este es el trabajo que llena el Estado; no se puede desconocer, pero lo cumple mal ó imperfectamente. En su organización actual, el Estado es una máquina que trabaja con enorme despilfarro de fuerzas; para el efecto útil no subsiste sino una muy pequeña parte de las producidas con los más grandes gastos posibles; el resto se emplea en vencer los obstáculos interiores; se pierde entre el humo, ó en hacer sonar el silbato. La forma en que todos los Estados europeos están gobernados hoy día, permite disipar en empresas locas, peligrosas ó criminales, los sacrificios exigidos al ciudadano. El capricho de algunos hombres, ó el egoísmo de muy pequeñas minorías, determinan muy frecuentemente el fin hacia el cual son dirigidos los esfuerzos de la sociedad. El ciudadano trabaja y sufre para que se sostengan guerras que aniquilan su vida ó su bienestar, para que se construyan fortalezas, palacios, caminos de hierro, puertos ó canales, de los que ni él ni las nueve décimas partes de la nación obtendrán jamás el menor provecho; para que nazcan nuevos gobiernos que hagan la máquina del Estado todavía más pesada, el frotamiento de sus ruedas aún más duro; para que se pague largamente á empleados que no tienen otro objeto que el de pasar á su costa una existencia magnífica y volverle penosa la vida; en una palabra, el ciudadano trabaja y sufre para hacer él mismo su yugo más pesado y sus cadenas más solidas, y para autorizar que se le saque más trabajo y más sangre.

Unicamente los Estados muy pequeños, ó aquellos otros que poseen gran descentralización y gran autonomía, son los que no despilfarran tan vergonzosamente el trabajo del ciudadano; por su naturaleza y sus condiciones de existencia, dichos Estados se aproximan á las sociedades coöperativas, en las cuales cada miembro puede darse fácilmente cuenta del empleo de las cuotas que satisface, impedir ó dificultar los gastos inútiles, combatir desde el principio las empresas sin porvenir, ó renunciar á tiempo; en ellos se conoce inmediatamente cada ganancia y cada pérdida: la una os indemniza de vuestros sacrificios; la otra os impide continuar por mal camino. Sin duda en tales Estados es difícil fijarse en elevados ideales ó en puntos lejanos que no proporcionen á cada individuo una ventaja inmediata; pero es más difícil aún satisfacer las fantasías individuales con ayuda de la colectividad, ú obtener de ésta el dinero necesario para comprar el bastón que después haya de servir para maltratarla.

Resumamos: el exceso moderno de gobierno, las escrituras, los protocolos, el funcionarismo, las prohibiciones y los permisos sin fin, no protegen más la vida y la prosperidad del individuo, de lo que pudiera hacerlo la ausencia de todo este aparato complicado. En cambio de cuantos sacrificios en sangre, dinero y libertad el ciudadano hace al Estado, aquél apenas recibe de éste otros elementos que la justicia, en todas partes desmesuradamente lenta y costosa, y la instrucción, que se halla lejos de ser á todos accesible en el mismo grado. Si ha de obtener estas mismas ventajas, tendrá necesidad de trabajar para librarse de alguna de las numeroras restricciones que coartan la independencia del ciudadano. Decir que la libertad del individuo no es ate-

nuada sino atendiendo á los derechos de los otros, es simplemente una majadería; esta falsa consideración hace que se nos oprima, y priva á todo el mundo de la mayor parte de su libertad natural; la ley ejerce de golpe y seguramente sobre cada ciudadano la violencia que, sin ella, tal vez emplearan algunas naturalezas dominadoras en casos excepcionales sobre algunos.

Es verdad que, en nuestra cultura actual, la duración media de la vida del individuo es más larga, su salud está mejor protegida, el nivel de la moralidad general es más elevado, la vida social más tranquila, la violencia más rara que en el estado de barbarie, en tanto que no proviene de criminales incorregibles; solamente que el mérito de esto no lo tienen la burocracia y los reglamentos, sino que es la consecuencia natural de un grado superior y de la mayor moderación de los hombres.

El ciudadano, en medio de las esclavitudes que por las instituciones del Estado le son impuestas, debe protegerse á sí mismo tanto como necesita hacerlo el libre salvaje; mas aquél es menos hábil que éste, pues aprendió mal ú olvidó el cuidado que debe tomarse por su propia conservación, y no comprende la medida justa de sus intereses. Está habituado desde la infancia á sufrir la opresión y la contrariedad, contra las cuales el salvaje se revolvería aun con peligro de su vida. El Estado le inculca la idea de que las administraciones y las autoridades se han de ocupar de él en todos los casos; la ley ha quebrantado la elasticidad de su carácter, ha destruído bajo su presión continua toda la fuerza de resistencia, y le ha conducido á no ver tampoco en la tiranía una injusticia. Es falso que el Estado tenga necesidad

de todas las prescripciones de policía para proteger nuestra vida y nuestros bienes; en los campamentos de buscadores de oro en el Oeste de América y en la Australia, los individuos se encargan ellos mismos de su defensa, formando «comisiones de vigilancia»; sin ningún aparato burocrático, el orden más ejemplar no tarda en reinar. No es verdad que debamos someternos á todos los enredos legales para que la justicia reine entre nosotros; en aquellas mismas sociedades primitivas de las cuales vengo hablando, nace, sin oficinas, sin instancias y sin protocolos, por el solo sentimiento de equidad, un dereche público y privado que asegura al primer ocupante su propiedad y todos los frutos de su trabajo.

Así es como pasan las cosas en un grupo formado de individuos los más rudos, los más apasionados y los más brutales de todas las naciones. ¿Y la gran mayoría de los seres dulces, pacíficos, amigos del reposo, tendrá necesidad de andadores indispensables? Si hoy día se aboliesen las nueve décimas partes de las leyes y de los reglamentos existentes, de los empleos, de las autoridades, de los documentos y de los procesos verbales, la seguridad de cada persona y de cada fortuna sería la misma que actualmente; cada uno continuaría disfrutando de sus derechos sin restricción; el individuo no perdería ninguna de las ventajas efectivas de la cultura moderna, y obtendría así la libertad de movimiento, experimentando una viva satisfacción, de la cual no se puede formar ninguna idea en el estado hereditario actual de aprisionamiento universal. Puede ser que en el primer instante, tal libertad fuera para él una causa de inquietud y de temor, como le ocurre á un pájaro criado en jaula si se le abre la puerta de ésta; en alcanzando el completo desenvolvimiento de sus alas, deberá aprender

á no sentir en adelante miedo del espacio. De otra parte, es muy cierto que un bárbaro, habituado á disponer de sí y á gobernarse solo, no podría, sin experimentar vivo y continuo dolor, hallarse en un medio en el que sintiera constantemente una mano que pesara sobre él y un ojo que le vigilara, donde oyera á toda hora resonar órdenes en sus oídos, donde fuera siempre guiado por voluntades extrañas. Probablemente los reglamentos y el papel timbrado lo matarían en poco tiempo.

El estado que yo represento como deseable, ¿es la anarquía? Sólo un lector superficial ó distraído podrá sacar esta conclusión de aquello que precede. La anarquía, la ausencia de gobierno, es un invento de espíritus inquietos y ciegos. Desde que dos hombres entran en relaciones durables de vida común, se establece entre ellos un gobierno, es decir, formas de tratos, reglas de conducta, respetos y subordinaciones claramente establecidos. El estado natural de la humanidad no es sino el de una aglomeración sin forma; mejor, si se me permite decirlo así, el de una cristalización por consecuencia de una disposición determinada y regular de moléculas. Entre aquel caos social se forma inmediatamente, por sí mismo, un organismo político. La crítica razonable no reclama, por consiguiente, la anarquía, que es en absoluto imaginaria, pero sí la oligarquía, estado en donde se gobierna cada uno por sí mismo y donde se gobierna poco. Esta es una gran simplificación de la máquina gubernamental, el ahorro de todos los rodajes inútiles, la liberación de una violencia sin objeto, la reducción de las exigencias del Estado, enfrente de los ciudadanos, á aquello que es claramente indispensable para el buen cumplimiento de sus funciones.

En el estado ideal que supongo, el individuo trabaja

para la comunidad; en otros términos: debe pagar los impuestos, pero sin llevar á ver en las cargas públicas los caracteres de exacción que hoy día las hacen odiosas. Cada uno compra sin dificultad su pan, paga su entrada en el teatro, satisface su escote en las asociaciones y en los círculos, y deplora, á lo más, no encontrar fácilmente las sumas necesarias. ¿Por qué? Porque recibe inmediatamente un valor en cambio de su dinero, y nunca puede tener la idea de que se le robe. Allí donde el gobierno es de tal modo sencillo que cada individuo puede reconocer el fin que se persigue, vigilar el trabajo y auxiliarlo, el ciudadano ve en los impuestos un gasto del cual percibe el equivalente; sabe, por decirlo así, lo que obtiene por cada céntimo de impuesto y la equidad evidente de una tal transacción; impide todo mal humor.

En el estado actual, por el contrario, el impuesto se hace necesariamente odioso; no solamente ve el contribuyente los grandes gastos que se necesitan por la mala construcción del aparato gubernamental, sino que el impuesto es en todas partes mucho más elevado y su repartición injusta, resultado de la organización histórica de la sociedad y de leyes absurdas; además, el impuesto es sobre todo odioso, porque se halla determinado por el fisco, y no con arreglo á un fin político razonable. El fisco es la explotación del pueblo, erigida en sistema para sacarle las mayores sumas posibles, sin tener en cuenta el objeto racional del Estado y las consecuencias económicas para el individuo. El fisco no pregunta: «¿Qué sacrificios son necesarios para el cumplimiento de los deberes reales y legítimos del Estado?» Pero sí: «¿Cómo se podrá conseguir arrancar al pueblo las más fuertes contribuciones imaginables?» No pre-

gunta: «¿Cuál es el mejor medio de economizar los intereses del individuo, sin desatender por eso los del Estado?» Pero sí: «¿Por cuáles medios, nuestros recaudadores de contribuciones nos acapararán el dinero de los pueblos lo más fácilmente y con el menor gasto de trabajo intelectual y de cuidados?» Con arreglo á las ideas modernas, el Estado es una institución destinada á favorecer el bien individual; con arreglo á las ideas feudales, al contrario, el individuo es un forzado que ha de contribuir al esplendor y á la fuerza del Estado; el fisco descansa sobre la misma idea. Por ella el Estado preexiste naturalmente y domina; el ciudadano ha venido más tarde, y él es naturalmente el elemento dominado; el impuesto no es un gasto que se impone á sí mismo, que se paga á sí mismo y por el cual se procura ventajas; es un tributo que paga á un tercero, y por el cual este tercero, el Estado-ogro, no debe sino un recibo de finiquito. Nosotros nos sentimos miembros de una libre asociación en vista de fines comunes; el fisco ve en nosotros prisioneros del Estado que no tienen ningún derecho. Nosotros nos llamamos ciudadanos, el fisco nos apellida contribuyentes.

El desarrollo histórico del impuesto ha debido necesariamente conducir al fisco. En los Estados primitivos no había contribuciones. El jefe de la tribu subvenía á su lujo con su fortuna personal; en la guerra, cada hombre capaz de llevar las armas atendía á sus propias necesidades, siendo la principal de éstas el sacerdote, á quien se pagaba con todo rigor un diezmo. El Estado nada necesitaba, por consecuencia nada tenía que exigir de sus miembros. Mas aquello cambia tan luego como la ficción del origen divino de la persona y del poder del rey da lugar al despotismo oriental, ó bien cuando una

raza de conquistadores extranjeros domina cualquier nación subyugada. En los dos casos, la masa del pueblo es un tropel de esclavos, una propiedad personal del rey ó de los invasores; el pueblo habrá de pagar las contribuciones, no por el bien del Estado, sino para el tesoro de sus dueños; los impuestos del pueblo formarán la renta natural de aquéllos, como si fueran el producto de sus bienes raíces ó de sus rebaños.

Los pueblos libres consideraban las contribuciones como una afrenta, como una prueba de servidumbre; se han necesitado siglos de opresión para conducir á las tribus germánicas, por ejemplo, á pagar los impuestos que ellas estaban habituadas á arrancar á las naciones vencidas con la punta de la espada. La ficción, que veía en los ciudadanos siervos obligados ante todo á trabajar para su propietario, el rey, cambió, al morir la Edad Media, el fundamento del derecho político y de las relaciones entre el súbdito y el señor, que representaba él solo todo el Estado. Esta ficción domina todavía, bajo la forma del fisco, en nuestro Estado moderno, fundado, según se pretende, sobre la soberanía popular, con sus constituciones y sus parlamentos.

Sobre una ficción absolutamente igual, descansa el organismo de nuestras oficinas, y se informa la conducta del empleado enfrente del ciudadano. Conforme á la idea moderna del Estado, el que obtiene un empleo debe ser mandatario del pueblo, de quien recibe sueldo, poderes y consideración, su empleo, en una palabra. El empleado debería, en virtud de esta idea, considerarse constantemente servidor de la nación y responsable para con ella, no olvidando jamás que fué nombrado para cuidar á toda hora de los intereses de los particulares, que éstos no pueden vigilar por sí mismos tan segura y

fácilmente; recordando también, que en teoría, la nación tiene tan poca necesidad de él como una casa puede tenerla de cualquier servidor, puesto que siempre habrá quien lo sustituya; que si á la nación se le asignan empleados, es únicamente para dividir el trabajo y por las ventajas que de ello han de resultar. En realidad, sin embargo, el empleado no se considera el servidor, sino el amo del pueblo. Cree deber su autoridad, no al pueblo, sino al jefe del Gobierno, ya éste se nombre rey ó presidente de la república. Se cree depositario de una parte transcendental del poder soberano. Exige, por consecuencia, que los ciudadanos le manifiesten el respeto y la sumisión que ellos deben al principio de la soberanía.

Históricamente, la burocracia es la continuación del *bailiaje*. El escribiente que en su despacho trata con grosería al ciudadano llamado ante él, es el heredero del preboste ó del celador que un déspota, en los siglos de tinieblas, colocaba encima de su pueblo de esclavos para mantenerlos en la obediencia con ayuda del látigo y de las lanzas de los caballeros de su guardia. El empleado cree tener una partícula de la gracia de Dios, y reivindica para sí la infalibilidad divina. Se halla por debajo del jefe supremo del Estado, pero encima de los gobernados. Estos forman el rebaño; el jefe de la nación es el pastor, y el empleado el mastín que guarda las ovejas, y tiene por lo tanto el derecho de ladrar y de morder, debiendo sufrirle los corderos. ¡Y éstos aún lo sufren resignados!

El ciudadano vulgar, aquel de la especie de nuestro Juan, entra plenamente en las ideas del empleado. Le reconoce el derecho de mandar, y acepta para sí el deber de la obediencia. Si se acerca á la autoridad, no es

para reclamar aquello que á él le es debido, sino como para implorar sus favores; sería, por lo demás, insensato al encolerizarse contra esta situación paradógica, pues en una lucha con el empleado, éste quedará probablemente vencedor, y, aun en el caso más favorable, los intereses del ciudadano sufrirían, durante la lucha, demoras y graves ataques de todo género.

El fisco tiene por compañero el caciquismo; ambos son deducciones lógicas que provienen del concepto de un amo por la gracia de Dios y de la sumisión á él por la cólera de Dios. Hoy día, como hace siglos, las leyes están completamente bajo la influencia del fisco y del caciquismo. De cada cien leyes hechas, bien con el concurso del pueblo, bien sin él, existen seguramente noventa y nueve que no tienen por objeto acrecentar la libertad de acción y las satisfacciones en la existencia del ciudadano, sino el facilitar á los jueces y á los agentes de toda clase de autoridades, el ejercicio de los derechos soberanos que ellos se arrogan. Sométesenos á mil disgustos, con el fin de que el empleado pueda gobernar y percibir las contribuciones más cómodamente. Se nos marca, como á los animales de un rebaño, con números y letras, para que se pueda más fácilmente acorralarnos y explotarnos. Todos sufrimos castigos *á priori* y experimentamos restricciones vejatorias, porque alguno de nosotros, excepcionalmente, podría alguna vez traspasar los límites de la ley. ¿Debo probarlo con ejemplos? Todos los comerciantes son forzados á tener sus libros de una manera determinada exactamente prescrita por la ley. ¿Por qué? Porque alguno de ellos puede sea culpable un día de quiebra fraudulenta, y el juez de instrucción no se dará muy fácilmente cuenta del estado de las cosas, si todos los negocios no son lle-

vados muy cuidadosamente á los libros, y anotados en la forma establecida. Si el comerciante no tuviera libros, habría de ser el magistrado bien experto si quería ver claro en el dédalo de operaciones comerciales. Para evitarle este trabajo, que pudiera causarle un banquero, la ley coarta la libertad de acción de cien comerciantes que no piensan de ningún modo en lesionar los intereses de sus clientes. Cada uno de nosotros, con especialidad en las grandes ciudades, debe informar respetuosamente á la policía de sus idas y venidas. ¿Por qué? Porque alguno, entre muchos millares, podrá cometer cualquier día un delito que le traiga el ser buscado por la policía; se le encontrará más fácilmente si todo el mundo está obligado á indicar á aquélla la morada de cada cual. Para evitarse, en el caso indicado, la molestia de buscar á aquéllos, la policía, no obstante ser pagada para eso, nos impone de continuo la necesidad de hacer declaraciones. Podría centuplicar estos ejemplos si todos no fueran semejantes.

Todo eso no impide que las limitaciones impuestas por el Estado á los ciudadanos falten completamente á su objeto. Las leyes oprimen sólo á aquellos que no intentan quebrantarlas; en cambio no constituyen jamás un obstáculo serio para los que se hallan decididos á no sufrir ninguna contrariedad. El bígamo comete su crimen á despecho de las formalidades que sujetan al hombre honrado, al matrimonio costoso y lleno de trabas. El bandido lleva sobre sí cuchillo y revólver, despreciando las prescripciones que impiden al ciudadano pacífico usar armas sin autorización. Lo mismo sucede en todo lo demás. Este es siempre el sistema de Herodes haciendo degollar todos los niños varones, porque uno de ellos podría convertirse en pretendiente al trono, y

dejando escapar del degüello á aquel precisamente que podía ser peligroso.

El concepto filosófico del Estado es hoy día distinto que en lo antiguo. La situación de los ciudadanos respecto á él ha venido teóricamente á ser la de una sociedad ó compañía. Todas las constituciones, á partir de 1789, hablan del principio de la soberanía popular; pero en la práctica, la máquina del Estado subsiste idéntica; trabaja actualmente lo mismo que en la más sombría época de la Edad Media, y si su presión sobre el individuo ha llegado á ser menos fuerte, esto no es otra cosa que un resultado del desgaste de la máquina. La premisa tácita en todas las leyes y en todos los reglamentos, es, ahora como antes, que el ciudadano es la propiedad personal del jefe de la nación, ó al menos de este fantasma impersonal llamado Estado, que heredó todos los privilegios de los antiguos déspotas, y que tiene por encarnación visible las «autoridades». El que obtiene un empleo no se considera simple encargado de los negocios del pueblo, sino el representante del dominio del Estado, puesto por encima de él; es el enemigo, el vigilante, el carcelero del pueblo. Las leyes son hechas para facilitar al empleado la defensa de los intereses de su señor, real ó abstracto, el monarca ó el Estado, contra el pueblo, que se supone *á priori* quiere desembarazarse de su amo.

Esta idea explica por sí sola la consideración que el caciquismo continúa disfrutando en nuestros días y el gran puesto que ocupa en el Estado. El oficinista no puede imponerse al vulgo por ricos sueldos ni por su lujo; no le es dado pretender colocarse al nivel de los grandes espíritus por su cultura superior y grandes facultades; los utilitarios no pueden ciertamente mirar el

trabajo de las oficinas como más útil que aquel de las clases directamente productoras: los agricultores, los obreros, los artistas y los sabios. Si, por consecuencia, la cualidad de empleado no es sinónima ni de fuertes rentas, ni de cultura intelectual y de facultades especiales, ¿cómo se rodea á esta clase de una consideración que no obtiene ninguna otra? ¿Por qué? Porque el empleado tiene una parte de la autoridad soberana, que el pueblo mira inconscientemente por hábito hereditario, como alguna cosa misteriosa, sobrenatural, que le incita al respeto y al temor. La gracia de Dios que ilumina al rey, radia también sobre el empleado. Una gota del santo óleo que santifica al monarca en el momento de su coronación, cae también sobre la frente del funcionario. Esta idea continúa reinando aún en los países que no tienen rey, coronación ni gracia de Dios.

III

¿Qué hace al presente el sistema parlamentario? ¿No devuelve al individuo la libertad de acción que le tienen arrebatada el fisco, y los caciques, y la legislación, que trabaja en interés de estos dos? ¿No hace del siervo feudal el ciudadano moderno? ¿No concede á cada particular el derecho de gobernarse por sí y de determinar su suerte en el Estado? ¿El elector no es, desde el instante en que se le nombra diputado, un soberano real que ejerce, siquiera sea indirectamente, los antiguos derechos reales de hacer y derribar ministros, de destituir y nombrar empleados, de legislar, de establecer impuestos, de imprimir su dirección á la política exterior? ¿La papeleta

del voto no es, en una palabra, el arma todopoderosa, con ayuda de la cual nuestro pobre Juan puede desviar de sí la presión de la arrogancia burocrática, ya denunciada por Shakspeare, y combatir con éxito todas las instituciones que le oprimen?

Sin duda. El sistema parlamentario produce todos estos efectos; pero, desgraciadamente, sólo en teoría. En la práctica es una enorme mentira, como todas las otras formas de nuestra vida política y social. Debo hacer notar aquí que las mentiras, que de todas partes nos saltan á la vista, son de dos especies diferentes. Las unas llevan la máscara del pasado, las otras del porvenir; las unas presentan formas que no tienen ya razón de ser, las otras formas que no la tienen aún. La religión y el trono son mentiras, porque nosotros dejamos subsistir sus exterioridades, aunque estamos penetrados de lo absurdo de la base sobre que descansan. El parlamento, al contrario, bien que emanado lógicamente de nuestra concepción del mundo, es una mentira, porque, hasta el presente, no existe sino como forma exterior, y no ha efectuado el menor cambio en la organización interna del Estado. En el primer caso es vino nuevo encerrado en odres viejas; en el segundo son antiguos descréditos en recipientes nuevos.

El sistema parlamentario pretende ser la sanción del principio fundamental de la soberanía popular. Con arreglo á la teoría, el pueblo todo, en asambleas generales, debería hacer sus leyes y nombrar sus empleados, por consecuencia manifestar directamente su voluntad y transformarla desde luego en actos, sin exponerla á la pérdida de fuerzas y á las deformaciones que son una consecuencia necesaria de las transmisiones repetidas. Pero como el desenvolvimiento histórico tiende á agru-

par los individuos en masas políticas, cada vez mayores, á reunir á cuantos hablan el mismo idioma, y puede ser que hasta razas enteras, en naciones únicas, y á extender indefinidamente las fronteras de los Estados, el ejercicio directo del *self-government* por la totalidad del pueblo, ha llegado á ser, en la inmensa mayoría de los países, de una imposibilidad material; allí donde existe todavía, alcanzará sin duda alguna la misma suerte en un porvenir próximo.

El pueblo debe, por consecuencia, delegar su soberanía en un pequeño número de elegidos y abandonarse á ellos para el ejercicio de sus propios derechos. Los elegidos no pueden gobernar directamente por sí mismos, pero delegan á su vez los poderes recibidos en un número aún mucho menor de hombres de confianza, los ministros, que, en fin, preparan y aplican las leyes, establecen y recaudan los impuestos, nombran los empleados y deciden de la guerra y de la paz. Para que en medio de todos estos arreglos aparezca que el pueblo continúa siendo soberano, y que á despecho de la doble delegación, siempre su voluntad y no cualquiera otra, es la que decide de sus destinos, se han ideado diferentes sofismas que dejan adivinar la realidad.

Los hombres de confianza del pueblo deberán despojarse de su personalidad. Sobre los bancos del parlamento no son hombres los que ha de haber, sino órdenes que hablan y votan. La voluntad del pueblo al pasar por sus representantes, no debe sufrir en ellos ninguna coloración ni refracción, ninguna influencia individual. Los ministros, por su parte, deberán ser una especie de canales receptores, de conductos igualmente impersonales, igualmente mecánicos de las opiniones y de la voluntad de la mayoría del parlamento. Toda des-

obediencia del mandato que los ministros tienen recibido de los diputados y éstos del pueblo, habrá de tener como consecuencia inmediata para aquéllos la caída, para éstos el término de sus poderes. Pero se necesita para esto, ante todo, que el mandato sea claro y sin rodeos, debiendo los electores obrar siempre de concierto, respecto á los trabajos legislativos y económicos que crean necesarios al interés del Estado, y exigir á sus representantes la ejecución de estos trabajos, sujetándolos severamente á las prescripciones dadas. No se elegirán para representantes sino aquellos hombres de los cuales conozcan los electores el carácter y el mérito intelectual, y de quienes ellos sepan ser capaces de comprender y de ejecutar el programa señalado; hombres que no se separen de la línea que se les trace y que se hallen bien desprovistos de egoísmo para sacrificar al bien común su tiempo, su trabajo, y principalmente su propio interés, cada vez que éste se encuentre en oposición con el bien común. Así es el sistema parlamentario ideal; en tal forma la legislación emanará verdaderamente del pueblo y la administración del parlamento; encontrándose el centro de gravedad del edificio público en las asambleas electorales, y participando cada ciudadano de una manera visible y palpable de la gestión de los negocios.

Pasemos ahora de la teoría á la práctica. ¡Qué desilusión! Los parlamentos, tal como funcionan en los países clásicos, Inglaterra y Bélgica, no responden á una sola de nuestras hipótesis. La elección no representa en manera alguna la voluntad de los ciudadanos. Los diputados se mueven en todas circunstancias, según su conveniencia individual, y se sienten ligados únicamente por el temor de rivales y no por las consideraciones debidas

á sus electores. Los ministros no gobiernan sólo el país, sino también el parlamento; en lugar de marcárseles el rumbo, ellos lo marcan á las Cámaras y á la nación. Suben al Gobierno y lo abandonan, no porque su patria lo quiera así, sino porque una poderosa voluntad individual los alienta. Juegan como bien les parece con las fuerzas y los recursos de la patria, distribuyen favores y dones, y dejan que numerosos parásitos engorden á costa del pueblo. No deben temer jamás una palabra de censura con tal de que distribuyan á la mayoría del parlamento algunas sobras de la espléndida mesa que el Estado les tiene servida. En la práctica, los ministros son tan irresponsables como los diputados. Los numerosos abusos, las injusticias y los actos arbitrarios que cometen diariamente, quedan impunes.

Si una vez en un siglo, un ministro ha llegado á ser perseguido, bien porque su conducta fuera realmente infame, bien por haber excitado contra sí odios apasionados, la persecución se terminó siempre con una comedia judicial ruidosa y aparente, y por un castigo de ridícula nulidad. El parlamento es una institución destinada á satisfacer la vanidad y la ambición de los diputados y á servir sus intereses personales. Los pueblos están acostumbrados desde hace millares de años á ser dirigidos por una voluntad soberana, y á tener encima de ellos, concediéndosele toda clase de honores y privilegios, á la aristocracia, en cuyas manos abandonan cuantas riquezas posee el Estado.

Grandes espíritus dieron á los pueblos en el sistema parlamentario, una forma gubernamental que le permite sustituir con su voluntad la voluntad soberana, y quitar á la aristocracia la entera disposición de la fortuna del Estado. ¿Qué han hecho los pueblos? Apresurarse á aco-

modar el parlamento á sus antiguos hábitos, de manera que, ahora como antes, una voluntad individual los gobierna y una clase privilegiada los explota; solamente que esta voluntad individual no se nombra rey, sino jefe de partido, y esta clase privilegiada no se nombra forzosamente aristocracia de nacimiento, sino mayoría dominante en la Cámara. La antigua situación del ciudadano vulgar frente á frente del Estado no está modificada por el parlamento; mi Juan, al cual yo vuelvo siempre, tiene en todas partes que pagar los impuestos que él no establece, y cuyo empleo él no determina; á obedecer leyes que él no se fija, y de las cuales no ve la utilidad; á quitarse el sombrero delante de empleados que una voluntad extraña le impone. Juan se nombra John Bull en Inglaterra ó Jwan en Rusia.

El sistema parlamentario ofrece una ventaja; permite á los ambiciosos subir sobre las espaldas de sus conciudadanos. Mostrará que esto constituye una ventaja. Todo pueblo, y particularmente si se encuentra aún en la fase de desarrollo ascendente y lleno de poder vital inagotable, produce en cada generación individuos á quienes una fuerza personal desarrollada de manera particularmente poderosa impulsa con impetuosidad á la libre dilatación del ánimo. Estas son naturalezas dominadoras que no soportan ningún yugo, ninguna sujeción. Quieren tener la cabeza y los codos libres. No pueden someterse sino á su propia voluntad y á su propia manera de ver, jamás á las de otros. Obedecen porque quieren obedecer, nunca porque á ello sean forzados. Estas individualidades no pueden encontrar un obstáculo sin vencerlo ó estrellarse contra él. La vida no les parece digna de ser conservada si no les aporta la satisfacción, que consiste en el libre desarrollo de

todas las facultades y de todos los instintos. Tales individuos tienen necesidad de espacio. En la soledad lo encuentran sin luchar y sin dificultades. Si se convierten en anacoretas de los desiertos cirenáicos, estilitas ó faquirs, trapenses del Canadá ó roturadores de los bosques vírgenes de la América, pueden pasar su vida sin conflictos. Pero si han de permanecer en medio de los países civilizados, sólo hay para ellos una plaza: la de jefe.

La situación de nuestro Juan no les convendría de ninguna manera. No son una blanda arcilla, sino un cristal duro como el diamante. No pueden habitar cómodamente en el compartimiento que la construcción del Estado les asigna y que de ningún modo es proporcionada á sus formas y á su medida. Hay que darles un sitio ajustado á su talla y á sus necesidades. Se revuelven completamente contra la ley, para la cual no se ha reclamado su asentimiento; se sacuden rudamente del empleado que pretende ordenarles en lugar de recibir sus órdenes. En los Estados absolutos no hay puesto para tales naturalezas. Esta forma política es por regla general más fuerte que la fuerza de expansión de dichos hombres, y sucumben en su esfuerzo para vencerla. Pero eso sí, antes de sucumbir, conmueven el Estado de modo tal, que tiemblan el rey sobre su trono y el campesino en su derruída cabaña. Aquéllos se tornan regicidas y rebeldes, ó por lo menos bandidos ó filibusteros.

En la Edad Media vagaban á lo *Robin Hood* á través de las selvas, ó bien se convertían en *condottieri* y á la cabeza de un grupo de mercenarios causaban el terror de príncipes y pueblos; más tarde, conquistan y asolan como Cortés, como Pizarro, el Nuevo Mundo, se baten

en calidad de capitanes de *lansquenetes* en Pavía, hacen «fortuna» como soldados de todos los beligerantes en la guerra de Treinta años, ó menos honrados se convierten en ladrones como *Schlndershannes* ó *Cartouche*. Hoy día se nombran en Rusia nihilistas, como ayer, en el imperio Otomano, se nombraban Mehemet-Alí. Ahora bien, el sistema parlamentario permite á estos hombres de poderosa organización conservar su individualidad sin destruir la forma política y hasta sin amenazarla. Se necesita mucho menos trabajo para llegar á diputado que para alcanzar la situación de Wallenstein, y es más fácil subir á ministro presidente en un Estado parlamentario que derribar un viejo trono. Como diputado se puede quedar derecho en la mayoría de las circunstancias en que Juan debería inclinarse, y como ministro presidente, sin duda hay que luchar, pero no que obedecer á una voluntad extraña. Así el parlamento es la válvula de seguridad que impide á los individuos expansivos de la nación producir explosiones devastadoras.

Estudiando la psicología de los políticos de profesión en todos los países parlamentarios, se halla que aquello que los impulsa á la vida pública, es la necesidad de sentir fuertemente su personalidad, y de manifestarla en todos conceptos. Se llama esta necesidad, ambición ó sed de mando. No haré objeción á tales designaciones siempre que se las defina. ¿Qué es la ambición? ¿Es verdaderamente el deseo ardiente, desenfrenado de honores, es decir, de satisfacciones exteriores de la vanidad? Este móvil puede inspirar á drogueros enriquecidos el deseo de entrar en la Cámara de comercio ó en el Municipio; en la carrera de un Disraeli, de un Kossuth, de un Lassalle, de un Gambetta, no juegan ningún papel.

Sólo se agitan tales hombres por recibir en la calle el saludo de los imbéciles presumidos ó importunos, por vestir un traje chillón y ridículo, y llevar constantemente á sus alcances, periodistas, biógrafos y fotógrafos, y por recibir peticiones de jovenzuelos de buenas familias en demanda de autógrafos. No es por satisfacciones de ese género por las que se expondrían los hombres políticos que antes he citado á las crueles miserias de la vida pública, de esta vida que renueva en medio de nuestra civilización pacífica todas las condiciones de la existencia de los primeros hombres; donde no hay ni reposo ni tregua, donde se debe continuamente combatir, observar, acechar, espiar, seguir las huellas de los otros y borrar las propias, dormir con las armas á la mano y los ojos semiabiertos, donde cada hombre es un enemigo, donde se tiene la mano contra todos y las manos de todos contra la suya, donde se es incesantemente vilipendiado, maltratado, calumniado, herido en todos sus afectos, y donde se vive, en una palabra, como los pieles-rojas sobre la pista de guerra en sus antiguos bosques. La titulada ambición que determina á los políticos de verdad á escoger una vida tan miserable y peligrosa, es no más que el impulso irresistible de sentir plenamente su propia personalidad; este sentimiento sublime y origen de placeres inexplicables, no es conocido del filisteo extenuado, el cual nunca será discípulo de aquéllos, pues al serlo no hubiera jamás encontrado obstáculos, y caso de encontrarlos, los hubiera vencido.

Lo mismo podemos decir de la *sed de mando*. El verdadero jefe de partido, nace tal; se cuida bastante menos de dominar á los otros, que de no dejarse dominar por persona alguna. Cuando él hace que las volun-

tades ajenas se inclinen ante la suya, es para adquirir el sentimiento delicioso de la fuerza y de la extensión de su propia voluntad. Para el que se encuentra colocado en medio del actual orden político y social y no quiere vivir como ermitaño voluntario en las soledades, no hay sino mandar ó ser mandado. Las naturalezas vigorosas no podrán sufrir la última parte de esta alternativa, han de conseguir la primera; no porque ésta les cause particularmente placer, sino porque hoy día aún es la única forma bajo la cual el individuo puede sentirse libre é independiente. Si la sed de poder fuera realmente esto que el sentido literal de la palabra parece indicar, miraría siempre por debajo de sí y no por encima; contaría las cabezas que están colocadas más bajas que la suya, no aquellas que la rebasan.

Mas por regla general hace lo contrario. César prefiere ser el primero en una aldea que el segundo en Roma; en este último caso, mandaría en un millón de hombres y no tendría más que un solo señor; en una aldea no podría mandar sino algunos centenares de personas. La dominación en Roma, ¿no representaba para él una satisfacción mil veces mayor que en una aldea? Sí, si César hubiera querido solamente dominar. Mas él no quería sentir otra personalidad que la propia, y ésta se encontraba limitada si César en Roma era el segundo, en tanto que ella se desplegaba libremente en la aldea donde ninguna voluntad era más fuerte ni oprimía la suya. En esta sola palabra de César está encerrada toda la teoría de la ambición que lleva á los hombres políticos á la vida pública. Los diputados de última fila que no juegan su parte en los parlamentos sino como coristas ó figurantes, pueden tener otros móviles; se agitan á fin de atrapar empleos para sí ó para los suyos, de tala-

drar á escondidas el tonel del Estado é introducir una paja en el agujero y deleitarse bebiendo de balde; estos *politiquillos* y *sacos de noche (carpet-baggers)*, como se les nombra en la América del Norte; estos cazadores de puestos, mendigos de condecoraciones y parásitos del presupuesto, son simplemente los obreros pagados por los jefes, seres inútiles, y de ninguna manera partes esenciales en la máquina parlamentaria. En cuanto á los jefes, las ventajas materiales de su situación son secundarias á sus ojos. La principal es el libre despliegue de una personalidad que experimenta calambres dolorosos si tiene que permanecer encogida.

Ninguna palabra aparece tan frecuentemente en este orden de cosas como la palabra «Yo»—Yo y nada más que yo.—Esto es precisamente porque el parlamento es el triunfo, la apoteósis del egoísmo. En teoría, debe ser la solidaridad organizada; de hecho, es el egoísmo erigido en sistema. Con arreglo á la ficción, el diputado se despoja de su individualidad para sumarse con un ser colectivo impersonal por quien los electores piensan y hablan, quieren y obran; en la realidad, los electores se despojan por el acta electoral de todos sus derechos en favor del diputado, y éste adquiere todo el poder que aquéllos pierden. En su programa, en los discursos donde solicita los votos de sus electores, el diputado entra naturalmente en aquella ficción; allí él no se mueve jamás sino por el interés público; anhela trabajar no más que por el bien general, desea olvidarse de sí mismo en provecho del pueblo. Pero estas son fórmulas que hasta el elector más sencillo, más condescendiente, no cree nunca á la letra. ¿Qué es para el diputado el interés general y el bien público? Puro negocio de comedia; el diputado quiere subir y el elector debe ser su escalera.

¿Trabajar para el pueblo? ¡Ni pensar en ello! Es el pueblo quien debe trabajar para él. Se ha llamado á los electores un *ganado de votos;* esta metáfora es de una rara exactitud. El parlamento ha creado condiciones enteramente análogas á las del tiempo patriarcal. Los diputados ocupan la situación de patriarcas; su poder descansa sobre su riqueza, que consiste en la posesión de grandes rebaños. Solo que hoy día no se componen estos rebaños de vacas ni carneros, sino de aquel ganado metafórico que el día del voto deposita su papeleta en la urna electoral. *Rabagás* debía ser una caricatura y una sátira; me parece más bien un tipo real. Nada hay sorprendente ni risible en que Rabagás, el gran revolucionario, una vez llegado al poder con el concurso del pueblo, emplee contra éste absolutamente los mismos medios de gobierno y de opresión que en sus discursos incendiarios había dicho ser crímenes de los ministros que los empleaban. Este cambio me parece natural y lógico. El político no lleva otro objeto en sus acciones que la satisfacción de su egoísmo. Para subir necesita obtener el apoyo de las masas. Pero no se obtiene tal apoyo sino á fuerza de promesas y de tradicionales frases de efecto que se pronuncian maquinalmente como un mendigo pudiera rezar un *Padre nuestro.* El político se somete á este uso sin titubear. Cuando ya está nombrado por los electores, su amor propio se halla satisfecho y las masas dispersas completamente á sus ojos para no surgir de nuevo hasta que aquellos le amenacen con quitarle su poder. Entonces hará por conservarlo lo mismo que hizo para adquirirlo. Según las exigencias de la situación, apelará de nuevo al repertorio de promesas y frases de efecto, ó amenazará con el puño á aquellos que murmuren. Este es el encadena-

miento de premisas y de consecuencias lógicas que reciben el nombre de sistema parlamentario.

IV

Basta considerar el mecanismo político de cerca y en sus detalles para comprender que en la práctica el parlamento miente sin pudor á su teoría.

¿Cómo se alcanza la investidura de diputado? Que los electores vayan en busca de un ciudadano sabio y virtuoso y le supliquen los represente en el parlamento, esto ocurre apenas una sola vez cada diez años, y únicamente bajo la influencia de circunstancias que quitan en absoluto á este hecho su importancia aparente. Un distrito puede estar interesado en confiar sus poderes á un hombre de reconocido valer, y esto puede ocurrir porque encuentre útil ampararse de su nombre, ó bien porque su circunscripción electoral no sea representada por un peligroso adversario. En tal caso, se hace sin duda, sirviéndome de una expresión moderna, reclamo con un nombre, sin que aquel que lo lleva haya contribuído á ello; los electores entregan por su propia voluntad su confianza á un hombre de mérito que no la había demandado, y el mandato recae verdaderamente, como la teoría lo supone, en el mejor entre los ciudadanos.

Pero de ordinario las cosas no ocurren de esta manera. Un ambicioso se presenta á sus conciudadanos y procura convencerlos de que él más que ningún otro merece su confianza. ¿Qué razón tiene para conducirse de esta manera? ¿Es el vivo deseo de ser útil al bien público?

¿Quién lo creerá? Hay sin duda hombres que tienen un muy vivo sentimiento de su unión solidaria con el pueblo y con la Humanidad, sentimiento que ellos quieren satisfacer trabajando y sacrificándose por la patria; pero estos hombres son excesivamente raros en nuestro tiempo; además, esas naturalezas ideales están dotadas de sentidos delicados, y son refractarias á los contactos groseros y vulgares. ¿Los hombres de un carácter tan elevado querrían exponerse voluntariamente á las múltiples contrariedades de una campaña electoral? ¡Jamás! Pueden sufrir y morir por la Humanidad, mas no dirigir á una estúpida multitud de electores, vulgares cumplimientos. Pueden, sin buscar recompensas ni gratitud, hacer aquello que consideran su deber, pero no cantar ante una reunión popular su propia apología en frases pomposas. De ordinario, con un pudor que la necesidad llama con frecuencia orgullo, y que es simplemente el temor de ver mancillado su ideal, permanecen obscurecidos en su cuarto de trabajo ó entre un pequeño círculo de espíritus semejantes al suyo. Los reformadores y los mártires se muestran á veces al vulgo, pero solamente para convertirlo, para señalarle sus defectos, para separarlo de sus malas costumbres, nunca para adularlo, para afirmarlo en sus errores con suaves y melífluas palabras que al pueblo le guste escuchar. Por esta causa son ellos apedreados antes que cubiertos de flores. Wiclef y Knox, Huss y Lutero, Arnoldo de Brescia y Savonarola, han ejercido seguramente una acción profunda en grandes masas de hombres; han excitado un odio violento al mismo tiempo que un amor apasionado. No obstante, creo que ni ellos ni Rousseau, Goethe, Kant ó Carlyle hubiesen jamás obtenido por sus propios recursos, sin apoyo de una comisión electoral, la investidura

de diputado, bien en un distrito rural, bien en una ciudad. Estos hombres no se rebajan hasta el punto de adular á sus electores para obtener sus votos, ni á combatir á un adversario que procura alcanzar el mismo objeto por todos los medios. La forma que es necesario emplear para obtener un mandato popular, asusta y hace retroceder á las naturalezas escogidas; los egoístas son los únicos que se deciden á adquirir la consideración y la influencia apelando á todos los recursos que se les presenten.

He ahí los hombres que quieren seguir la carrera política. No están guiados más que por el egoísmo; sin embargo, necesitan una cierta popularidad y ésta no se adquiere de ordinario sino secundando el bien de los pueblos, ó aparentando secundarlo; nuestros ambiciosos se ocuparán por consiguiente de los intereses públicos, ó á lo menos simularán que se ocupan de ellos. Deben, para alcanzar éxito, poseer diversas cualidades poco simpáticas. De ningún modo pueden ser modestos, pues si lo fueran, no se colocarían en primera fila, como han de hacerlo si quieren ser notados. Han de saber fingir y mentir, pues se ven forzados á ser amables con hombres que les repugnan ó les son indiferentes, so pena de atraerse innumerables enemigos; deben hacer promesas que de antemano saben no han de poder cumplir. Necesitan adular las inclinaciones y las pasiones vulgares de la multitud, aparentando compartir sus preocupaciones, sus ideas tradicionales. Reunidos todos estos rasgos, forman un carácter siempre repugnante para cualquier hombre de corazón. En una novela, un personaje parecido no atraería jamás la simpatía del lector; en la vida, el mismo lector le da su voto en todas las elecciones.

La campaña electoral tiene, tanto como la guerra, su estrategia y su táctica. El candidato no se encuentra jamás en presencia del elector; entre los dos hay una una comisión que no debe sus poderes sino á su propia audacia. Supongamos que alguno experimenta la necesidad de hacerse valer; convoca sin ambajes, y por su particular autoridad, á sus conciudadanos á una reunión. Si comprende que no posee todavía bastante influencia por sí solo para confiar en el éxito, se asocia á varios amigos ó busca algunos imbéciles ricos y vanidosos, á los que dice que tienen el derecho y el debêr de colocarse á la cabeza de sus conciudadanos, de dirigir la opinión pública, etc. Estos imbéciles se sienten muy halagados por tal invitación; se apresuran á colocar su firma debajo del cartel de una esquina ó del anuncio de un diario, causando efecto en los tontos que juzgan de un hombre por su fortuna ó por sus títulos.

He aquí ya, por consiguiente, una comisión fundada, y la junta electoral es convocada bajo la dirección de aquélla. Toda comisión de este género se compone de dos elementos; de ambiciosos enérgicos y sin escrúpulos y de fatuos pretenciosos con aire importante y convencido, pero en extremo idiotas, y que son llevados por los primeros como figuras puramente decorativas. Se puede pertenecer á una comisión sin haber sido uno de sus fundadores y sin que los miembros de ella hayan solicitado vuestra colaboración. Para ello sólo hay necesidad de hablar alto y con frecuencia en una reunión, y de atraer osadamente sobre sí las miradas de la multitud. Un hombre que posea voz retumbante y que pueda charlatanear con facilidad sobre no importa qué asunto, obtendrá infalible y fácilmente ante el vulgo una cierta autoridad, debiendo aparecer á los ojos de los que de-

sean erigirse en jefes como un aliado importante ó como un molesto adversario. Por esta causa se apresurarán á admitirlo en su comisión.

La formación de estas comisiones puede efectuarse por iniciativa de aquel que desea ser elegido diputado, ó bien puede hacerse independiente de su influencia. En el primer caso, el candidato dirige todo el movimiento; organiza su estado mayor, convoca los electores, elige los oradores que deben hablar, y toma parte personalmente en la lucha. En el segundo caso, por el contrario, la comisión se compone de una tropa de mercenarios reclutados por no importa qué capitán osado, y alquilados á un candidato para librar batalla en su provecho. Muchos hombres políticos han trabajado de esta manera por otros, antes de ser ellos mismos diputados; han hecho y deshecho representantes del pueblo; han prestado, ó más bien vendido las actas de diputados, sea por dinero al contado para ellos y sus compañeros de armas, sea por empleos y ventajas de otra especie, y en un pequeño número de casos solamente por vanidad, por ser considerados como los hombres de mayor influencia en un distrito.

En las reuniones electorales domina siempre la fraseología. La multitud sólo escucha á aquel que habla alto, hace promesas seductoras y se mete en trivialidades fácilmente comprensibles. El día del voto algunos electores, los de más influencia, que se toman la molestia de trabajar individualmente, votan según las sugestiones de su vanidad ó de su interés; en cuanto á la mayoría, que es la que inclina la balanza, da sus votos á uno de los candidatos por quienes ha trabajado la comisión. Se arroja en la urna el nombre con que han estado durante una semana destrozando los oídos. No se

conoce al hombre, nada se sabe de su carácter, de sus aptitudes, de sus inclinaciones; se ha elegido éste y no otro, porque su apellido es familiar; si hubiera de prestársele un viejo cacharro, se informarían ciertamente de las ventajas que reunía respecto á los demás; en cambio se le confían los más altos intereses del Estado, los propios del elector, por consecuencia, sin que éste sepa nada de aquél, sino que le ha sido recomendado por una comisión, cuyos miembros son frecuentemente también desconocidos del elector tanto como el mismo candidato. Y aquél no protestará contra la opresión, pues el candidato es sólo uno.

Un ciudadano que toma en serio sus derechos constitucionales y quiere examinar de cerca al hombre á quien debe entregar sus plenos y más importantes poderes, bien puede resistir á la tiranía de una comisión que le imponga un representante insuficientemente conocido. Sus escrúpulos serán infaliblemente ahogados entre las oleadas de la multitud rutinaria. ¿Y él, qué podrá hacer? Puede, el día del voto, quedarse en casa, abstenerse de votar, ó bien hacerlo por el candidato de su propia elección. Que haga lo uno ó lo otro, esto no le ha de ser de la menor utilidad. Llegará siempre á diputado aquel por quien vote la gran masa de gentes irreflexivas, indiferentes ó atemorizadas, y esta masa proclama siempre el nombre por el que se ha trabajado con más violencia, ruido y perseverencia. Sin duda en teoría, cada ciudadano es libre para recomendar su propio candidato, moverse por él y crearle un partido; pero en la práctica, aquel que se limita á publicar las excelentes cualidades de un pretendiente, encuentra con más dificultad aliados que el que promete ventajas de todo género; además, el ciudadano que ejerciendo sus dere-

chos políticos busca concienzudamente el bien del Estado, tendrá siempre desventaja respecto á un grupo de políticos de profesión que hacen de la vida pública un campo de explotación en regla.

He ahí la fisiología de las elecciones de todos los Cuerpos representativos. El elegido debía ser el hombre de confianza de la mayoría; mas no es sino el hombre de confianza de una minoría frecuentemente muy débil, pero que está organizada, en tanto que la mayoría de los electores pierden por su falta de cohesión la fuerza que da el número. Además, la primera puede imponer su voluntad á la segunda. El acta debe recaer en el más prudente y sabio entre los ciudadanos; sin embargo, recae en aquel que demuestra mayor atrevimiento y osadía. Para un candidato, la educación, la experiencia, el carácter, la conciencia, la superioridad intelectual, son cualidades poco esenciales; no le perjudican, pero tampoco le sirven de manera alguna en la lucha política. Lo que le hace alcanzar constantemente el triunfo, es tener una buena opinión de sí mismo, audacia, fácil palabra y trivialidad en sus discursos. En el caso más afortunado, el candidato puede ser un hombre honrado y hábil; pero no podrá jamás ser de una naturaleza elevada, delicado y modesto. Esto explica por qué en los Cuerpos representativos los talentos no son raros, en tanto que los caracteres son sumamente escasos.

Gracias á promesas mentirosas, á bajezas sin cuento, á una jactancia impudente, á declamaciones triviales y al apoyo de compadres, el político de profesión ha obtenido el acta ambicionada. ¿Cómo cumple su misión? Es una potente individualidad ó un hombre ordinario. En el primer caso, formará un partido; en el segundo, se unirá á un partido existente.

La cualidad que hace al jefe de partido es la voluntad. Este es un don que nada tiene de común con la inteligencia, la fantasía, la previsión, la grandeza de alma. Una voluntad poderosa puede muy bien estar unida con la poquedad de espíritu, la bajeza de sentimientos, la deslealtad, el egoísmo y la ruindad; es una fuerza orgánica que puede poseer un malvado, como el hombre más insignificante ó el más corrompido puede tener una gran estatura y una gran fuerza muscular. El que pueda contar aquéllas entre sus cualidades, el hombre que posea la voluntad más poderosa, será necesariamente el primero en una asamblea, el jefe y el amo. Aplastará siempre la voluntad más débil que se oponga á la suya; esta será constantemente la lucha entre la vasija de barro y la de hierro. Una gran inteligencia puede dominar á una fuerte voluntad. ¿Mas cómo? No en lucha abierta, sino colocándose en apariencia bajo su mando y sugiriéndole diestramente sus propias inspiraciones.

El más poderoso aliado de la voluntad en el parlamento es la elocuencia. Esta es también una aptitud natural absolutamente distinta del desarrollo del espíritu y del carácter. Suele ocurrir que un gran hombre como pensador, poeta, general ó legislador no sepa por esto pronunciar un discurso de efecto; por otra parte se puede poseer el don de la palabra y tener una inteligencia completamente vulgar. La historia de los parlamentos habla poco de grandes oradores que hayan ensanchado el horizonte intelectual de la Humanidad. Las más célebres improvisaciones qne en los debates históricos han motivado grandes conflictos, procurando á su autor gloria y poder, causaron, al leerlas, una deplorable impresión, extrañando cómo aquel discurso pudo ejercer ac-

ción tan incomprensible. La palabra razonada no es la que se escucha más favorablemente en las grandes asambleas; es la pronunciada con mayor énfasis. El argumento más luminoso y el más evidente presentado sin una larga preparación y sin frecuentes repeticiones ante un gran número de auditores, tiene muy poca probabilidad de arrebatarlos. Sucede muy frecuentemente, por el contrario, que estos mismos auditores obedezcan ciegamente á declamaciones insensatas, y tomen con una precipitación casi irresponsable, resoluciones que más tarde ellos no se pueden explicar al reflexionarlo á sangre fría.

Si el jefe del partido reune á una fuerte voluntad el talento oratorio, juega el primer papel sobre la escena pública. Si, por el contrario, no posee el don de la elocuencia, se coloca como un director de escena en el teatro y dirige, invisible al público, pero lleno de autoridad respecto á los actores, toda la marcha de la comedia parlamentaria. Tiene oradores que hablen por él, así como en muchos casos posee inteligencias elevadas, pero tímidas é irresolutas, que piensen por él.

El instrumento con ayuda del cual ejerce su poder el jefe, es naturalmente su «partido». ¿Qué es éste, que es un partido parlamentario? En teoría debería ser una asociación de hombres que unieran sus fuerzas para traducir puntos de vista comunes en leyes que regularan la vida política. En la práctica no hay ni un solo gran partido, especialmente un partido dominante ó apto para gobernar, que subsista por tener un programa como lazo único. Se llegan á formar pequeños grupos de diez personas, de veinte á lo más, que estén unidos por la igualdad de su manera de ver la vida pública; pero los grandes partidos no se forman jamás sino bajo la in-

fluencia de la ambición, del egoísmo y de la fuerza de atracción de una personalidad superior.

Los hombres se dividen lógicamente en dos clases; la una está organizada en tal forma, que no puede sufrir ninguna dominación, ó lo que es igual, que en el orden actual de cosas, como ya he dicho más arriba, ella debe por sí misma dominar; la otra clase, por el contrario, ha nacido para la obediencia, porque se encuentra en la imposibilidad de tomar constantemente resoluciones, de ejercer actos de la voluntad, así como de aceptar la responsabilidad de todas las consecuencias de sus actos, responsabilidad que es el complemento indispensable de la libertad y de la independencia.

La primera clase forma naturalmente una pequeña minoría respecto á la otra. Tan pronto como un hombre que no aspira sino á obedecer, se encuentra en presencia de otro, dotado de voluntad y de autoridad, se inclina ante él y entrega con placer y solamente entre sus manos la dirección de sus actos y la responsabilidad consiguiente. Estos hombres obedientes se hallan con frecuencia en estado de ejecutar con gran fuerza, con habilidad y perseverancia, y hasta haciendo verdaderos sacrificios, la tarea que una voluntad extraña les impone. Pero el impulso ha de venirles enteramente de esta voluntad. Ellos tienen todos los dones; no les falta sino el de la iniciativa, palabra que no es otra en el fondo que un sinónimo de voluntad. Estos hombres se apresuran á entrar al servicio de un jefe en cuanto lo encuentran. Reconocen que él es un poder y colocan voluntariamente las fuerzas propias aisladas á su disposición, porque sienten que aquél los conducirá á la victoria y al botín.

Todas las funciones esenciales del sistema parlamen-

tario son ejercidas únicamente por los jefes de los partidos. Ellos son los que deciden, los que luchan y los que triunfan. Las sesiones públicas son representaciones sin importancia; se pronuncian discursos á fin de que no desaparezca por completo la ficción del parlamento. Pero muy raramente es un discurso el que motiva una importante resolución política. Los discursos sirven para dar al orador notoriedad é importancia, pero, en regla general, aquéllos no tienen la menor influencia sobre las acciones, es decir, sobre los votos de los diputados. Estos votos son determinados fuera del salón de sesiones, y están regulados por la voluntad del jefe, los intereses y la vanidad de cada diputado, y muy rara vez, y sólo en las cuestiones importantes, pura y simplemente circunscriptas, por la presión de la opinión pública. Cuanto se diga del curso de los debates es por completo indiferente para su término; se podían suprimir en absoluto las discusiones, y limitarse á someter á la prueba decisiva de una votación las resoluciones tomadas por los partidos, conforme á la voluntad de sus jefes.

La caída desde las esferas del poder, de un jefe de partido, no es causada por las faltas que haya podido cometer en el ejercicio del Gobierno, y que no sirven jamás sino de pretextos á los ataques dirigidos contra él; su desgracia es debida, ó á un adversario más poderoso que él ó á la deserción de mercenarios, á los cuales el vencedor no ha querido ó no ha podido satisfacer su voracidad, ó bien todavía, á estas dos causas reunidas. Un cambio de Ministerio, aunque haga pasar el poder de manos de un partido á las de otro radicalmente opuesto, no varía, absolutamente en nada, los procedimientos interiores de la vida política. Las relaciones del individuo con el Estado, continúan siendo las mis

mas; el ciudadano no tiene necesidad de saber, si no lee algún diario, que un nuevo gabinete y un nuevo partido se han encargado del gobierno de la nación; las palabras liberal y conservador son simples caretas para la ambición y el egoísmo, verdaderos móviles de todas las luchas, de todas las alteraciones parlamentarias.

He aquí cuánta es la potencia y multiplicidad de la mentira política en nuestra época. En muchos países el parlamento no es sino la mampara, detrás de la cual cómodamente goza del poder el absolutismo de la monarquía por la gracia de Dios. Allí donde el parlamento es una realidad, donde reina y gobierna de hecho, no significa otra cosa que la dictadura de algunas personalidades que alternativamente se apoderan del gobierno de la nación. Teóricamente el parlamento debe asegurar á la mayoría una influencia preponderante; en realidad, el poder descansa en manos de media docena de jefes de partidos, de sus consejeros y compadres. En teoría, las convicciones deben formarse por los argumentos que los debates parlamentarios producen en los días de las grandes discusiones; en la práctica, aquéllas no son influídas de manera alguna por los debates; son determinadas por la voluntad de los jefes y por consideraciones de intereses privados. En teoría los diputados deben no tener delante de sus ojos, sino el bien de la nación; lejos de ser así, aquéllos cuidan ante todo de sus propios intereses y de los de sus amigos. En teoría los diputados deben ser los mejores y los más sabios y prudentes entre los ciudadanos; en realidad son los más ambiciosos, los más osados, los más violentos. En teoría votar por un candidato indica que el elector lo conoce y tiene confianza en él; en la práctica el elector vota por un hombre, del cual muy frecuentemente no sabe

sino que un grupo de alborotadores le ha repetido su nombre durante dos semanas. Las fuerzas que en teoría deben mover la máquina parlamentaria son la experiencia, la previsión, el desinterés; en los hechos aquéllas se reducen á una enérgica voluntad, al egoísmo y á la elocuencia. Un gran talento y un noble carácter sucumben bajo una diestra charlatanería y una constante audacia; la dirección de los parlamentos corresponde, no á la sabiduría y prudencia, sino á una individualidad obstinada y tenaz, y á una palabra altisonante. El simple ciudadano no alcanza ni una migaja del derecho de soberanía de los pueblos, de cuyo derecho el parlamento es la sanción.

Mi pobre Juan debe, pues, obedecer, pagar las contribuciones, destrozarse los codos contra las mil barreras absurdas que existen hoy lo mismo que antes; el parlamento con todo su tumulto y sus agitaciones no representa para él más que un hecho sensible cuundo el día del voto fatiga sus piernas para acercarse á la urna, ó cuando lee en un periódico el sinnúmero de artículos referentes á las discusiones, de ordinario enojosas y en detrimento de otras materias más recreativas.

LA MENTIRA ECONÓMICA

I

Los males de la civilización que alcanzan á mayor número de hombres y de manera más profunda y duradera, son los males económicos. Existen infinitos individuos que no se ocupan jamás de cuestiones metafísicas: Dios les es tan indiferente como la materia; una encíclica del Papa les interesa tan poco como la teoría de la selección natural; su fe y su ciencia son igualmente superficiales. La política también produce escasa impresión en muchas personas. La multitud de aquellos que se cuidan muy poco de ser gobernados en nombre de un monarca ó de una república impersonal es mayor de lo que se cree, y lo continuará siendo en tanto que el Estado no se les aparezca sino bajo la forma del agente de policía, del recaudador de contribuciones ó del sargento instructor de quintos. Por el contrario, no hay un solo hombre civilizado que no se halle todos los días enfrente de las cuestiones que atañen á lo producción y al consumo. Los fenómenos de la vida económica se imponen hasta al observador menos inteligente.

Todo hombre que tiene conciencia de sí mismo experimenta necesidades y murmura ó se revuelve contra la dificultad ó la imposibilidad de satisfacerla; ve con amargura la desproporción entre su gasto de fuerzas y trabajo y los placeres que en cambio se puede procurar,

y establece una comparación entre su parte personal de beneficios debidos á la Naturaleza y adquiridos por su trabajo humano, y la parte que poseen los demás hombres. Sentimos hambre en cuanto han transcurrido algunas horas de nuestra última comida; experimentamos fatiga al llegar la noche de un día empleado en el trabajo; cada vez que vemos un objeto agradable á los ojos por su brillo ó por su forma anhelamos su posesión, como consecuencia del instinto natural que aspira á realizar la propia individualidad con ayuda de accesorios que la pongan de relieve, la adornen y at[illegible] á ella las miradas de los demás. De esta manera las condiciones corporales nos llevan constantemente á reflexionar respecto á nuestra situación y á relacionarla con el movimiento económico general, con la producción y el empleo de las riquezas.

Ninguna otra cuestión apasiona en tan alto grado á las masas. En la Edad Media se conmovían millones de personas si se las hablaba de religión. A fines del último siglo y hasta la mitad del nuestro, los pueblos se apasionaban por el progreso y la libertad política. En los últimos años del siglo XIX se considera como asunto más importante, encontrar alimento para la gran mayoría de las gentes. Este es el único fondo de la política, que algunas veces intenta desviar á los pueblos del pensamiento que los absorbe, empleando para ello todo género de argucias y malas artes, como la excitación de los pueblos unos contra otros, ó contra ciertas clases de la sociedad, las guerras, la colonización, las exposiciones, las comedias dinásticas, las frívolas discusiones parlamentarias ó las tituladas reformas. Pero siempre la política se ve obligada por la fuerza de la opinión pública á volver á la única idea que preocupa al mundo, á la

cuestión de subsistencias. Nadie piensa hoy día en emprender nuevas cruzadas para rescatar el Santo Sepulcro, pero todos sueñan en la conquisia de ese vellocino de oro llamado bienestar; no se hacen ya revoluciones para traer una Constitución en el papel y palabras democráticas retumbantes, pero sí se hacen para sacudir un tanto el duro y gratuito vasallaje y para comer lo necesario.

En ningún tiempo han sido tan profundos, tan violentos como en nuestros días los contrastes entre el rico y el pobre. Los economistas que encabezan sus obras científicas afirmando que el pauperismo es tan antiguo como la humanidad, juegan con el significado de las palabras. Hay una pobreza absoluta y otra relativa. La pobreza absoluta es aquella en la cual un hombre no puede satisfacer de ninguna manera, ó solamente de un modo muy insuficiente, sus necesidades reales, es decir, las que nacen de actos de la vida orgánica, pobreza en la que, por consiguiente, no encuentra alimento bastante ó lo obtiene sólo á expensas del descanso y del sueño indispensables á su organismo para no destruirse prematuramente. La pobreza relativa, por el contrario, consiste en la imposibilidad de satisfacer necesidades creadas artificialmente, y cuyo cumplimiento no es imprescindible para la conservación de la vida ó de la salud, y que el individuo no experimenta ni comprende sino comparando su género de vida con el de las personas que conoce. Cada cual se encuentra pobre á su manera: el obrero, si no puede fumar ni beber aguardiente, si no le es dado usar vestidos de seda y amueblar su casa con lujo superfluo; el hombre dedicado á profesiones liberales se considera en la pobreza si la adquisición de un capital no le pone á cubierto de cuida-

dos roedores y le asegura el porvenir de sus hijos y la tranquilidad en los últimos días de su vida. Esta pobreza es evidentemente relativa, puesto que, por ejemplo, parecerá riqueza al obrero, y el profesor encontrará soberbio un género de vida que le parecería inaguantable al aristócrata educado en medio de la mayor abundancia y del refinamiento del lujo y las comodidades; pero esta pobreza es además subjetiva en cuanto no reside sino en la imaginación del individuo, y no acarrea de ningún modo, según esto, una disminución real de las condiciones necesarias de existencia, y por esto un agotamiento de las fuerzas del organismo. En una palabra, esta no es una pobreza fisiológica. Además, el viejo Diógenes ya demostró que se puede vivir muy bien cuando se satisfacen fácilmente las necesidades del cuerpo.

Desde el punto de vista de un hombre del siglo XIX, esclavo de todos los hábitos y de todas las necesidades de la vida civilizada, la gran mayoría de los seres humanos parece haber sido siempre relativamente pobre, aunque se mire al pasado más lejano, y tanto más pobre cuanto más lejos del presente se fije la mirada. Los vestidos de los hombres eran más groseros y se renovaban con menos frecuencia, su vivienda era menos confortable, sus alimentos más sencillos, su ajuar más escaso; tenían menos dinero contante y menos objetos superfluos. Pero esta pobreza relativa es poco sensible. Sólo un necio podría creer terrible que la mujer de un esquimal tenga que protegerse del frío por medio de vestidos de piel de foca en forma de saco en lugar de recurrir á los complicados trajes de seda, tan costosos como desprovistos de gusto. Dudo que el voto sentimental del buen rey Enrique IV, deseando á todo campesino

el que pueda tener cada domingo una gallina en el puchero, haya jamás conmovido ni entusiasmado á los verdaderos campesinos, tanto como el poder saciarse de carne de vaca. Pero la pobreza absoluta ó fisiológica no aparece como fenómeno constante, sino como consecuencia de una civilización opuesta y malsana. En el estado primitivo y grado inferior de civilización, esta pobreza es inconcebible. El primero y principal acto vital de cada ser orgánico, *monade* ó elefante, bacteria ó encina, es el de buscar una alimentación suficiente. Si no la encuentra, muere, pero no se acomoda voluntariamente á la insuficiencia continuada en su alimentación. Esta ley vital gobierna al hombre como á todas las demás criaturas que viven bajo el sol.

El hombre primitivo no se somete humildemente á la miseria; lucha contra ella y triunfa ó no tarda en sucumbir. Si es cazador y ve que la caza desaparece del terreno en que él se encuentra, emigra y la busca en otra parte. Si es agricultor y labra un suelo improductivo, la noticia de llanuras más fértiles es suficiente para hacerle ir á tomar posesión de ellas.

Si otros hombres sirven de obstáculo á su alimentación, toma sus armas y mata ó es muerto. La abundancia es entonces el premio de la fuerza y del valor. Así se ve que el torrente de la emigración se desborda, pasando de comarcas ingratas á países benditos por el sol; el heroísmo de un Genserico, de un Atila, de un Gengiskan y de un Guillermo de Normandía tiene su origen en el estómago; sobre los campos de batalla más sangrientos y más gloriosos que cantan los poetas y de que habla la historia, las armas no deciden más que cuestiones de dinero.

En resumen: el hombre primitivo no sufre la verda-

dera pobreza, es decir, el hambre. Se subleva inmediatamente contra ella y conquista la abundancia ó muere bajo el hacha de un enemigo antes de que las privaciones le hayan consumido lentamente.

La pobreza absoluta es igualmente inconciliable con una civilización que no ha rebasado el punto de vista de las necesidades físicas. Mientras un pueblo no conoce sino la agricultura, la cría de ganados y la industria doméstica, puede ser pobre en metal precioso, pero ninguno de sus miembros carecerá de medios de existencia. Cuando el hombre pierde su afecto por la tierra que le alimenta, cuando se separa del fiel surco y no puede ser seguido por la Naturaleza, que le ofrece pan, frutos, leche, ganados, caza y pesca, entonces se oculta detrás de los muros de una ciudad, renuncia á su parte de monte y de río; no puede ya tomar con sus propias manos en los abundantes graneros del reino animal y vegetal lo que necesita para su sustento; se ve forzado á cambiar los productos de su industria por los naturales sujetos al monopolio de otros. Entonces solamente comienza, para una pequeña minoría, la posibilidad de acumular grandes riquezas, y para una clase numerosa, la posibilidad de la pobreza absoluta, de la miseria fisiológica. Una nación compuesta de campesinos libres nunca es pobre. Y no puede llegar á serlo más que cuando el campesino es reducido á la servidumbre y un amo le arrebata el producto de sus campos ó le emplea en asuntos que le impiden cultivar sus tierras; puede suceder además que las ciudades se multipliquen y atraigan á sí una gran parte de la nación. La alta civilización en fin, condena á la pobreza absoluta á una multitud cada día más numerosa favoreciendo el ensanche de las ciudades á expensas de la población rural, el des-

arrollo de grandes industrias en perjuicio de la producción animal y vegetal, creando un proletariado que no posee ni una sola pulgada de tierra, que está fuera de las condiciones de existencia naturales en el hombre y que está condenado á morirse de hambre el día en que encuentre cerrados los talleres, los almacenes ó las fábricas.

Esta es la razón de por qué los países de la Europa occidental están considerados como los más ricos y civilizados. Su población comprende una pequeña minoría que vive en medio de un lujo escandaloso y brillante, y parece atacada, en parte, de una verdadera locura de prodigalidad, y de una gran masa que no vive sino á costa de grandes trabajos, ó que, á despecho de todos sus esfuerzos, no puede alcanzar una existencia digna del hombre. A cada instante la minoría acumula mayores riquezas, la distancia entre su género de vida y el eel resto del pueblo se hace mayor, su situación y su influencia dentro del Estado son más fuertes. Cuando se habla de la loca prodigalidad de millonarios y contemporáneos, algunos historiadores de la civilización toman aire de suficiencia, y citan, con sonrisa de lástima hacia tal ignorancia, algún libraco latino destinado á probar que las cosas, hoy día, están lejos de hallarse á la misma altura que en la Roma imperial y en la Edad Media; la desproporción, dicen ellos, entre los millonarios y los mendigos era en aquellos tiempos mucho más considerable que al presente. Pero esto no es más que una mentira harto necia. Fortunas como las de Vanderbilt, el barón Hirsch, Rothschild, Krupp, etc., fortunas de 500 millones de francos ó aún de más, eran desconocidas en la Edad Media. En la antigüedad, el favorito de un déspota, un sátrapa ó un procónsul, después de

haber saqueado una provincia ó un país, tal vez pudieron acopiar un caudal tan enorme; pero esta riqueza no era duradera; se parecía á los tesoros de que hablan los cuentos de hadas, que un día se poseen y al siguiente han desaparecido ya. Su propietario se formaba la ilusión de poseer tal fortuna, pero el hierro de un asesino ó una brutal confiscación en provecho de su soberano, le despertaban de su sueño. En toda la historia del Imperio romano y de los Imperios de Oriente no hay un solo ejemplo de que fortuna tan enorme se haya transmitido de padres á hijos siquiera durante tres generaciones que gozasen en paz de su posesión. En todo caso, los millonarios eran incomparablemente más raros en aquellos tiempos que hoy día; en Inglaterra, el número de los particulares que poseen cada uno más de seis millones de francos, está evaluado en 800 á 1.000; el número de aquellos cuyo capital pasa de un millón, alcanza sólo en Europa, por no contar las otras partes del mundo, próximamente la cifra de 100.000, y verosímilmente también pasará con mucho de esta cifra. Por otra parte, no hubo en ningún tiempo una masa tan grande de individuos absolutamente privados de todo, de pobres, en el sentido de la definición que he dado más arriba, de hombres que no saben por la mañana lo que comerán durante el día ó dónde dormirán aquella noche. Sin duda, el esclavo en la antigüedad, el siervo en la Edad Media, no poseían absolutamente nada, puesto que ellos mismos eran una propiedad, una cosa; pero siquiera se proveía á sus necesidades más perentorias, recibían de su amo alimento y abrigo. En la Edad Media, las gentes de mala fama, los vagabundos, los charlatanes, los bohemios, los vagos de toda especie, estaban completamente desheredados. No había cosa

alguna que pudieran llamar propia; para ellos no se ponía la mesa en ninguna parte; se les rehusaba hasta el derecho de mirar los dones de la Naturaleza como existentes también para ellos. Pero por la mendicidad, el robo y el pillaje se libraban de la miseria en que la sociedad los aprisionaba sistemáticamente; la horca y el tormento eran causa de su muerte con más frecuencia que la debilidad senil; ellos, satisfechos y alegres, avanzaban ordinariamente hasta el pie del patíbulo.

El proletariado actual de las grandes ciudades no tiene antecedentes en la historia; es un producto de nuestro tiempo. El proletario moderno es más miserable que el esclavo lo era en la antigüedad, pues no está alimentado por un amo, y si tiene sobre aquél la ventaja de la libertad, debemos confesar que tiene sobre todo la libertad de morirse de hambre. Su situación tampoco es tan buena como la del hombre errante en la Edad Media, pues no posee su alegre independencia, no se subleva sino rara vez contra la sociedad, y no tiene el recurso de apropiarse por el robo ó el pillaje, lo que le rehusan las leyes que regulan la propiedad. El rico es, por consiguiente, más rico; el pobre más pobre que lo ha sido jamás en los tiempos antiguos.

Lo mismo ocurre con la extravagancia de los ricos. Perpetuamente se nos atormentan los oídos hablándonos de los festines de Lúculo, cuyas sobras alimentan aun hoy día á los historiadores amantes del *bric-á-brac* anecdótico. Pero queda siempre por probar que la antigua Roma haya jamás visto una fiesta que costase 500.000 pesetas, como ha costado el baile dado por un Creso de Nueva York, y de que han hablado recientemente los periódicos. Un particular que servía á sus huéspedes pasteles de lenguas de ruiseñores, ó que re-

galaba á una hetaria griega algunos cientos de miles de sestercios, causaba en Roma tal impresión, que todos los satíricos y cronistas de su tiempo y de la posteridad repiten su nombre. Hoy nadie habla de millares de personas que pagan 250.000 pesetas por un servicio de mesa de Sevres antiguo, 750.000 por un caballo de carrera, ó que permiten á una cortesana disipar un millón en un año. El lujo de las orgías de la antigüedad y de la Edad Media era un hecho aislado y excesivamente raro. Producía impresión precisamente á causa de su rareza. Este lujo tenía además la precaución de encerrarse en el interior de un círculo social estrecho; la gran masa de los desheredados nada veía. Al presente, la extravagancia de los ricos no se encierra en los salones y comedores de las casas particulares; se muestra con predilección en las calles. Los parajes donde se ostenta su insultante magnificencia son los paseos de las grandes ciudades, los teatros, las salas de conciertos, las carreras de caballos, los balnearios. Sus carruajes cruzan por todas partes salpicando de lodo á los descamisados muertos de hambre; sus diamantes parece que no brillan con todos sus fulgores sino allí donde pueden deslumbrar los ojos de los proletarios. Su prodigalidad toma voluntariamente á la prensa como testigo de sus despilfarros, y se procura en el periódico un medio para imponerse á las clases de la sociedad que no tienen ocasión de observar por sus propios ojos el eterno banquete, el continuo Carnaval de los ricos. El proletario moderno posee así un elemento de comparación que faltaba al pobre de la antigüedad. Las prodigalidades de los millonarios, de las cuales es testigo, le proporcionan la medida exacta de su propia miseria, que de este modo se le revela matemáticamente en toda su ex-

tensión y profundidad. Además, la pobreza no es un mal sino cuando se la considera como tal, y los millonarios aumentan, por consiguiente, los sufrimientos de los proletarios con la necia y provocativa ostentación de sus orgías. El público espectáculo de su vida ociosa y llena de goces despierta necesariamente el descontento y la envidia de los proletarios, y este veneno moral destroza su ánimo más fuertemente que las mismas privaciones materiales.

Estas privaciones no deben ser estimadas en menos de su verdadero valor. La gran masa de los proletarios en los países civilizados pasa su miserable vida en condiciones tales, que á ellas no se halla sometido ninguno de los animales libres del desierto. La habitación del proletario en las grandes ciudades es incomparablemente más sucia y malsana que la guarida de los grandes mamíferos, que la madriguera de un tejón, y está menos protegida que éstas contra el frío; el alimento del proletario es no más que el preciso para que no muera de hambre inmediatamente, aunque la muerte por hambre sea en las capitales un hecho diario. Para calmar la conciencia inquieta de los que poseen bienes, los economistas han imaginado una frase que ellos pronuncian pomposamente: «La férrea ley del salario». Conforme á esta ley, el salario cotidiano no se ha de elevar mucho ni ser tampoco menor de la suma necesaria, según los países, para la conservación de la vida. Esto quiere decir que el trabajador puede estar seguro de adquirir, si no la abundancia, á lo menos lo bastante para satisfacer sus necesidades. Esto sería muy bueno si en realidad ocurriera así. En tal supuesto, el rico podría decirse continuamente que todo marchaba por lo mejor en el mejor de los mundos, y que nadie tenía el

derecho de turbar con gemidos y maldiciones su digestión y su sueño. Mas por desgracia, la célebre «ley de hierro del salario» no es sino una jesuítica logomaquia. Desde luego no se aplica en forma alguna á aquellos que no pueden de ningún modo procurarse trabajo. Durante el tiempo en que realmente trabaja, el obrero no puede en ninguno de los países de Europa occidental ahorrar algo con que vivir el tiempo en que carezca de trabajo. Se encuentra, por consecuencia, obligado durante una parte del año á la mendicidad ó á un lento agotamiento de fuerzas causado por las privaciones.

La «férrea ley del salario» no es admisible sino como medida del jornal que disfrutan aquellos que realmente están ocupados. ¿Qué cantidad mínima necesita un individuo para la conservación de su existencia? Evidentemente, la que baste para que pueda mantener su organismo en buen estado y alcanzar los límites naturales de su vida. Si se fatiga más de lo que puede resistir su organismo sin alteración de su salud, ó no recibe la cantidad de alimento, calor y sueño que su naturaleza le exige para conservarse en buen estado, el individuo es víctima de la pobreza fisiológica. El exceso de trabajo, siempre que es causa de debilidad orgánica, equivale, por consiguiente, á la insuficiencia de alimento, y es sinónimo de lenta inanición. Si la «férrea ley del salario» fuera realmente lo que pretende ser, el jornalero debería, por lo menos, mediante su trabajo, poder conservar su organismo en el buen estado que sus disposiciones naturales le permitan obtener. Pero la experiencia demuestra que el trabajador no puede llegar á conseguirlo en ninguna parte de Europa. El economista optimista repite en son de triunfo su «ley de hierro de los salarios» cada vez que ve que el jornalero, al fin de un día

de trabajo, no cae muerto de hambre y puede llenarse el estomágo de patatas, fumar su pipa, beber su copa de aguardiente, y se persuade de que está satisfecho y á gusto. Después llega la estadística y demuestra que la duración media de la vida del trabajador es un tercio, y en muchos casos hasta la mitad más corta que la de aquellos individuos afortunados de la misma nación que viven en el mismo clima y sobre el mismo suelo. ¿Quién roba á los proletarios los años de vida á que ellos tienen un derecho perfecto y natural como hijos de una raza y habitantes de una región? ¡Quién sino el hambre, la miseria y las privaciones de todo género que lentamente minan su salud y debilitan su organismo! El salario, por consiguiente, es bastante, á lo más, para salvar al proletario de una muerte inmediata por el frío ó por el hambre, no para defenderle contra un fallecimiento prematuro causado por la insuficiencia de la alimentación, del abrigo ó del descanso. Las estadísticas de morbología y de mortalidad en la población obrera estigmatizan la «ley de hierro de los salarios» como una impúdica mentira.

El cuadro que hago de la organización económica de la sociedad no sería completo si al lado del arrogante millonario y del proletario condenado á los padecimientos y á una muerte prematura, no colocase otra clase de hombres necesitados que en el orden económico actual están solamente un poco menos mal dotados que el esclavo industrial de las grandes ciudades. Estos son los que cultivan las letras, que sin fortuna personal tienen que ganar su existencia por medio de su trabajo intelectual. En este terreno la oferta es siempre considerablemente superior á la demanda. Las llamadas carreras liberales se hallan en todas partes de tal suerte cuajadas

de obstáculos, que aquellos que las siguen se combaten y destruyen mutuamente, y la lucha por la existencia toma entre ellos las formas más crueles y terribles. Estos infortunados, que persiguen una colocación pública ó privada, un empleo de profesor, un éxito como artistas, escritores, abogados, médicos, ingenieros, etc., son, á consecuencia de su mayor desarrollo intelectual, susceptibles de experimentar con intensidad mucho más fuerte el sentimiento de su propia miseria; su trato más íntimo con las personas acomodadas opone continuamente el cuadro de la pobreza propia con la riqueza ajena; las preocupaciones sociales les imponen un género de vida que, sin valer más desde el punto de vista higiénico, exige de ellos, no obstante, sacrificios incomparablemente mayores que los exigidos al proletario; y después de esto, el bienestar en su carrera es recompensa de humillaciones, de disgustos sin número y de una servidumbre que para las naturalezas bien dotadas es todavía más dolorosa que las mismas privaciones materiales. Como estos hombres sufren con más fuerza, soportan con mayor impaciencia que los proletarios las leyes actuales del orden económico. Los ricos llaman á los que lucharon sin éxito «desordenados», y les manifiestan desprecio. Pero los desordenados son la intrépida vanguardia del ejército que asedia el arrogante edificio social, y que le echará por tierra más ó menos pronto.

II

Analicemos ahora en sus detalles los diversos elementos del cuadro que venimos trazando. Hemos visto

al rico disfrutando toda clase de placeres sin prestar trabajo alguno, al proletario condenado á ser víctima de la debilidad física, y al trabajador intelectual destrozado por una competencia mortífera. Examinemos desde luego la minoría que es dueña de riquezas.

¿Cuál es el origen de las riquezas de esta minoría? Unas veces la ha heredado, y se limita á conservarla; otras procura aumentar la fortuna adquirida por herencia, y otras, por último, se la creó esta misma minoría. De la herencia ya hablaremos más tarde largamente. Indicaremos aquí no más sino que el hombre es el único ser viviente que exagera la solicitud natural por sus descendientes. Esta solicitud es sin duda una de las manifestaciones del instinto de la conservación de la especie y el complemento necesario del acto de la reproducción; pero el hombre la exagera hasta el punto de querer evitar la necesidad del trabajo para atender á la subsistencia, no sólo á la generación inmediata hasta que llegue á su completo desarrollo, sino aun á las generaciones más distantes y por toda la duración de su existencia. El aumento de las grandes fortunas heredadas tiene lugar en la mayor parte de los casos sin la menor participación del poseedor, y sobre todo no suele ser la consecuencia de su trabajo. Las grandes y antiguas fortunas consisten generalmente en propiedades inmuebles, en tierras y en casas. El valor del suelo y de las casas aumenta en todas partes de año en año, y el producto de estos orígenes de fortuna se acrecienta con la civilización. Las producciones de la industria se abaratan cada día; la alimentación, los artículos de primera necesidad, por el contrario, aumentan constantemente de precio; las habitaciones en las ciudades, que sin cesar ven crecer su población, se convierten cada día en más

estrechas y costosas. Algunos economistas niegan el aumento en el precio de los víveres, pero no pueden sostener su aserto sino por medio de sofismas. Sin duda en aquellas épocas en que el comercio era más difícil que en el día, las hambres eran más frecuentes. Una mala cosecha podía en ciertos países elevar los comestibles á precios que hoy nos parecerían fabulosos. Estas grandes y rápidas variaciones han cesado, pero el término medio en los precios del trigo y de la carne aumenta continuamente; la explotación imprevisora de inmensas extensiones de suelo virgen en América y Australia no detiene esta subida; sólo la modera un poco. En la época tal vez próxima en que la explotación exagerada haya agotado los nuevos continentes y en que el arado no encuentre otra tierra que conquistar, el precio de los alimentos se elevará sin medida; en tanto que por otra parte, y como consecuencia del continuo perfeccionamiento de las máquinas y del empleo cada día mayor de las fuerzas de la Naturaleza, no cesa ni por un momento la baja en el precio de los productos industriales. Esta doble corriente de la vida económica; la tendencia á subir en el precio de los alimentos y el constante descenso en el valor de lo que produce la industria, es la que hace al obrero industrial cada vez más pobre y al propietario de tierras cada vez más rico. Aquél ha de trabajar más cada día, producir una masa cada vez más considerable de mercancías para procurarse los productos naturales precisos para su manutención; el propietario puede cambiar los productos de su suelo por una cantidad, de año en año mayor, de objetos industriales. El proletario cada día tiene que trabajar más para alimentarse suficientemente; el propietario de tierras posee cada día mayor facilidad para despilfa-

rrar los productos del trabajo de aquél: el número de proletarios, mejor dicho, de esclavos que trabajan para mantener el lujo del propietario de tierras, no cesa de aumentar. No es, por consecuencia, el mérito personal, sino la organización defectuosa de la sociedad, la que hace que aquel que hereda las tierras ó casas sea cada vez más rico. Esta organización pone el suelo laborable en manos de un pequeño número de propietarios y amontona en las grandes ciudades á los proletarios despojados de su parte de la tierra.

Se crean fortunas nuevas por el comercio, la especulación ó la gran industria. Dejaremos á un lado los casos extremadamente raros en que la casualidad proporciona á un individuo grandes riquezas, haciéndole descubrir, por ejemplo, minas de oro, diamantes, manantiales de petróleo, etc., que, gracias á las ideas reinantes sobre la propiedad, puede guardar para sí y explotar en su provecho. Estos casos excepcionales son, por otra parte, un valor teórico, en cuanto son pruebas de la falta de justicia de otra proposición de economía política, mal llamada científica, á saber; que el capital es el trabajo acumulado. ¿Qué trabajo representa un diamante del grueso de una nuez que un aventurero del Sur de Africa encuentra casualmente y vende en varios millones de pesetas? Un profesor de economía política no hallaría obstáculo para responder. La alhaja, dirá, es la recompensa del trabajo que ejecutó aquel hombre, bajándose para recogerla del suelo. La ciencia puede aceptar tal explicación y declararse satisfecha; pero el buen sentido rechaza esta pretendida ciencia imaginada por imbéciles para uso de imbéciles, á fin de paliar ó excusar por medio de vanas palabras las injusticias de la vida económica.

El comercio legítimo es el intermediario entre el productor y el consumidor, y se hace pagar su intervención cargando en cuenta al último comprador, bajo la forma de un aumento de precio, un impuesto más ó menos considerable; pero en nuestros días este comercio no conduce sino excepcionalmente á la adquisición de grandes fortunas. Muchas personas se contentan con ganar lo bastante para vivir ó con adquirir un bienestar moderado, y además la competencia entre los comerciantes es muy grande para prometerse una ganancia extraordinaria. La tendencia general del comercio en grande ó pequeña escala, es la de suprimir todos los intermediarios inútiles, la de acercar y poner en las más directas relaciones posibles al consumidor con el productor, y reducir el gravamen impuesto por los intermediarios, de quienes, no obstante, le es imposible en muchos casos prescindir, á la cantidad precisa que les permita cubrir sus necesidades y asegurar su existencia.

Puede el comerciante realizar grandes ganancias si consigue paralizar la libre competencia, ó por lo menos debilitarla. El que, en condiciones difíciles, ó arrostrando peligros, va á comprar mercancías al interior de Africa ó entre las poblaciones salvajes de Asia, ese podrá venderlas con muy considerable ganancia, pues pocos hombres se prestan á arriesgar la vida ó su salud por la riqueza. Durante un cierto tiempo se abandonará casi exclusivamente al empresario audaz el terreno que conquistó. Esta explotación sin competencia no durará mucho, también esto es cierto, pues los peligros disminuyen á medida que aquélla se prolonga y es más conocida, y el país hasta entonces inaccesible cae bajo la concurrencia general. En veinte años, en treinta, esta fuente de grandes riquezas quedará, sin duda, comple-

tamente agotada. Se penetrará en el interior de Africa, en el Asia central y en China tan fácilmente y con tanta seguridad como en cualquier país de Europa ó de América; los comerciantes elevarán el precio de compra, disminuyendo el de venta, en cuanto puedan hacerlo sin perder; el comercio de colmillos de elefante en el Congo, ó de algodón en China, no producirá más ganancia que la venta de rapé en Lauderneau.

Todavía pueden realizarse ganancias exageradas monopolizando un artículo indispensable para el consumo, de tal modo, que el comprador tenga, ó que renunciar al artículo, ó pagar el precio exorbitante que se le exige. Pero este procedimiento está fuera del dominio del comercio legítimo, y constituye una violencia que ciertas legislaciones (la francesa por ejemplo) consideran como un monopolio punible. Esto nos conduce al segundo origen de grandes riquezas, á la especulación.

La especulación es uno de los más intolerables fenómenos morbosos de la organización económica. Los hombres instruídos que encuentran excelente todo este sistema, han buscado también la defensa de él; lo encuentran necesario y al mismo tiempo son entusiastas de él. Voy á demostrar á estos atolondrados panegiristas cuál es la causa que defienden. El especulador representa en la vida económica el papel de parásito. No produce nada, no presta tampoco como el comerciante los servicios más ó menos discutibles de un intermediario; se limita á arrebatar por la astucia ó la violencia á los verdaderos trabajadores la parte más sana de su trabajo. El especulador es un salteador de caminos que por una ligerísima indemnización despoja literalmente á los productores de sus productos, y obliga á los consumidores á comprarlos mucho más caros. El arma con

que acomete á productores y consumidores es de dos filos, y se llama «alza y baja». Véase de qué modo se conduce. Si lleva por objeto despojar al productor, vende en un día determinado mercancías que no posee á precio inferior al corriente, y ofrece entregarlas al comprador á los quince, treinta ó noventa días. El comprador, naturalmente, se dirige más bien al especulador que al productor, porque el primero vende menos caro. El productor se queda con su mercancía y sin posibilidad de seguir más que uno de estos dos caminos. Si es bastante rico para poder aguardar sin perjuicio la colocación de sus productos, el especulador no podrá, en día fijo, obtenerlos á tan bajo precio como esperaba, se verá obligado á transigir con el precio reclamado por el productor, y el ladrón será robado. Si, por el contrario, el productor tiene precisa necesidad de vender inmediatamente sus géneros, que es el caso más frecuente, tendrá que reducir el precio hasta más abajo del límite en que el especulador tiene asegurada la venta de aquellos productos que la necesidad hace le sean vendidos á bajo precio, y que de antemano le han pedido los consumidores. El productor quedará tal vez arruinado, pero el especulador, como el judío de Shakespeare, ha sacado de su costado su libra de carne.

La cruzada, por el contrario, va dirigida contra el consumidor; el especulador compra todas las mercancías que puede acaparar á los precios exigidos por los productores; puede hacerlo sin dificultad, pues el negocio no le cuesta un cuarto; no paga al contado, sino pasados meses ó por lo menos semanas de hecha la compra. Sin poseer nada en propiedad, sin tener adelantado un céntimo, el especulador es, por consiguiente, propietario de mercancías, y cuando los consumidores quieren

procurárselas, deben de comprarlas en casa del especulador á los precios que éste exija. El especulador toma con una mano el dinero que le entregan los consumidores, beneficia la mayor parte posible y entrega el resto al productor.

De esta manera se convierte en rico y poderoso sin trabajar y sin provecho alguno para la colectividad; adquiere un crédito ilimitado que pone los capitales á su disposición. Si un pobre diablo quiere, siendo obrero, adquirir posición independiente, pasa innumerables trabajos y fatigas para que le presten la pequeña cantidad que necesita para procurarse herramientas y primeras materias, y poder vivir hasta el instante en que venda sus primeros productos. Si, por el contrario, un hombre audaz que resuelve vivir del trabajo de otros, quiere hacer compras ó ventas por especulación, los productores y los consumidores se pondrán á su disposición sin hacerse de rogar. Se les dice que no corren ningún peligro, que el crédito que conceden no existe sino en teoría; el productor no da la mercancía, sino solamente la seguridad de entregarla en un día determinado y á un precio marcado también, naturalmente á condición de que el pago ha de ser al contado; el consumidor, por su parte, no satisface adelantado el precio de la compra, sino solamente promete pagar en el día que reciba la mercancía. Este crédito teórico basta, no obstante, para que el especulador pueda llegar sin base alguna á poseer las más escandalosas riquezas.

Cada trabajador, sin excepción, es tributario del especulador. Todas nuestras necesidades están previstas, todos los objetos de consumo se compran con prevención á crédito por la especulación, y después se nos revenden al contado y á los precios más altos posibles.

No podemos comer un pedazo de pan, descansar nuestra cabeza bajo cualquier techo, colocar algunas economías, sin pagar contribución al especulador sobre los cereales, las tierras ó las casas ó sobre los valores de Bolsa. El tributo que pagamos al Estado es suficientemente crecido, pero sin embargo bastante menor que el que nos impone la especulación. Se ha intentado proteger la Bolsa como una institución necesaria y útil. Esto es simplemente monstruoso. ¡Qué! ¿La Bolsa es útil y necesaria? ¿Cuándo se encierra en los límites que le asigna la teoría? ¿Cuándo ha sido simplemente el mercado donde el comprador de buena fe encuentra al vendedor también de buena fe, donde una demanda y una oferta sinceras se equilibran una á otra? Comparar la Bolsa á un árbol venenoso es imagen muy débil é incompleta, pues no hace perceptible sino un lado de la acción de la Bolsa, la que ejerce sobre las ideas morales de un pueblo. La Bolsa es una caverna de bandidos, en la que los modernos herederos de los caballeros ladrones de la Edad Media se han establecido y degüellan á los que pasan. Como los caballeros bandidos, los bolsistas especuladores forman una especie de aristócracia que se hace alimentar ampliamente por la masa del pueblo; como los caballeros bandidos, se arrogan el derecho de explotar á los comerciantes y artesanos; más dichosos que los caballeros bandidos, no arriesgan ser colgados alto y corto si son sorprendidos en su obra de cortadores de bolsillos.

Hay quien se consuela pensando que la especulación en los momentos de crisis pierde de un solo golpe lo que había robado en años de pillaje. Pero esto es una ilusión con la cual se engaña la moral de los predicadores queriendo al término del crimen ver el castigo como

conclusión. Cuando una crisis obliga á un especulador á perder el fruto de sus rapiñas, no puede impedir que hasta aquel momento, y tal vez durante largos años, haya pasado una existencia escandalosamente magnífica á costa de los miembros trabajadores de la comunidad. El especulador acabará quizá por perder su fortuna, pero el *champagne* que hizo correr á ríos, los faisanes y trufas que comió, los montones de oro que perdió en el juego y las horas transcurridas entre sus queridas, ningún poder del mundo podrá reponerlos. Además, una crisis sólo es fatal para algunos especuladores, y de ningún modo para la especulación en general. Por el contrario, las crisis son las grandes fiestas de la especulación, las ocasiones de arruinar en masa á toda la multitud industriosa y económica de un pueblo y quizá de una parte del mundo. Entonces el capital fuerte abre su boca y devora no solamente el bienestar del público que busca una honrada ganancia en sus negocios, sino también la industria inmoral de los pequeños carnívoros de la Bolsa, á quienes de ordinario deja complacientemente jugar en torno de él, como hace el león con los ratones. Las grandes bajas son conducidas y explotadas por los grandes capitales. Estos compran todo el papel que comprenden ha de adquirir valor en el porvenir, y lo revenden con una ganancia enorme luego que la tormenta pasó y á las mismas personas que precedentemente se lo habían vendido á precios irrisorios; después lo compra de nuevo por casi nada en otra nueva crisis, renovando este juego cruel cada vez que algunos años de trabajo tranquilo han llenado las arcas, periódicamente vacías, en que los productores guardan sus ahorros. Las crísis financieras son simplemente los regulados golpes de pistón por medio de los cuales la bomba

del gran capital absorbe y llena sus propios receptáculos con el excedente total del trabajo de un pueblo.

Dicen los defensores de la especulación: el especulador tiene en el drama económico un papel legítimo; su ganancia es la recompensa de una mayor perspicacia, de una más sabia previsión, de un cálculo más rápido y de su mayor audacia. El argumento merece que lo tengamos en cuenta. Es decir, que porque el especulador dispone de medios de información inaccesibles al público en general, porque teme mucho menos una pérdida que el hombre honrado que adquirió su pequeña fortuna á fuerza de economías, y porque evalúa las probabilidades en pro y en contra más hábilmente que éste, tiene derecho á despojar al trabajador del producto de su trabajo y á amontonar riquezas permaneciendo en la más completa ociosidad. Este derecho se basa por consecuencia en el de las mejores armas, las informaciones; en el mayor valor, el de poner en juego el dinero de otros; en el de una fuerza superior, la más clara inteligencia. Pero siendo esto así, hemos de admitir también que los proletarios tienen aún mejores armas, fusiles de repetición ó bombas de dinamita; que poseen un valor muy superior, el de arriesgar la vida, y una fuerza más potente, la de sus músculos y huesos. En este caso, los defensores de la especulación deben reconocer á los proletarios el derecho de despojar á su vez á los especuladores, ó bien la teoría con que procuran legitimar la especulación es una mentira.

La tercera fuente de grandes riquezas es la gran industria. En ésta el poseedor ó usufructuario de un capital explota á los jornaleros que le alquilan su fuerza de trabajo. La diferencia entre el valor real de esta fuerza, tal como está expresada por el precio de los productos,

y el salario con que se paga, forma la ganancia del fabricante ó empresario, siendo, en la mayoría de los casos, esta ganancia desproporcionada y usuraria. Se define frecuentemente esta ganancia: el salario del trabajo intelectual del empresario. Véase la respuesta: el trabajo intelectual que exige la dirección técnica y comercial de una gran fábrica, no puede ser comparado con el que necesariamente hay que emplear en los estudios científicos ó en la producción literaria; puede todo lo más compararse con el de un empleado superior del Estado, ó el de un intendente, por consiguiente con el trabajo de personas á quienes el orden económico existente está lejos de pagar sus servicios á un precio equivalente á la ganancia anual de un gran fabricante. No se puede considerar tampoco esta ganancia como un simple interés del capital, pues ningún fabricante evalúa el precio de sus productos de tal modo que después de separar los gastos de fabricacion, en los que ya se cuenta el salario de su propio trabajo intelectual, le quede la renta del 4 á 5 por 100 que el capital proporciona hoy día colocado sin riesgos: por el contrario, este precio se determina de una parte por la concurrencia de los otros fabricantes, y de otra por la oferta más ó menos grande de la fuerza de trabajo. El fabricante aspira ante todo á pagar al obrero lo menos posible y después á sacarle al comprador todo el dinero que éste pueda dar. Si la afluencia de obreros le permite encontrarlos á precios irrisorios, ó si la ausencia de competidores ú otras circunstancias le permiten vender muy caros sus productos, no dudará ni un momento en ganar, no 4 ó 5, sino 100, ó más por 100. Los defensores de la explotación del obrero por el capitalista, dicen que al repartir la ganancia del fabricante ó empresario entre los obreros, se

arruinaría aquél sin enriquecerse éstos; el aumento del salario sería insignificante, en muchos casos de algunos céntimos por día. ¡Bello argumento en verdad! No es el importe de la suma que al obrero se le quita lo que á éste le hace irritarse, sino el hecho de ser despojado en provecho de un capitalista. Es posible que el obrero no ganara diariamente sino algunos céntimos de más si pudiera conservar íntegro todo el valor de su trabajo; pero, ¿con qué derecho se le obliga á regalar ni aun la más pequeña parte de lo que debiera percibir, á un empresario que ya tiene recibido el interés de su capital y el salario excesivo de su problemático trabajo intelectual? Imaginemos que una ley ordena cada habitante del Imperio alemán á entregar cada año un céntimo á no importa cuál personaje, y esto no como recompensa de servicios prestados á la comunidad, ni como salario merecido, sino como simple regalo. El personaje así favorecido recibiría una renta anual de cerca de medio millón de francos, sin que cada contribuyente casi notara el desembolso que había hecho. ¡Un céntimo! Es muy poca cosa, no vale la pena de hablar de ello. Y sin embargo, la nación entera acogería una ley tan arbitraria, tan injusta, con un grito de indignación. Pues la ley económica impone á una parte de la nación, á la más pobre, á los proletarios, una contribución, no de un céntimo, sino de 30 ó 40, y frecuentemente de 200 ó ó 300 pesetas al año en provecho del mismo favorecido personaje. La injusticia en ambos casos es exactamente igual, pero la que se ejerce contra los propietarios se siente poco ó nada, porque existe desde hace siglos, porque estamos acostumbrados á ella, y tal vez también porque no ofrece la forma paradójica que debe revestir una verdad para penetrar en las inteligencias vulgares.

Hemos visto, pues, que en todos los casos se adquieren las grandes fortunas apropiándose el fruto del trabajo de otros, jamás por el trabajo propio. Este permite, en general, solamente subsistir; á veces, hacer algunas economías para la vejez ó para atender á las enfermedades que puedan sobrevenir, siendo muy raro que se llegue á un modesto bienestar. Los médicos, abogados, escribanos, pintores y artistas dramáticos, pueden, es verdad, vender tan caro el producto de su trabajo que se formen una renta anual quizá de un millón, y al fin de su vida, sin ayuda de especulaciones, sin ganancias ilegítimas, haber reunido una fortuna de 20 millones. Pero en el mundo entero se encuentra cuando más un par de cientos de afortunados de esta especie y puede ser que ni aun lleguen á ciento. Y esta misma riqueza, si de cerca la miramos, tiene ya un carácter parasitario, á excepción de la riqueza del escribano. Cuando un autor gana un millón de pesetas por haber escrito un libro que se vende por millones de ejemplares, el millón de pesetas representa un salario de su trabajo intelectual que la humanidad entera paga voluntariamente. Pero si un pintor vende algún cuadro en 500.000 pesetas, cuando un cirujano recibe 50.000 por una operación, ó un abogado por un discurso, ó bien cuando una cantante cobra 20.000 pesetas por una representación, estas cantidades no expresan el consentimiento voluntario de la masa; prueban únicamente que hay en el mundo una minoría de millonarios que, no habiendo adquirido sus riquezas por medio del trabajo, carecen de medida para apreciar el valor de una producción, satisfacen sus caprichos sin regatear el precio, tratan de procurarse, á despecho de sus rivales y cuesten lo que cuesten, producciones raras, como un cuadro notable, el canto de

tal artista, la asistencia de tal médico ó abogado.

Pero hecha abstracción del pequeño número de aquellos que en las profesiones liberales y de un modo por completo excepcional logran reunir grandes fortunas, no hay una sola infracción á la regla que marca á éstas por origen y medio la explotación de los demás. Si los bienes que el propietario rural heredó han tenido un gran aumento de valor, es porque el número de obreros arrancados á la tierra aumenta de día en día, porque la industria se extiende más y más, porque las grandes ciudades se desbordan por el constante aumento de población y porque el trabajo de la sociedad civilizada, dirigiéndose principalmente por las vías industriales, hace subir el precio de los víveres en la misma medida que hace bajar el de los productos manufacturados; en una palabra, porque trabajan otros individuos y de ningún modo el propietario rural por sí mismo. El especulador que amontona millones, los adquiere por el abuso de una fuerza superior, astucia, medios de información ó influencias y relaciones. Valiéndose de éstas, despoja á los que trabajan y economizan, como el bandido, armado de su trabuco, despoja al indefenso viajero. El empresario industrial que se convierte en un Creso, lo debe á la explotación metódica de los trabajadores, que, cual si fueran animales domésticos, reciben por sus trabajos comida y abrigo en una cuadra, y esto lo más escatimado posible, mientras tanto el fruto total de su trabajo ingresa en la bolsa del propietario de la fábrica. En este sentido llega á comprenderse la frase exagerada, y por consiguiente falsa, de Proudhon: «La propiedad es un robo.» No se podría considerar esta palabra como justa sino partiendo del sofisma de que todo cuanto existe existe por sí mismo y encuentra en el hecho de su exis-

tencia el derecho de poder disponer de sí. Con tal criterio se roba al arrancar una paja del campo, al respirar el aire, al pescar un pececillo; pero entonces la golondrina también es ladrona al tragarse una mosca, como lo es el gusano al agujerear, para alimentarse, las raíces de un árbol. En este supuesto, la Naturaleza no está poblada sino de archiladrones. Todo lo que vive, es decir, todo lo que toma de fuera y transforma orgánicamente materias que no le pertenecen, comete un robo. Un pedazo de platino que, inalterable al aire, no toma de éste ni un poco de oxígeno para oxidarse, será el único ejemplo de honradez sobre nuestro globo.

No: la propiedad que resulta de la industria, es decir, del cambio de una suma determinada de trabajo contra una suma proporcional de bienes, esta propiedad no es un robo. Pero el gran capital, es decir, el amontonamiento en una sola mano de bienes que un individuo no puede jamás adquirir por su propio trabajo, por bien remunerado que éste se vea, constituye siempre un robo en perjuicio de los trabajadores.

La minoría, compuesta de bandidos, para la cual trabaja la comunidad entera, se halla poderosamente organizada; ha puesto completamente al servicio de sus intereses la legislación, que desde hace siglos está en sus manos. Ante cada ley existente en los Estados civiles se podría escribir con Moliére: «Vos sois platero, señor José». «Vos sois hombre rico, señor legislador, ó esperáis llegar á serlo, y declaráis crimen todo lo que os pudiera impedir gozar ó abusar de vuestra fortuna». Todo aquello que un hombre puede apropiarse sin emplear la violencia claramente, es suyo y queda suyo. Aunque la genealogía de una fortuna reconozca por origen el bandolerismo ó el robo, sea por conquista, sea por haberse

apoderado de bienes eclesiásticos, sea, en fin, por confiscación política de fortunas ó por cualquier otro medio, el crimen se convierte en título de inatacable posesión luego que se ha conservado la propiedad durante cierto número de años. La ley que pone en movimiento la policía se estrella ante la influencia de un millonario. Este toma por aliadas á las supersticiones, y reclama de la religión una cerradura para su arca de caudales, introduciendo en el catecismo una frase que declara la propiedad sagrada, y la codicia de los bienes ajenos pecado que ha de castigarse con el fuego del infierno. Tuerce la moral á fin de hacerla servir á sus miras egoístas, queriendo persuadir seriamente á la mayoría explotada por él de que el trabajo es una virtud y de que el único destino del hombre es trabajar lo más posible. ¿Cómo es que los más honrados y privilegiados espíritus han aceptado durante siglos tan gran absurdo? ¿El trabajo es una virtud? ¿Por consecuencia de qué ley natural? Ningún organismo en todo el mundo viviente trabaja por el gusto de trabajar, sino solamente por el fin de la conservación personal y de su especie y únicamente en tanto que este doble objeto lo exige. Se dice con verdad que los órganos no permanecen sanos ni se desarrollan sin el trabajo, y que perecen por la inacción. Los defensores de la moral al uso de los grandes capitalistas, convierten en arma propia este argumento de la fisiología; pero no dicen que un trabajo excesivo destruye los órganos mucho más rápidamente que la carencia de todo trabajo. El descanso, una dulce ociosidad, son infinitamente más naturales, más agradables y se desean más por el hombre como por todos los animales, que el trabajo y la fatiga, pues éstos no son sino una dolorosa necesidad para la conservación de la vida.

El inventor del sencillo cuento del paraíso bíblico, ha comprendido la dicha muy claramente; hace vivir á los primeros hombres en el estado de felicidad primitiva, sin fatiga alguna, y presenta el trabajo que hace correr el sudor por la frente como el duro castigo de la falta motivada por la culpa del hombre. La moral natural ó zoológica declararía que el descanso es el mérito supremo, y no daría al hombre el trabajo como deseable y glorioso, sino en tanto que este trabajo es indispensable á su existencia material. Pero esto no tendría cuenta á los explotadores. Su interés, en efecto, reclamá que la masa trabaje más que lo que para sí necesita y produzca más de lo que ella ha de aprovechar. Su objeto es apoderarse del exceso de producción; con este fin han suprimido la moral natural é inventado otra establecida por sus filósofos, ensalzada por sus predicadores y cantada por sus poetas; moral según la cual la ociosidad es la fuente de todos los vicios, y el trabajo una virtud, la más bella entre todas las virtudes.

Sin duda los explotadores se contradicen con gran irreflexión. Procuran cuidadosamente no quedar sometidos á su propio código moral, probando de este modo cuán poco en serio lo toman. La ociosidad no es un vicio sino entre los pobres; entre los ricos, entre los explotadores, es el atributo de una naturaleza superior y el signo distintivo de su elevado rango. El trabajo, declarado una virtud por esta moral de dos caras, es al mismo tiempo una vergüenza é implica inferioridad social. El millonario da golpecitos en la espalda al obrero, pero lo excluye de su comercio. La sociedad, que acepta la moral y el modo de pensar de los capitalistas, ensalza el trabajo con brillantes frases, pero señala al trabajador el lugar más ínfimo. Besa la mano enguantada

y escupe sobre la mano callosa. Considera al millonario como un semidiós, al jornalero como un paria. Y ¿por qué? Por dos razones: como lógica consecuencia de las deas de la Edad Media, y porque el trabajo manual entre nosotros es sinónimo de falta de instrucción.

En la Edad Media, la ociosidad era privilegio de la nobleza, es decir, de la raza superior ó conquistadora; el trabajo era la obligación necesaria del pueblo, ó lo que es igual, de la raza inferior ó vencida y esclavizada. El obrero, sólo por el hecho de trabajar, se declaraba hijo de gentes que en el campo de batalla habían demostrado virilidad y fuerzas inferiores. El señor, que vivía á expensas de su fortuna feudal ó de su espada, trataba al trabajador productor con el mismo desprecio que el blanco siente por el bojesman ó el paupa, y que está fundado en la conciencia de una superioridad de raza. Hoy día la ociosidad y el trabajo han dejado de ser signos distintivos de este género. Los millonarios no son los descendientes de la tribu conquistadora, ni los proletarios los hijos de un pueblo sometido. Pero en este caso, como en bastantes otros, la preocupación histórica ha sucedido á las circunstancias de donde nació, y el rico, que se hace mantener por el pobre y le obliga á trabajar para él, ve en éste, en nuestros días como en la Edad Media, una especie de animal doméstico, de ningún modo un verdadero hombre semejante suyo.

Además, el trabajo manual es, dentro de nuestra sociedad civilizada, sinónimo de falta de instrucción. La organización de la sociedad hace la cultura superior inaccesible para los que nada poseen. El hijo del pobre puede, á duras penas, frecuentar una escuela de primeras letras, pues ha de sujetarse al trabajo tan pronto como encuentre un amo que lo alquile. He aquí un

ejemplo de la particularidad de las instituciones existentes. Los costosos establecimientos de instrucción son mantenidos por el Estado, es decir, por los contribuyentes, y, por tanto, por los obreros y proletarios al mismo tiempo que por los millonarios, pero sirven únicamente á los que, por lo menos, son bastante ricos para poder vivir hasta los dieciocho ó veintitrés años sin ejercer un oficio. El proletario no puede hacer que su hijo alcance los beneficios de la cultura superior, porque es bastante pobre para adquirirla; pero debe, no obstante, costear á sus expensas los estudios de los hijos de los ricos, puesto que paga los impuestos que sirven para mantener las escuelas superiores. Los ingleses y los americanos son lógicos, hasta cierto punto. Sus establecimientos superiores de instrucción no son accesibles á todo el mundo; son empresas particulares ó viven de dotaciones; pero en los Estados del continente, con arreglo á un sistema de explotación del pueblo por una pequeña minoría, la enseñanza superior es alimentada por el presupuesto, es decir, por las contribuciones de todos, sin que sus beneficios se extiendan sino á un pequeño número de privilegiados, que no llegan á ser ni el 1 por 100 de la población. Y ¿cuáles son los privilegiados para quienes mantiene el Estado colegios y universidades que le cuestan numerosos millones? ¿Son los más capaces de una generación? ¿El Estado cuida de que no tengan acceso en los establecimientos escolares regidos por maestros largamente retribuídos, sino aquellos que puedan aprovechar sus lecciones? ¿Se asegura de que los imbéciles no ocuparán puestos que deberían ser reservados á hombres inteligentes? No. Para la enseñanza superior, el Estado hace su elección sin atender al derecho que á recibir mejor educación tienen los es-

colares inteligentes, y se preocupa sólo de la situación de su fortuna. El más zopenco y estúpido puede pavonearse en los colegios y en las facultades, absorbiendo, sin provecho para el bien general, el alimento intelectual que se le ofrece, siempre que sea bastante rico para pagar los derechos de matrícula. El adolescente de mejores dotes queda, por el contrario, excluído de la enseñanza superior si no posee los recursos necesarios, resultando de esto un gran perjuicio á la nación, que pierde quizá un Goethe, un Kant ú otro gran hombre.

Los males sociales y económicos se encadenan en un círculo vicioso sin salida: se desprecia al obrero porque carece de instrucción, pero no puede instruirse porque la instrucción cuesta dinero. Los ricos se han reservado, no sólo todos los goces materiales, sino también todos los intelectuales, con exclusión de los pobres; de hecho, los bienes más sublimes de la civilización, la cultura intelectual, la poesía, el arte, existen sólo para ellos; la instrucción es uno de sus privilegios más importantes y abrumadores. Si á pesar de esto un niño de las clases populares adquiere la instrucción superior á precio de privaciones ó humillaciones, pidiendo limosna ó entregándose á esfuerzos sobrehumanos, si obtiene títulos universitarios, no se aviene al trabajo de sus padres, no se dedica á romper el prejuicio que asigna al trabajo manual el último puesto en la sociedad; podría hacerlo, ofreciendo así el ejemplo de un hombre que, realizando un trabajo manual, no por eso deja de estar al mismo nivel intelectual que un empleado que emborrona papel ó un profesor pedantesco: pero no; se apresura á consolidar el prejuicio, despreciando á su vez el trabajo manual, buscándose un puesto en las filas de los privilegiados y tratando de hacerse alimentar por el pueblo

trabajador, como los demás miembros de las altas clases.

Hay oficios manuales que con alguna habilidad pueden reportar al que los ejerza hasta 4.000 francos anuales; por otra parte, las nueve décimas partes de las posiciones al servicio del Estado, de la Corona, en los caminos de hierro y el comercio, no dan, con una independencia personal infinitamente nueva, un haber anual de más de 3.000 francos. El literato, sin embargo, prefiere sin vacilar los 3.000 francos con la esclavitud de la oficina á los 4.000 con la libertad. Es que, como empleado, pertenece á los privilegiados, á la cofradía de los filisteos de la instrucción, mientras que, como obrero, está fuera de las altas castas sociales, se le mira como á un bárbaro que no respira la misma atmósfera intelectual que el hombre culto. Otra cosa pasaría el día en que un literato que entrase en un taller se encontrase á un hombre de delantal de cuero con un Horacio en la mano; en que el alumno que terminase sus estudios se hiciera herrero ó zapatero, y acabado el día, pudiera charlar en un círculo estético, ni más ni menos que un refrendario ó un supernumerario de cancillería. El trabajo honrado lleva en sí mismo su dignidad, ya tenga por objeto la confección de levitas ó la creación de vías férreas; á igual cultura intelectual, el ingeniero que ha hecho su tarea no lleva ventaja ninguna al sastre. Pero el literato no hace nada por provocar este buen estado de cosas; deja que la blusa sea el uniforme de la rusticidad, y antes de vestirla y comer á sus anchas, prefiere morirse de hambre bajo un gabán raído.

De aquí resulta uno de los peores males de la cuestión social: la aglomeración en todas las profesiones liberales.

A consecuencia de las ideas reinantes, el literato se estima en mucho para entrar en la capa más profunda de la sociedad, la clase obrera, la del trabajo manual; pide á la sociedad que le alimente como á un señor. Pero la sociedad sólo tiene una necesidad muy limitada de la clase de trabajo que lleva á cabo el literato, y así es como en los viejos países civilizados, la mitad lo menos de los literatos se ve condenada á esperar y codiciar toda su vida sin obtener nada, á luchar por un mísero bocado de pan á riesgo de morirse de hambre, á ver la mesa de los privilegiados que comen y hacerse una cruz en la barriga. Algunos filántropos han mirado la guerra y la peste como beneficios porque abren huecos y permiten á los que quedan mejores condiciones de existencia; estos mismos filántropos han mirado la instrucción como un mal, y la multiplicación de las escuelas de segunda enseñanza y superiores como un atentado á la felicidad del pueblo, porque de aquí resulta un aumento en el número de parias, de descontentos, de petroleros y revolucionarios.

En el actual estado de cosas, esos filántropos hacen bien. Mientras el literato se sienta humillado por el trabajo manual, porque al obrero se le desprecia; mientras vea en su diploma una letra de cambio girada contra la sociedad para que ésta asegure su existencia, y crea que su instrucción le autoriza á vivir como un plagiario de los ricos; mientras todo esto suceda, su instrucción le hará, cinco veces de cada diez, mucho más desgraciado que lo hubiera sido sin ella, viviendo como trabajador ó jornalero. Esto no tiene más que un remedio: dar á la instrucción lo que es suyo y nada más.

La instrucción debe ser su propio fin. Debemos llegar á comprender que es en sí suficiente recompensa

del esfuerzo que se hace para obtenerla; que no hay derecho á esperar otra mayor ventaja, y que la instrucción no nos dispensa del trabajo productivo. El hombre instruído tiene conciencia más rica y completa de su personalidad; comprende mejor los fenómenos del mundo y de la vida; le son accesibles las bellezas artísticas y los goces intelectuales; en una palabra, su existencia es incomparablemente más amplia y más intensa que la de ignorante. Es una ingratitud pedir á la instrucción, á más del inapreciable enriquecimiento de la vida interior, el pan material, que debe obtenerse por el trabajo manual. Pero si, por un lado, el literato no debiera despreciar la producción directa de los bienes, la sociedad, por otra parte, debería hacer accesible á todos la instrucción en la medida de sus capacidades. La escuela obligatoria no es más que un débil principio. ¿Cómo se quiere obligar á unos padres pobres á que envíen sus hijos á la escuela hasta la edad de diez ó doce años si no se hallan en estado de alimentarlos y vestirlos, y se ven obligados á hacerlos trabajar para que contribuyan á su sostenimiento? ¿Es justo, es lógico que el Estado diga «aprenderás á leer y escribir, pero nada más?» ¿Por qué se limita á la primera enseñanza la obligación de frecuentar la escuela? ¿Por qué no se extiende también á la enseñanza superior? Ó la ignorancia es una enfermedad peligrosa, no sólo para el individuo, sino también para el conjunto de los ciudadanos, ó no lo es. Si no lo es, ¿para qué hacer obligatoria á los niños la primera enseñanza? Y si lo es, ¿por qué no remediarla en cuanto sea posible por una instrucción más extensa? ¿No tiene tanta importancia el conocimiento de las leyes de la Naturaleza como el conocimiento de la tabla de Pitágoras? El futuro elector, que tendrá su parte en los desti-

nos de su patria, ¿no necesita estar versado en la historia, la política, la ciencia económica? ¿Puede sacar toda su utilidad del arte que le han enseñado de leer si no se le lleva hasta la comprensión de las grandes obras en prosa y verso de su literatura? Porque esto supone á lo menos una mediana instrucción escolástica. Pues entonces, ¿por qué no se extiende la obligación á la segunda enseñanza? El obstáculo es puramente material. El hombre pobre á quien ha costado tanto trabajo mantener á su hijo hasta que abandona la escuela, no podría sufrir la carga de su sostenimiento hasta una edad más avanzada aún, hasta los diez y ocho ó veinte años. Está, pues, obligado á utilizar cuanto antes el trabajo de su hijo. Para que la segunda enseñanza se hiciese tan general como la primera, sería preciso que el trabajo de la juventud escolar se organizase como en algunos establecimientos de los Estados Unidos, donde los discípulos practican, á la vez que el estudio, la agricultura y los oficios manuales, con un éxito suficiente á alimentarse con el producto de su trabajo (á más de que están sostenidos por fundaciones filantrópicas); ó bien, y esto sería más lógico y mejor, la comunidad había de encargarse, no sólo de la instrucción, sino también del mantenimiento material de la juventud estudiosa.

«¡Eso sería puro comunismo!» gritarán aterrados los partidarios de este egoísmo organizado que se llama el actual orden económico. Yo podría tranquilizarles diciendo: no, no sería comunismo; sería solidaridad. Pero no me fijo en palabras. Pues bien, sí, sería algo de comunismo. Pero ¿no estamos ya en pleno comunismo? ¿No es comunismo que el Estado se ocupe en la instrucción gratuita de todos los niños de seis á doce años? ¿No es alimento el alimento intelectual? ¿No cuesta dine-

ro? ¿Y no es la colectividad de los ciudadanos quien da ese dinero?

Y el ejército ¿no descansa sobre el puro comunismo? ¿No mantiene la colectividad á toda una generación de jóvenes de veinte á veintitrés años, dándola, no sólo el alimento intelectual, sino también el material, la habitación y el vestido? ¿Por qué había de ser menos razonable sostener á expensas de todos un millón mientras durasen las clases hasta la universidad, que sostener medio millón de jóvenes durante el servicio militar? No serían los gastos mayores que los que cuesta el ejército, que no es más importante para la seguridad y prosperidad de la nación que la educación superior de la generación que crece. Además, ¿por qué no habían de perseguirse á la vez ambos objetos? ¿Por qué no vestir y alimentar á expensas del Estado á toda la juventud masculina hasta los diecisiete ó dieciocho años, y darle al propio tiempo la instrucción primaria y secundaria y la instrucción militar? El trabajo nacional tendría los brazos más preciosos de obreros de veinte á veintrés años, en vez de los brazos menos costosos de los niños; el beneficio que de esto se obtuviera bastaría á cubrir el gasto supletorio que necesitaría un ejército de estudiantes en lugar del ejército actual, cuyas fuerzas están condenadas en pleno desarrollo á permanecer improductivas durante cierto número de años.

Para ser completo, tal sistema implica además otra institución. No todas las inteligencias son aptas para recibir una instrucción superior ó científica. Si el Estado sostiene á toda la juventud escolar y hace accesible la instrucción aun á los más pobres, debe vigilar que este beneficio no se extienda más que á aquellos que sean dignos de ella y la aprovechen. A fin de cada año es-

colar habría concursos más y más severos para cada grado; sólo los discípulos que salieran vencedores en ellos tendrían derecho á entrar en los establecimientos de enseñanza superior. De este modo el que no fuese apto, dejaría la escuela con un bagaje ligero de conocimientos, pero suficiente á su capacidad; el medianamente dotado de aptitud tendría una parte del saber ó todo el saber de la segunda enseñanza; y aquel que fuese en realidad sobresaliente, sería el único admitido en las facultades ó escuelas especiales técnicas, artísticas ó científicas. De esta manera la enseñanza superior vendría á ser patrimonio común de todo el pueblo, en vez de ser privilegio del rico; la blusa del artesano no sería entonces sinónimo de grosería, y el literato no se comprometería á nada si pidiese medios de existencia á la producción inmediata. Así se impediría que las medianías atrogantes invadiesen las profesiones liberales; el verdadero talento, obligado á dar en una docena de concursos pruebas más y más difíciles de sus aptitudes, hallaría en su diploma una absoluta garantía de honrosa ganancia; los parias desaparecerían, la miseria de levita cesaría; en una palabra, se habría curado una de las llagas más peligrosas del cuerpo social.

Al lado de la minoría de ricos ociosos que viven del trabajo de los demás, y del grupo de los inútiles que creen poder sacar de un título cualquiera el derecho de vivir como parásitos, hemos visto al obrero industrial arrancado al suelo que le alimenta naturalmente. ¡Qué figura más lastimosa en medio de nuestra tan decantada civilización la de ese pobre proletario! ¡Qué crítica tan terrible de nuestro estado social! Cítanse á menudo las frases con que la Bruyére describía al aldeano francés de su época:

«Vemos de cuando en cuando algunos animales feroces, hembras y machos, esparcidos por el campo, negros, lívidos, tostados por el sol, apegados á la tierra que cavan y remueven con invencible terquedad; tienen algo así como voz articulada, y cuando se ponen de pie, enseñan un rostro humano, y efectivamente son hombres. Por la noche se retiran á cubiles, donde viven de pan negro, agua y raíces; ahorran á los demás hombres la fatiga de sembrar, labrar y cosechar para vivir, y merecen también no carecer de ese pan que ellos han sembrado.»

La descripción se ajusta al trabajador contemporáneo nuestro. Miserablemente alimentado, reducido á patatas y despojos de carne en forma de embutidos, envenenado por el mal aguardiente al que pide la ilusión de un sentimiento de fuerza y hartura, mal vestido con un traje especial que ya desde lejos le señala como un desheredado, como un pobre; condenado á la suciedad por la falta de tiempo y de dinero, se confina en los rincones más sucios y sombríos de las grandes ciudades. No sólo no tiene participación en los alimentos superiores que produce la tierra, sino que la luz y el aire que, sin embargo, existen en apariencia para todos los seres vivos, se le limitan á él, ó se le niegan por completo. Su alimentación insuficiente y el gasto inmoderado que hace de sus fuerzas le agotan de tal modo, que sus hijos nacen raquíticos, y él mismo sucumbe á una muerte prematura, precedida con harta frecuencia por una larga enfermedad. La vivienda malsana les hace á él y á su familia víctimas de la escrófula y la tuberculosis. Se parece al prisionero perdido en pantanos pestilentes, y á quien el contagio hiere al primer golpe. Su situación es peor que la del esclavo en la antigüedad;

está más abrumado que él, depende lo mismo de sus amos; pero á cambio de su libertad no puede contar con la cuadra y el alimento que el animal casero tiene seguros mientras vive; además tiene sobre su antiguo compañero de infortunio la desventaja de conocer su dignidad de hombre y su derechos naturales. Su situación es peor también que la del salvaje que vaga en los bosques vírgenes de América, en las pastorías australianas. Como el salvaje, está reducido á sus únicas fuerzas; vive como él al día, es presa del hambre si durante algunas horas no ha cogido nada; pero además está privado del vivo goce que procura el pleno ejercicio de todas las fuerzas físicas é intelectuales en la lucha contra los obstáculos naturales, los animales y los hombres; por último, debe ceder al Estado, que sólo tiene para él cadenas y golpes, una parte importante de su trabajo, insuficiente ya, y con mucho, para él solo. Es el único á quien la civilización, que le prometió la libertad y el bienestar, no le ha cumplido su palabra. Está excluído de sus bienes más preciosos. La higiene moderna, que tan agradable hace la vivienda del rico, no ha penetrado en su cubil; viaja más incómodamente en la tercera clase de los vagones de ferrocarril que antiguamente cuando viajaba á pie ó en un carro cubierto con un toldo y enganchado á un matalón; á su inteligencia no llegan los descubrimientos científicos; las manifestaciones de las bellas artes, las obras maestras poéticas de su idioma no le proporcionan placer ninguno, porque no está educado para comprenderlas; hasta la máquina, que debiera ser para él un beneficio, ha agravado más que aligerado su esclavitud.

Es, indudablemente, un gran paso hacia la dicha de la humanidad poder obligar á las fuerzas naturales á que

cumplan todo el trabajo grosero; la parte esencial y elevada del hombre no son sus músculos, sino su cerebro. El hombre es inferior, por su fuerza, al buey y al mulo, y al pedirle un trabajo mecánico se le rebaja á la condición de bestia de carga. Pero hasta hoy, la máquina no es el salvador, el redentor, el libertador del obrero; por el contrario, ha ayudado á esclavizarle. En efecto, no poseyendo parte ninguna del suelo, y estando, por lo tanto, en la imposibilidad de arrancar directamente á la Naturaleza la parte de productos que necesita, se ve obligado hoy como ayer á poner su fuerza muscular al servicio exclusivo de la industria, y cae en la categoría de concurrente humilde, imperfecto y débil de la máquina.

Sólo siente la solidaridad de la especie humana por los muchos deberes que le impone, mientras que apenas le concede algún derecho. Si no encuentra dónde emplear su fuerza, ó si la enfermedad ó la edad le tienen inactivo, la sociedad, es verdad, se encarga de él, le da limosna si mendiga, le acuesta en una cama de hospital si tiene fiebre; á veces le hace entrar en un refugio cuando la vejez le abruma; pero ¡con qué cara más fosca y más desagradable cumple estos deberes! Ofrece á su pensionista, en mal hora encontrado, más humillaciones que bocados de pan; mientras por un lado sacia su hambre y cubre su desnudez, declara por otra que es una gran vergüenza aceptar beneficios de su mano, y hace gala del mayor desprecio por el desgraciado que recurre á su bondad. El ahorro para los días sin trabajo, para la vejez ó para una enfermedad es cosa imposible al proletario. No gana lo preciso, ¿cómo ha de separar de ello nada? No puede pensar en pedir por su día de trabajo un precio que le asegurase algo más que la satisfacción de

sus más precisas necesidades, porque el número de desheredados es muy grande, y como aumenta siempre, el proletario encontrará con toda seguridad concurrentes que se contenten con un salario suficiente para no morirse de hambre. El proletario no puede cambiar nada de lo establecido. De poco le sirve ser tan activo como pueda ser, desplegar todas sus fuerzas: nunca logrará más que satisfacer estrictamente sus necesidades más urgentes, sin contar con que el mínimun del salario descansa ya en la explotación extrema de la capacidad de trabajo del obrero. Por el contrario, cuanto más trabaja el proletario, más empeora su situación. Esto parece una paradoja, pero es absolutamente verdadero. Si el trabajo produce más, el precio de su producto baja y su salario sigue siendo el mismo, cuando no disminuye; apurando sus fuerzas, pues, él mismo rebaja la mercancía y quita precio á su trabajo. Este hecho no se produciría si la producción de la gran industria se determinase por la demanda. Entonces no podría haber nunca exceso de producción, la abundancia de los bienes no disminuiría su valor; por más trabajo recibiría el obrero más salario. Pero los capitalistas falsean el juego natural de las fuerzas económicas. Un emprendedor crea una fábrica y hace confeccionar mercancías, no porque tenga la convicción de que responden á una necesidad, sino porque posee un capital, busca el modo de sacarle intereses y conoce á un vecino que tiene una fábrica y se ha enriquecido con ella. El capricho individual ó la falta de inteligencia se sustituyen á las leyes económicas, y el mercado se ve obstruído por la superabundancia de productos, porque en la caza á los millones un individuo ha seguido una falsa pista. Sin duda el error sufre su castigo, el emprendedor rebaja sus precios hasta que sucum-

be, los demás fabricantes del mismo artículo caen con él, y una crisis local ó general se desencadena sobre todo un ramo de la producción. Pero la verdadera víctima es el proletario, que hasta tanto que el emprendedor ha agotado su capital y no ha podido ir más allá, ha tenido que trabajar más y más á cambio de un salario más y más corto, y que cuando se verifica el desenlace de la lucha desigual entre la oferta y la demanda, se encuentra privado de pan por más ó menos tiempo.

Tal es, pues, en resumen, el papel del proletario y el emprendedor en la gran industria: el primero hace posible al segundo la acumulación de fuertes capitales: los capitales buscan empleo y creen hallarle en la creación de nuevas fábricas; de aquí resulta un exceso de producción y una áspera concurrencia, cuya consecuencia natural es la rebaja en el precio y el salario; por fin, estalla la crísis que priva á los obreros del trabajo. Así, el esclavo industrial hace rico á su señor; á cambio de esto, el señor le escatima primero su pan, y por último se lo quita. ¿No tenemos aquí una hermosa demostración de la justicia de la actual situación económica?

III

La primera cuestión que se nos impone ahora es la siguiente: la situación económica ¿debe ser necesariamente lo que es? ¿Es consecuencia de una ley natural irrevocable, ó de la locura y estrechez de las miras humanas? ¿Por qué razón tiene una minoría el disfrute de todos los bienes que no ha contribuído á producir? ¿Por qué razón una clase que comprende millares de hom-

bres está condenada al hambre y á privaciones de todo género? Aquí tocamos el punto más grave del problema. Se trata de saber si los pobres tienen hambre porque la tierra no produce para ellos cantidad suficiente de alimento, ó porque este alimento, aunque existe, no llega hasta ellos. Pues bien, podemos resueltamente rechazar la última hipótesis. Si los recursos alimenticios existiesen para todos en cantidad suficiente y de buena calidad, la parte que le correspondiera al pobre, pero que éste no puede procurarse, sobraría. La experiencia nos prueba que no es así. Cada año consume su cosecha entera de cereales y plantas nutritivas de todo género; cuando viene la nueva cosecha, la anterior está agotada casi siempre, sin que en el año acabado de transcurrir haya comido la humanidad entera á su satisfacción. Jamás, hasta ahora, se ha oído decir que el trigo se ha abandonado á los gusanos por no tener empleo; jamás la carne se ha pasado, falta de compradores. Sin duda los ricos malgastan más cosas de las que necesitan, y que no obtendrían si tomasen por regla las exigencias de su organismo; pero entre estas cosas, las más indispensables, que son los alimentos, ocupan pequeñísimo lugar. El millonario disipa el trabajo del hombre en sus caprichos, su arrogancia ó su vanidad; desecha trajes que distan mucho de estar fuera de uso; se hace construir casas de una extensión inútil y las llena de muebles superfluos; arrebata hombres á la producción útil y los mantiene en la ociosidad viciosa de lacayo ó señorita de compañía, ó en la ficticia actividad de cocheros, cazadores, etc.; pero por lo que se refiere á objetos alimenticios, consume, lo más, cuatro veces lo que sería preciso para la satisfacción de sus necesidades (y esto, suponiendo la casa más desordenada). Admitamos que

haya en el mundo civilizado un millón de disipadores así; con los miembros de sus familias formarían cinco millones de individuos; estos cinco millones de personas consumirían alimento por 20 millones, es decir, á más de su parte natural, la de otros 15 millones de hombres. Esto podría explicarnos que 15 millones no encuentren nada para alimentarse, ó que 30 millones sólo encuentren la mitad de lo que absolutamente necesitan. Pero se puede calcular con seguridad en 60 millones el número de los infelices y de los hambrientos que hay sólo en Europa. Tenemos, pues, que atenernos á la otra hipótesis: que la tierra no produce alimento bastante para todos, y que, por esta razón, una parte de la humanidad está condenada sin remisión á la miseria.

¿Resulta esto de circunstancias naturales? ¿No produce la tierra más alimentos, porque no la es posible producir más? Nada de eso. No da más, porque no se la pide más. Cuando la moral de los capitalistas se encontró frente al problema de la desproporción entre las bocas hambrientas y las materias alimenticias que hay para saciarlas, no tardó en hallar una solucion, encontrando un buen Malthus que dijo con desenvoltura: «¿No puede la tierra producir para alimentar á todos los humanos? Pues bien, disminuyamos el número de éstos».—Y se puso á predicar la abstinencia sexual, pero sólo para los pobres. Un paso más, y hubiera pedido que se castrase á todo individuo nacido sin rentas propias, y reformar la humanidad sobre el modelo de las sociedades de abejas y hormigas, en las cuales poseen el privilegio de la procreación un pequeño número de individuos, mientras la masa general no tiene sexo, sino sólo el derecho de trabajar para los individuos completamente

desarrollados. En semejante orden social, ninguna felicidad faltaría á los millonarios. Volved la proposición y decid: «¿No basta para alimentar á los hombres la cantidad de alimentos? Pues aumentémoslos».—Esta es una idea que no se le ocurrió al piadoso Malthus, ni á los que se hicieron eco de sus palabras; y sin embargo, podría creerse que este remedio á los males económicos es muy sencillo. Un hombre que tenga completa su razón, ¿se atrevería á sostener que es imposible aumentar la producción alimenticia de la tierra? Unas cuantas cifras le sacarían pronto de su error. En 9.710.340 kilómetros cuadrados, Europa alimenta á 316 millones de habitantes; es decir, los alimenta muy incompletamente, porque va á buscar trigo y carne en gran escala á la India, al Cabo, Argelia, América del Norte y continente australiano, exportando á la vez, como productos alimenticios, vino, sardinas y algo de harina; á pesar de estos préstamos deja morir de hambre á una gran parte de su población.

Así, pues, mirada en su conjunto, Europa se nos presenta como incapaz de alimentar suficientemente á 32 personas por cada kilómetro cuadrado. Pero en 29.455 kilómetros cuadrados, Bélgica alimenta á 5.536.000 habitantes, es decir, que en este país basta un kilómetro cuadrado para sostener á 100 personas. Si el suelo de toda Europa estuviese tan labrado como el de Bélgica, en vez de sus 316 millones de personas podría alimentar á 1.950 millones, mucho más de los que hoy tiene toda la Humanidad; ó si sólo tenía 316 millones, cada persona podría contar con seis veces más alimento del que podría consumir sin traba alguna.

Puede objetarse que Bélgica precisamente no llena sus necesidades y tiene que importar subsistencias. Sea;

admitamos que Bélgica compra al extranjero una cuarta parte del alimento que necesita; siempre alimentará á 150 personas por kilómetro cuadrado, lo cual haría para toda Europa 1.458 millones, más aún de los que tiene la Humanidad. Tomemos un ejemplo: China, sin sus posesiones, mide 4.014.890 kilómetros cuadrados habitados por 405 millones de seres humanos. Cada kilómetro cuadrado alimenta, pues, á más de 100 hombres, y completamente, porque China, lejos de importar alimentos, vende grandes cantidades de arroz, conservas, té, etc. Así, la China, según testimonio unánime de los viajeros, no conoce el hambre y la miseria sino en años de penuria, lo que se explica por el sistema imperfecto de comunicaciones, y no por un déficit alimenticio de todo el Imperio. Es decir, que si Europa estuviese tan cultivada solamente como China, podría alimentar á 1.000 millones de personas próximamente, en lugar de los 316 que alimenta tan mal, que centenares de miles de ellos emigran anualmente á las otras partes del mundo.

¿Y por qué no se le exige más al suelo, ya que la experiencia prueba que puede responder completamente? ¿Por qué no esforzarse por producir bastante alimento para que todos los hombres puedan nadar en la abundancia? No hay más que una razón: que el capitalismo ha dado á nuestra civilización un desarrollo falso y contranatural. Toda civilización impele al hombre á la industria y al comercio, y le aparta de la producción alimenticia. La fisiocracia enseña que la única verdadera riqueza de un país consiste en los productos de su suelo; desde hace un siglo la ciencia económica oficial, que se ha puesto al servicio de la economía egoista y capitalista, tacha de error esta afirmación. El hijo del campo

renuncia á la mota de tierra, á la libertad, á la superabundancia de luz y de aire, para lanzarse á las prisiones mortales de la fábrica ó de los barrios obreros de las grandes capitales; así también la Humanidad civilizada, considerada en su conjunto, se aparta cada día más del campo que le alimenta, y se apega á la gran industria, donde se ahoga y se muere de hambre.

Todo el genio de la Humanidad, su fuerza inventiva, sus meditaciones, su tenacidad para hacer ensayos y pesquisas, todo se aplica á la industria. Y tocamos los resultados de esto: las máquinas son más y más maravillosas, los métodos de trabajo más y más acabados, la producción más y más grande. En cuanto á la producción alimenticia, no hay en cien inventores ni uno sólo que la dedique sus desvelos. Si esta producción fuese objeto solamente de la mitad de las investigaciones y talento que á la industrial se consagra, la miseria en el mundo sería inconcebible. Pero este ramo tan importante de la actividad humana se descuida precisamente hasta un extremo asombroso. Somos seres altamente civilizados en el terreno industrial, y completamente bárbaros en materia de cultivo. Estamos orgullosos, con justo título, porque podemos utilizar en la fabricación, con pasmosa sagacidad, hasta los residuos que, al parecer, no son susceptibles de empleo alguno; pero dejamos perder la mitad de los residuos de la alimentación humana; el contenido de los muladares de as ciudades va á perderse en los ríos para envenenarlos, y asimismo en el mar, que en forma de pescados y crustáceos no nos devuelve ni la milésima parte de lo que recibe de nosotros.

Este desperdicio de millares de toneladas de los más preciosos residuos es á un tiempo risible y deplorable,

si se le compara con el cuidado con que en la fabricación de productos químicos se pesa cada gota de ácido sulfúrico y en la prisa con que un inventor obtiene un privilegio apenas ha logrado imaginar un procedimiento que permita la utilización de cualquier desperdicio de fábrica. Nos alabamos de haber puesto á nuestro servicio las fuerzas naturales y dejamos tranquilamente que subsistan millones de kilómetros cuadrados de desiertos, sabiendo que ni siquiera un palmo de terreno debe ser desierto, y que todo suelo, aunque de clavos ó de pedazos de pedernal, se hace fecundo por el calor y el agua, fecundación que tal vez no sea imposible más que en los polos. Enseñamos con orgullo las minas de carbón y cobre abiertas en las profundidades de la tierra, y no nos avergonzamos de ver rocas desnudas de las cuales el hombre que se ha abierto un paso hasta las minas, pretende que no puede sacar nada. Podemos dar órdenes al rayo, y no sabemos apenas asegurarnos un átomo de los inagotables tesoros alimenticios del Oceano que ocupa las tres cuartas partes de nuestro globo. En una época que produce maravillas mecánicas, tales como nuestras máquinas industriales y nuestros instrumentos de precisión, ¿cómo pueden existir en plena Europa pantanos, ríos pobres en peces, terrenos perdidos, eriales? ¿Cómo, en un siglo de grandes matemáticos, podemos ser tan débiles calculistas, que no veamos desde el primer momento cuánto más costoso es procurarnos las materias albuminosas necesarias, por el ganado, cuyo sostenimiento reclama nuestras más fértiles tierras, que por los pescados del mar que para ninguna otra cosa sirven, ó por los volátiles que no tienen necesidad de vastos prados y pueden vivir muy bien con nuestros desperdicios?

Pero no quiero detenerme más en los detalles. Creo haber demostrado que el cultivo del suelo es la *cenerentola* de la civilización. Apenas da un paso hacia adelante, mientras la industria da ciento. Todo lo que, hace siglos, se ha encontrado en Europa para una alimentación más rica de la Humanidad, es la introducción de la patata, que permite al proletario hacerse cuenta de que está harto cuando, en realidad, su cuerpo se consume lentamente por falta de materias nutritivas; en cambio, el capitalista puede rebajar al mínimum el salario de su esclavo industrial. Los jardines, las huertas, los criaderos de setas enseñan la cantidad de alimento que puede dar el menor rincón de tierra; si se preparasen los campos con la pala y la azada en vez de hacerlo sumariamente con el arado, un pedazo de tierra del tamaño de un pañuelo bastaría probablemente para sostener á un hombre; pero sufrimos falta de alimento, los víveres se ponen más y más caros, y para poderse mantener el obrero industrial, tiene que alargar más y más su jornada. La Naturaleza dice al hombre que no puede vivir sin el campo, que necesita de él, como el pescado del agua; el hombre ve que corre á su perdición apartándose de la gleba, que sólo el campesino se reproduce sin discontinuidad, vive sano y robusto, mientras la ciudad seca la médula de sus habitantes, los enferma, los hace infecundos, los destruye sin remedio al cabo de dos ó tres generaciones, de suerte que todas las ciudades, en cien años, se convertirían en cementerios que no tendrían un solo hombre vivo si los muertos no fueran enseguida reemplazados por la inmigración de los que vienen de los campos, y que no por eso dejan da abandonarles por venir á la ciudad á arrancarse de la vida y abrazarse á la muerte.

Pero viene el profesor de economía política y nos enseña imperturbable que la medida del desarrollo de la gran industria en un país es, al propio tiempo, la medida de su civilización, y que una industria ricamente desarrollada en una nación es un gran beneficio en cuanto abarata las cosas, poniéndolas al alcance de los más pobres. Esta es una de las mentiras más esparcidas y que más se repiten. ¡Váyase al diablo la baratura de los productos de la industria, que no sirve á nadie sino es al emprendedor y al intermediario! Hemos visto cómo se obtiene esa baratura: por la concurrencia de capitales á expensas del obrero, por la explotación criminal de la fuerza humana. El obrero debe permanecer encadenado á su máquina diez, doce, tal vez catorce horas diarias, á fin de que el algodón se ponga tan barato como está. Llega á no sentir que vive. Pasa su existencia entre las paredes desnudas de una fábrica, entregado á una serie de movimientos automáticos, que son siempre los mismos. Es el único ser viviente del universo que durante gran parte de su existencia debe cumplir un trabajo contranatural para sostener su organismo. Es verdad que, á costa de tal suma de trabajo, la mercancía se abarata, pero también es peor. Todo nuestro desarrollo industrial conduce al reemplazo de mejor primera materia por una menos buena, y á la mayor disminución posible en un determinado artículo. ¿Por qué? Porque la primera materia, como es de naturaleza orgánica, es decir, como proviene del reino animal ó vegetal, no puede obtenerse más que al precio de su equivalente en trabajo humano, y, por lo tanto, es costosa. La tierra no se deja engañar; da lino y algodón, madera y cáñamo, pero sólo si ha obtenido íntegro su equivalente en trabajo y abonos. Ni se puede hacer

crecer á la vaca, ni al carnero; producen leche, lana, pieles, cuerno, etc., en proporción á su alimento. Sólo el hombre es más tonto que la tierra y más inocente que el carnero y la vaca; cede su fuerza muscular y nerviosa por mucho menos de lo que vale. El emprendedor, pues, tiene gran interés en economizar la primera materia, que es costosa, y prodigar el trabajo del hombre, que es barato. Falsifica, y, por consiguiente, disminuye aquélla, y por medio de métodos de fabricación penosos ó complicados, es decir, por un empleo abundante del trabajo humano, da á las mercancías bella apariencia. En la bala de algodón que el comerciante inglés lleva al mercado, hay lo menos posible de hebras de algodón, y lo más posible de fuerza humana. Este producto no se vende caro, porque el fabricante no tiene que indemnizar á sus esclavos humanos como se ve obligado á hacerlo con la tierra que produce las hebras de algodón.

No es en manera alguna necesario que las mercancías se pongan tan baratas, porque de esto resulta un consumo excesivo. Hasta el pobre, en nuestra civilización, renueva sus vestidos y su mobiliario más á menudo que le es absolutamente preciso; desecha objetos que aún podrían servirle, como lo prueba el gran comercio de ropas viejas y otros objetos que se expiden de Europa á los países trasatlánticos. A despecho de la baratura de las cosas, el europeo ha gastado en ellas á fin de año tanto como si hubiesen sido mucho más caras, porque en este caso, las habría utilizado durante más tiempo. ¡Ese es, pues, el resultado práctico de esa famosa baratura, orgullo de nuestra vida económica! Para el consumidor no significa ni comodidad ni ahorro, porque sirve para desarrollar la costumbre tiránica del

derroche de los objetos. Para el productor es una maldición, porque disminuye más y más el precio de su trabajo, y le obliga á un esfuerzo más y más grande. Ahora bien: siendo á un mismo tiempo productor de un artículo y consumidor de otros todo individuo que no pertenece á la minoría ociosa, de todo el tan alabado desarrollo de la gran industria sólo resulta una cacería más y más ardiente en la que cada individuo es á la vez caza y cazador; y en su desenfrenada carrera acaba por caer jadeante y agotado. Trabajo más bajo y más duro del productor, derroche insensato y culpable de los productos: tal es el resultado directo del desarrollo industrial dirigido hacia la producción en masa y la baratura.

Admitamos, por ejemplo, que todos los productos de la industria se pongan cuatro veces más caros que lo están hoy, mientras que, por un esfuerzo de genio inventivo, no aumenta el precio de los víveres.

¿Dónde estaría el mal? Yo por mí, no sólo no le veo, sino que me parece ver en él inmensas ventajas. Cada individuo renovaría sus vestidos sólo una vez al año, en lugar de renovarlos cuatro veces, y su mobiliario sólo cada veinte años en lugar de hacerlo cada cinco. El obrero industrial recibiría por su trabajo un salario cuatro veces mayor; es decir, que si hoy debe de trabajar doce horas para poder satisfacer sus necesidades, obtendría el mismo resultado con un trabajo de tres. Numéricamente todo quedaría como antes; los gastos de cada consumidor no experimentarían ningún cambio. Pero se habría conseguido un resultado inmenso: el hombre, de presidiario se habría convertido en hombre libre. Sería accesible para él un lujo de que hoy se halla excluído: el descanso. Esto significa que podría tomar parte en

los goces más elevados de la existencia civilizada, que podría visitar los museos y los teatros, leer, hablar, pensar, que dejaría de ser una máquina tonta y tendría el derecho de tomar su categoría de hombre al lado de los demás. Hay que gritar á los obreros: «Vais arrastrados en el formidable torbellino de un círculo vicioso. Escapáos de él, ó rodaréis al abismo. Cuanto más trabajáis hoy, más baratos son vuestros productos, más se consume locamente, y más tendréis que trabajar mañana para ganar vuestra vida miserable. ¡Holgad! ¡Entregaos al descanso! ¡Disminuid vuestro trabajo en la mitad, en una cuarta parte! ¡Vuestra ganancia será la misma si cada cual no consume más de lo que está obligado á consumir, y no trabaja más de lo que está obligado á trabajar!»

Los profesores de economía política no son de esta opinión. Temen la ociosidad de los hombres y no ven más salvación que la explotación extrema de la fuerza de trabajo. Su doctrina se resume en dos principios: Consúmase lo más posible, esté ó no justificado el consumo por una necesidad real; prodúzcase lo más posible, sea ó no necesario el producto. Estos sabios doctores no establecen diferencia ninguna entre los fuegos artificiales, destinados á disiparse en humo al cabo de un minuto para el necio divertimiento de unos ociosos imbéciles, y la mecánica que produce todo el año camas y armarios. Los fuegos artificiales cuestan 60.000 francos; representan, á más de la primera materia, el trabajo de 50 obreros que han expuesto su vida durante un año. La mecánica cuesta 12.000 francos. El economista hace con toda seriedad su cálculo, y dice: «Los fuegos artificiales valen cinco veces más que la máquina; en ambos casos se ha empleado á los obreros de un modo

gualmente útil; la producción de los fuegos ha enriquecido al país en la misma proporción que lo hubieran hecho cinco máquinas; si fuera posible emplear un millón de obreros en producir fuegos artificiales para dar anualmente un millar de ellos, habría que felicitar al país por el expansionamiento de esta industria, y á los obreros por su aplicación y productividad.»

En la forma, este razonamiento es irreprochable; en el fondo es un sofisma de la peor especie. No cabe duda que si se puede recibir por un cohete la misma cantidad de dinero que por un pollo, un pollo vale tanto como un cohete, y el que confecciona uno de éstos enriquece la producción nacional en la misma suma que el que cría á uno de aquéllos. Y sin embargo, esto es una mentira. No, no es indiferente á la humanidad que se produzcan pollos ó cohetes. No, el guía alpino no tiene para ella la misma importancia que el fuellero de una fábrica, aunque retribuya al primero tal vez mejor que al último, ya que con tales distingos se llega á hacer el proceso de todas las industrias de lujo. No vacilo, pues, en afirmar que ningún hombre tiene derecho á reclamar la satisfacción de sus caprichos mientras no están satisfechas las necesidades reales de los demás; que no se puede, por ejemplo, ordenar á un obrero que produzca fuegos artificiales mientras otros tienen hambre, porque se aleja á este hombre de la agricultura; que no se puede condenar á los trabajadores de una fábrica á un trabajo forzoso de catorce horas para que el terciopelo, que está en moda, sea tan barato que todo el mundo pueda vestirse de esa tela.

Ahora bien; no hay más que dos verdaderas necesidades: la alimentación y la reproducción. Una tiene por fin la conservación del individuo, otra la conservación

de la especie. Al parecer, podrían reducirse estas dos necesidades á una sola, y suprimir la reproducción en las listas de las absolutamente precisas; pero sólo al parecer. El instinto de conservación de la especie tiene más fuerza que el de conservación personal, á causa de que la fuerza vital y la plenitud de vida en la especie son más poderosas que en el individuo. Todavía no se ha visto un número de hombres bastante grande, toda una tribu, por ejemplo, á quien se haya privado, durante un largo espacio de tiempo, de satisfacer la necesidad de la conservación de la especie. Si tal caso se produjera, si se pudiese concebir un hombre sexual general en toda una nación, se vería tal desencadenamiento de pasiones y desórdenes, que en comparación de ellas serían bromas de niños las escenas más trágicas del hambre. El hombre, pues, debe de satisfacer sus dos necesidades orgánicas; lo demás sólo tiene apariencia secundaria. Un individuo que está harto, que no siente frío, que cuenta con un abrigo contra el viento y la lluvia y que tiene á su lado una compañera, no sólo puede estar contento, pero hasta puede ser dichoso. Un individuo que tiene hambre no puede estar contento, ni ser feliz, aunque se paseara vestido de brocado en el Museo del Vaticano durante un concierto sinfónico. Esto es tan evidente, que el notarlo parece una tontería; es la moral de la fábula del gallo que se encuentra una perla y se queja de que no sea un grano de mijo. Y sin embargo, esta moral tan sencilla traspasa el horizonte de la economía política oficial; todavía no se le ha ocurrido á un solo profesor de esta augusta ciencia aplicar á sus doctrinas la inocente sabiduría de ese buen La Fontaine. Aplicada al desarrollo económico de la humanidad civilizada, la fábula del gallo y la perla significa: «Menos algodo-

nería de Manchester y cuchillería de Sheffield, y más carne y más pan».

No tardará la práctica en hacer lo que hasta ahora ha descuidado la teoría: demostrará lo absurdo de los principios de economía capitalista que hoy se consideran inatacables. El trabajo se extiende fuera de todo límite razonable, y produce mucho más de lo necesario. Casi todos los países civilizados exportan mercancías é importan alimentos. Las salidas empiezan á faltar; puede hasta decirse sin exageración que la gran industria de los principales pueblos de Europa apenas quiere ya trabajar más que para los pueblos del interior de Africa. Tal estado de cosas tiene que empeorar forzosamente. Los países que todavía carecen hoy de desarrollo industrial, lo irán teniendo poco á poco. Los métodos de trabajo mejorarán más, las máquinas aumentarán y se perfeccionarán. ¿Y luego? Cada país entonces proveerá á sus necesidades y producirá un exceso que querrá vender al vecino, que no sabrá en qué emplearle. El último negro del Congo tendrá ya sus 50 yardas de algodón y su fusil; el último papou llevará ya botas y camisas de papel. El europeo se comprará un traje cada semana, y cuando lea un periódico tendrá una máquina especial que le vuelva la hoja. Será esta la edad de oro de los economistas, que sueñan con producción ilimitada, consumo sin medida y desarrollo industrial indefinido. En esta edad de oro, en que habrá países enteros cubiertos de chimeneas de fábricas como hoy lo están de árboles, los pueblos se alimentarán de productos químicos en vez de hacerlo de pan y carne, trabajarán dieciocho horas diarias y morirán sin enterarse de que han vivido. Pero quizá no sea preciso esperar á esa edad de oro para ver surgir en muchos lugares la idea de que el

industrialismo exagerado y exclusivo es un suicidio en masa de la sociedad, y que todo cuanto la economía política alega en su defensa no es más que ilusión y mentira. Ya hemos llegado á comprender qué un país que exporta trigo, que agota su suelo y no le devuelve bajo cualquier forma las materias que le saca, se empobrece aun cuando tódos los años gane innumerables toneladas de oro. Acabaremos por llegar también á la idea de que la exportación de fuerza activa, músculos y nervios, bajo la forma de productos industriales, empobrece para siempre á un pueblo por mucho dinero que gane con ello. El obrero de fábrica en Europa es desde hoy esclavo del negro del Africa central; aplaca su hambre con patatas y aguardiente, pasa su vida sin la menor diversión en medio de las máquinas, y muere tísico, para que un salvaje pueda vivir más agradablemente. Solo que sin eso vive. El trabajo febril, que tiene por objeto, no la producción del alimento corporal, sino el exceso de la producción industrial, acaba por engendrar una nación rica en dinero y que se muere de hambre. Entonces la gente podrá ver un país en que cada cabaña encierra un piano del último modelo, en que la población vaya siempre vestida de nuevo, pero que, desgraciadamente, no tendrá sangre en las venas, estará tísica y raquítica.

IV

Es general el sentimiento de que el carácter de la actual situación económica es insoportable. El desheredado proletario, cuyo pensamiento, aguijoneado por el

hambre, gira siempre en el mismo círculo de ideas, reconoce que con su trabajo manual crea riquezas, y reclama su parte en ellas. Pero se equivoca si funda sus reivindicaciones en teorías que no sostienen la crítica. No hay más que un solo argumento en el cual podría apoyarse, y que sería irrefutable, á saber, que posee la fuerza para apoderarse de los bienes que produce, que la minoría de los ricos es impotente para impedírselo, y que, por lo tanto, tiene derecho á conservar lo que crea y á tomar lo que necesita.

Este único argumento es la base del actual edificio social. Gracias á él, los individuos y los pueblos más débiles se han convertido en esclavos de los más fuertes; los hombres sagaces y poco escrupulosos han llegado á ser millonarios, y el capital se ha hecho dueño absoluto del mundo. La minoría de los ociosos y explotadores se apoya diariamente en este argumento para rechazar las pretensiones de los trabajadores y los explotados. Sólo el proletario, cuyo espíritu, á despecho de toda tendencia radical, está imbuído de las ideas jurídicas y morales del capitalismo, vacila en servirse de este argumento irrefutable, sacado del orden natural del mundo, y prefiere buscar la prueba de lo legítimo de sus pretensiones en toda clase de consejas, entre las cuales es la más extendida el comunismo. De este modo se aventura locamente en un terreno en el que debe sucumbir, y el capitalismo no tiene que esforzarse mucho para demostrar el contrasentido de sus teorías. De hecho, el comunismo, tal como todas las escuelas socialistas le comprenden y predican, es producto de una imaginación que, sin tener en cuenta la realidad del mundo y la naturaleza humana, se entrega á vanos sueños. La comunidad de bienes, propiamente dicha, no ha existido

nunca en la tierra. Remontándonos en la historia, podemos observar los vestigios de una constitución de la propiedad individual cortada de la masa de lo que existe y escrupulosamente circunscrita. Si por razones de origen común ú otras cualesquiera, hay en un grupo de individuos una cohesión y una solidaridad tan completas que una familia ó una comunidad, ó aun toda una tribu, se siente, en cierto modo, como un solo ser de orden elevado reunido en un conjunto, entonces se puede suponer que este individuo colectivo tiene una posesión colectiva individual que un solo hombre no puede apropiarse con detrimento de los demás. Una posesión colectiva por el estilo se encuentra todavía hoy en el *mir* ruso, en la comunidad doméstica croato-slavona, etc.; pero difiere por completo del comunismo, es decir, de la comunidad universal y sistemática de los bienes; la prueba es fácil de hacer. Que un tercero, un individuo que no forme parte de los poseedores solidarios, trate de apoderarse de un trozo de la propiedad común, verá enseguida como la tribu, la comuna, el *mir*, etc., se levantan en armas contra él. Tan arraigado tienen el sentimiento de la posesión personal los propietarios en común, que no sienten la pérdida de sus derechos colectivos con menos fuerza que un propietario único el ataque que se hace á su bolsillo. Esta posesión colectiva, que no es comunismo como principio, sino simplemente una forma primitiva de la propiedad personal, no puede subsistir sino mientras los interesados sienten profundamente su solidaridad, y sus ocupaciones son del mismo género; entonces los productos individuales son fácilmente comparables unos á otros, y no pueden surgir dudas sobre su valor ni sobre la recompensa á que tienen derecho. Pero en cuanto aparece la división del tra-

bajo y la producción se diversifica, en cuanto se impone, por lo tanto, la necesidad de establecer una proporción entre producciones muy distintas, aunque igualmente útiles, y determinar en qué medida cada trabajo tiene derecho al salario, la posesión colectiva debe de acabar, y la propiedad se individualiza.

No es aquí, pues, donde hay que buscar soluciones á los problemas económicos; el comunismo no es un estado natural sino entre organismos colectivos muy inferiores, y no puede aplicarse á tan alta forma de la vida como la sociedad humana. La posesión individual no es sólo para el hombre el estado natural, lo es también para los animales. La fuente de este instinto se halla en la precisión de satisfacer las necesidades materiales. Todos los animales se alimentan; muchos necesitan un abrigo natural ó artificial. El animal considera propiedad suya su alimento, su nido ó el lecho que él mismo se ha procurado ó se ha apropiado. Siente que estas cosas son suyas, y de nadie más; no permite, sin resistencia, que otro ser se las lleve. Un modo de vivir que hace necesarios la previsión y el cuidado del porvenir, conduce á la amplitud del sentimiento de la propiedad y al desarrollo del instinto de adquirir una posesión propia. Un ave de rapiña, que no vive más que de carne fresca, no toma como propiedad, en la masa total de cuanto existe, sino lo que necesita para una sola comida. Por el contrario, un roedor que vive en regiones donde durante el invierno nada crece, quita al abundante granero de la Naturaleza mucho más de lo que necesita para satisfacer sus necesidades inmediatas; por regla general, toma mucho más de lo que luego puede consumir, disminuyendo con esto, sin necesidad, las provisiones alimenticias de los demás, y convirtiéndose en un capitalista y un egoísta

poco escrupuloso. Así es como las ardillas, las marmotas, los ratones de campo, etc., amontonan para el invierno cantidades considerables de frutos y granos de todas clases que, lo más á menudo, no han consumido al llegar la primavera, cuando de nuevo pueden satisfacer sus necesidades en los campos y en los bosques. No es sólo que creen una propiedad individual, ó adquieran una fortuna, es que son hasta ricos, en el sentido de que poseen más de lo que necesitan. El hombre pertenece á la categoría de animales para quienes la previsión es un deber. La adquisición de una propiedad individual, el crecimiento de ésta más allá de la necesidad del momento y su defensa contra las intentonas de los ladrones, son para él actos vitales, instintos que se derivan del instinto fundamental de la conservación personal; no pueden extirparse, y estallarían con irresistible fuerza contra una legislación que quisiera comprimirlos.

Pero si la propiedad individual es natural, y por consiguiente no puede suprimirse, hay en cambio una ampliación abusiva del derecho á la posesión personal, contra el cual se rebela la razón y que no se puede defender más que por argumentos naturales: la herencia. El instinto de conservación de la especie impele, sin duda, á todos los seres vivos á tener cuidado de su descendencia y crearla condiciones de existencia tan favorables como sea posible. Pero este cuidado no se extiende nunca más allá del momento en que los hijos están lo suficientemente desarrollados para podérselas haber por sí mismos, como hicieron sus padres. El mamífero no cría á sus cachorros más que hasta que pueden pacer ó cazar por sí mismos; el pájaro deja de llevar comida á sus pequeñuelos cuando han volado por primera vez; sólo el hombre quiere, hasta un porvenir lejanísimo,

mantener á sus hijos y descendientes en el estado embrionario en que el niño se hace alimentar por sus padres, y no lucha de por sí por la conservación de su existencia. El antecesor ha adquirido caudal: quiere dejárselo á su familia y libertarla para siempre, si es posible, de la necesidad de adquirirlo por sí misma. Esto es rebelarse contra todas las leyes naturales, cometer una grave perturbación en el orden universal, que determina la vida orgánica y quiere que todo ser viviente se haga por sí mismo lugar en la gran mesa de la Naturaleza, ó sucumba.

De esta perturbación nacen todos los males de la vida económica, y al mismo tiempo que suspende sobre masas enormes de individuos la maldición de la miseria y la muerte, se venga también de sus autores. De nada sirve á los ricos retener con egoísmo inconscientemente criminal los bienes acumulados por ellos para asegurar á sus hijos una vida de delicias en el seno de la ociosidad: nunca obtienen lo que se proponen. La experiencia enseña que sin actividad productiva ninguna riqueza se extiende á muchas generaciones. Una riqueza heredada nunca queda en una familia, y ni los millones del mismo Rotschid pueden proteger contra la miseria á sus descendientes de la sexta ó la octava generación, si no poseen cualidades que, á falta de los millones heredados, les permitirían hacerse un puesto en el mundo. Una ley implacable se esfuerza por remediar la perturbación que produce en la vida económica de la sociedad el hecho anormal de la herencia de las riquezas. El individuo que nunca se ha visto en la necesidad de ejercitar su más primitivo instinto orgánico, el de procurarse la subsistencia, pierde también la facultad de conservar su fortuna y defenderla contra la avidez y las asechanzas

de los que nada tienen. Si todos los descendientes de una familia son naturalezas medianas en absoluto, mantiénense éstos apartados de todas las luchas públicas y privadas, llevan, en una completa obscuridad y olvidados de todo el mundo, una vida en cierto modo vegetativa, y entonces sólo pueden aspirar á conservar sin aumentarle el caudal heredado. Pero cierta familia produce un individuo dotado hasta cierto punto de imaginación, y que, en una vida cualquiera, se eleva sobre la generalidad, tiene pasiones, ambición, quiere brillar ó por lo menos, sentirse vivir; entonces es inevitable la disminución ó pérdida de la fortuna heredada, porque llevando el retoño una vida más movida, es en absoluto incapaz de reemplazar un solo céntimo de lo que ha gastado para satisfacer su capricho. Resulta de aquí que á la fortuna le pasa lo que al organismo. Este, si quiere subsistir, debe hallarse dotado de fuerza vital; en cuanto la vida cesa en sus células, es presa de la descomposición. Devóranle los seres microscópicos y macroscópicos que al acecho del botín llenan toda la Naturaleza. Del mismo modo puede asegurarse que una fortuna cuya circulación y nutrición no están mantenidas por un movimiento activo de la vida económica, muerta, por decirlo así, es devorada por los ávidos organismos de la descomposición: los parásitos, los charlatanes, los especuladores. Puede preservarse artificialmente el cadáver de una fortuna como se conserva el de un ser orgánico de la ruina y la destrucción: éste, por medios antisépticos; aquél, por leyes excepcionales para la conservación de las fortunas hereditarias en forma de fideicomiso.

El fideicomiso es una invención que prueba de un modo curioso que los egoístas ricos han tenido siempre

un obscuro presentimiento del carácter anormal de derecho de herencia. El testador comprende que comete un crimen hacia la humanidad, y que la Naturaleza, á despecho de las leyes, se vengará en su descendencia; prevee que sus hijos no tendrán brazos bastante fuertes para conservar su herencia por sí mismos, y se esfuerza en unirla á ellos por medios infalibles. Ese fideícomiso pierde á la larga su poder conservador, y no defiende la riqueza de la descomposición, ni á la familia de la ruina.

La transmisión de herencia debe, pues, abolirse; es el único remedio natural, y, por consiguiente, el único posible de todos los males económicos que aquejan al cuerpo social. A primera vista, tal medida parece excesivamente radical, casi tanto como la pura y simple confiscación de toda posesión individual; pero si la examinamos más atentamente, veremos que no es más que la consecuencia lógica de fenómenos existentes que á nadie ponen en cuidado. Los países más tenazmente apegados á la organización feudal han conservado el derecho de primogenitura; es decir, el desheredamiento que yo pido como medida general para todos los descendientes, sin excepción, se ejerce sistemáticamente con todos los hijos menos el primero; el par de Inglaterra más conservador, realiza, pues, una idea que tal vez muchos lectores miren como excesivamente revolucionaria. Pero si no se ve nada injusto, y sobre todo nada imposible, en que los hijos menores de un noble inglés sean excluidos de un goce proporcional de la fortuna paternal, ¿por qué ha de haber injusticia ó ha de ser imposible tratar lo mismo á todos los que tienen? Es verdad que el par que deshereda á sus hijos menores les da otro bien: la instrucción, que les permite figurar en el

mundo. Pero si todo lo que ha adquirido volviese á la colectividad á la muerte de su poseedor, el Estado podría dar á toda la juventud del pueblo una instrucción y una educación relacionadas con sus facultades; el hijo desheredado del rico tendrá entonces, al menos, la ventaja que hoy disfruta el hijo desheredado del par. Este, además, hace otra cosa todavía por aquellos hijos suyos, á los cuales no deja fortuna; utiliza sus relaciones y su situación para procurarles en la Administración política, pública y privada, plazas que tienen más ó menos carácter de prebendas, lo cual no es otra cosa que la solidaridad organizada que da al individuo seguridades de existencia casi mayores aún que una fortuna independiente. Cierto que esta solidaridad es egoísta, estrecha; es la solidaridad de una casta y tiene por fin la explotación de la mayoría por una porción de parásitos. Representémonos ahora los lazos de tal solidaridad uniendo á toda una comunidad y constituídos no en virtud del parasitismo, sino de la producción útil; figurémonos un Estado que asegura á toda su juventud la instrucción, y si los padres son impotentes para dársela, los sostiene hasta la edad en que puedan producir, y una vez llegados á esta edad les da los instrumentos del trabajo independiente. En una comunidad tan solidaria, ¿no está cada individuo mejor provisto que hoy se nos aparece el segundón de un par de Inglaterra, y es una injusticia hacia los hijos esta reversión al Estado de la fortuna paterna?

No niego que el poner en práctica esta idea encontraría inmediatamente muchas dificultades. Por medio de donaciones inter-vivos, los padres intentarían eludir la ley del desheredamiento, y no sería fácil al Estado impedir que pasase á los hijos parte mayor ó menor de

la riqueza de su padre. Pero este inconveniente tiene poca importancia. Pronto se transformaría radicalmente la manera de ser de los hombres; los padres reconocerían que en el Estado reorganizado la falta de caudal no trae á los hijos la desgracia y la miseria, y el instinto que nos impulsa á introducir á nuestros hijos en el mundo como rentistas, se debilitaría considerablemente. La comprobación de los valores que formarían evidentemente la mayor parte de la fortuna mobiliaria, no es imposible, ni siquiera difícil; los muebles, objetos de valor, obras de arte, etc., podrían exceptuarse de la confiscación por el Estado como recuerdos de los padres. En cuanto á los bienes raíces, imposible eludir la ley. Pues bien, este es el punto importante, el punto esencial del sistema. El país entero, con sus edificios, sus fábricas, sus vías de comunicación, etc., debe llegar á ser la propiedad inalienable de la colectividad, y al cabo de una generación volver siempre íntegramente á ella. Todo aquel que lo pida, debe obtener del Estado y de por vida una posesión rústica ó una fábrica, y pagar por ella un arrendamiento anual que responda á un interés equitativo del capital que representa la propiedad. Esto no es ni una innovación revolucionaria sin precedentes, sino sólo el desarrollo lógico de condiciones que existen ya en muchos puntos, particularmente en Italia y en Inglaterra, donde hay grandes propietarios rústicos que no cultivan por sí mismos el suelo, pero le hacen explotar por sus colonos. Nada impide que la sociedad extienda á todos los cultivadores ó fabricantes las condiciones de los colonos ingleses y no deje subsistir más que un único gran propietario rústico: el Estado. Esta organización permite al individuo adquirir riquezas personales, aunque éstas no puedan fácilmente alcanzar la enorme

extensión de las fortunas de los explotadores y parásitos del actual orden económico. El hombre activo y bien dotado hallará, en una vida más amplia, la recompensa de su habilidad; el hombre mediano ó abandonado, habrá de contentarse con una renta más pequeña; sólo el holgazán se verá condenado á la privación y á la ruina. Será imposible la acumulación de fondos en manos de un solo colono, porque el emprendedor no encontrará obreros fácilmente; en efecto, cuando el que quiera trabajar pueda obtener del Estado su propia tierra, no tendrá razón ninguna para alquilarse á otro y ponerse bajo la dependencia de un emprendedor, de un intermediario. El desarrollo del sistema tendrá, como necesaria consecuencia, que el individuo no reclamará más terreno del que pueda cultivar con ayuda de su familia, evitándose así el desarrollo exagerado de la industria á expensas de la producción alimenticia. Como de este modo el individuo podrá conventirse en colono independiente con tanta facilidad como en obrero de fábrica, no se volverá hacia la industria, á no ser que ésta le asegure una existencia preferible á la de la agricultura; entonces cesará esa concurrencia de obreros que van de fábrica en fábrica ofreciéndose más baratos unos que otros, contentándose con la menor parte en los goces y bienes de la vida. Verdaderas dificultades no se podrían presentar como la población no creciera demasiado y el suelo llegara á ser insuficiente, en cuyo caso no se podrían ya satisfacer todas las demandas de campos ó establecimientos industriales, y parte de la juventud se vería obligada á emigrar. Sin embargo, y como he demostrado más arriba, un cultivo más intenso del suelo podría aplazar tal necesidad hasta un porvenir muy lejano.

Indudablemente este sistema es también una especie de comunismo. Pero advierto á los que se asustan de tal palabra, que vivimos en pleno comunismo, no sólo activo, sino pasivo. No tenemos la comunidad de bienes, pero tenemos la comunidad de deudas. Ningún reaccionario se espanta al pensar que cada ciudadano, por el solo hecho de sus relaciones con el Estado, debe una suma que, en Francia, por ejemplo, asciende á unos 600 francos. ¿Por qué había de asustarse si, mediante una revolución radical, el ciudadano, que era deudor, pasaba á ser dueño de una parte de fortuna correspondiente, si el Estado, no solamente tuviese deudas generales, sino también una riqueza general y no se ciñera únicamente á repartir impuestos entre los miembros que le forman, sino que también les distribuyera bienes de fortuna, como hace hoy con un pequeño número de individuos? Porque el Estado posee ya una propiedad de todo género, palacios, bosques, granjas, barcos; este hecho de la existencia de una posesión no individual, indivisible entre todos los ciudadanos, es ya comunismo en la práctica, pero no lo parece así á la mayor parte de las empresas, sólo porque nuestras instituciones políticas, que datan de la Edad Media, favorecen la idea de que la riqueza general es una riqueza individual, la del príncipe ó de otro cualquiera jefe del Estado.

La deuda pública, la propiedad pública, los impuestos, no son las únicas formas bajo las cuales existe el comunismo entre nosotros. Hay varias clases de créditos que no son más que puro comunismo. Cuando un individuo presta dinero á otro ó le da, sobre su fortuna personal, una carta-orden que otros consideran como dinero contante, realízase un cambio de posesiones individuales; pero cuando un Banco entrega billetes—y en muchos

Bancos la suma de éstos sube á más de un tercio del total de los billetes—cuando este Banco concede á un individuo bajo su firma un préstamo en billetes con los cuales puede este individuo procurarse lo que quiere, entonces se realiza un acto de puro comunismo. El Banco no da trabajo adquirido, es decir, dinero, sino un bono sobre un trabajo que está por hacer. Pues bien; que este bono sea respetado por la generalidad de los ciudadanos, y que éstos entreguen objetos contra billetes que están en descubierto, es un homenaje al principio de la solidaridad humana, reconocimiento del hecho de que el individuo tiene derecho á una parte de los bienes existentes, por más que no pueda todavía ofrecer, á cambio de esta participación, su equivalencia producida personalmente por él.

La reversión al Estado de todos los bienes á la muerte de sus poseedores, creará una fortuna común casi inagotable, sin suprimir la posesión individual. Todo individuo tendrá un caudal propio y un caudal común, como tiene un nombre de pila y un apellido. El caudal común, con el que habrá nacido, será en cierto modo su apellido; el caudal que durante su vida adquiera, y del cual será único usufructuario, será como su nombre de pila; los dos juntos circunscribirán su personalidad económica, como los nombres determinan su personalidad civil. Trabajando para sí el individuo, trabajará al propio tiempo para la colectividad, que un día se beneficiará de todo el exceso de su ganancia sobre su consumo. La riqueza total formará el inmenso receptáculo que con lo superfluo de los unos vendrá á remediar la falta de los otros, y que en el reparto de bienes compensará en cada generación las desigualdades que se reproducirán siempre, desigualdades que la transmisión here-

ditaria perpetúa haciéndolas mayores de padres á hijos.

Preciso será que vengamos á esta renovación de la organización económica, igualmente reclamada por la razón y por la ciencia. Un solo principio fundamental debe dominar la sociedad, y este principio no puede ser más que el individualismo, es decir, el egoísmo, ó bien la solidaridad, es decir, el altruísmo. Hoy no reinan en toda su lógica ni uno ni otro, sino una mezcla de los dos, absolutamente irracional. La posesión está organizada individualmente, y el egoísmo alcanza en la herencia sus límites extremos, en cuanto no sólo se arroga por la astucia ó la violencia todo lo que puede, sino que trata de detentar para siempre el botín, de excluir eternamente á la comunidad de su parte de goces. Pero el que tiene no concede al que no tiene nada el derecho de hacerse un arma del principio al que él primero debe su riqueza. La fortuna se adquiere y se conserva en nombre del individualismo, pero se defiende en nombre de la solidaridad. El rico goza sin remordimientos de la parte desproporcionada de los bienes que ha sabido apropiarse; pero si el pobre quiere ser tan egoísta y tan individualista como él, echando mano á los bienes del rico, le prende y le ahorca. En forma de usura y especulación se permiten los más descarados manejos de la avidez egoísta; en forma de bandolerismo y robo se prohiben. El mismo principio es, en una de sus aplicaciones, un mérito; en otra, un crimen.

La sana razón se rebela contra esta inconsecuencia. Yo admito que se predique el egoísmo, pero téngase entonces el valor de aprobarle en todos los casos. Si es justo que el rico viva ocioso porque ha sabido apoderarse de la tierra ó explotar el trabajo humano, también

debe de ser justo que el pobre le mate y considere buena presa su fortuna, siempre que para hacerlo tenga el valor y la fuerza nacesarios. Sin duda con esta lógica la sociedad caminaría á su ruina, los hombres se convertirían en fieras errantes en los bosques, y se destrozarían unos á otros. El que no mira semejante estado como el fin ideal del desarrollo social, no tiene, pues, que hacer más que decidirse por el otro principio, la solidaridad. Entonces no se dirá: cada uno para sí, sino: cada uno para todos, y todos para cada uno. La sociedad tendrá como un deber el instruir y mantener á la juventud que aún no se halla en estado de ganarse la vida; tendrá cuidado de la vejez que ya no puede cuidarse; ayudará á la indigencia, y no tolerará la pobreza sino como castigo de la ociosidad voluntaria. Pero el cumplimiento de estos deberes será imposible sin una condición: la supresión de la herencia de las riquezas.

Grandes catástrofes nos amenazan en el terreno económico, y no podremos detenerlas mucho tiempo. Mientras la multitud era creyente, podía consolársela de la miseria terrenal con vagas promesas de felicidad celeste. Hoy que la luz se esparce más y más, vemos cómo disminuyen de día en día las gentes de buena voluntad que en una hostia encuentran la compensación de una comida, y para quienes la carta-orden de un cura para un asiento en el Paraíso equivale á la posesión inmediata de un buen campo en este mundo. Los pobres se cuentan, cuentan á los ricos, y ven que son los más y los más fuertes. Examinan las fuentes de riqueza y ven que la especulación, la explotación y la herencia no están ya justificadas por la razón, como no lo están el bandolerismo y el robo, tan duramente penados por el Código. Por el desheredamiento progresivo de las masas

arrancadas al suelo, y por la creciente acumulación de las riquezas en unas cuantas manos, las injusticias económicas se hacen cada vez más intolerables; el día en que las turbas asocien al hambre la noción de sus causas lejanas, no habrá obstáculo que no traspasen ó superen para llegar á hartarse. El hambre pertenece al escaso número de potencias elementales contra las cuales, á la larga, nada sirven la amenaza ni la persuasión. Es también la fuerza que derrumbará el edificio social construído sobre la superstición y el egoísmo, edificio que la filosofía no basta por sí sola á derribar.

LA MENTIRA DEL MATRIMONIO

I

El hombre tiene dos instintos poderosos que dominan toda su vida y dan el primer impulso á todas sus acciones: el instinto de conservación personal y el de la conservación de la especie. Aquél se manifiesta en su más simple expresión bajo forma de hambre, éste bajo forma de amor. Las fuerzas que actúan en las operaciones de nutrición y reproducción son aún obscuras para nosotros, pero vemos abiertamente sus efectos. No sabemos por qué un individuo cumple su desarrollo en un número dado de años y no en otro; por qué el caballo más fuerte y robusto sólo alcanza la edad de treinta y cinco años, mientras el hombre más débil y endeble puede pasar de los sesenta; por qué el cuervo, que es pequeño, vive hasta doscientos años, y el pato, que es mucho más grande, apenas llega á los veinte. Pero lo que sabemos es que todo ser vivo está destinado desde que nace á una duración vital determinada, como el movimiento de un reloj está calculado para determinado tiempo que la acción imprevista de fuerzas exteriores puede abreviar, pero que no puede prolongar en ningún caso.

Del mismo modo suponemos que las especies están asimismo organizadas para determinada duración; como los individuos, nacen en un momento preciso, se des-

arrollan, alcanzan su madurez y mueren. El ciclo vital de una especie tiene una duración demasiado extensa para que los hombres hayan podido fijar, ni en un solo caso y por observación directa, su duración ni su fin. Pero la paleontología ofrece numerosos puntos de apoyo, y por ellos podemos afirmar con certidumbre el paralelismo de las leyes vitales y de desarrollo en el individuo y en la especie. Mientras el individuo no pierde la fuerza vital de que al nacer se vió dotado, lucha con todo el vigor de que es capaz para conservarse y protegerse contra sus enemigos; si su fuerza vital se agota no experimenta ya ninguna necesidad de alimentarse, ningún deseo de defenderse: muere. Lo mismo absolutamente se manifiesta en la especie la fuerza vital, en forma de instinto de reproducción. Mientras su vitalidad es poderosa, todo individuo formado completamente tiende con todas sus fuerzas á buscar pareja. Si su vitalidad empieza á disminuir, los individuos se hacen más indiferentes á la reproducción hasta que acaban por no sentir su necesidad. El egoísmo y el sentimiento de solidaridad en una especie y aun en una raza ó en pueblos enteros, nos dan medida exacta de su fuerza vital. Cuanto más numerosos son los individuos que colocan su propio interés por cima de todo deber de solidaridad y de todo ideal de desarrollo de la especie, más próximo está el término de la vitalidad. Por el contrario, cuanto más numerosos son los individuos que tienen el instinto del heroísmo, del desinterés, de la abnegación personal, más poderosa es la fuerza vital de una nación. El desfallecimiento, no sólo de una familia, sino de un pueblo, empieza con la preponderancia del egoísmo, señal infalible del agotamiento de la vitalidad en la especie; el agotamiento de la fuerza vital en el individuo resultará muy

rápido si no lo retrasan cruzamientos ú otras transformaciones favorables. Cuando una raza ó una nación han llegado al término de su carrera, los individuos pierden la facultad de amar sana y naturalmente. El espíritu de familia muere. Los hombres no quieren casarse, porque encuentran incómodo tener la responsabilidad de otra vida humana y ocuparse en otro ser. Las mujeres tienen miedo á los dolores y molestias de la maternidad, y para no tener hijos recurren, aun dentro del matrimonio, á los medios más inmorales. No teniendo ya por fin la reproducción ese instinto, se pierde en uno, y se pervierte en otros por las más extrañas aberraciones. El acto del aparejamiento, la función más sublime del organismo que éste no puede cumplir antes de haber alcanzado su plena madurez, y al que se asocian las más vivas sensaciones del sistema nervioso, está rebajado á una infame lujuria; no tiene ya por fin la conservación de la especie, sino sólo un placer individual que para la colectividad no tiene ningún valor. Allí donde el amor se presenta todavía como efecto de la costumbre, no es la unión de dos individualidades incompletas en un individuo de especie más elevada, que forma un todo; no es el desvanecimiento de una vida que, aislada, es estéril, en una doble vida fecunda que por la posteridad puede prolongarse al infinito; no es el paso inconsciente del egoísmo y la solidaridad, la irrupción de la vida individual en la vida amplia de la especie. ¡No, no es nada de esto! Es una inquietud rara, incomprensible á sí misma, y, por lo tanto, imposible de aplacar, semisueño, semihisterismo, reminiscencia, imitación de cosas que se han oído ó se han leído, fantasía sentimental y enfermiza, algo así como una especie de locura. Propáganse los vicios contra natura; pero mientras en secreto se en-

trega el impudor á sus orgías, en público afecta una hipócresía excesivamente quisquillosa; conforme con el proverbio «no se debe de hablar de la cuerda en casa del ahorcado», el pueblo que acerca de la vida sexual no tiene la conciencia muy tranquila y sabe á qué atenerse respecto á sus pecados de acción y de omisión, evita tocar aun de lejos á este punto en cuanto habla ó cuanto escribe. Tal es el cuadro de las relaciones sexuales de una raza que ha llegado al agotamiento de su fuerza vital, ya por el gasto natural, consecuencia necesaria de la vejez, ya por condiciones desfavorables de existencia, ó por efecto de leyes dañinas é insensatas.

Ahora, si se me concede que la forma de las relaciones de ambos sexos en un pueblo da la medida de la fuerza vital de este pueblo, y si se aplica esta medida á las naciones cultas de Occidente, llegaremos á las más alarmantes confirmaciones. La mentira de las instituciones económicas, sociales y políticas ha envenenado también la vida sexual; todos los instintos naturales que deben asegurar la conservación y mejoramiento de la especie, están falseados y desviados de su camino; las generaciones futuras, en la parte más desarrollada intelectualmente de la humanidad están sacrificadas sin vacilación á la hipocresía y al egoísmo reinantes.

En todos los tiempos la humanidad ha sentido instintivamente primero, y luego la razón la ha hecho comprender que nada le importa más que su propia duración; todas las sensaciones, todos los actos que tienen una relación cualquiera con este primordial interés, ocuparon siempre el más amplio lugar en sus preocupaciones. El amor forma casi exclusivamente el fondo de la literatura de todas las épocas y en todos los pueblos; es,

en todo caso, el único fondo que de un modo duradero ha podido cautivar á la masa de los lectores ó auditores. El resultado del amor, la unión de dos jóvenes en una pareja fecunda ha sido—primero por las costumbres y luego por la ley escrita—rodeada de ceremonias y solemnidades, formalismos y preparaciones más que ningún otro acto de la vida humana, más aún que el armamento de los adolescentes, que, sin embargo, tiene tanta importancia en las tribus bárbaras que viven continuamente en pie de guerra. Por medio de las formalidades que complican el matrimonio, el Estado se ha asegurado siempre una comprobación sobre las relaciones sexuales de sus miembros, y la solemnidad con que trataba la unión de una pareja de enamorados debía de hacer comprender á éstos que no es cuestión de una comida, una partida de caza ó una soirée con canto y baile, sino un acontecimiento de la mayor importancia pública, que ejerce influencia sobre el porvenir de la comunidad. Para impedir en cuanto es posible que el amor descienda á ser una simple distracción, para acentuar lo más posible su fin elevado, la conservación de la especie, la sociedad, desde la aurora de la civilización ha reconocido en principio como únicas honrosas y sancionadas por su estimación las relaciones entre hombre y mujer, cuyo carácter de seriedad ha sido consagrado por una ceremonia pública; en cuanto á los que rehuyen esta consagración, los censura y pena con su desprecio y hasta con castigos.

En nuestra alta civilización lo mismo que en sus principios, el instinto sexual debe poner á la sociedad por testigo de su satisfacción y colocarse bajo su vigilancia, si no quiere degenerar en un vicio despreciable y maldecido; el matrimonio es hoy la única forma autori-

zada por las leyes para las relaciones entre hombre y mujer.

Veamos ahora lo que la mentira de nuestra civilización ha hecho del matrimonio. Este se ha convertido en una componenda material en que queda para el amor tan poco sitio como en el contrato de dos capitalistas que emprenden juntos un negocio. El matrimonio sigue teniendo por pretexto la conservación de la especie; supone, en teoría, la atracción recíproca de dos individuos de diverso sexo; pero de hecho, el matrimonio no se hace atendiendo á la futura generación, sino sólo al interés personal de los individuos que se casan. El matrimonio moderno, sobre todo en las llamadas clases superiores, carece de toda consagración moral y, por consiguiente, de toda razón de ser antropológica. El matrimonio debiera ser la sanción de la solidaridad, y es la sanción del egoísmo. Todos los que se casan quieren en su nueva situación no vivir el uno en y para el otro, sino encontrar mejores condiciones para la continuación de una existencia cómoda y exenta de responsabilidad. Hoy la gente se casa para crearse una nueva situación de fortuna, para asegurarse un hogar más agradable, para poder adquirir y sostener una categoría social, para satisfacer una vanidad, para gozar de los privilegios y libertades que la sociedad rehusa á las solteras y concede á las casadas. Al casarse se piensa en todo: en la sala y en la cocina, en el paseo y los baños de mar, en el salón de baile y el comedor; lo único en que no se piensa, y que es lo único esencial, es en la alcoba, ese santuario de donde debe salir el porvenir de la familia, del pueblo, de la Humanidad. ¿No deben ser la ruina y la decadencia el lote de los pueblos en cuyos matrimonios triunfa el egoísmo de los esposos, y en los cuales el hijo es una

casualidad no deseada, indiferente cuando más, una consecuencia difícil de evitar, pero accesoria por completo?

Se nos objetará quizá que en los pueblos en estado natural, es decir, que viven en las condiciones primitivas, la gran mayoría de los matrimonios no se hacen de otro modo que en nuestra flamante civilización. En éstos tampoco juega la inclinación ningún papel para formar una pareja. En tal tribu se casa el hombre con una joven á quien no ve por vez primera sino después de la boda. En cual otra, el joven que quiere casarse roba á una tribu vecina la primera mujer que halla á su alcance. En aquellas en que se elige esposa, se hace después de discusiones que nada tienen que ver con el amor. Se elige á una mujer porque se sabe de ella que es apta para trabajar, que cuida bien el ganado, que hila y teje con habilidad. Allí, pues, está también confiada la conservación de la tribu al azar ciego ó al egoísmo absurdo; sin embargo, estos pueblos están llenos de fuerza juvenil, y lejos de sufrir por tal estado de cosas, su desarrollo aumenta rápidamente.

A esto responderemos que, por razones antropológicas, el matrimonio fundado, no en el amor, sino en la tradición y el egoísmo, no tiene en estos pueblos las mismas deplorables consecuencias que en los pueblos civilizados. En los pueblos primitivos, los individuos difieren poco física é intelectualmente. En todos los hombres como en todas las mujeres predomina el tipo de la tribu; apenas si existe la individualidad. Todos los individuos están como fundidos en un mismo molde y se parecen unos á otros hasta el punto de que se les puede confundir; todos han sido educados del mismo modo. Ninguna selección tiene necesidad de presidir al apa-

reamiento; de cualquier modo que se junten, el resultado casi será el mismo. Una gran semejanza en los individuos excluye, no sólo la necesidad, sino hasta la posibilidad del amor. El instinto de la reproducción no despierta entonces en el individuo más que el deseo general de la posesión de un individuo de otro sexo, pero no individualiza, en una palabra, no se eleva á su más alta forma, que es precisamente el amor hacia un ser determinado y no hacia otro. Un sexo tiene una inclinación general por el otro, y al hombre le es en un todo indiferente asociarse á tal ó cual mujer, y recíprocamente. Si en un pueblo en estado natural apareciese un individuo muy desemejante de los demás y que se distinguiera de los demás miembros de la tribu por cualidades físicas ó intelectuales, la diferencia sería inmediatamente notada con una intensidad de que nosotros, acostumbrados á ver cómo difieren individualmente los hombres, no nos podemos formar idea. La gran ley zoológica de la selección se mostraría con natural poder; el deseo de poseer á ese individuo superior tomaría las proporciones de una pasión terrible y tormentosa que daría lugar á los actos más extremos. Pero en los pueblos civilizados en que los hombres difieren mucho, las cosas son de otra manera. En las clases bajas no cultivadas ó menos desarrolladas, el instinto de reproducción aparece realmente más bien como una propensión general hacia el otro sexo que como una inclinación aislada; á pesar de los cuentos sentimentales esparcidos por algunos poetas malos observadores, el amor violento hacia un ser determinado es extremadamente raro. Pero en las clases más elevadas, en que los individuos están ricamente dotados, son muy diferentes, y ofrecen tipos particulares precisamente caracterizados, el instinto se-

xual se hace exclusivo y difícil en la elección; es preciso también que así suceda para que la descendencia sea vigorosa y apta para la vida.

Hace falta que el matrimonio, es decir, la única forma de procreación admitida por la sociedad, sea resultado del amor. Porque el amor es el gran regulador de la vida de la especie, la fuerza que lleva el perfeccionamiento de esta especie y trata de impedir su ruina física. El amor es el instinto de un ser que reconoce que debe formar una pareja con determinado ser del otro sexo á fin de que sus buenas cualidades aumenten, que sus cualidades malas se atenúen, y que su tipo se conserve intacto ó se perfeccione en sus descendientes. El instinto de reproducción es en sí ciego, y necesita un guía seguro, el amor, para obtener su fin natural, que es á la vez la conservación y el mejoramiento de la especie. Si este guía falta, si el apareamiento viene determinado, no por atracción recíproca, sino por la casualidad ó por intereses extraños á su fin fisiológico, el producto del crecimiento, frente á una gran desemejanza en los padres, es siempre un producto indiferente ó malo. Los hijos heredan los defectos de los padres, y los aumentan; las cualidades de los padres, en cambio, se debilitan ó se neutralizan unas con otras; de aquí resulta una raza sin armonía, desgarrada interiormente, retrógrada, condenada á rápida extinción. Sólo la voz del amor puede decir al individuo que su unión con otro individuo determinado es de desear en interés de la conservación y perfeccionamiento de la especie, ó que esta unión sería deplorable.

En una sola palabra ha encerrado y definido maravillosamente Goethe la esencia del amor, y grandes volúmenes no podrían añadir nada á su definición. Esa pa-

labra es «afinidad electiva». Esta designación, sacada de la química, relaciona profundamente los grandes procedimientos elementales de la naturaleza á un hecho que reune en el hombre y que la histórica fantasía de los poetas, falta de ideas y discernimiento, ha obscurecido místicamente. La química llama afinidad electiva á la tendencia de dos cuerpos á combinarse en un nuevo producto que en casi todas sus propiedades, color, estado de agregación, densidad, acción sobre otras materias, etc., es en un todo diferente de los dos cuerpos primitivos. Dos cuerpos que no están el uno respecto al otro en relación de afinidad electiva, pueden hallarse eternamente en el contacto más estrecho; este contacto no será más que una yuxtaposición sin vida, que no conducirá á ninguna formación nueva, á ningún efecto dinámico, á ningún resultado vivo. Cuando dos cuerpos están dotados de afinidad electiva, basta acercarlos uno á otro para provocar inmediatamente hermosos y profundos fenómenos activos.

El organismo humano es teatro de hechos absolutamente semejantes. Dos individuos ejercen ó no acción recíproca uno sobre otro. ¿Poseen afinidad electiva? Pues se aman, vuelan impacientemente uno hacia otro y se convierten en fuente de formaciones nuevas. ¿No poseen esa afinidad? Pues quedan fríos y sin acción uno sobre otro, y su encuentro no constituye nunca un episodio en la gran existencia general. Vemos aquí propiedades primordiales inherentes á la materia y que no intentaremos explicar. ¿Por qué se une el oxígeno al potasio? ¿Por qué no se une el platino al ázoe? ¿Quién podría decirlo? Y ¿por qué un hombre ama á una mujer y no á otra? ¿Por qué una mujer ama á un hombre y desdeña á todos los demás? Evidentemente porque esta atracción

ó esta indiferencia tienen su base en el «quiniasmo» más íntimo del ser en cuestión, y mana de las mismas fuentes que los procedimientos orgánicos de la vida. El matrimonio se parece á un vaso en que dos cuerpos diferentes, dos individualidades químicas están encerradas una con otra. ¿Poseen afinidad electiva? El vaso está lleno de vida. ¿No la poseen? El vaso contiene muerte. Pero en las uniones modernas, ¿quién se preocupa de la afinidad electiva?

Entre hombre y mujer no hay más que dos clases de relaciones: ó descansan sobre una atracción recíproca natural, y en este caso tienen siempre por fin consciente ó inconsciente la reproducción, ó bien este fin no es el principal, y sólo se busca en ellas la satisfacción del egoísmo bajo cualquier forma. Las primeras relaciones son sensuales y están justificadas; las otras forman la gran categoría de la prostitución, cualquiera que sea el modo como se presenten en su exterior. La criatura depravada que, por la noche, se ofrece en las calles de una gran ciudad, por una moneda, al pasajero, cuyas facciones no puede siquiera distinguir en la obscuridad, esta criatura se prostituye; el pícaro que hace el amor á una vieja loca y se hace pagar al contado sus homenajes, se prostituye; no hay más que una sola palabra para ambos casos. Pero yo pregunto: ¿dónde está la diferencia entre un hombre entretenido por su querida y el hombre que corteja á la heredera ó á la hija de un personaje influyente por la cual no experimenta amor ninguno y lo hace únicamente á fin de obtener con su mano un caudal, una posición? ¿Qué diferencia hay entre la tunanta que por un poco de dinero se vende á un desconocido, y la casta desposada que va al altar con un hombre á quien no ama, pero que, á cambio de sus abrazos, la

ofrece una posición social, ó trajes, adornos, criados, ó simplemente el miserable pan del día? En uno y otro caso, los móviles son los mismos, el procedimiento es el mismo, la designación, según la verdad y la justicia, debe también ser la misma.

Una madre á quien todo el mundo considera muy honrada, que en sí misma se cree muy severa en lo tocante á las costumbres, presenta á su hija un pretendiente rico y se esfuerza por triunfar de la natural indiferencia de la niña por medio de hábiles exhortaciones ó consejos por este estilo: «Es una locura rechazar una suerte conveniente; sería una imprudencia grandísima esperar una segunda ocasión que, probablemente, no se presentará; una joven debe pensar en fines prácticos, y desalojar su cerebro de todas las tonterías novelescas». Esta madre modelo es una Celestina ni más ni menos que la vieja y odiosa proxeneta que en un banco de un paseo público murmura infames proposiciones al oído de las jóvenes obreras sin trabajo, exponiéndose por ello á persecuciones judiciales. El pretendiente elegante acogido con distinción en todos los salones, que en las figuras del cotillón anda á caza de un buen partido, habla á la joven heredera con ojos húmedos y inflexiones melosas en la voz, cita á sus acreedores para el día siguiente al de su boda é indemniza á su querida con la dote que de su mujer recibe—este elegante es un pillo, como el Alfonso infame á quien el mismo agente de policía sólo toca con repugnancia. Una joven que se vende para alimentar á una madre anciana ó á un niño, es moralmente superior á la ruborosa doncella que sube al lecho conyugal buscando un saco de dinero con que satisfacer su frívola avidez de bailes y excursiones veraniegas; el hombre que paga al contado y cada vez á su compañe-

ra de un minuto y luego la vuelve la espalda, es menos engañado, más razonable, más lógico que el hombre que por un matrimonio legal y de por vida se compra una concubina que, lo mismo que la otra, se ha unido á él por su dinero. Toda alianza entre hombre y mujer contraída atendiendo á una situación moral ú otras ventajas egoístas, es prostitución; y poco importa que esa alianza se haga con el concurso de un magistrado, un sacerdote ó una Celestina cualquiera.

Tal es, sin embargo, el carácter de casi todos los matrimonios; las raras excepciones en que un hombre y una mujer se unen legítimamente sin más móvil ni deseo que pertenecerse uno á otro, sirven de irrisión á las personas razonables que ponen á la juventud en guardia contra locuras semejantes. Las jóvenes pobres ó que tienen escaso caudal son educadas por sus padres de modo que ahoguen los peligrosos movimientos naturales de su corazón y calculen la amabilidad de su sonrisa con arreglo á la cifra á que asciende la renta del soltero que se las acerca; si el juego de la coquetería de la muchacha no basta para procurarse un sólido sostén, madre y tía acuden en su socorro y apoyan con sabias maniobras el esfuerzo de la inocente. En las jóvenes ricas, las cosas pasan de otro modo: no cazan, son cazadas. Hay cierta clase de hombres que practican sabiamente y en regla la caza ó la dote. Este lleva pantalones y chalecos de corte irreprochable, corbatas de color y forma cuidadosamente escogidos, monocle biselado; aquél tiene el cabello rizado y huele desde lejos á toda clase de perfumes; el de más allá baila de un modo excelente, es diestro en todos los juegos de sociedad, charla sobre asuntos de *sport* y conoce los chismes de teatro; llegado á cierto punto, éste prodiga ramos y bombones, y aquél

no es avaro de cartas de amor en prosa y verso. Con ayuda de estos medios se caza fácilmente el faisán dorado, y la inocente criatura que ha creído representar un papel en un drama lírico, comprende demasiado tarde que sólo ha figurado como factor en una operación aritmética. Por último, allí donde las dos partes tienen próximamente la misma posición é igual caudal, no se hace desde luego más que contar, pesar, medir. Nadie se toma el trabajo de negar los verdaderos móviles de la unión. Se juntan dos fortunas, dos influencias, dos situaciones. Él quiere tener en su casa una mujer que, según su posición social, le haga la ropa, le cosa los botones de su camisa ó sepa llevar con elegancia un traje de seda y presidir con gracia una comida de gala; ella quiere tener un marido que trabaje para ella ó la permita ir á los bailes de la corte y recibir á la buena sociedad. Cuando el rango y el caudal son desiguales, esta sinceridad no aparece; uno de los dos debe mentir. La joven pobre finge amar al saco de dinero; el pretendiente finge querer al faisán dorado. La naturaleza y la verdad obtienen al menos un triste triunfo: el egoísmo —que ha apartado de su verdadero fin al matrimonio— erige este fin en principio, puesto que cree necesario ponerse la máscara del amor en la prosecución de sus gestiones.

¿Cuál es la suerte de los hombres y mujeres que han realizado tales alianzas? Los descendientes degenerados física y moralmente de antecesores que se han casado también por su interés material, que han sido engendrados sin amor, criados sin ternura, son excluídos definitivamente de la facultad de amar, y pueden llegar á viejos sin sentir nunca el interior empobrecimiento de su vida. El marido cuida de su palacio y de su estóma-

go, adquiere gran competencia en vinos y cigarros, se hace apreciar de las bailarinas por su generosidad, es estimado en los *clubs*, muere rico de honores, y á ser sincero, haría inscribir en su tumba estas palabras: «El único amor de mi vida ha sido el amor á mí mismo». La mujer inventa modas insensatas, trata de sobrepujar á sus iguales en loca prodigalidad, sueña día y noche con trajes, adornos, muebles y carruajes; intriga, miente, calumnia á las demás mujeres; se esfuerza, con diabólico odio, en destruir la felicidad íntima de las otras, y en todo el curso de su existencia deja tras sí—cuando sus medios de acción responden á sus intenciones—larga huella de terror y desolación, como la que deja una nube de langosta ó una peste. Ambos, él y ella, vegetan, desde el punto de vista intelectual, en esferas tenebrosas y mefíticas. Su vida carece de todo ideal. Su naturaleza, privada de todo impulso, de toda fuerza para volar ó elevarse, se arrastra en el limo. Son organismos de destrucción que tienen espanto al aire, que esparcen la enfermedad, descomponiendo la sociedad y pereciendo en la podredumbre que han traído.

Los degenerados se encuentran principalmente en las clases altas. Son á la vez resultado y causa de la organización egoísta de éstas. Allí, la gente no se casa por inclinación, sino según la categoría social y la fortuna. Así, la fortuna y la categoría social se conservan, pero sus poseedores perecen. La supresión del amor y el desarrollo del egoísmo, que son las tendencias reinantes en las capas superiores de la sociedad, conduciría, caso de generalizarse, á la desaparición rápida de la especie. El instinto de conservación de la especie se manifiesta, pues, en que las familias fundadas sobre la carencia de amor y el egoísmo se extirpan implacablemente. La

desaparición general y rápida de las familias aristocráticas no reconoce apenas otra causa.

Al lado de los degenerados hay hombres aptos para la vida y capaces de amar, pero que por mala inteligencia, falta de reflexión ó temor á los peligros de la lucha por la existencia en medio de una sociedad groseramente egoísta, han contraído un matrimonio que se llama de razón, porque es el más irracional de cuantos se pueden contraer. Estos hombres experimentan antes ó después el castigo de la falta cometida por ellos contra la ley fundamental de la selección, y cuanto más tarde, más severo es el castigo. El instinto del amor no puede arrancarse de su corazón, y por un esfuerzo continuo é infinitamente doloroso trata de abrirse una salida para librarse de los fríos convencionalismos sociales. Puede suceder que tal individuo no encuentre en su vida otro con quien tenga afinidad electiva; el matrimonio sigue entonces siendo apacible en apariencia, las relaciones de los esposos encadenados á consecuencia de un sencillo cálculo, se conservan correctas en la forma, pero su existencia es incompleta y agitada; todo su ser aspira á un complemento que no halla nunca en las satisfacciones, por brillantes que sean, de la ambición y el egoísmo, porque sólo el amor podría procurarles. Como los degenerados, estos individuos pasan su vida privados de toda vida de elevación y de ideal, pero son más desgraciados que aquéllos, porque tienen siempre presente la conciencia de lo que les falta. No son ciegos, sino hombres de ojos sanos á quienes se priva de la luz del sol. Así viven cuando la casualidad no les pone en contacto con un ser con el que tienen afinidad electiva, pues si lo encuentran, la catástrofe es inevitable. El conflicto entre el deber conyugal y la aspiración ardiente á la reunión con

el individuo electivamente apareado, estalla con violencia; el amor se rebela contra el matrimonio; uno ú otro habrán de sucumbir en la lucha. Puede haber una tercera solución que, por lo mismo que es la más lastimosa, es también la más frecuente: el matrimonio sigue intacto, al parecer, pero el amor toma fuera de él su desquite.

De modo que la persona que ama, ó destruye violentamente el matrimonio, ó combate y ahoga su amor sacrificando la felicidad de su vida, ó engaña á su cónyuge y comete adulterio. Las naturalezas vulgares van rectas á este último recurso; las naturalezas nobles tienen que soportar todas las amarguras de la rebelión contra las preocupaciones del mundo y la lucha entre la pasión y el deber. Si la sociedad estuviese gobernada por las verdaderas leyes naturales, y organizada solidariamente, daría la razón al amor y gritaría á los que luchan:—«¡Os amáis, reuníos!»—La sociedad oficial, sin embargo, dominada por el egoísmo, se ha hecho enemiga de la especie; así, toma partido por el matrimonio, y dice con imperio á los combatientes:—«¡Renunciad uno á otro!»—Pero á despecho de su perversidad ha conservado la conciencia de que esto es imposible, de que no es más fácil renunciar al amor que renunciar á la vida, y que su orden no tendrá más cumplimiento que si decretase el suicidio; de modo que añade en voz baja y guiñando los ojos:—«Por lo menos no deis escándalo público».—Es decir, que en último caso el amor se abre camino, pero sólo en aquellos que quieren prestarse á la hipocresía de la sociedad, y en lugar de ser una acción que eleva el alma y la ennoblece, se convierte en una fuente de rebajamiento de caracteres, porque aporta consigo la mentira, el perjurio y el disimulo.

En el matrimonio, y bajo su acción, se produce una selección singular de las individualidades; precisamente las mejores y más sólidas, y por consiguiente las que como agentes de selección tendrían mayor valor para la especie, desdeñan prestarse á compromisos vulgares é inmorales, como no quieren faltar traidoramente á una promesa solemne y no tienen el valor ni la posibilidad material de romper abiertamente su matrimonio legítimo, su amor tardío les pierde sin provecho para la especie. Por el contrario, las naturalezas vulgares cuya conservación tiene para la especie poca importancia, escapan al martirio y satisfacen su corazón á expensas de su conciencia.

El matrimonio convencional, es decir, las nueve décimas partes de los matrimonios contraídos en el seno de los pueblos civilizados de Europa, constituye, pues, una situación profundamente inmoral y fatal para el porvenir de la sociedad. Antes ó después pone á los que le realizan en un conflicto entre los deberes jurados, y el inextirpable amor sólo les deja elegir entre el rebajamiento y la ruina. En vez de ser para la especie una fuente de rejuvenecimiento, es un medio de lento suicidio para ella.

II

De este modo el matrimonio, concebido primitivamente como la única forma admitida del amor entre el hombre y la mujer, han perdido completamente su valor, convirtiéndose en la más grande mentira de la sociedad. La gente se casa por lo general sin preocuparse

lo más mínimo de la inclinación; el ejemplo de la vida común y la literatura de todas las lenguas arrastra á los jóvenes á representarse el amor absolutamente distinto del matrimonio, y aun en la práctica, opuesto á éste. Al unir sus manos se reservan consciente ó inconscientemente en el fondo más profundo de su alma no dejar influir sus corazones por esta formalidad; la falta de esta situación se debe imputar principalmente á la organización económica de los pueblos civilizados. Esta organización tiene por base el egoísmo; sólo conoce al individuo y no á la especie; su preocupación se limita al interés inmediato del primero, descuidando por completo el de la segunda; indicará una explotación expoliadora que sacrifica el porvenir al presente; no tiene entre sus numerosos guardianes y sostenes, agentes y consejeros, un solo defensor de las futuras generaciones. ¿Qué le importa á una sociedad de tal manera organizada que la reproducción se opere en las más desfavorables condiciones? La generación que vive sólo piensa en sí misma. Cuando puede pasar su existencia del modo más agradable posible, cree que ha llenado su deber hacia sí misma, y no conoce otro. La generación siguiente debería, á su vez, no pensar más que en sí misma, y si por falta de sus padres se ve empobrecida intelectual y físicamente, tanto peor para ella. Los hijos del matrimonio sin amor son criaturas miserables. ¡Qué importa esto, siempre que los padres hayan encontrado el filón en su matrimonio! Los hijos del amor sin matrimonio son casi todos víctimas de la proscripción social de sus madres y se convierten en mártires de las preocupaciones reinantes. ¿Qué mal hay en ello, puesto que sus genitores encontraron agradables momentos en las relaciones prohibidas? La Humanidad desaparece del horizonte del

hombre; el sentimiento de la solidaridad, que pertenece á sus instintos primordiales como á los de todos los animales superiores, degenera; el sufrimiento del prójimo no turba el placer del hombre decaído, y ni el pensar que la Humanidad debía de cesar con la generación actual decidiría á la sociedad á cambiar un género de vida en el cual puede el individuo hallarse momentáneamente á gusto. Así, el instinto sexual ha llegado á ser objeto de una explotación egoísta, y como es el más poderoso de todos, puede especularse con él con toda seguridad. He aquí por qué hombre y mujer tratan de hacer, en cuanto les es posible, del acto sagrado de la conservación y desarrollo de la humanidad una fuente de rentas personales. ¿Podemos censurar al hombre civilizado que mira el matrimonio como un refugio, y se deja llevar en sus determinaciones por esta pregunta:—«¿Quién da más?»—Ve que el mundo mide la valía de un individuo por el capital que posee; ve comer al rico, y á Lázaro tendido hoy, como en los tiempos bíblicos, al umbral de su puerta y en el polvo; conoce el ardor y la violencia de la lucha por la existencia y las dificultades de la victoria; sabe que sólo debe contar consigo mismo y con su propia fuerza: si sucumbe, no debe aguardar del Estado ninguna ayuda aceptable. ¿Qué extraño es, por lo tanto, que la mayor parte de las veces mire todos los actos de la vida, y por consiguiente el matrimonio, exclusivamente desde el punto de vista de su propio interés en la lucha por la existencia? ¿Por qué había de conceder al amor influencia en la elección de cónyuge? ¿Para que la Humanidad mejorase? ¿Y qué le importa á él la Humanidad? ¿Qué hace la Humanidad por él? ¿Le alimenta si tiene hambre? ¿Le da trabajo cuando está desocupado? ¿Da pan á sus hijos cuando

éstos se lo piden? Y si muere, ¿cuidará de su viuda, de sus huérfanos? No. Y como ella no llena ninguno de sus deberes hacia él, él no quiere tampoco ocuparse más que de sí mismo, considerar el amor sólo como agradable pasatiempo, y si se casa, hacer por sacar al matrimonio un aumento de su parte en los bienes de la tierra.

La consecuencia de esta manera de ver es acelerar la rápida degeneración de la Humanidad civilizada; pero la víctima inmediata de este estado anormal es la mujer. El hombre no padece mucho. Si no se siente sobrado vigoroso ó no tiene el valor de tomar sobre sí la responsabilidad de fundar una familia en medio de una sociedad que en lugar de ser para él un apoyo le es enemiga y le explota, se mantiene soltero, sin renunciar por ello á la plena satisfacción de todos sus instintos, porque soltería no es en modo alguno sinónimo de continencia. El soltero está tácitamente autorizado por la sociedad para procurarse la satisfacción del comercio con la mujer como puede y donde puede; llama triunfos á sus placeres egoístas y los ciñe de una especie de poética aureola; el vicio amable de D. Juan despierta en él una mezcla de deseo, de envidia y de secreta admiración. Si el hombre se ha casado sin amor y sólo por ventajas materiales, la costumbre le permite buscar á derecha é izquierda las emociones que no encuentra al lado de su mujer, ó si no se lo permite explícitamente, no trata el hecho como un crimen que excluya al que lo cometa de la sociedad de las gentes honradas.

Otra es la situación de la mujer. En los pueblos civilizados la mujer está reducida á no tener más destino que el matrimonio, donde únicamente puede hallar la satisfacción de todas sus necesidades fisiológicas. Debe

de casarse para ser admitida al ejercicio de sus derechos naturales de individuo enteramente desarrollado, para poder recibir la consagración de la maternidad, muchas veces también para ponerse al abrigo de la miseria. Esta última consideración no existe, sin duda, en la minoría, las jóvenes ricas; pero aunque éstas tengan generalmente el sentimiento de la profunda inmoralidad de un matrimonio sin amor, y el deseo de casarse con un hombre de su gusto llegue á ser en muchas de ellas una especie de manía, que en todos sus pretendientes las hacen ver cazadores de su dote, no escapan, sin embargo, y por regla general, á la acción fatal de la perversión con que en el matrimonio el egoísmo ha sustituído al amor. Hay muchos hombres bastante cobardes para aspirar á una prebenda matrimonial. Harán todo cuanto esté en su mano para conquistar á la rica heredera, no porque la amen, sino porque codicien su caudal. No les cuesta trabajo halagar todas sus aspiraciones; si la joven pide amor, se lo fingirán tanto más superabundantemente cuanto que lo sentirán menos, y es muy probable que la pobre muchacha, joven é inexperta, ofrezca su mano al más indigno entre sus pretendientes, al que diariamente sea el cómico más hábil y perseverante. Después reconocerá que ella también se ha casado, no con un hombre con quien tiene afinidad electiva, sino con un hombre ávido de dinero; deberá, pues, renunciar al amor, ó buscarle fuera del matrimonio, á través de los peligros y bajo la amenaza del desprecio de todos los censores de costumbres. Pero las jóvenes ricas forman una pequeña minoría, y las demás se ven obligadas, dada la actual organización de la sociedad, á esperar en el esposo como en el único salvador posible contra la vergüenza y la miseria.

¿Qué suerte hacemos á la joven que no se casa? Su nombre vulgar de solterona implica ya un punto de ironía. La solidaridad de la familia no subsiste, por lo general, en la edad madura de los hijos. Una vez muertos los padres, los hermanos se separan; cada cual trata de andar solo en la vida; la existencia en común es para todos peso molesto, y la mujer, bastante delicada para querer servir de estorbo á un hermano ó una hermana, sobre todo si éstos están casados, se halla sola en e mundo, infinitamente más aislada que el beduíno en el desierto. ¿Debe de vivir en su propio hogar? Lo halla abandonado, inhospitalario, porque un amigo no puede sentarse en él si no quiere la infeliz ser víctima de la malicia de sus vecinos; las amistades femeninas son raras y hasta cierto punto antinaturales; no las buscará de ningún modo en sus compañeras de infortunio, que aportarían más melancolía y amargura á una casa ya demasiado triste. Los que siempre están prontos á dar consejos, la dirán que no se preocupe de lo que pueden charlar las comadres, y reune en torno suyo las simpatías que encuentra. ¿Pero con qué derecho piden á una pobre mujer estas personas tan buenas y complacientes que renuncie para siempre á la satisfacción que aun en hombre más fuerte encuentra en el sentimiento de ser sostenido por la estimación y el aprecio de sus semejantes? La reputación es un bien absolutamente esencial, y la opinión de los demás representa el principal papel en la vida interior y exterior del individuo. ¿No tendrá derecho ninguno á este bien la joven que no ha encontrado marido? ¿Pasará su vida entre extraños, menos libre y más expuesta á la calumnia que lo está la mujer casada? En una dolorosa contracción vivirá incesantemente preocupada de su fama, que la sociedad la exige guarde

intacta, sin ofrecerle la recompensa natural: un esposo. El soltero va á los cafés, á las tabernas, á los clubs, que bien ó mal reemplazan la familia; se pasea solo, viaja solo y tiene cien medios de indemnizarse del vacío de su casa, privado de amor conyugal y filial. Todos estos consuelos se la rehusan á la solterona, condenada á permanecer melancólicamente aprisionada en una existencia incompleta. Si posee algunos recursos, los aumentará con dificultad; probablemente los aminorará ó los perderá, porque la educación y las costumbres la han armado infinitamente peor que al hombre para la administración, ó, mejor dicho, para la defensa de su hacienda contra los numerosos lazos que la aguardan. ¿Es pobre? Entonces el cuadro, ya sombrío, se hace desesperante. Pocas profesiones independientes, y aun estas pocas nada lucrativas, se abren á la mujer. La artesana se pone en condiciones y gana su miserable vida, pero sin conocer nunca lo que se llama independencia; las humillaciones alteran su carácter. Si recurre al trabajo manual libre, se muere de hambre; como jornalera no gana, por término medio, más que la mitad de lo que gana el hombre, cuyas necesidades naturales tiene. La joven de clase más elevada elige la enseñanza, en la que nueve veces de cada diez encuentra la servidumbre bajo el nombre de aya. En ciertos países halla abiertas algunas situaciones públicus subalternas en que una joven educada y enérgica no puede llegar nunca al sentimiento de seguir una vocación interior, sentimiento que la hace soportable la pobreza, y sólo las elegidas llegan aquí. Las demás quedan pobres, miserables, á cargo de sí mismas ó de otro, aplastadas por la conciencia de su absoluta inutilidad, de su vida incompleta, impotente para procurar una alegría á su juventud, el pan cuoti-

diano á sus días, y medios de existencia á su vejez. Y con esto la joven que vegeta en un cruel abandono, debe tener constantemente una fuerza sobrehumana de carácter.

Exigimos que este ser interiormente desgarrado, que tiene frío, que tiene hambre, que tiembla al pensar en su vejez, sea una heroína. La prostitución la acecha y la atrae. En su vida triste y solitaria no puede dar un paso sin verse asaltada por la seducción bajo mil formas. El hombre que rehuye echar sobre sí la carga de su constante entretenimiento, no tiene escrúpulos para pedir el amor como un presente que no le obliga á reciprocidad ninguna. Su infame egoísmo tiende lazos continuos á la joven, y llega á ser para ella tanto más peligroso, cuanto que tiene por secretos aliados los más poderosos instintos. No sólo debe soportar con resignación la miseria y la soledad, luchar contra los sentidos inflamados del hombre, adversario vigoroso, infatigable y resuelto; debe asimismo dominar sus propias inclinaciones y las rebeldías de sus instintos naturales contra los embustes é hipocresías de la sociedad. Para conservarse intacta en tan difícil situación, se necesita un heroísmo de que, cuando más, sólo un hombre de cada mil sería capaz. ¿Y qué recompensa tiene la joven por todos estos esfuerzos? Ninguna. La solterona que á través de todas estas dificultades ha vivido como una santa, no encuentra ni una indemnización en el sentimiento íntimo de haber obedecido en su dura y penosa vida de privaciones á una gran ley de la naturaleza; una voz interior la dice tanto más alto cuanto más vieja se va haciendo la infeliz: «¿Para qué has luchado? ¿A quién aprovecha tu victoria? ¿Merece la sociedad que á costa de la felicidad de la vida se respeten sus preceptos implaca-

bles y egoístas? ¿No hubiera valido mil veces más para tí que te dejaras vencer sin resistencia?»

Si la joven, en general, se asusta ante semejante perspectiva; si dejando á un lado la inclinación y la afinidad electiva, se casa con el primer hombre que pide su mano, ¿no hace bien? Hay cien probabilidades contra una de que la vida matrimonial, como quiera que se desarrolle, será más agradable que la de una solterona en la sociedad actual. No será para su marido ni una esposa leal ni un ama de su casa ocupada en sus deberes. En su deseo no satisfecho de amor, la mujer escuchará sin tregua la voz de su corazón; tomará cada ligero é instintivo movimiento de éste por la revelación esperada de la pasión, y se echará al cuello del primer hombre que sepa ocupar un punto su espíritu ocioso; pronto reconocerá que se ha engañado, y volverá á buscar, rodando á menudo por esa peligrosa pendiente, hasta la ruina moral y la vergüenza. Tanto mejor para ella si sólo quiere agradar, sin llegar, en el hecho ó la intención, al adulterio; si el sentimiento de su suerte y la necesidad de descubrir al fin al hombre á quien puede amar se manifiesta únicamente en forma de semi-inconsciente coquetería; si se contenta con adornarse, andar en bailes y reuniones, buscar ávidamente todas las ocasiones en que pueda hallar hombres extraños, experimentar su propia fuerza de atracción y la de estos hombres. No piensa más que en sí misma, no cuida más que sus propios intereses, y exige que la vida no la dé más que distracciones personales. En su egoísmo, no puede ver junto á ella á su marido, atenderle, identificar la vida de éste con la suya. Su casa no existe más que para ella sola. Gasta el dinero sin piedad para el trabajo con que lo gana su marido. Se ha casado sólo para

poder vivir sin cuidados y á su gusto; tanto peor para el marido si cometió la torpeza de tomarla por mujer sin adquirir antes la seguridad de su amor. Es este un círculo vicioso que no encierra más que amargura.

La organización egoísta de la sociedad hace tan penosa y difícil la lucha por la existencia, que ni el hombre ni la mujer buscan en el matrimonio el amor, sino sólo la seguridad material; el hombre persigue la dote; la joven sin fortuna, temiendo quedarse en el aislamiento, echa mano del primer hombre que la puede mantener; se transforma, después de la boda, en costoso animal de lujo, que no tiene para el que le posee valor ninguno real, y que es fuente de grandes gastos. Muchos hombres que hubieran podido mantener á una mujer y hacerla dichosa, retroceden ante tales uniones, y renuncian al matrimonio, lo cual condena al celibato á igual número de mujeres. Las probabilidades de encontrar marido disminuyen para éstas; su prisa por encontrarle aumenta, por lo tanto; la parte del amor se suprime casi más completamente todavía, y el matrimonio contraído en semejantes condiciones viene á ser más y más desanimador para los solteros. Marido y mujer son dos enemigos que se acechan recíprocamente para tenderse lazos y explotarse; nadie es feliz; los únicos que se frotan las manos con el confesor católico y los dueños de grandes almacenes de modas, porque tal estado de cosas les proporciona mayor número de clientes.

III

La organización económica es la causa principal de que la institución del matrimonio sea una mentira, pero

no es la única. Gran responsabilidad en la oposición entre el matrimonio y el amor, y de los frecuentes conflictos entre los sentimientos naturales y el encogimiento convencional, corresponde también á la moral sexual reinante, consecuencia del cristianismo. Esta moral considera el acto de la generación como un crimen abominable, y se vela el rostro ante él como ante un objeto de horror, lo cual no obsta para que le eche á hurtadillas lúbricas miradas de codicia; alrededor de todo lo que concierne á la vida sexual ó la recuerda, organiza la conspiración del silencio. Esto es monstruoso, inaudito. Semejante moral no podría subsistir ni una hora si todos los hombres, sin excepción, públicamente ó en la intimidad, se sobrepusiesen á ella y la mirasen como no proclamada. No tiene el menor fundamento moral, y por consiguiente, ni la sombra de una justificación. ¿Por qué causa una función orgánica que es, con mucho, la más importante, puesto que tiene por fin la conservación de la especie, ha de ser menos moral que otras funciones que sólo tienen por fin la conservación del individuo? ¿Por qué causa comer y dormir han de ser operaciones legítimas que se pueden practicar públicamente, y de las cuales hay derecho á hablar, y el coito ha de ser un pecado y una vergüenza que nunca se ocultará bastante? ¿No es la pubertad el coronamiento del desarrollo en el individuo, y la reproducción su triunfo más alto y su más gloriosa manifestación? Todos los seres vivos, las plantas y los animales, sienten en la cópula la confirmación más sublime de su fuerza vital, y toman con orgullo por testigo de ella á la naturaleza entera; las flores, con la magnificencia de sus colores y su perfume; los pájaros, con su armonioso canto; los gusanos de luz, con su radiante brillo; los mamíferos, con el ruido que

hacen al buscarse y el tumulto de sus combates; ¡y el hombre sólo habrá de avergonzarse de su más poderoso sentimiento, y ocultar, como si fuese un crimen, su satisfacción!

No siempre ha sido esta la opinión de los hombres; no siempre ha sido Tartufo catedrático de moral. No hablo del hombre en estado natural, sino del hombre en plena civilización. Civilizaciones ricas, muy desarrolladas intelectual y moralmente, infinitamente superiores en idealidad á nuestra moderna civilización, la india y la griega, por ejemplo, se han colocado para las relaciones sexuales en un punto de vista natural y exento de perjuicios; honraban el conjunto del organismo humano sin que un órgano les pareciera más vergonzoso que otro; no tenían horror al desnudo; podían, por consiguiente, contemplarle con miradas castas y sin corazón corrompido; veían en la reunión de individuos de distinto sexo sólo el fin sagrado de la propagación, que hace de él un acto necesario, noble, particularmente elevado, y que en un espíritu sano y maduro no puede despertar indignas asociaciones de ideas. Las civilizaciones india y griega habían falseado y obscurecido totalmente—como nosotros lo hemos hecho—los instintos primitivos del hombre; por esta razón se sentían penetradas de una admiración y un reconocimiento perfectamente naturales hacia el acto de la generación, fuente de toda vida en el universo. Honraban á los órganos que concurren directamente á este acto, colocaban su imagen en los templos, los campos y las casas, como símboles de la fecundidad; imaginaban divinidades especiales de la reproducción, y las consagraban un culto que en la época de la decadencia de las costumbres degeneró en un sensualismo grosero desprovisto de fin. Rodeada de

símbolos que debían de excitar su deseo de saber, la juventud no podía ser mantenida en esta ignorancia contranatural que es uno de los objetos principales de nuestra educación; desde el instante en que los fenómenos de la vida sexual podían interesarla, la inteligencia estaba dispuesta á comprenderlos con claridad; era imposible que la fantasía se extraviase del camino recto para hacerse perjudicial; lo que se exponía á las miradas de todos no tenía el atractivo del misterio y la prohibición; la juventud sin preocupaciones era más moral, y estaba más exenta de prematuros apetitos que la nuestra. En efecto, ésta, á despecho de todas las precauciones, no puede mantenerse en una ignorancia que se cree saludable; pero bebe su conocimiento en las fuentes más impuras, á escondidas, y por consiguiente en medio de excitaciones que envenenan la inteligencia á arruinan el sistema nervioso.

La radical transformación de las ideas morales es resultado de la influencia que las ideas cristianas han ejercido de la humanidad civilizada. Las doctrinas fundamentales del cristianismo, tal como se hallan expuestas en los más antiguos monumentos de esta religión, se contradicen de un modo extraordinario unas á otras, y parten de dos premisas que hubieran debido excluirse recíprocamente si el cristianismo hubiese sido fundado por un pensador lógico y que tuviera conciencia de su obra. De una parte predican: «Ama á tu prójimo como á tí mismo, aunque sea enemigo tuyo», y de otra declaran que el fin del mundo es inminente, que el placer de la carne es el mayor pecado, que entre todas las virtudes la continencia es la más agradable á Dios, y que la castidad absoluta es el estado más perfecto que el hombre pueda desear. Enseñando el amor al prójimo,

el cristianismo elevó el instinto natural de solidaridad humana hasta un mandamiento religioso y favoreció la duración y prosperidad de la especie; pero condenando á la vez el amor sexual, destruyó su propia obra, condenó á la humanidad á su ruina, mostró contra la naturaleza una hostilidad que—hablando con sus propias palabras—hay que tachar de diabólica. El dogma del amor al prójimo debía conquistar á la Humanidad porque apelaba á su instinto más poderoso, el de la conservación de la especie. Por el contrario, el dogma de la castidad hubiera debido impedir toda extensión de la nueva creencia, á no haberse establecido en un tiempo en que la sociedad estaba completamente podrida, en que reinaba sólo el infame egoísmo, y en que la vida sexual, apartada de su objeto natural, no era más que una fuente de placeres egoístas enturbiada por todos los vicios, una abominación para la conciencia de todas las personas honradas.

En efecto, cuando desapareció esta decadencia y el cristianismo no se sintió ya lo opuesto á la degenerada sociedad romana, no creyó necesario protestar contra la exageración del vicio por una exageración de virtud; el dogma misantrópico de la castidad se relegó al último plano. La Iglesia no se le impuso á todos los creyentes, sino sólo á algunos elegidos, las monjas y los sacerdotes; hasta hizo una concesión á la naturaleza, y elevó el matrimonio á la categoría de sacramento. Es verdad que el voto de castidad en las monjas y los frailes no impidió los mayores excesos precisamente en los conventos; en la Edad Media, cuando el cristianismo ejercía su más alto imperio sobre los hombres, el desarreglo era casi tan grande como en tiempo de la decadencia romana. Desde que existe el cristianismo, la doctrina de la con-

tinencia no ha sido seguida á la letra más que por individuos atacados de locura religiosa, enfermedad que siempre camina á la par de desarreglos y aberraciones de la vida sexual, porque descansa en las mismas modificaciones patológicas del cerebro. Pero, en principio, el cristianismo no ha renunciado nunca á ese dogma; la Iglesia ha canonizado á esposos que, durante un largo matrimonio, no se han llegado el uno al otro; las relaciones sexuales continúan siendo en teoría un pecado á sus ojos, por más que en la práctica las tolere. En el curso de los siglos, esta influencia constante del cristianismo ha traído á la Humanidad civilizada al punto en que hoy se encuentra: á creer que el amor sexual es una vergüenza, que la continencia es una virtud, que la satisfacción del instinto fundamental de todo ser viviente es un pecado digno de los mayores castigos.

No es que en el cristianismo tengamos menos apetitos que en el paganismo; no es que en él busquemos y obtengamos menos el favor de las mujeres; pero, nos falta el sentimiento exacto, ennoblecido por el corazón, de que nos entregamos á un acto loable; por el contrario, nos persigue la idea de que andamos por sendas prohibidas, que meditamos un crimen que debe permanecer oculto; la obligación del disimulo y la hipocresía, y la necesidad de esconder el fin natural de nuestra inclinación: la posesión de la persona amada nos envilece; nos vemos condenados á una eterna mentira hacia nosotros mismos, hacia el ser amado y para con los demás hombres. La moral cristiana no admite que el amor sea legítimo; por eso no hay lugar para el amor en las instituciones que esta moral anima. El matrimonio es una de ellas, y la moral cristiana influye en su carácter. Según las ideas teológicas, no tiene nada común con el

amor del hombre á la mujer. Si éstos se casan, es para cumplir un sacramento, no para pertenecerse uno á otro en el amor. Más agradables serían á Dios si no se casasen. El sacerdote que delante del altar une á los dos novios, pregunta á la mujer si está dispuesta á seguir al hombre como esposa y obedecerle como á dueño. No pregunta si le ama, porque no reconoce la legitimidad de tal sentimiento, y para él, la unión que consagra tiene un fundamento en la solemne promesa hecha ante el altar, pero de ningún modo en el instinto orgánico humano que impele dos seres uno hacia otro y los une el uno al otro.

Toda la situación oficial de la sociedad en lo tocante á la vida sexual, se halla determinada por estas ideas de dogmática cristiana sobre la culpabilidad del amor carnal, es decir, del único amor natural y sano. El matrimonio es sagrado: nadie tiene derecho á faltar al mandamiento de fidelidad, aunque esta fidelidad no proporcione la más ligera satisfacción al corazón de los esposos. La mujer se ha casado sin amor; conoce más tarde á un hombre que despierta su pasión: la sociedad no admite la posibilidad de hecho semejante. ¡Cómo! ¿La mujer ama? ¡No, no puede ser! Una cosa como el amor no se admite. La mujer está casada, y eso es todo lo que podía pretender. Tiene un marido á quien la une un deber que ha aceptado con juramento; fuera de este deber, el mundo nada tiene que ver con ella. ¿Falta á él? pues es una culpable, y cae bajo la jurisdicción de la policía y bajo el desprecio de todos los que piensan rectamente. La sociedad da al esposo el derecho de matar á su infiel esposa, y si él es indulgente, encarga á los jueces que la prendan para hacer un escarmiento.

Una joven se enamora de un hombre; ha obedecido á las sugestiones de la naturaleza sin aguardar la inmixtión de un sacerdote ó un empleado civil. ¡Desgraciada de ella! La rechazarán de su comunidad las personas correctas. El hijo inocente, fruto de su error, conservará una mancha de la cual no podrá purificarse en toda su vida. El robo también está prohibido por la sociedad; pero los jueces tienen siempre piedad de un ladrón que, impulsado por el hambre, ha robado un pan, y le absuelven. Así, pues, la sociedad reconoce que el hambre puede ser á veces más fuerte que el respeto á la ley establecido por ella. Pero no perdona á la mujer que, á pesar del matrimonio, ni á la joven que, sin el matrimonio, han amado. No tiene excusa ninguna para la transgresión de la ley por la cual ha regulado la relación de los dos sexos. No admite que el amor haya sido tan fuerte como el hambre para desafiar la ley escrita. ¿No es verdad que esta ley y esta moral parecen haber sido imaginadas por ancianos agotados y osificados, ó por eunucos? ¿Es posible que tales ideas rijan hace siglos una sociedad en que los eunucos y los ancianos están, sin embargo, en minoría, y que comprende mujeres de veinte años y hombres de veinticinco?

Pero no: tales ideas no rigen la sociedad que se ha arreglado amistosamente con la ley inhumana y la moral sin corazón; finge respetarlas abiertamente, y en secreto se burla de ellas. Su negativa á reconocer el amor es pura hipocresía. Descúbrese ante el juez que condena á la mujer adúltera, ante la mujer altiva que arroja de su presencia á su hija seducida; pero aplaude á rabiar al poeta que canta el amor sin aludir al matrimonio. Todos declaran públicamente y con tono lleno de unción, que es pecado obedecer á los impulsos del corazón;

pero en secreto obedecen á los impulsos del suyo, y no por eso se creen peores que si los desobedecieran. La teoría de la moral cristiana subsiste únicamente porque ninguno la observa. Una inmensa conspiración enlaza á toda la Humanidad civilizada y une á todos sus miembros en una alianza secreta, cuyos miembros se inclinan en la calle ante el dogma de los teólogos, pero en sus casas, sacrifican á la naturaleza; caen sin piedad sobre aquel que abiertamente se rebela contra la mentira general y tiene la audacia de confesar en la plaza pública los dioses á quienes adora, como todo el mundo, en el interior del hogar doméstico.

Para juzgar sin prevención la institución matrimonial, debemos, por difícil que esto sea, desembarazarnos de las preocupaciones en que nos han criado, y de las ideas de moral cristiana íntimamente enlazadas con todo nuestro modo de pensar. En oposición al teólogo, hay que considerar al hombre como una criatura de la naturaleza y en conexión con el resto de ella; si se quiere juzgar la legitimidad de una institución humana, preciso es preguntarse si esta institución está basada en los instintos fundamentales y vitales de la Humanidad.

Si aplicamos esta regla á la institución del matrimonio, dudoso es que resista á la crítica, porque parece muy difícil probar que sea el estado natural del hombre. Hemos visto que la organización económica de la sociedad conduce al matrimonio por interés, y que la moral cristiana prohibe el reconocimiento del amor. Pero una última y penosísima cuestión se presenta: ¿el matrimonio es sólo una mentira en cuanto la mayor parte de los esposos no han buscado en él la posesión del individuo, sino del porvenir material, y es sólo una violencia,

puesto que la moral cristiana no quiere admitir que al lado del lazo consagrado por el sacerdote hay también algo que se llama el amor? Tal cual hoy existe en la Humanidad civilizada, ¿no es más bien, en general, una forma desnaturalizada de las relaciones entre ambos sexos? Como lazo establecido para toda la vida, ¿no sería también una mentira, si la gente sólo se casase por amor y concediese á la pasión todos sus derechos naturales?. . . . .

En lo que concierne á las relaciones entre ambos sexos, estamos hoy tan distantes del estado natural, que es en extremo difícil reconocer con certidumbre lo que es fisiológicamente necesario y lo que se ha falseado, lo que se ha producido artificialmente, y en la serie de los siglos ha acabado por tomar natural apariencia. Un atento examen de los más íntimos movimientos del corazón humano y la vida animal superior, parece conducir á un resultado muy desanimador para los partidarios del orden existente. Tal como está desarrollado entre los pueblos cultos, el matrimonio descansa en principio sobre el reconocimiento exclusivo de la monogamia. Pero parece que la monogamia no es un estado natural del hombre, y que existe, desde el origen, una contradicción entre la organización social y el instinto del individuo. Esta contradicción debe provocar incesantemente conflictos entre la moral y el sentimiento, y hacer del matrimonio una constante mentira; ninguna reforma podría remediar bastante en esto para que la unión monogámica de dos esposos fuese en todas circunstancias sinónimo de solidaridad interior ó inclinación sexual del uno por el otro. . . . .

La organización del matrimonio en general descansa, como he tratado de demostrar, sobre la idea más ó

menos exacta de que el interés de conservación de la especie exige cierta vigilancia del instinto sexual por el Estado. Pero este interés no exige en modo alguno una alianza contraída por toda la existencia entre un solo hombre y una sola mujer. Semejante alianza no la impone el instinto de conservación individual, es una consecuencia de la organización económica de la sociedad, y por este motivo tan pasajera, sin duda, como esta organización. La idea de que el matrimonio debe revestir la forma monogámica, idea establecida con toda claridad en las leyes y en las costumbres, ha nacido evidentemente de un razonamiento por este estilo: «En una sociedad que no conoce ninguna solidaridad económica, en la que cada cual trabaja para sí y deja perecer á su prójimo sin ocuparse de él, los hijos se morirán de hambre si los padres no los crían. La madre no puede proveer por sí sola al mantenimiento de sus hijos, porque en esta misma sociedad egoísta, la mujer, que es la más débil, ve cerradas completamente, por el hombre que abusa de su fuerza, todas las profesiones lucrativas y fáciles, es decir, todas aquellas que son las únicas que podría ejercer; su propio trabajo apenas basta para alimentarla; sería, pues, insuficiente para alimentar á sus hijos. Es preciso, por tanto, obligar al padre á que ayude á la mujer en este caso. Pero esta obligación no puede ejercerse con eficacia si no se forja una cadena que enlace indisolublemente al hombre á la mujer á quien quiere hacer madre. Esta cadena es el matrimonio de por vida. Y á fin de que pueda establecerse fácilmente cuál padre debe proveer al mantenimiento de cual hijo, cada hombre no debe tener hijos más que de una sola mujer, y cada mujer no debe tener hijos más que de un solo hombre. Tal es la monogamia.

Ahora la situación es clara y sencilla. «¿Quieres poseer una mujer? Pues oblígate antes á trabajar toda tu vida para ella y para los hijos que puedan resultar de vuestras relaciones. Si, más tarde, te cansas de esta mujer, peor para tí. La tienes y debes conservarla. ¿Adviertes que te has engañado en tu elección, que al creer que la amabas te has engañado á tí mismo? Pues antes de hacerlo debías haberlo pensado con madurez. Tu excusa no puede admitirse. ¿Que ahora te consumes por otra? Eso no nos importa á nosotros. Debes continuar soportando á tu mujer y á tus hijos; yo, la sociedad, no tolero que te zafes de ellos para echarlos sobre mis hombros».

El instinto de la conservación de la especie no deja de ser activo mientras ésta posee fuerza vital. En una organización económica fundada sobre el egoísmo, la monogamia de por vida es el único medio que tiene la especie para asegurar la vida de las mujeres y los hijos. Nuestras instituciones económicas debían regir nuestras instituciones matrimoniales; en la práctica, el matrimonio se ha convertido en un medio de satisfacer el egoísmo de los padres, puesto que no se hace por amor, según las leyes de selección y en interés de la prole; á pesar de esto, sigue siendo únicamente una institución dictada por el interés, mal entendido, de la conservación de la especie, y creada, no para los padres, sino para los hijos. La generación adulta se sacrifica siempre, en teoría, á los recién nacidos y aun á los que todavía no han visto la luz; las necesidades del estómago de los niños toman puesto preferente á la necesidad del corazón de los mayores; esto se verifica implacablemente en los países que están bajo la influencia completa de la teología cristiana, con algo más dulzura en aquellos en

que la emancipación ha esparcido ideas más naturales, más humanas. El catolicismo, que trata el amor como pecado, no permite la disolución del matrimonio y no admite que dos seres puedan haberse engañado uno acerca del otro, ó, si se han equivocado, que la felicidad de su vida exija su separación. Los pueblos emancipados del catolicismo reconocen que el amor existe, que tiene derechos, que puede afirmarse fuera del matrimonio, pero lo conceden á regañadientes, sólo á medias; sólo permiten la separación después de muchas dificultades; persiguen á los esposos divorciados con odiosas preocupaciones; llegan hasta á prohibir que el divorciado se case con la persona que ha motivado su divorcio, prohibición estúpida y cruel.

Desde el punto de vista de la egoísta organización económica, esto es perfectamente lógico; desde el de la fisiología y la psicología, por el contrario, surgen las más graves objeciones. El matrimonio se hace de por vida. Tomemos el caso más favorable: los dos esposos se aman realmente. ¿Durará este amor tanto como su existencia? ¿Puede durar tanto tiempo? ¿No obran con temeridad y ligereza al responder de la inalterabilidad de sus sentimientos? Los poetas—hay que hacerles esta justicia—que han embrollado y obscurecido la cuestión de modo casi absoluto, no tienen reparo ninguno en contestar: están seguros de que el amor verdadero dura eternamente. «Y dime, ¿cómo acabó el amor?—El amor que pudo acabar no era amor» —exclama Federico Haleu. «¡No era amor!» Eso es fácil de decir *á posteriori*. Todo aquel que no quiera hacerse ilusiones, podría citar al imprudente poeta cien ejemplos de relaciones anudadas con gran pasión, y que no por eso se han dejado de enfriar rápidamente y por completo. Si el poeta insis-

tiera en contestar «que no era duradero aquel amor», debiera decirnos en qué reconoce el verdadero amor, cómo le distingue del amor que no era amor, puesto que en el instante de su nacimiento y en su desarrollo, de corta duración por lo demás, el falso amor se parece al otro como dos gotas de agua; provoca, en los que le sienten, las mismas sensaciones, los impulsa á idénticos actos, aparece con igual cortejo de movimiento y ruído, de exaltación y desesperación, de ternura y de celos. Sin duda hay casos en que el amor sólo acaba con la vida. Críticos muy prosáicos encontrarán quizá que, aun en estos casos, su duración puede imputarse más ó menos á circunstancias favorables, á la fuerza de la costumbre, á la ausencia de desarreglos y tentaciones, en una palabra, á influencias independientes de la voluntad de ambos individuos. No negaremos, sin embargo, la existencia de estos casos en que la monogamia de por vida es un estado verdadero, justificado y natural. El bien exterior visible no deja nunca de ser expresión de una relación interior.

Pero si tales casos existen incontestablemente, son raros, y los mismos poetas convienen en ello. Ahora bien: ¿cómo deben conducirse los innumerables individuos que, en un momento dado, creen amar seriamente y luego, al cabo de unos meses ó unos años, ven que se han equivocado? ¿Deben apresurarse á unirse de por vida? Pronto dejarán de amarse uno á otro, y su unión llegará á ser tanto más insoportable cuanto si, en un principio, la realizaron sin inclinación. ¿Ó bien no deberán casarse hasta que hayan adquirido la firme convicción de que su amor durará hasta la hora de su muerte? Esto sería bastante difícil; no pudiendo reconocerse la verdadera naturaleza del sentimiento sino con el tiempo,

los enamorados habrían de esperar hasta su última hora para poder decir con toda seguridad: «Efectivamente, nuestro amor era verdadero; ha durado toda la vida; ahora, con toda confianza, podemos hacer..... que nos entierren juntos». Si se exigiera como condición previa del matrimonio prueba tan concluyente y tan severa, la humanidad debería sencillamente renunciar al matrimonio. Es una fortuna para Romeo y Julieta el haber muerto tan jóvenes. Si la tragedia no terminase en el quinto acto, no estoy seguro de no oir á poco hablar de desacuerdo entre aquellos jóvenes encantadores. Mucho me temería que al cabo de unos cuantos meses Romeo hubiese tomado una querida, y Julieta se hubiera consolado de su abandono con algún hidalgo veronés. Esto sería espantoso; ¡un proceso de divorcio como epílogo de la escena del balcón! Y hasta voy más allá: tales como conozco á Julieta y Romeo, esto hubiera seguramente sucedido, porque los dos son muy jóvenes, muy apasionados, muy poco razonadores y muy volubles; un amor que nace en el baile, á la vista de una cara bonita, no sobrevive por lo general, como todos sabemos, á muchas noches en cuyo amanecer se cree oir «el ruiseñor y no la alondra». ¿Pero se han amado menos por eso Romeo y Julieta? ¿Quién osaría sostenerlo? ¿Y hubieran debido no casarse? Esto hubiera sido un pecado mortal, tanto desde el punto de vista moral como desde el punto de vista poético. Sin embargo, si su matrimonio hubiera acabado mal, no tendríamos aquí una razón contra su amor, si no contra la razón de ser del matrimonio, desde el punto de vista antropológico.

La verdad es que de cada 10.000 parejas apenas se halla una en que marido y mujer se amen mutua y exclusivamente toda la vida, y que inventaría la monoga-

mía si no estuviera ya inventada. Pero en este mismo número hay seguramente 9.900 parejas cuyos miembros han experimentado, en cierto momento, el deseo violentísimo de unirse el uno al otro, eran dichosos cuando podían hacer, sufrían amargamente cuando no podían, y que, sin embargo, después de un lapso de tiempo más ó menos largo, han llegado á experimentar sentimientos en un todo diferentes, y hasta contrarios, hacia el objeto de su ardiente inclinación. ¿Estas parejas tienen derecho á casarse? Indudablemente la unión debe hasta ser reclamada en interés de la especie. ¿Pero la monogamia de por vida será siempre compatible con su felicidad? Nadie se atrevería á asegurarlo.

El hecho es que el hombre no es un animal monógamo; todas las instituciones que descansan sobre la hipótesis de la monogamia son más ó menos opuestas á la naturaleza, más ó menos incómodas para ella. Ideas tradicionales muy profundamente arraigadas á fuerza de pasar de padres á hijos, no prueban nada contra este hecho. Prestad atento oído á las voces calladas y discretas que murmuran en el corazón de los amantes: ¿el ser amado llena de tal manera al ser amante que no deja lugar ninguno á un deseo, ni siquiera á una atención que tenga por objeto otro ser? Lo niego. Toda persona sincera confesará que hombre y mujer, aun en el paroxismo de un amor reciente, guardan todavía en su alma un rincón obscuro adonde no llegan los rayos de la pasión del momento, y en donde se refugian los gérmenes de otros deseos y otras simpatías. Por honradez, encerramos estrechamente esos gérmenes; no les permitimos que se desarrollen en seguida, pero tenemos conciencia de que existen, y sentimos que pronto adquirirían fuerza de no oponernos á su expansionamien-

to. Por chocante que esto pueda parecer, diré que se puede amar á la vez á varias personas con casi la misma ternura, y no se necesita mentir para declarar á cada una de ellas su pasión. Por enamorados que estemos de una persona, no por eso dejamos de ser accesibles á la influencia del sexo entero. La mujer como el hombre, por honrados que sean y enamorados que estén, sienten siempre la atracción natural del sexo opuesto, y bastan unas circunstancias favorables para que esta atracción universal se convierta en punto de partida de una mera inclinación por un individuo determinado, del mismo modo que el primer amor no era sin duda más que la concentración de la inclinación general hacia el otro sexo en una sola persona, generalmente la primera persona á quien se ha tenido ocasión de conocer bien.

No pierdo de vista, al expresarme así, ni á las mujeres castas, ni á los hombres honrados que saben dominarse. No hablo de las mujeres nacidas con disposiciones de cortesana ni de los hombres que han venido al mundo para ser unos desarreglados; el número es mucho más grande de lo que querría confesar la moral codificada. La fidelidad absoluta no existe en la naturaleza humana; no es una necesidad fisiológica del amor; si la exigimos, es por egoísmo. El individuo quiere reinar como único señor sobre la persona amada, absorberla completamente, no ver en ella más que su propia imagen, porque este es el goce supremo del egoísmo. Del mismo modo que tenemos particular conciencia de nuestra fuerza cuando hemos vencido á un adversario en un combate libre de hombre á hombre, lo mismo sentimos con más intensidad y más delicia nuestra propia individualidad cuando nos reconocemos plenos poseedores de otra persona. Reclamar la fidelidad no es, pues, otra

cosa que querer marcar, tan amplios como sea posible, los límites de nuestra propia acción sobre un ser extraño; los celos son el sentimiento dolorosísimo de la estrechez de esos límites. Puede, pues, una persona ser muy celosa y no amar, como puede vencer á un camarada en un juego de fuerza y de destreza sin odiarle. En uno y otro caso se trata de la vanidad de sentirse fuerte; es una cuestión de superioridad, de gimnasia psíquica, y se reclama la fidelidad sin creerse por eso obligado á la recíproca. Esta falta de reciprocidad es la prueba mejor de que la fidelidad no se pide para fin natural del amor, en interés de la propagación, sino que es un producto del amor propio, la vanidad y el egoísmo. Si se tratase de una necesidad orgánica, se comprendería la fidelidad del hombre como un deber tan inviolable como la fidelidad de la mujer; pero como se trata de una exigencia puramente egoísta, el egoísmo del más fuerte ha debido vencer al más débil en el desarrollo de las costumbres; y como el hombre es el más fuerte, ha hecho las leyes, las costumbres, todo el modo de ser, en ventaja propia y en desventaja de la mujer. Exige á ésta la fidelidad absoluta, pero no se cree obligado á guardársela. Si la mujer la olvida, comete una falta grave, cuyo menor castigo es el desprecio general; si es él quien la da al olvido, no se trata más que de un mal paso que la ley no castiga, del que la sociedad se ríe discretamente y con todo su corazón, y que la mujer perdona con lágrimas y besos, suponiendo que lo haya tomado en serio. Esta injusticia, que consiste en tener dos balanzas, es acrecida por la circunstancia de que si es la mujer quien peca, siempre es pasiva; una fuerza superior, independiente de su voluntad, la induce á la tentación; sucumbe á un poder más fuerte que su resis-

tencia. Pero cuando el hombre peca, es activo; fuera de la Biblia, José aparece poco en el mundo, y Putifar también es rara; el hombre toma la iniciativa de la falta, la busca voluntariamente y la comete con premeditación, desplegando todas sus fuerzas, y á despecho de la defensa que se le opone.

En la India es donde ha ido más lejos el egoísmo en este camino. Allí, comprende la posesión de la mujer de modo tan absoluto, lleva tan lejos la exigencia de la fidelidad, que obliga á la viuda, y aun á la prometida, á seguir en la hoguera al esposo ó al prometido muerto; pero el hombre que pierde á su mujer no necesita arrancarse un cabello, y con general aprobación puede pasar derechamente desde la ceremonia fúnebre á un nuevo lecho nupcial. En Europa, el egoísmo del hombre no ha revestido formas tan desastrosas. Sólo algunos poetas sentimentales é histéricos se han decidido á reclamar una fidelidad que sobrevive al ser amado, y nos muestran enamorados que se condenan á duelo y continencia eternos porque no han podido casarse con el ser amado ó porque éste ha muerto. Tales soñadores tenían, por lo menos, el buen sentido de exigir la misma obligación á los dos sexos. Sin embargo, los lectores razonables no creen en estas figuras, y las tienen, en cuanto pudieron ser imitadas de la realidad, por criaturas degeneradas ó enfermizas, que convierten en virtud poética un estado patológico del cuerpo y el espíritu. En la práctica, lo mismo que en la teoría, el europeo admite que el amor puede cesar, que se puede amar varias veces y que la fidelidad no necesita sobrevivir al amor; admite perfectamente que un viudo vuelva á casarse. Si alguna vez la mujer hubiera sido más fuerte que el hombre, nuestra manera de ser en este punto sería muy distinta.

La ligereza de la mujer hubiera sido una adorable debilidad que tenía su lado bonito, mientras la infidelidad del hombre habría tenido capital importancia. Hubiérase pedido al hombre fuera del matrimonio, y especialmente antes del matrimonio, la castidad que hoy se exige á la mujer. Don Juan se llamaría doña Juana, y lloraríamos sobre el pobre Otelo, inocente, á quien Desdémona, en sus salvajes celos, ahogaría.

No se me oculta la enorme dificultad que existe para hacer independiente de nuestra moral y nuestras costumbres actuales la cuestión de la fidelidad y natural duración del amor. Observando los animales superiores, fácilmente veremos que en ellos la pasión del macho por la hembra no dura más que lo que el celo, y no se prolonga en todo caso más allá de lo que pudiera llamarse la luna de miel; y, en fin, que la felicidad recíproca, que sólo existe en algunas especies, no sobrevive al nacimiento de los pequeñuelos. En vano nuestro orgullo humano se resiste: aquí, en estas analogías del reino animal, gobernado por las mismas leyes vitales que la especie humana, es donde debemos de estudiar las costumbres humanas para saber si son naturales y necesarias ó si son arbitrarias y artificiales. Esta comparación nos llevaría á admitir que el amor, después de haber logrado su fin, cesa como el hambre cuando se satisface, y que el nacimiento del hijo cierra definitivamente para la mujer un acto de su vida amorosa; que un nuevo acto, con una nueva decoración, puede empezar. Si tal es, según todas las apariencias, el estado verdadero y natural del amor en el hombre, la monogamia duradera no tiene ninguna justificación orgánica; después de la luna de miel, ó al menos después que nazca el primer hijo, debe convertirse en una cosa inútil, una mentira, y pro-

vocar conflictos entre la inclinación y el deber, aun en el caso de que, en su origen, el matrimonio se haya contraído por amor.

Indudablemente, una porción de argumentos vienen á batir en brecha una demostración cuya consecuencia lógica no podía ser otra que la abolición del matrimonio y la vuelta al apareamiento libre á modo de los animales. Este es el primer argumento. Puede que el hombre, en virtud de su natural instinto, sea polígamo, que tenga tendencia á entrar en relaciones con más de un individuo del otro sexo; pero tiene también otros instintos, y precisamente la tarea de la civilización es enseñar al hombre que puede combatir y vencer sus instintos cuando los juzgue malos. Por desgracia, este argumento no convence; habría que probar, ante todo, que el instinto monogámico perjudicaría á la existencia y desarrollo de la humanidad; sólo en este caso estaríamos autorizados á considerarle malo. Preciso es también decir que la civilización, que ha conseguido dominar otros instintos, no ha logrado nunca ahogar el instinto poligámico, por más que la Iglesia le amenaza con las penas del infierno y la ley y la moral oficial le condenen. En los países civilizados, el hombre vive en estado de poligamia, á despecho de la monogamia legal; de cada 100.000 hombres apenas se encontrará uno que, en su lecho de muerte, pueda jurar que en toda su vida ha tenido relaciones con una sola mujer; si las mujeres observan más severamente el precepto de la monogamia, no es porque muchas veces no tengan ganas de infringirle, sino porque los guardianes de la moral oficial vigilan con más cuidado á la mujer y castigan más duramente sus rebeldías que las del hombre. Un instinto que con tal tenacidad y con tanto éxito resiste á las leyes y

á la costumbre, debe, sin embargo, tener fundamento más hondo que los demás instintos que la civilización ha logrado dominar.

Veamos otro argumento de más fuerza. El amor humano, que en el fondo no es más que el deseo de poseer á un individuo determinado, teniendo en cuenta la reproducción es algo más que esto: es también una alegría que hace experimentar el lado moral del ser amado; es también amistad. Este elemento del amor sobrevive al elemento fisiológico. Sin duda lo que se siente por lo persona querida después de la posesión no es lo que se sentía antes. Pero siempre es algo elevado y poderoso, que puede crear el deseo, más aún, la necesidad de una existencia común para la vida, existencia que no tendría su razón de ser en el fin natural del matrimonio, la reproducción, sino en la necesidad que un ser de superior cultura siente de fomentar á un ser de cultura semejante. Aun en el alma más fiel, por fuerte que haya sido en su origen la pasión, el amor, después de la luna de miel ó después de nacido el primer hijo, sufre esta transformación, en la cual no le pesan aún las cadenas del matrimonio, pero que ya no es preservativo seguro contra una nueva pasión.

Otras circunstancias hay que facilitan á la voluntad la lucha contra los instintos poligámicos. Si la vida en común de dos seres que se han amado un momento y han experimentado por esto que tienen disposiciones casi armónicas el uno para el otro; si esta vida, digo, ha durado algún tiempo, se convierte en una costumbre que favorece poderosamente la fidelidad. Es posible que al cabo de algún tiempo no sientan ya el menor amor uno por otro, ni siquiera amistad, pero la comunidad subsiste, sin embargo, y subsiste sólidamente. Del mismo

modo que en el fenómeno de petrificación todos los elementos de la raíz de un árbol, por ejemplo, desaparecen poco á poco y son reemplazados por materias terrosas en un todo extrañas, que se insinúan en el lugar de las materias orgánicas y dejan intacta la forma general, hasta que ya no existe nada del tejido vegetal, sin que el aspecto exterior de la raíz haya padecido nada, lo mismo en esta transformación de sentimientos la costumbre reemplaza imperceptiblemente, partícula á partícula, al amor que se desvanece, y cuando éste ha desaparecido por completo, la forma del lazo vital entre los dos esposos subsiste; esta forma, aunque rígida y fría, es, sin embargo, resistente y duradera.

Si el matrimonio produce hijos, á ellos pasa la ternura de los padres; en el alma de los hijos crece un nuevo amor que se enlaza por igual en torno á los dos padres y los reune como una planta trepadora que con sus largas ramas abraza dos árboles, los liga indisolublemente, los cubre de fresco follaje y de flores cuando ya están marchitos y muertos. Además, como á medida que dura el matrimonio, los cónyuges envejecen, el instinto amoroso se debilita por causas naturales, y si los gérmenes de nuevas inclinaciones no mueren, no desaparecen, la voluntad y la inteligencia pueden, sin embargo, impedir más y más fuertemente su desarrollo. Por último, después de una aurora de amor, queda para toda la vida un dulce y profundo recuerdo que predispone al reconocimiento hacia el ser á quien se ha amado, y nos lleva igualmente á unirnos á él. Por todas estas razones puede ser oportuno, por regla general, aparear á los seres humanos por la monogamia y de por vida, aun cuando sus disposiciones físicas y morales los hubieren arrastrado á relaciones múltiples, simultáneas ó sucesivas.

Pero habrá siempre muchos casos en que nada preserve de una nueva pasión, ni la amistad que acompaña al amor, ni el reconocimiento que éste deja, ni la costumbre, ni la edad, ni el lazo de una parte común en la existencia de los hijos. En estos casos, la fidelidad se suprime, y el matrimonio deja de estar justificado. La sociedad admite la posibilidad de estos casos, y en los países más adelantados ha establecido el divorcio. Pero no por eso la naturaleza ha conquistado todavía sus derechos. El prejuicio hipócrita, que se apega al principio severamente monogámico, persigue á los divorciados esposos y los hiere, rebajándoles á la categoría de personas que no son del todo respetables. Las naturalezas algo débiles y temerosas se sienten inclinadas á preferir la mentira á la verdad, á engañar á su cónyuge más bien que á explicarse sinceramente con él, á evitar la suerte de los divorciados, estacionándose cobardemente en una unión manchada y que ya se ha hecho criminal. La sociedad debe acostumbrarse á ver en los divorciados seres, criaturas animosas y sinceras que no descienden á compromiso ninguno con su conciencia, que rompen con resolución la forma desde el momento en que ésta pierde su significación y en que sus sentimientos se rebelan contra ella. Solamente esta manera de ver, generalizada, volvería al corazón humano sus derechos, al matrimonio la verdad y la santidad, quitaría al libertinaje y la inconstancia la careta del amor, y haría del adulterio un crimen abominable que sólo cometerían las naturalezas más corrompidas y vulgares.

Nos hemos preguntado si la unión con un solo ser y de por vida está conforme con la naturaleza humana y no debe degenerar necesariamente antes ó después en una mentira, aun cuando en su origen hubiese sido con-

traída por amor. Pero ¡cuán lejos estamos todavía de un estado que hiciese comprender á la sociedad lo necesario de semejante información! Antes de abordar la solución del supremo problema antropológico—saber si el hombre sólo ama una vez y no puede ejercitar sus instintos más que con un solo ser del sexo contrario—sería preciso procurar más que nada que todo matrimonio tuviera por base necesaria el amor, y que el lazo oficial, al menos en el momento de formarse, descansase sobre una atracción recíproca. Pero la actual organización económica de la sociedad se opone á ello. Mientras el hombre no esté seguro de hallar trabajo, y con él un agradable bienestar, buscará siempre en el matrimonio su ventaja material, ó, si no puede lograrla, le temerá y preferirá las innobles satisfacciones que la prostitución le ofrece, ó relaciones pasajeras que no le imponen responsabilidades ó sólo se las imponen muy débiles. Mientras la mujer tenga como única salida el matrimonio, le aceptará siempre sin preocuparse del amor, á riesgo de verse después desgraciada ó perdida moralmente.

La mente de la mujer, sobre todo, no se modificará en nada por los empíricos que preconizan su emancipación como remedio el más grave entre los males sociales. No haré una crítica profunda de esta emancipación; quiero sólo hacer notar en algunas palabras que, puestos los dos sexos en situación exactamente igual, la lucha por la existencia revestiría formas aún más horribles que las que actualmente reviste. Siendo más débil la mujer, rival del hombre, sería aplastada sin piedad en muchas cuestiones industriales. La galantería es una invención debida al bienestar y al ocio. La necesidad y el hambre suprimen este sentimiento, con el cual, sin em-

bargo, cuentan las mujeres, puesto que se imaginan un mundo en que la mujer luche con el hombre por el bocado de pan. El hombre deberá hacer por sí solo los trabajos más difíciles, que son, precisamente, los más necesarios; los cotizará más altos que los de la mujer, y, como sucede hoy, pagará más barato el trabajo femenino que el suyo propio. ¿Por qué? Porque tiene la fuerza de convertir su manera de ver en ley y hacer triunfar su voluntad sin más razón que ésta. En la civilización, la mujer tiene una situación elevada y magnífica, porque se contenta y se satisface con ser el complemento del hombre y reconocer su superioridad material. Pero si intenta poner ésta en duda, pronto se ve obligada á reconocer la realidad. La mujer plenamente emancipada, independiente del hombre, enemiga suya por cuestión de intereses en muchos casos, será sobrepujada bien pronto. Entonces vendrá la lucha, la lucha brutal; ¿quién saldrá vencedor de ella? No es posible la duda. La emancipación pondría necesariamente al hombre y la mujer en la situación de una raza superior y otra inferior—porque el hombre está mejor armado que la mujer para luchar por la existencia—y el resultado sería que la mujer caería en una dependencia y una esclavitud peores que la esclavitud y dependencia de que la emancipación quiere librarla. El objeto de los que predican la emancipación es hacer posible á la mujer la vida sin marido y la renuncia al matrimonio. Esta manera de curar un mal tiene el mismo valor que el de un filántropo que, por ejemplo, en época de hambre viniese á proponer los medios más convenientes para conseguir que la gente perdiese las ganas de comer. Se trata de dar de comer á los que tienen hambre, no de enseñarles á pasar sin alimento.

Y vosotros, extraños abogados de las víctimas de nuestra civilización, no debéis facilitar á la mujer el desprecio del matrimonio, sino asegurarle su parte natural en la vida de amor en la Humanidad. En el capítulo anterior he declarado como un deber de la sociedad el cuidado de los hijos, asegurarles la instrucción completa, y, siempre que esto sea necesario, mantenerlos hasta que estén en condiciones de ganarse la vida por sí mismos; igualmente miro como un deber de la sociedad proteger á las mujeres necesarias á la reproducción, contra la privación física. El Estado debe á la mujer protección y sostén. El papel del hombre en la vida de la especie es ganar el pan necesario, conservar y defender la generación que vive; el papel de la mujer es conservar la especie, mejorarla por la selección, proteger á las generaciones futuras, provocar entre los hombres la lucha cuyo premio es, y en la cual los más hábiles combatientes conquistan el más rico botín. Como niña, la mujer debe recibir los beneficios de la educación general de la juventud; más tarde debe de tener derecho, si lo necesita, á una existencia asegurada, ya en la casa paterna, ya en establecimientos especiales. Es preciso que la sociedad llegue á comprender lo vergonzoso que es que en el seno de un Estado culto una mujer—joven ó vieja, fea ó guapa—pueda estar en la indigencia. En una sociedad transformada según estos principios, la mujer no tiene que cuidarse del pan cuotidiano; sabe que, casada ó soltera, está al abrigo de las privaciones; los hijos son mantenidos é instruídos por el Estado; el hombre no puede esperar procurarse por dinero tantas cuantas mujeres necesite, porque la mujer no le servirá ya de mediadora. En semejante sociedad, la mujer sólo se casará por inclinación; el espectáculo de una vieja

soltera que no haya encontrado marido, será tan raro como el de solterones que, en una vida de libertinaje, gozan de todos los placeres del matrimonio sin tener sus cargas y limitaciones morales; la prostitución sólo se reclutará en una pequeñísima minoría de criaturas degeneradas, cuyos instintos de desorden no acepten disciplina ninguna, que no puedan vivir sino en el vicio y la vergüenza, y que absolutamente carezcan de valor para la conservación de la especie. Si no entran ya en el matrimonio las consideraciones materiales, si la mujer puede elegir libremente y no debe venderse, si el hombre se ve obligado á conquistar el favor de la mujer con su persona, y no con su posición y su fortuna, entonces la institución del matrimonio puede pasar, de embustera que es, á ser una verdad; entonces el espíritu sublime de la naturaleza presidirá á cada unión; todo hijo vendrá al mundo rodeado, como de una aureola, del amor de sus padres, y recibirá en su cuna el inapreciable don de la fuerza y la aptitud para la vida, don que toda pareja que se ha encontrado en afinidad electiva, transmite á sus retoños.

MENTIRAS VARIAS

I

Sólo el hecho de que el hombre, semejante á los animales que viven en rebaño, tenga necesidad de vivir con sus semejantes, puede hacernos comprender algunas de sus particularidades más primitivas y esenciales. Estas quedarían siendo inexplicables en absoluto, si hubiésemos de ver en él un ser solitario é independiente por naturaleza, y si alguna vez hubiera sido verdadero el cuadro que algunos antropólogos mal informados, pero dotados de viva imaginación, nos han trazado del hombre primitivo, á quien describen como cazador salvaje, enemigo de la especie, errando solo por los bosques, armado de un hacha y un cuchillo de piedra. Su instinto de solidaridad está fundado únicamente sobre su necesidad de vivir; la educación egoísta que le da la civilización ha podido debilitar y obscurecer este instinto, pero no suprimirle. Este instinto no tendría objeto, y, por consiguiente, no estaría justificado en un ser á quien su naturaleza y sus necesidades llevasen á una existencia solitaria, sin relación ninguna con los hombres, y ocupado solamente en satisfacer sus inclinaciones propias y sus intereses personales.

El instinto de solidaridad da por resultado que el hombre, en todas sus resoluciones y en todos sus actos, tiene presente sin cesar la idea de la especie, del reba-

ño, y se pregunta: «¿Qué dirán de esto los demás?» Y concede la mayor influencia sobre su conducta y sus pensamientos á la acogida que sus acciones y sus palabras han de encontrar en los demás hombres. La opinión pública ejerce sobre cada individuo un poder enorme, á quien ninguno puede escapar. Si en apariencia se rebela contra ella, esta rebelión se parece á ciertas oposiciones políticas que apelan del rey mal informado al rey mejor informado; tiene, por fin, declarado ó sobreentendido no ponerse por cima de la opinión pública, sino transformarla de tal manera que acabe por opinar como el mismo que protesta contra ella. El hombre que se traza un camino lo hace con la secreta esperanza de encontrar al término de su camino solitario, aunque sea muy tarde, una multitud humana. Timon quiere persuadirse á sí mismo de que los hombres le son ya indiferentes; pero en el fondo de toda su conducta y toda su existencia hay, sin embargo, la aspiración á una humanidad que responda á sus deseos y tendencias, y de la cual él también pudiera formar parte. El deseo de agradar á la opinión pública es, por regla general, aún más poderoso que el instinto de la conservación personal, porque muchos hombres sacrifican su vida, no por defender sus propios intereses, por apartar un peligro personal, sino por hacer algo de que hablen con elogio los demás; en otros términos, la opinión pública hace héroes. Los hombres vulgares han nacido para marchar en lo más espeso de la turba, para dejar que otros dirijan la marcha, designen las paradas, determinen las horas de la partida y del descanso, conduzcan el ataque y la defensa; otros hombres no tienen durante toda su vida más móvil que la opinión de los demás; nunca se atreven á seguir ideas propias ó á tener un gusto perso-

nal; en las grandes como en las pequeñas cosas obedecen á la opinión pública; desde el color de su corbata hasta la elección de su mujer, todo lo determinan atendiendo á sus compañeros, de los que no apartan la vista ni un solo instante.

Las poderosas individualidades, los naturales conductores del rebaño, se atreven más á ser por sí mismos; obedecen á sus propias ideas sin cuidarse de la aprobación ó censura de los demás. Pero si se les mira desde más cerca, se ve que ellos también están sostenidos por la secreta esperanza de obtener enseguida ó más tarde el asentimiento, si no de todos, al menos de los mejores. Hace falta un valor extraordinario para afirmar en voz alta una opinión personal sabiendo que al hacerlo así se pone uno en oposición con casi todos los que le rodean, por ejemplo, para defender la causa del pueblo bajo si se ha nacido aristócrata, como Catilina, ó para declarar la guerra á Roma si, como Lutero, se tiene una madre querida que cree á su hijo condenado al fuego eterno del infierno. Pero estos héroes tenían el consuelo de sentirse de acuerdo con minorías que esperaban convertir en mayorías. Otros no encontraron entre sus contemporáneos estas minorías simpáticas; sin embargo, la aprobación de un sólo ser, una mujer, un amigo, un hijo, les animaba en el combate contra las opiniones reinantes; si este consuelo les faltaba, fortificábales la convicción de que un día la humanidad sería más justa y más inteligente, y después de haberlos lapidado honraría su memoria.

Creo absolutamente inadmisible que por obedecer á una convicción personal, un hombre en plena posesión de sus facultades intelectuales se ponga de un modo persistente en oposición con la opinión pública si está

completamente seguro de que mientras haya hombres en el mundo su manera de obrar será eternamente condenada por todos, que ni aun una débil minoría le dará la razón, que todos los hombres le despreciarán ó le execrarán eternamente como un traidor, un cobarde, un pillo. En vano buscaríais el héroe, el mártir, que por una idea que él cree justa soportase esta exclusión definitiva é inapelable de la humanidad, este horrible aislamiento en el presente y en el porvenir, este odio ó esta aversión universal; no le encontraríais entre los hombres de sano espíritu. La opinión pública no es otra cosa que la conciencia de la especie, como la conciencia no es otra cosa que la expresión de la opinión pública en el ndividuo. El instinto vivo en todos de la conservación de la raza hace que la opinión pública, cuando está abandonada á su sentimiento natural y no obscurecida por prejuicios, no apruebe, por regla general, más que los actos que directa ó indirectamente produzcan el bien de la especie; no condene más que aquellos de los cuales resulte para la especie una pérdida más ó menos inmediata. En sentido inverso, la conciencia es el abogado de los intereses de la especie en cada alma humana, el representante que la opinión pública tiene en cada individuo, y por el cual éste se relaciona siempre con la humanidad, aun cuando viva solo completamente en una isla desierta del Oceano. El «imperativo categórico» de Kant no es más que la voz de este representante interior de la opinión pública. El que hace lo que reconoce como bueno, aunque sea contrario á su ventaja individual; el que cumpliendo su deber muere obscuramente como héroe, sin esperanza de ser nunca apreciado, obran así porque sienten en su interior una voz que los aprueba en nombre de la humanidad, porque tienen

el sentimiento cierto de que la opinión pública está enteramente con ellos, y sólo la casualidad la impide manifestarles abiertamente su aprobación. Imperativo categórico, conciencia, opinión pública, son, pues, en su esencia, una misma cosa: formas en que el individuo afirma la solidaridad de la especie.

Antiguamente la opinión pública era algo inaccesible; carecía de cuerpo y de contornos precisos; nacía sin saber cómo; se componía de mil pequeños detalles: de una palabra pronunciada por un príncipe ó un alto personaje, de una inclinación de cabeza hecha en una taberna por un miembro importante de cualquier corporación, de la charla de una comadre en visita, en el mercado ó en la tertulia. La opinión pública no tomaba forma determinada más que en la jurisdicción de honor introducida, no por la ley, sino por la costumbre; cada estado, y en particular cada corporación, ejercían esa jurisdicción sobre sus propios miembros; un juicio sin apelación posible á otra jurisdicción superior, aniquilaba moralmente á aquel á quien hería, y con más seguridad que lo hubiera hecho la sentencia de un tribunal propiamente dicho. Hoy, por el contrario, la opinión pública es una fuerza sólida provista de un órgano que todo el mundo reconoce como su representante plenamente autorizado: este órgano es la prensa.

Enorme es la importancia de la prensa en la moderna civilización; su existencia, el lugar que ocupa en la vida del individuo como en la vida de la sociedad, caracterizan nuestro tiempo mucho más que todos los descubrimientos maravillosos que han cambiado de arriba abajo las condiciones materiales é intelectuales de nuestra vida. El gran desarrollo del periodismo coincide con estos descubrimientos, y es uno de sus efectos, y fuera

de ellos no nos le podemos representar. Imaginemos nuestro siglo en posesión del camino de hierro, el telégrafo, la fotografía y los cañones Krupp, pero sin más periódicos que las hojas semanales de anuncios y revistas como eran los del siglo anterior; imaginémosle, por otra parte, con la antigua diligencia que tarda diez días en ir de París á Berlín, con las velas de sebo y las despabiladeras y el fusil de platino, pero en posesión de los periódicos políticos actuales; veremos entonces que en el primer caso, mucho más que en el segundo, se parecería nuestra época á las anteriores, y que la fisonomía que la prensa da á nuestra cultura contemporánea, distingue á ésta de la precedente con más fuerza que los demás rasgos que caracterizan la vida moderna. Nadie discute la importancia de la prensa, á quien se llama «el cuarto poder del Estado», es decir, un poder que, con los otros tres, el Soberano, la alta Cámara y la Cámara popular, hace leyes y gobierna. Verdad es que hoy en ningún Estado europeo se puede gobernar de un modo verdadero sin la colaboración de la prensa ó á despecho de su resistencia, y que sin ella no se pueden mantener las leyes. Emilio de Girardin, en un acceso de humor paradógico, negó el poder de la prensa. Los que ven poco podrán darle la razón; los que ven más se encogerán de hombros. Es verdad que los periódicos no podrán hacer que prevalezcan siempre sus ideas; el primer diario del mundo podrá pedir inútilmente que se despida de la Administración pública á un empleadillo grosero, y con más razón no podrá impedir que se vote una ley, no podrá sostener ó echar abajo un Ministerio, conseguir que se adopte esta ó la otra política. Pero si todos los periódicos de un país persiguen con tenacidad un mismo objetivo, ó repiten sin cansarse, durante me-

ses, durante años, ideas expresadas de un modo algo general, si traen siempre á sus lectores al mismo punto de vista, en este caso no hay nada que no acaben por obtener; gobierno, legislación, moral, hasta miras filosóficas, nada les resistirá.

¿En qué descansa la influencia é importancia de la prensa? Alguien ha tratado de asignarla como papel más importante servir de intermediaria á las relaciones comerciales. No tenemos por qué ocuparnos de esas gentes que en un periódico no leen más que la plana de anuncios. El periódico da también noticias; pero no es aquí donde reside su fuerza: como simple crónica de los sucesos del día, el periódico no tendría mejor situación que un barbero de aldea, rival suyo en el conocimiento de los incidentes del barrio. Un diario que sólo insertase noticias escuetas no inquietaría al gobierno, pero tampoco interesaría al público. Otros hacen vivir á la prensa para instruir á las masas, vulgarizar los resultados de las investigaciones científicas; pero tampoco es ésta su principal acción, porque, de una parte, la vulgarización de las ciencias por la prensa diaria no tiene gran importancia, y por otra parte, la experiencia prueba que el mejor periódico científico-popular causa en el ánimo de los lectores una impresión infinitamente menor que la que produce el más insignificante periódico político. No, no es el anuncio, ni la noticia, ni siquiera el artículo científico los que dan á la prensa un poder en el Estado y su influencia en la civilización, sino su tendencia, el pensamiento político ó filosófico que la dirige y que aparece con más ó menos claridad, no sólo en el artículo de fondo, sino también en la elección y disposición de las novedades, en el arreglo de las noticias, en la manera de presentar todos los hechos que registra. Si la

prensa no hiciera más que contar incidentes, caería en la categoría de un simple medio de comunicación de poca importancia para la cultura. Pero prueba y critica los sucesos del día, juzga los actos, las palabras y hasta los designios declarados ú ocultos de los hombres, alaba ó censura á éstos, los anima ó los amenaza, los recomienda al pueblo para que los ame y los imite, ó bien se los presenta como objeto de horror y de desprecio; personifica la opinión pública, y se arroga sus derechos; ejerce la facultad de castigar hasta en su forma más terrible, la proscripción y el aniquilamiento moral; en una palabra, aspira al papel de conciencia pública.

Pero, se me dirá, ¿quién posee los más altos atributos de la opinión pública, y de quién los ha recibido? ¿De dónde saca el derecho de gobernar en nombre del interés público, juzgar, derribar las instituciones vigentes, establecer un ideal de moral y legislación? ¿De quién recibe su mandato el periodista? A la primera aparición de una prensa que obraba en nombre de la opinión pública, los gobiernos se hicieron esta pregunta, y como de entonces acá no han encontrado respuesta que pueda satisfacerles, han perseguido siempre á la prensa, tratando de destruirla ó al menos de tenerla bajo su férula, encadenarla, amordazarla. El instinto de la multitud ha sido siempre contrario á estas tentativas de los gobiernos, y la libertad de imprenta es en todas partes una de las primeras y más poderosas exigencias de los pueblos. Este instinto, como casi todos los instintos populares, era justo en sí y estaba fundado en interés de todos; pero se ha mostrado poco lógico en su aplicación. Cuando los pueblos reclamaban la libertad de imprenta, querían decir con esto: «La opinión pública, es decir, el pensamiento, el sentimiento y la conciencia de todos

tienen la mayor autoridad en todas cuestiones para juzgar sin apelación los intereses de todos; es monstruoso arrebatar ó restringir á esta suprema autoridad la libertad de la palabra, y querer impedir que dicte su fallo; es oprimir á todos, es la soberbia de un individuo ó de una minoría que violentamente sustituye su propia voluntad á la voluntad de todos; esto no puede tolerarlo un pueblo cuyos miembros son hombres libres que quieren determinar por sí mismos sus destinos». Razonando de este modo los pueblos cometieron una petición de principio; deducían sus consecuencias de una premisa que admitían como probada, cuando precisamente se trata de probar su exactitud. La hipótesis en cuya virtud reclama un pueblo la libertad de la prensa, es que la prensa y la opinión pública son idénticas. Pero esto es justamente lo que los gobiernos han negado siempre, y con más razones que los pueblos lo afirman.

Los gobiernos no se someten menos que los individuos á la opinión pública si se manifiesta legítimamente y sin distingos; ahora bien: ¿manifiéstase así en la prensa? Para contestar á esta pregunta hay que ver lo que es un periódico, cómo nace, cómo se escribe. El primero que llega, un ganapán, un bohemio, un especulador, puede, si tiene dinero ó encuentra quien se lo dé, fundar un periódico de alto vuelo, agrupar en torno suyo un numeroso estado mayor de periodistas de profesión y convertirse de la noche á la mañana en una potencia que ejerza presión sobre los ministros y el Parlamento, el arte y la literatura, la Bolsa y el comercio.

«Pero, se objetará, si el nuevo periódico debe de ser una potencia, no puede conseguir esto sino de un modo, tomando gran extensión, lo cual supone que lo escriben hombres de talento y que expresa ideas que son simpá-

ticas al público; ahora bien; por un lado no es verosímil que personas de talento se dejen imponer la alta dirección, el dominio de un individuo despreciable, y esto garantiza la moralidad del fundador del periódico. Además, no es probable que el público en masa se suscriba á un periódico si no está conforme con las ideas de sus redactores, y esto garantiza que el periódico expresa realmente la opinión pública. Al suscribirse á un periódico, el lector elige al mismo tiempo á sus redactores como sus portavoces; la lista de suscritores es el mandato de la redacción; cada renovación trimestral significa á la vez una renovación del pleno poder que tiene el redactor para hablar en nombre de todos sus lectores.»

Esto parece evidente, y sin embargo, no hay en ello una palabra de verdad. La experiencia muestra que con dinero se puede comprar siempre y en todas partes la colaboración de hombres de talento, pero faltos de carácter. A docenas se conocen antiguos corredores de anuncios, usureros y banqueros quebrados, criminales condenados, aventureros, agitadores, groseros ignorantes, que han fundado grandes periódicos, han alistado brillantes plumas, y han llevado adelante su empresa según sus bajos sentimientos, su inmoralidad, su falta de convicción.

El argumento que se saca del número de suscritores no soporta la crítica tampoco. Bástale á un emprendedor sin conciencia especular sobre los instintos miserables y despreciables que existen en la multitud al lado de tendencias nobles y buenas, para estar seguro de encontrar lectores y compradores. ¿Quién no conoce periódicos entregados al agio más censurable, ó que explotan rumores calumniosos, ó que tratan de hacer

efecto por escandalosas estravagancias de lenguaje, ó excitan con lúbricos dibujos la lascivia de sus lectores, y, en fin, hasta ofreciendo loterías y prometiendo á los compradores primas ó premios en dinero? Por estos medios más ó menos vergonzosos, todos los periódicos pueden adquirir gran publicidad, y por tanto, gran influencia. Hasta es probable que tengan más influencia y más publicidad que los periódicos dignos que cuenten nada más que lo que sepan, que no enseñen más que en el caso de que sean instruídos sus redactores, que tengan sólidos principios de moral, que no se dirijan nunca á los instintos vulgares de sus lectores, sino esforzándose por desarrollar sus tendencias nobles.

Pues bien, ¿se halla justificada esta influencia? El redactor de un periódico picaresco ó que explota los pequeños escándalos privados ¿tiene realmente un mandato valedero para atacar al Gobierno delante de cien mil lectores, para juzgar los actos de un ciudadano, para dirigir la opinión, para llevar el espíritu público á un camino más ó menos aparente, pero desastroso? Henos aquí enfrente de una de las más extrañas contradicciones de la civilización actual. Las ideas modernas se rebelan contra toda autoridad en el Estado que no haya sido establecida por el pueblo. Ni aun en la monarquía se admite la pura gracia de Dios, sino que, por el contrario, y á lo menos en teoría, se limita el poder del rey por la voluntad de los electores. El Ministerio debe ser nombrado por el jefe del Estado, pero admitido por el Parlamento. El diputado ha de solicitar los votos de sus electores. El periodista ejerce una potencia igual en práctica á la de la legislación, y del Gobierno, tiene los derechos de los diputados, los derechos de los ministros, y, sin embargo, no tiene necesidad de que nadie lo

nombre ni lo elija. Es en el Estado la única autoridad que no tiene necesidad de ninguna confirmación. Por sí mismo se hace lo que es, y puede ejercer su poder como quiere, sin ser en ningún modo responsable de los excesos ó graves errores que cometa. No se diga que exagero. Periodistas ligeros y sin conciencia han preparado y han traído revoluciones y guerras, han atraído sobre su propio país ó sobre naciones extranjeras la desgracia y la devastación. A haber sido reyes, los hubieran destronado; á haber sido ministros, los hubieran sujetado á un proceso capital; como periodistas, los han dejado completamente tranquilos, y sólo ellos han salido sin perder nada en la ruina general que habían ocasionado. ¿No es raro que se soporte tal poder arbitrario, tal despotismo, sin la más ligera tentativa de rebelión, mientras se combate apasionadamente á todas las demás tiranías?

No es menos anormal la situación si, dejando á un lado la influencia política de la prensa, nos atenemos á su influencia social. El juez á quien damos el derecho de disponer como amo de nuestra honra, de nuestra hacienda, de nuestra libertad, necesita graves estudios, un aprendizaje de varios años y un nombramiento en regla; está ligado por leyes severas; sus errores ó sus trasgresiones se censuran enseguida, y en la mayor parte de los casos se reparan. El periodista puede lastimar y hasta aniquilar la honra y hacienda de un ciudadano; puede atacar á su libertad personal, haciéndole imposible la estancia en un lugar determinado; pero ejerce este derecho jurídico de castigar sin dar prueba de previos estudios, sin que nadie le nombre, sin ofrecer garantías de imparcialidad é información concienzuda. Verdad es que, según dicen, la prensa cura las heridas que hace, y

el ciudadano astá armado en principio contra el periodista por la ley de imprenta; pero esta afirmación descansa sobre una base muy frágil. Un ataque contra un hombre privado en un periódico puede causar á éste un perjuicio absolutamente irreparable. Todas las rectificaciones y retractaciones son impotentes para concederle plena satisfacción, porque muchos lectores verán el ataque y no verán la defensa publicada en otro número del diario; más de uno, por ligereza, no leerá la defensa, y en este caso el honor atacado queda ennegrecido para siempre cerca de una parte mayor ó menor del público. Lo mismo puede decirse del proceso formado por un particular á un periódico. Este tiene mil medios de atormentar á un individuo sin dar márgen á que la justicia proceda contra él; aun cuando el periodista haya sido bastante torpe para exponerse á una condena, ésta, por regla general, nunca se halla en proporción con la falta.

Esta situación explica que no sólo todos los reaccionarios, sino también muchos liberales, sean enemigos declarados ó secretos de la prensa, y tanto más encarnizados, cuanto que el poder de la prensa les obliga á reservar sus sentimientos y fingirla amistad y estimación. La mayor parte de las personas reconocen que la prensa no es necesariamente expresión de la opinión pública, ante la cual se inclinan, sino que muchas veces es producto de la ignorancia, ligereza, maldad, estrechez de espíritu ó inmoralidad de un individuo; pero no por eso dejan de entrar cobardemente en la mentira que consiste en ver en la prensa el órgano autorizado de la opinión pública, y hasta la identificarán con ella por completo. ¿Cómo puede sustituirse esta mentira con una verdad? ¿Cómo se puede impedir que unos usurpadores se apoderen de una potencia que sólo la verdade-

ra opinión pública tiene derecho á ejercer por hombres á quienes expresamente haya dado semejante poder? Esta es una de las más importantes cuestiones del presente, y que en vano, desde hace siglos, tratan de resolver los gobiernos. Existe, sin duda, un medio cómodo: limitar la libertad de la prensa; pero este medio no conduce al fin; es hasta inmoral, puesto que sustituye la conveniencia de un empleado á la conveniencia de un periodista. Imposible es atacar con leyes la libertad de pensamiento: impidiendo al hombre que exprese abiertamente todo cuanto piensa, sólo se favorece la hipocresía y mentiras universales. Pero el Estado tiene derecho á prohibir á un individuo que hable en nombre de todos cuando debería limitarse á hablar sólo en el suyo, dando con eso á sus ideas personales un peso y un alcance que no les pertenece en modo alguno. Día llegará, esperémoslo, en que todos los lectores serán lo bastante ilustrados y capaces de juzgar para hacer por sí mismos esta distinción entre una voz aislada y la palabra ensordecedora de la opinión pública. Entonces sólo se leerán los periódicos en que ésta encuentre realmente su expresión, abandonando aquéllos en que un individuo vanidoso se complazca en su propia palabrería; entonces los periodistas influyentes serán sólo aquellos á quienes el pueblo, por sus cualidades de inteligencia y carácter, reconozca el derecho de predicar, de juzgar, de enseñar; los demás, arrogándose un papel público, provocarán sencillamente la risa. Pero entonces también será superfluo limitar el derecho á ejercer la Medicina de las personas que tienen su título, porque los hombres serán harto razonables para pedir consejo á los hombres de ciencia y eludir charlatanes. Entonces la mayor parte de las leyes serán inútiles, puesto que de ordinario, no tie-

nen más objeto que suplir á la inteligencia insuficiente de los ciudadanos, por la inteligencia más cultivada del legislador. Esperando que la instrucción y la capacidad del juicio se hayan elevado á esta altura ideal, es necesaria una intervención que proteja algo la legislación. Pero no debe de haber restricción para los libros, folletos, carteles, hojas sueltas, en las cuales un individuo se presenta al público con su propio nombre ó con la garantía y responsabilidad de un editor ó impresor y reclama la aquiescencia de todos á sus puntos de vista individuales; cada cual debe de tener derecho á hablar así á sus conciudadanos y contarles cuanto se le ocurra. Si ataca á la honra de un ciudadano, calumniándole, se le obligará á hacer pública penitencia, dando una reparación de extensa publicidad, como la inserción durante varios meses en todos los periódicos de una ciudad ó una provincia, la publicación por el mismo tiempo en carteles fijos, y frecuentes bandos en la plaza pública; si el calumniador no puede soportar los gastos de esta publicidad, condénesele á un largo trabajo forzado que le dé medios de procurarse el dinero que para ello necesite.

Otra cosa debe hacerse con los escritos periódicos que se dirigen á un círculo de lectores asegurado por suscriciones y que forme una tribuna segura de sus oyentes para todo cuanto digan. Semejante tribuna es una institución pública, y debe estar sometida á la revisión pública, como todas las demás instituciones públicas importantes para el bien físico, moral ó intelectual de los ciudadanos. Para establecer una escuela, una botica, un hospital, un teatro, se necesita un permiso cuya obtención se subordina al cumplimiento de cien condiciones estipuladas en interés de todo el mundo. Un periódico

debería, por lo menos, estar asimilado á estos establecimientos. Para poder fundar y dirigir un periódico debiera necesitarse un permiso concedido, no según el capricho de una autoridad, sino por un mandato del pueblo. Sería preciso publicar por medio de una ley que el candidato á una plaza de redactor debe tener edad que garantice la madurez de su juicio, conducta irreprochable y cierto grado de instrucción. Sólo el que poseyera estas cualidades podría presentarse á sus conciudadanos y pedirles que le eligieran como redactor. Esta elección se haría por mayoría de votantes. Una vez en posesión de su mandato, el periodista tendría derecho á escribir lo que quisiera; pero perdería la gracia en el caso de ser condenado por calumnia, y tendría que renovar cada diez años, por ejemplo, la elección popular. De este modo, á un desconocido ó un hombre que representase ideas antipáticas á la mayoría de los ciudadanos, le costaría mucho trabajo conseguir una plaza de redactor, pero siempre tendría el recurso de trabajar en pro de sus ideas como escritor independiente. El que obtuviera los votos necesarios encontraría un periódico con más facilidad que la que hoy tienen un médico, un abogado, un profesor ó un ingeniero para crearse una clientela, obtener una cátedra ó la construcción de una vía férrea. La credencial sería valedera para el círculo administrativo del lugar que la ha extendido.

No tengo para qué entrar en más detalles ni exponer, por ejemplo, un proyecto de ley minucioso sobre este asunto. He querido únicamente bosquejar á grandes rasgos un sistema cuya realización daría de hecho al periodista el derecho de hablar en nombre de todos, aseguraría á su autoridad la misma estimación que á la del juez, el profesor, el diputado, y encargaría al pueblo

el cuidado de nombrar á su mandatario. Entonces la prensa sería en realidad lo que ahora pretende ser erróneamente: el órgano legítimo de la opinión pública, y ocuparía un justo título en la civilización, y en la vida pública el gran lugar que hoy usurpa.

II

La sumisión que casi todos los hombres practican á la opinión pública, es causa de que en el seno de nuestra civilización persista uno de los más extraños restos de cultura que hemos pasado hace mucho tiempo: me refiero al desafío. El duelo prueba que el instinto de conservación es en el hombre más débil que su instinto social; porque si el primero fuese más fuerte, un hombre no se expondría nunca á un evidente peligro de muerte fácil de evitar, sólo porque sus iguales, que uno á uno le son en absoluto indiferentes, continúen en su conjunto teniendo de él buena opinión y le reconozcan derecho á sentarse entre ellos. El duelo es la negación de todos los principios sobre los cuales está fundada nuestra civilización actual, es debido á una irrupción de la barbarie primitiva en nuestras instituciones públicas y sociales, por altamente desarrolladas que se encuentren.

En su origen era el duelo, seguramente, natural y justo. Pertenece á los primeros fenómenos antropológicos, mejor dicho, zoológicos, y no es más que la forma más sencilla de la lucha por la existencia, lucha en la cual vemos la fuente de todo desarrollo. Cuando un hombre primitivo hallaba en otro un obtáculo á la satisfacción de una necesidad ó de un capricho, reñía con él

sin vacilar. Trataba de hacer huir ó de matar á su rival cerca de una mujer, al merodeador que le robaba sus frutos, al invasor de la caverna en que dormía ó al poseedor de una caverna más cómoda. La lucha tenía un interés serio, y todas las armas que en ella se empleaban eran buenas. El más fuerte degollaba al más débil, el más listo burlaba al más tonto, el hombre vigilante sorprendía durmiendo al hombre descuidado. El hombre se exponía por completo, pero tendía á la anonadación del enemigo. Esta situación, en la cual, para no morir, había que ser el más fuerte en todas las circunstancias y frente á todos los hombres, cesó al formarse el estado jurídico. Cierto que la fuerza en también el fondo del derecho, y que éste tiene su raíz en el hecho de que el más débil debe ceder al más fuerte y sufrir su ley. Pero el progreso en el desarrollo del derecho natural del más fuerte al derecho de la sociedad civilizada, consiste precisamente en que se eleva el derecho originariamente individual de la fuerza á un principio cuya acción no depende ya de la fuerza de un individuo. El bárbaro decía: «Esta propiedad me pertenece porque he sido lo bastante fuerte para apoderarme de ella, y nadie puede quitármela ya, porque mataría al que lo intentase». Esta frase era justa si el bárbaro tenía el poder de cumplirla; falsa si se encontraba frente á un adversario más fuerte que él. Vino la civilización, y la generalizó diciendo: «La propiedad te pertenece, y nadie tiene derecho á quitártela». Desde entonces, la frase era verdadera en todos los casos, la exactitud no dependía ya de la fuerza del que quisiera aplicarla. Si el individuo era demasiado débil para proteger su propiedad contra un agresor más robusto, llamaba en su ayuda á la sociedad, y ésta era siempre más fuerte que el más

robusto individuo. Actualmente el hombre no sólo no tiene ya necesidad de defender su derecho con su fuerza personal, sino que no podrá hacerlo, si no quiere transgredir la ley fundamental de la sociedad, que sólo á ella permite defender los principios jurídicos por ella establecidos, y prohibe al individuo defenderse personalmente.

Este desarrollo del derecho ha dejado absolutamente intacto el duelo. La ley protege la sociedad, pero no protege la vida. La costumbre y el derecho no permiten que un hombre coja á otro su reloj; pero la costumbre permite, y el derecho escrito no prohibe eficazmente, que este mismo hombre, si maneja mejor la espada ó la pistola, mate á otro; y sin embargo, la vida es un bien mucho más precioso que un reloj. Mientras los hombres creyeron en dioses personales y en un orden del mundo arreglado por ellos, el duelo tenía aún cierta significación. Entonces, su teoría no significaba la fuerza de los puños; los adversarios y sus testigos iban al sitio del combate, no con la idea de que el más fuerte mataría al más débil, sino con la convicción de que Dios daría la victoria al derecho, y que el adversario injusto tendría que combatir, no contra un adversario humano, quizá más débil, sino contra el poder sobrenatural del Señor y Juez universal. Con tal manera de ser, el duelo era una institución jurídica y no un triunfo de la fuerza. Pero este carácter jurídico desaparece en una sociedad que no cree en un Dios personal ni en intervenciones sobrenaturales en los asuntos privados. El duelista ilustrado sabe que no tiene cerca de sí ningún protector invisible, aun cuando defienda su derecho, y no teme combatir aun contra Dios si saca la espada por una causa injusta. El duelo no es más que una cínica so-

fistificación de todos los principios de derecho, y una proclamación de la ley primitiva, que pone pura y simplemente la vida del más débil en manos del más fuerte.

Lo mismo que en todas sus demás locuras y prejuicios, la sociedad es perfectamente inconsecuente en su actitud hacia el duelo; tolera y aun exige que sus miembros tornen á las ideas del salvaje antropófago, y amenacen la vida de todos aquellos cuya razón les desagrade; debería lógicamente admitir también que esto se haga en las condiciones de salvajismo de la existencia primitiva. Si sobre el punto principal se sale de la civilización, es ridículo y absurdo que se preocupe de guardar atenciones á ésta y renuncie á la libertad de sus movimientos. Yo puedo elegir entre ser un hombre civilizado ó un piel roja; si me decido por esto último, debo poder ser un piel roja en todo. Quiero entonces tener el derecho de utilizar en el combate con mi adversario las ventajas que pueda procurarme, asaltarle y clavarle mi cuchillo por la espalda, si tengo miedo á no vencerle de otro modo, incendiar su casa por la noche y cortarle el pescuezo en el tumulto. Espero de su parte el mismo tratamiento, y me tengo por advertido. ¡Que el adversario, si puede, tome mejor que yo sus precauciones! ¿En qué principio quiere apoyarse la sociedad para impedirme este género de lucha, para impedirme que haga de la sorpresa y el incendio mis aliados? Seguramente no será en el orden jurídico actual, porque si éste ha de ser valedero, es preciso que, ante todo, aparte la posibilidad de que dos hombres puedan mutuamente amenazarse con un golpe mortal por un motivo que es casi siempre fútil y mezquino.

Pero no, la sociedad no reconoce lógica. Ordena la

defensa personal, y al mismo tiempo impide que ésta sea eficaz. Como el piel roja, debe el analista jugarse la vida, pero no debe obedecer, como el piel roja, á todas las sugestiones del instinto de conservación personal. Sólo á medias debe hacerse animal salvaje, quedando, también á medias, hombre culto y refinado. Así lo quiere la sociedad en su prudencia y su justicia. Un tunante os falta al respeto; lo mejor para vosotros sería despreciarle ó, cuando más, castigar con una bofetada su insolencia. No podéis hacerlo, debéis provocar al insolente y exqoner vuestra vida. Pero habéis pasado la existencia encorvado sobre los libros, sin manejar nunca más instrumento de muerte que las tijeras de uñas, mientras vuestro ofensor es un vago, que desde la infancia ha pasado todo su tiempo en las salas de armas y tiros de pistola; realmente es una lástima, porque no lleváis probabilidades, pero habéis de batiros. Tenéis en el mundo deberes sagrados, sois el sostén de vuestra familia; si morís, vuestra mujer y vuestros hijos serán perdidos, en tanto que vuestro ofensor es solo ó rico; no lleva al lugar del combate más que su propia vida, y no la de seres que le son caros; poco importa, batíos, matad ó morid, porque si no lo hacéis sois un cobarde, un hombre deshonrado. Si sucumbís, y vuestra mujer pide limosna, y vuestras hijas se hacen cortesanas, y vuestros hijos malhechores, ó todos ellos mueren de hambre, no tenéis que esperar de nadie lástima ni apoyo. Pero si por esta razón no queréis exponer vuestra vida, todos os escupimos á la cara. Así habla la sociedad, y quien quiera vivir en paz con ella ha de inclinarse ante estas ideas horribles.

La causa de la persistencia del duelo debe imputarse principalmente al militarismo. No es una pura casuali-

dad que en los ejércitos permanentes sea el duelo una ley expresa, y el oficial es expulsado vergonzosamente de un cuerpo si no se bate con la misma facilidad con que enciende un cigarro. La guerra es una apelación á la fuerza como dominando el derecho; es, por tanto, una suspensión momentánea de la civilización y una vuelta al estado primitivo. ¿Qué tiene de extraño que unos hombres que tienen por profesión la guerra, se vean tentados á transportar tales principios á su vida privada y vean en su espada y su revólver el único código de las relaciones sociales, como los cañones y los fusiles son el único código de las relaciones de los pueblos? Pero aquí también hallamos medios de combatir este grosero prejuicio. El mejor procedimiento para demostrar claramente un absurdo y refutarle, es perseguirle hasta en sus últimas consecuencias. Admitamos que unos cuantos hombres resueltos á aceptar una provocación, pongan fuera de combate de cualquier modo á su adversario, se dejen luego detener y procesar, y hablen así á los jueces:—«Yo soy un hombre civilizado y no un cazador de renos de la Edad de piedra. Mis ideas son ideas de civilización. Respeto á la ley y tengo al juez por única autoridad á quien incumbe aplicar la ley y castigar mi transgresión. Pero un hombre ha venido á ponerme en la necesidad de dictarme la ley por mí mismo, ser mi juez y buscar mi protección en las armas, en una palabra, ha suspendido para mí las condiciones normales de la vida civilizada, y me ha declarado la guerra. Yo no he tenido más remedio que aceptar; pero he hecho la guerra exactamente según las prescripciones usadas para las guerras en los pueblos civilizados. La misión de los diplomáticos de un pueblo que hace la guerra, es buscar aliados, he buscado aliados y me feli-

cito por mi éxito diplomático; he conseguido firmar una alianza con dos boxeadores, tres maestros de armas y cinco tiradores distinguidos. Es deber del jefe del ejército presentarse en todas partes, ante un enemigo, con fuerzas superiores; yo he llenado á conciencia ese deber. La victoria es segura para el que hace más rápidos movimientos y opera más diestramente; mi movilización ha sido más rápida que la de mi adversario, le he sorprendido con mis aliados en el momento en que menos lo esperaba. Se ha quejado de que no le había informado previamente del lugar y hora del encuentro; esta pretensión me ha hecho reir. No he leído en ningún manual moderno de ciencia militar que sea costumbre darse cita para reñir batallas decisivas. Como siempre, Dios se ha puesto de parte de los batallones más fuertes. Hemos desbaratado al enemigo; hubiéramos podido matarle, pero no lo hemos hecho porque hemos querido obrar hasta el fin como beligerantes civilizados; le he impuesto al vencido una contribución, ha tenido que pagar mis gastos de la guerra, es decir, la recompensa de mis aliados y unas cuantas botellas de vino. Hasta que ha cumplido estas condiciones, le hemos ocupado, es decir, le hemos tenido sujeto. Una vez pagada la contribución de guerra, le hemos soltado. Nada más. Puesto que me han impuesto la guerra privada, la he conducido diplomática, estratégica y rentísticamente, según todas ias reglas conocidas.»

El que así hablase sería, sin duda, condenado por extorsión quizá ó por heridas corporales; pero esto no importa, tal progreso se compra á costa de algunos sacrificios. Por la libertad de pensamiento se han dejado atormentar y quemar muchar almas generosas. No hay que contar algunos sacrificios de libertad, si son el pre-

cio único á que puede obtenerse el triunfo de la civilización sobre la barbarie, de la razón sobre la necedad. Si en un país cien hombres ricos y resueltos quisieran sacrificarse, y de este modo hacer absurdo el duelo, pronto veríamos desaparecer una costumbre que se remonta al más salvaje barbarismo, y que nuestra época de derecho y cultura acaricia, no obstante, con amor.

III

Al lado de las grandes mentiras, ¡cuántas mentiras pequeñas penetran y envuelven completamente nuestra vida! Semejantes á microbios llevan á todas partes la descomposición y podredumbre; pero no puede ser otra cosa si hay que mentir siempre que se abra la boca en público ó se entre en relación activa con las instituciones políticas y sociales; si se tiene el hábito de hablar siempre y obrar de modo contrario á como se siente y sa piensa, soportar como algo natural la contradicción constante entre las convicciones y las formas exteriores de la vida, á ver en la hipocresía una prudencia mundana y un deber cívico; ¿cómo se puede conservar un carácter recto, sér sincero en sus relaciones con los demás hombres y verdadero en la vida privada? Mentimos en el paseo y el salón, como mentimos en la iglesia, en la reunión electoral, en la oficina y en la Bolsa.

Todas las relaciones sociales tienen este carácter de mentira. Dichas relaciones están fundadas en la sociabilidad y el instinto de solidaridad del hombre; han vencido de su deseo de rodearse de compañeros de su es-

pecie y evitar el aislamiento como estado antinatural. Las formas de las relaciones sociales dejan aún reconocer este origen; demuestran el placer de los hombres al hallarse juntos y en mutua simpatía. Cuando vemos á una persona conocida, la saludamos, es decir, expresamos los votos que hacemos por su prosperidad; cuando recibimos una visita, nos decimos felices, invitamos á quedarse al visitante, le comprometemos á que vuelva pronto. Damos fiestas para ofrecer á nuestros semejantes una ocasión de variados placeres; organizamos banquetes para regocijarlos, les hacemos regalos; si les sucede algo, alegre ó triste, nos apresuramos á ir á verlos para felicitarlos ó consolarlos; si ha pasado algún tiempo sin que les hayamos visto, los visitamos para asegurarnos de su salud y preguntarles si necesitan algo. Tal es la significación teórica de las formas usadas en sociedad. Pero de hecho, casi cada contacto de un hombre con otro es una hipocresía y una mentira. Deseamos buen día á uno que pasa, y nos traería sin cuidado saber que al separarse de nosotros habíase roto las dos piernas; invitamos al que nos visita á que vuelva pronto, y experimentamos al verle la misma emoción que si tocásemos involuntariamente algún reptil. Organizamos fiestas, é invitamos á ellas á personas que despreciamos, que detestamos, de quienes hablamos mal, ó que, en el caso más favorable, nos son indiferentes hasta el punto de que no levantaríamos la mano para procurarles ningún placer, si pudiésemos hacérselo á tan poca costa. Vamos á las fiestas de los demás, y charlando tontamente perdemos horas enteras que preferiríamos mil veces consagrar al sueño; sonreímos con complacencia reprimiendo un bostezo penoso; dirigimos cumplimientos, de los cuales no creemos una palabra; damos gracias á la se-

ñora de la casa por su amable invitación, mientras en el fondo de nuestro corazón la enviamos á todos los demonios; aseguramos al amo de la casa nuestra constante adhesión, y al día siguiente, si viene á pedirnos un favor, casi damos orden al criado de que le despida. Visitamos á personas á quienes aborrecemos, sólo porque las debemos visitar; en Pascuas y en otras ocasiones hacemos regalos, renegando de tener que gastar en ellos el dinero; frecuentamos con aparente intimidad á personas de quienes pensamos y decimos todo el mal posible, y que sabemos que nos tratan de igual modo. Como consecuencia de esta falta de sinceridad, la vida social, que en teoría completa la vida individual y aumenta el bienestar de todos, se convierte en una fuente de molestia constante; cada vez que nos ponemos en contacto con nuestros semejantes, traemos á casa fastidio, descontento, envidia, desprecio, confusión, en una palabra, las impresiones más desagradables y penosas.

Y sin embargo, el hombre se encadena voluntariamente á estas molestias, y la mayor parte de los hombres de las llamadas clases superiores, se gastan completamente en esta vida del mundo, que no puede darles alegrías, estimulantes ni fuerza moral —cosa que ellos saben.—¿Qué les impulsa á esta cansada é interminable comedia, en la cual deben sonreir aun cuando quisieran rechinar los dientes, y ser amables con personas que les disgustan? El egoísmo, que se halla en el fondo de todas las instituciones actuales. Este tiene que conquistar el mundo todavía; corre á fiestas y recepciones, á tertulias y *soirées* íntimas, para buscarse conocidos que aspira á transformar en protectores, para arreglarse un buen matrimonio, para adquirir gloria, para llegar, por las debilidades y defectos de los demás, con más seguridad y

más cómodamente que podría hacerlo ateniéndose á sus propios méritos. Aquel ha conquistado ya una posición; se condena á las fatigas y sacrificios pecuniarios para intrigar contra algunos colegas, ó simplemente para disgustarlos, para dar á los demás alta idea de su caudal, de su prestigio y de su influencia, para reunir en torno suyo cortesanos, en una palabra, para satisfacer su vanidad á toda costa. Estos no ven, entre todos los hombres, más que á una persona, la suya; en la conversación más animada, mientras hacen como si escuchasen y prestasen oído á las ideas de los demás y se olvidaran completamente de su persona, no piensan más que en sí mismos. Así es como el egoísmo falsea las más inocentes relaciones de los hombres entre sí, y como todas las formas sociales creadas por el instinto de la sociabilidad, vienen á ser otras tantas mentiras.

ARMONIA FINAL

Hemos visto cómo es mentira é hipocresía todo cuanto nos rodea; cómo representamos una comedia profundamente inmoral cuando entramos en la iglesia y en el palacio real, en la sala del Parlamento, en la alcaldía; cómo nuestra razón y nuestra inteligencia, nuestro sentimiento de la verdad y de la justicia se rebelan contra todas las instituciones políticas y económicas, contra todas las formas existentes de la vida social y sexual. Largo tiempo hemos caminado en una obscuridad desesperante por entre ruinas y ridículas decoraciones de teatro. Ya es tiempo de que la luz y la perspectiva de un abrigo hospitalario nos conforten y nos consuelen.

La contradicción entre la nueva concepción del mundo y las antiguas instituciones entristece y apena á todo hombre culto, y cada cual aspira con ardor á escapar á este continuo sufrimiento. Admítese comunmente que hay dos métodos para recobrar la paz perdida, y que se puede elegir entre ellos: uno sería volver resueltamente atrás, otro caminar resueltamente hacia adelante. Sería preciso ó volver en fondo á las formas que lo han perdido, ó romperlas por completo y rechazarlas. Hace falta, pues, enseñar al pueblo á creer otra vez, atraerle ó empujarle á la iglesia; afirmar el poder del rey, aumentar la consideración del sacerdote; borrar de las memorias el recuerdo de las revoluciones; quemar los libros del libre pensamiento y, de paso, á unos cuantos librepensadores; destruir las cátedras de enseñanza y edificar

púlpitos; rezar, ayunar, cantar salmos y obedecer á la autoridad; gozar en las fiestas de la iglesia; divertirse leyendo vidas de santos; edificarse con historias milagrosas; dar el rico al pobre limosnas suficientes, y si esto no satisface al desgraciado, que tenga paciencia hasta que entre en el reino celestial, donde todos los días le darán carne asada y vino. Hecho esto, la felicidad renacerá en la tierra; el que tiene lo gozará tranquilamente, el que no tiene nada conservará la esperanza de una vida mejor; el hombre descontento quedará en libertad de emigrar á una isla desierta, si puede descubrir alguna en cualquier parte. Ó bien, hay que barrer toda la mescolanza de instituciones que datan de la Edad Media; tratar á los curas, pastores y rabinos como charlanes vulgares, si como á tales se les mira; arrojar de sus palacios á los reyes con muchos miramientos, si es que se les tiene por testaferros ó usurpadores; abolir todas las leyes que no puedan resistir á la crítica científica, y hacer que en todas las relaciones de los hombres entren á reinar solamente la lógica y la razón. Estos son los dos métodos propuestos; los partidarios del primero combaten á los del segundo, y la lucha desesperada forma el único fondo de la vida política é intelectual de nuestro tiempo.

Pues bien, el punto de partida de esta lucha entre dos partidos, cada uno de los cuales pretende volver á la Humanidad su paz, es un error. No hay dos métodos; no hay más que uno solo. Volver atrás es imposible, detenerse también lo es. Hay que ir adelante, y cuanto más á prisa se camine, antes se llegará al fin que asegura el descanso. Es posible que los que abogan por el pasado tiendan igualmente al bien de la Humanidad; hasta podríamos admitir que todo el mundo se encon-

traría mejor si volviéramos á las ideas de la antigüedad: á la Edad Media. Pero, ¡de qué serviría esta concesión á los reaccionarios, si su sistema no puede en absoluto realizarse! No hay fuerza humana que pueda determinar al espíritu del hombre á renunciar á verdades adquiridas. Esto es un resultado del desarrollo natural. El niño, en su ignorancia y su irresponsabilidad es, seguramente, más dichoso que el adulto; es más hermoso, más amable, está más contento con la vida. Podemos aspirar á encontrar como hombres, como ancianos, delicias de la niñez; pero una vez que éstas han pasado, pasaron para siempre, y ningún esfuerzo de nuestra voluntad puede volvérnoslas. Es posible matar á un adulto, pero no rehacer un niño: tan imposible es hacer del hombre actual el hombre de hace mil ó dos mil años. Querer oponerse á la acción de estas fuerzas elementales sería tan insensato como querer impedir que la tierra gire. Hay que creer que las verdades científicas no han sido halladas por casualidad, y que lo mismo podíamos no haberlas encontrado; resultan de la madurez de la Humanidad, y sólo se han descubierto cuando la civilización ha llegado á una edad determinada. Puede retardarse su descubrimiento y la propagación; podemos, quizá, acelerar ésta, aunque la aceleración sea mucho más inverosímil que el retraso, pero no podemos evitar para siempre el descubrimiento. Esto es tan evidente que no se comprende que haya que afirmarlo ó probarlo expresamente. Si un hombre anunciase al público que puede hacer que los hombres, á cada nuevo año, sean un año más jóvenes, se le encerraría, según toda apariencia, en una casa de locos. Y sin embargo, se puede hacer de una pretensión semejante el fondo de un programa de gobierno; muchos que lo oyen, conservan su seriedad cuando un

estadista recomienda la vuelta á las viejas ideas teológicas y feudales como remedio á las enfermedades del siglo. ¿No es esto proponer á la Humanidad que vuelva de la edad madura á la infancia, y que, anualmente, rejuvenezca en un año?

¡No! esto no es serio; y sin embargo, se trata de grandes cuestiones que sólo debían de tratarse seriamente. Admitamos que la Humanidad era más dichosa cuando, en la más profunda ignorancia, en medio de un horizonte intelectual lleno de gruesos errores y necia superstición, llevaba una vida sombría y vegetativa; esta felicidad de la niñez ha pasado, y es tan inútil como insensato desear su vuelta. La salvación de la Humanidad no está, pues, en el pasado. El presente la es intolerable; por lo tanto, debe de poner toda su esperanza en el porvenir. Lo que hace intolerable el presente es, como hemos visto, el rompimiento interior de todo ser civilizado, el contraste entre nuestros pensamientos y nuestras acciones, el perpetuo desacuerdo entre la forma y el fondo. La necesidad de vivir dos existencias, una exterior, otra interior, que están en incesante conflicto, conduce á un gasto de fuerza moral que está por cima del poder del hombre y le agota. Nos impacienta y nos hace desgraciados el no poder dar respuesta satisfactoria á la voz interior que nos pide la razón de todo lo que hacemos, tanto más cuanto que no podemos imponer silencio á esa voz. La lucha de nuestra convicción con nuestra hipocresía nos agita constantemente, haciéndonos imposible el sosiego y la paz. Tal es nuestra situación, que excluye en absoluto toda posibilidad de dicha. Ésta, en efecto, supóne ante todo la amistad interior, es decir, la ausencia de combates penosos, la tranquilidad del alma.

Hay un sentido profundo en la idea que se forman los Hindous de la felicidad, representada para ellos en forma del *nirwana*. El *nirwana* es el reposo absoluto; la suspensión deliciosa del espíritu, que se produce cuando éste no tiene aspiración ni deseo, cuando ya no ve fuera de sí un solo punto que le atraiga ó le rechace. Es un estado de felicidad que no puede ni siquiera imaginárselo el hombre civilizado, perpetuamente preso en un torbellino de ideas. A tal estado no se puede llegar más que de dos maneras: por la absoluta ignorancia, cuando el espíritu carece todavía de los órganos necesarios para percibir los puntos de atracción y repulsión que existen fuera de él: por el conocimiento absoluto, cuando el espíritu se halla tan amplio y altamente desarrollado que comprende en sí todo cuanto existe, de suerte que fuera de él no existe ya absolutamente nada que pudiera incitarle á un movimiento, despertar en él un deseo, una aspiración, un cuidado. Este último estado es evidentemente un ideal inaccesible para el hombre; nunca podrá llegar á poseer toda verdad, á reducir los fenómenos complejos á sus leyes sencillas, á ser el sabio absoluto para el cual la diversidad de los fenómenos universales se afirma como racional y necesaria. Por otra parte, hace mucho tiempo que pasó del primer estado. Ya no es ignorante, ve los fenómenos que se verifican fuera de él, busca la verdad, aspira á la ciencia y tiende febrilmente á un término que le atrae y donde espera encontrar el descanso. Lo peor que puede hacer en esta situación es reproducir su impulso y emplear su fuerza en luchar contra la atracción poderosa de su desarrollo natural. Esta lucha no es sólo nada razonable, sino también infinitamente cansada y dolorosa. El oportunismo, tan extendido hoy, tiene miedo á las solucio-

nes radicales, quiere conservar en la mentira á la Humanidad ávida de verdades, y en la lucha entre las viejas formas y las nuevas ideas defiende á aquéllas sin condenar éstas. Es á un tiempo el enemigo más cruel de la raza humana y de la moral.

Lo que ante todo necesita la Humanidad es la posibilidad de vivir conforme á su manera de ser. Las viejas formas deben desaparecer, dejar su puesto á otras nuevas, más conformes con la razón; el individuo debe curarse de su rompimiento interior, llegar á ser honrado y verdadero. Sin duda el hombre no alcanzará tampoco así la dicha del *nirwana*, del descanso sin esfuerzo, de la satisfacción sin deseo; esta felicidad absoluta es inconciliable con la vida orgánica, sinónimo de desarrollo. El desarrollo supone un esfuerzo hacia algo no logrado todavía, y por consiguiente una falta de satisfacción respecto á lo que ya se tiene; ahora bien, la falta de satisfacción es incompatible con el sentimiento de la felicidad absoluta. El individuo debe sentir tanto más esta falta de satisfacción, cuanto que es una parte del gran todo—la especie—y en su desarrollo trabaja más por el conjunto que por él. Los resultados de su trabajo de perfeccionamiento no le aprovechan á él, sino á sus herederos; cada generación lucha por la siguiente, cada organismo particular lucha por la colectividad; por consiguiente, el individuo no puede llegar nunca al sentimiento del término definitivo, de la realización de su propio ideal, de la remuneración de su trabajo. Este sentimiento, suponiendo que pudiéramos concebirle, puede sólo experimentarle la especie, que es un todo, pero nunca el individuo, y quizá no exista algún día sino como un ideal del desarrollo de la humanidad, como una disposición universal que caracterice la espe-

cie. Pero si la felicidad absoluta no es posible al hombre, el individuo al menos puede seguir su instinto de desarrollo y sentir que se dirige á su fin: el ideal. El sentimiento de que se acerca al fin del desarrollo es ya un goce anticipado del sentimiento de haber alcanzado este fin, y puede suplir á la felicidad absoluta que no le es dable alcanzar. Así sucede que un hombre, impaciente por llegar á determinado sitio, se siente tranquilo y contento cuando un tren le acerca rápidamente al término de su viaje.

Esto es lo que se puede conseguir. Para ello basta solamente no oponer obstáculos artificiales al deseo de progreso que tienen los pueblos civilizados y no hacer más lento y doloroso su desarrollo defendiendo y conservando las viejas instituciones, cuyo yugo han logrado sacudir. No se puede preservar á éstas de la destrucción; más pronto ó más tarde caerán, y sería un beneficio hacer desaparecer en el acto lo que está condenado á la ruina, ó abreviar en lo posible el desagradable período de demolición, durante el cual anda uno en el lodo, envuelto en el polvo, amenazado á cada momento por sillares que se derrumban. Estamos en medio de esta época de destrucción, y sufrimos todos sus molestias. Es posible que una ó varias generaciones estén aún condenadas á la misma penosa situación, pero realmente vendrán luego la seguridad y el bienestar. Somos sacrificados: para nosotros no se abrirán los magníficos salones del nuevo palacio en cuya edificación venimos trabajando; pero las generaciones futuras le habitarán altivas, tranquilas y alegres como nunca lo estuvieron en el mundo sus predecesores.

La Humanidad tiende á ennoblecerse y no á rebajarse: su desarrollo la hace mejor y más elevada, y no peor

y más vulgar, como pretenden sus calumniadores. A través de la atmósfera pura y transparente de la concepción científica del mundo, ve su ideal de desarrollo de modo más claro y brillante que á través de las nubes y espesas nieblas de la superstición. Esto es lo que hay que responder á los que creen incesantemente que sin religión no puede haber moral ni idealismo, y que sin el Estado despótico, la propiedad egoísta y el matrimonio enemigo del amor, no hay civilización. En cuanto á los embusteros que, sin convicción, dicen lo mismo únicamente porque tienen interés en defender el orden establecido, no hay por qué discutir con ellos. Los filántropos de corazón sensible, pero de cortas miras, se preocupan del porvenir porque creen ver la grosería, la licencia y el desenfreno, tal vez una vuelta al estado bestial; pueden tranquilizarse. La Humanidad sin Dios, sin despotismo y sin egoísmo, sería infinitamente más moral que la sociedad actual. El progreso enseña al hombre verdades que al principio pueden sonar desagradablemente en sus oídos, llenos de lisonjeras mentiras. Le dice: «Eres un ser animado que perteneces á una especie llamada Humanidad. Estás gobernado exactamente por las mismas leyes naturales que los demás seres vivos. Tu lugar en la Naturaleza es el que puedas conquistar por un empleo bien apropiado de todas las fuerzas de tu organismo. La especie es una unidad más elevada, de la que formas parte, un organismo completo en el que tú eres una célula. Vives de la gran vida de la Humanidad, su fuerza vital te produce y te sostiene hasta tu muerte; su movimiento te arrastra con ella á las alturas; sus satisfacciones son tus alegrías». Esto halaga menos el amor propio que si un charlatán le dice: «Eres el favorito de un dominador universal, om-

nipotente, que se llama Dios; tienes una situación privilegiada en el universo, y puedes procurarte otras ventajas más si me pagas el diezmo y haces lo que yo te mande».

Pero si un día se siente bastante apto para reconocer que el placer infantil que dan las vanas lisonjas es una debilidad indigna; si estudia mejor la doctrina del progreso y la de la teología, hallará fácilmente que la primera es más bella y más consoladora. Es verdad que le arrebata el cielo, pero en cambio, ¿qué relaciones íntimas y profundas con la amiga tierra le da? Es verdad que le suprime las relaciones con un Dios, unos santos, unos ángeles y otros seres fabulosos que nunca ha visto, pero en cambio, le da la Humanidad entera por familia, le trae millones de parientes consanguíneos que le deben amor, protección y ayuda, y todos sus sentidos le dan testimonio de este lazo común de solidaridad. Es verdad que combate su pretensión orgullosa á una vida eterna, pero le impide desesperarse de su naturaleza limitada, enseñándole á resignarse con ser un episodio insignificante en el movimiento único, esencial, de la vida universal, mostrándole la posibilidad de una duración interminable de su existencia en los descendientes que de él hayan salido.

Destruye la moral existente fundada en la religión, es cierto; pero esta moral es arbitraria, superficial y sencillamente inmoral; no explica por qué llamamos buenas á tales acciones y malas á cuales otras; según ella, el motivo de obrar bien es asegurarse un puesto en el paraíso, y el motivo de abstenerse del mal, evitarse arder en el infierno; hace creer que el hombre está constantemente vigilado para que no se exponga á la tentación y sea malo en el fondo y bueno en apariencia.

Tal es la moral religiosa que se basa en el egoísmo y el miedo á los castigos corporales, en la esperanza de las ventajas del paraíso y el temor á las llamas del infierno; moral buena para egoístas y cobardes, sobre todo para niños, á quienes se sujeta amenazándoles con unas disciplinas ó prometiéndoles un terrón de azúcar.

En lugar de esta moral, que apela á los instintos más miserables del hombre, el progreso sienta un principio general: la solidaridad de la Humanidad, de lo cual resulta una nueva moral, incomparablemente más profunda, más natural y más sublime, y que ordena: «Haz todo cuanto contribuya al bien de la Humanidad; abstente de todo lo que cause á la humanidad perjuicio ó dolor». Para cada cuestión ofrece una respuesta favorable: «¿Qué es bueno?» La teología dice: «Lo que agrada á Dios», afirmación sin ningún sentido inteligible, á menos que se crea que Dios nos ha revelado sus pensamientos. La moral de la solidaridad dice: «Bueno es aquello que, generalizándose, crearía en la especie condiciones más favorables de existencia». «¿Qué es malo?» La teología contesta nuevamente: «Lo que Dios ha prohibido». La moral de la solidaridad responde: «Malo es aquello que, generalizándose, dañaría á la vida de la especie». «¿Por qué debo hacer bien y abstenerme de hacer mal?» La teología dice: «Porque Dios lo quiere así». La moral de la solidaridad dice: «Porque no puedes obrar de otra manera.» Mientras tiene fuerza vital, la especie tiene también instinto de conservación personal, que le obliga á evitar lo que le es dañino, y á hacer lo que le es ventajoso. Este instinto es al principio insconsciente, pero luego se eleva hasta la conciencia. Un día, cuando la fuerzavital de la especie se agote,

su instinto de conservación personal se debilitará también. Entonces las ideas de bien y de mal se perderán poco á poco, en realidad no habrá ya moral, y á su desaparición será causa de la muerte inmediata de la Humanidad, atacada de decrepitud. Entonces cometerá formalmente un suicidio. «¿Cuál será la recompensa ó castigo de mis acciones?» La teología refunfuña hablando del cielo y del infierno; la moral de la solidaridad dice simplemente: «Como eres parte de la Humanidad, su prosperidad es la tuya, su sufrimiento es el tuyo. Por consiguiente, si haces lo que es bueno para ella, te sirves á tí mismo; si haces lo que para ella es malo, te perjudicas á tí mismo también. La Humanidad floreciente es tu paraíso, la Humanidad decadente es tu infierno. Y como el instinto de conservación personal de la especie es la fuente de tus actos, harás instintivamente el bien y te abstendrás del mal mientras tu espíritu se halle en estado normal. No empezarás á pecar contra la moral natural sino cuando hayas llegado á ser víctima de la degenerescencia mórbida, que también ataca al individuo, impeliéndole á que se mutile ó se suicide».

Tal es el corto catecismo de la moral natural, que tiene por fuente la solidaridad de la especie. Esta moral es la única que la Humanidad haya sentido realmente, porque todos los demás principios de moral no han sido nunca más que hipocresía, engañarse á sí mismo y á los demás. La moral natural se resume en el precepto de Rabbi Hillel: «Ama á tu prójimo como á tí mismo», en la interpolación hecha por el Evangelio, de que debemos perdonar al enemigo y aun amarle, y por último, en el imperativo categórico de Kant. El que ha buscado alguna vez una base segura para la moral, como prendado de religioso ó filósofo, ha acabado por tropezar

con este principio eterno de la solidaridad; porque este principio es un elemento fundamental de la conciencia humana, es uno de los resortes naturales de sus actos. Sólo las religiones que de él han hecho su dogma principal, pudieron tomar universal extensión y durar. Este principio indestructible era el que llevaba á los demás dogmas, como el ligero gas que hace subir el aerostato arrastra consigo por el aire todas las partes más pesadas de éste. Si á la moral teológica se sustituye la moral natural, al cristianismo la solidaridad, realízase únicamente una obra de depuración y simplificación; se mantiene lo que la religión ha tomado á los instintos primordiales de la Humanidad apropiándoselos, y se rechazan las envolturas y disfraces gastados que disimulan su verdadera esencia.

Pero la solidaridad no sólo debe de convertirse en fuente de toda moral, sino que también debe ser fuente de todas las instituciones. Las formas existentes, con excepción del egoísmo, la solidaridad determinará las formas llamadas á sustituirlas. El egoísmo despierta el deseo de dominar á los demás, lleva al despotismo, hace reyes, conquistadores, ministros y jefes de partido apasionados por sus intereses; el amor de la especie sugiere el deseo de servir á la colectividad, lleva á la autonomía, á la libre disposición de sí mismo, á una legislación cuyo único fin sea el bien general. El egoísmo es causa de las mayores injusticias en el reparto de las riquezas; la solidaridad hace desaparecer estas injusticias de tal modo, que la instrucción y el pan de cada día se aseguran á todo hombre que sea susceptible de educación y quiera trabajar. La lucha por la existencia durará tanto como la vida misma, y será la razón de ser de todo desarrollo y todo perfeccionamiento; pero revestirá las for-

mas más dulces, y comparada con su actual desencadenamiento, será lo que la guerra de las naciones civilizadas á una degollación de antropófagos. A la civilización de hoy, cuyos caracteres son el pesimismo, el egoísmo y la mentira, veo sucederse una civilización de verdad, de bienestar, de amor al prójimo. La Humanidad, que hoy es una idea abstracta, será entonces un hecho. ¡Felices las generaciones futuras! Acariciadas por el aire puro del porvenir y bañadas en sus rayos luminosos, les será dado vivir en el seno de esta unión fraternal, sinceras, instruídas, buenas, libres.




HDI
HW 365R V


WIDENER
SEP 1 0 1997
CANCELLED

